

El ensayo general

ELEANOR CATTON

Nuevos Tiempos **Siruela**



Eleanor Catton

El ensayo general

Traducción del inglés de
Tamara Gil Somoza

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta
Portadilla
El ensayo general
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Agradecimientos
Notas
Créditos

El ensayo general

Para Johnny

Uno

Jueves

–No puedo hacerlo –es lo que dice–. Sencillamente, no puedo admitir ninguna alumna que carezca de formación musical previa. Me parece, señora Henderson, que mis métodos pedagógicos son mucho más específicos de lo que usted se cree.

Comienza a oírse un ritmo de jazz, marcado solo por la percusión y el contrabajo. La profesora de saxofón hace girar la cuchara y da un golpecito con ella.

–El clarinete es al saxo lo que el renacuajo a la rana, ¿comprende? El clarinete es un esperma negro y plateado. Si se siente por ese esperma un gran amor, algún día se desarrolla y se convierte en saxofón.

Se inclina hacia delante sobre la mesa.

–Señora Henderson, ahora mismo lo que ocurre es que su hija es demasiado joven. Para que lo entienda, es como si tuviese una película de leche materna agria adherida a su cuerpo igual que una mortaja.

La señora Henderson no levanta la vista, de modo que la profesora de saxofón le dice con cierta brusquedad:

–¿Me está oyendo, con esa boca que parece un fino hilo de color escarlata, con ese pecho caído y esa blusa de color verde mostaza?

La señora Henderson asiente imperceptiblemente. Deja de manosearse las mangas de la blusa.

–Exijo de todas mis alumnas –prosigue la profesora de saxofón– que estén cubiertas de una pelusilla pubescente, que les salga por los poros una desconfianza hosca, que las consuma una furia íntima, y un ardor, y una inseguridad, y una melancolía. Les exijo que esperen en el pasillo al menos diez minutos antes de cada clase, para que alimenten con ternura sus injusticias y hurguen miserablemente en su propia falta de valía, del mismo modo que se toquetea una costra o se acaricia una cicatriz. Si he de darle clase a su hija, querida madre inepta e incompetente, ella debe estar malhumorada, perpleja, incómoda, insatisfecha, debe sentirse mal. Cuando se dé cuenta de que su cuerpo es un secreto, un secreto oscuro y abismal que la avergonzará cada vez más, venga a verme de nuevo. Este punto tiene que quedarle claro. Yo no doy clases a niños.

Tsss, tsss, tsss, hace la caja en medio del silencio.

–Pero es que ella quiere aprender a tocar el saxofón –dice al cabo la señora Henderson, en tono avergonzado e irritado al mismo tiempo–. No quiere estudiar clarinete.

–Le sugiero que lo intente en el departamento de música de su colegio –responde

la profesora de saxofón.

La señora Henderson permanece un rato sentada con el ceño fruncido. Luego descruza las piernas, las cruza del otro lado y se acuerda de que iba a hacer una pregunta.

—¿Recuerda usted el nombre y la cara de todos los alumnos a los que ha dado clase?

La profesora de saxofón parece alegrarse de que le hagan esa pregunta.

—Recuerdo una cara —contesta—. No a un único alumno individual, sino la impresión que han dejado todos ellos, invertida como un negativo fotográfico y grabada en mi memoria como una marca de ácido. Si quiere aprender clarinete, le recomiendo a Henry Soothill —añade, mientras busca una tarjeta—. Es muy bueno. Toca en la sinfónica.

—Muy bien —dice la señora Henderson con hosquedad, y coge la tarjeta.

Jueves

Esto sucedía a las cuatro. A las cinco vuelven a llamar. La profesora de saxofón abre la puerta.

—Señora Winter —dice—. Viene por lo de su hija. Pase, hablaremos de cómo podemos cortarla en lonchas de media hora para que yo tenga algo que comer todas las semanas.

Mantiene la puerta abierta para que entre la señora Winter. Es la misma mujer de antes, solo que se ha cambiado el vestuario y se apellida Winter en vez de Henderson. Hay otras diferencias, porque es una profesional y lleva mucho tiempo preparando el papel. La señora Winter sonríe solo con la mitad de la boca, por ejemplo. La señora Winter siempre se queda asintiendo unos segundos de más. La señora Winter inhala el aire despacio entre los dientes cuando está pensando.

Ambas fingen por cortesía no haber reparado en que se trata de la misma mujer que antes.

—Para empezar —dice la profesora de saxofón mientras le ofrece una taza de té negro—, no permito que los padres estén presentes durante las clases. Sé que es una postura un tanto anticuada, pero el motivo es, en parte, que los alumnos nunca dan el do de pecho en ese tipo de entorno. Se sonrojan y se acaloran, les entra la risa floja y les cambia la postura, se cierran como los pétalos de una flor. Además, otro motivo por el que quiero que las clases sean privadas es que esas lonchas de media hora son las que me permiten observar, y eso es algo que no quiero compartir.

—De todas formas, no soy una madre de esas —dice la señora Winter. Está mirando alrededor. El estudio se encuentra en un ático y desde él se divisa un panorama de gorriones y pizarra. La pared de ladrillo que queda detrás del piano

está cubierta de un polvillo blanco y los ladrillos se descascarillan como infectados por una enfermedad.

–Permítame que le hable del saxofón –dice la profesora de saxofón. Hay un saxo alto colocado en un atril, junto al piano. Lo coge como si se tratara de una antorcha–. El saxofón es un instrumento de viento, lo cual significa que lo alimenta nuestro aliento. Me parece interesante el hecho de que la palabra latina que significa «aliento» diese origen también a «espíritu». Antes, la gente pensaba que el aliento y el alma eran una misma cosa, que estar vivo significaba simplemente estar lleno de aliento. Al exhalar el aliento en este instrumento, querida, no solo le damos vida, sino que le damos *nuestra* vida.

La señora Winter asiente con energía. Sigue asintiendo unos segundos de más.

–Siempre pregunto a mis alumnas –explica la profesora de saxofón–: «¿Es tu vida algo que merezca la pena dar, esa vida tuya con sabor a vainilla, esos fideos instantáneos después de clase, esa tele hasta las diez, esas velas en el tocador y ese desmaquillador en el lavabo?» –sonríe y sacude la cabeza–. Claro que no. Y el motivo es sencillamente que no han sufrido lo bastante como para que merezca la pena escucharlas.

Sonríe con amabilidad a la señora Winter, sentada con las amarillentas rodillas juntas mientras sujeta la taza de té con las dos manos.

–Estoy deseando darle clase a su hija –dice–. Parecía tan maravillosamente impresionable...

–Eso pensamos nosotros –se apresura a responder la señora Winter.

La profesora de saxofón la observa un momento y luego dice:

–Regresemos a ese instante justo antes de tener que volver a llenarnos los pulmones, cuando el saxofón está lleno de nuestro aliento y ya no nos queda nada en el cuerpo: ese momento en que el saxo está más vivo que nosotros.

»Usted y yo, señora Winter, sabemos lo que significa tener una vida en nuestras manos. No me refiero a una responsabilidad común, como hacer de canguro, vigilar la comida que está al fuego o esperar a que cambie el semáforo al cruzar la calle. Me refiero a tener la vida de alguien en nuestras manos, como si fuera un jarrón chino... –alza el saxofón, apoyando la campana en la palma de la mano–. Y, si quisiéramos, sin más, podríamos... soltarla.

Jueves

En la pared del pasillo hay una fotografía en blanco y negro, enmarcada, en la que se ve a un hombre subiendo un pequeño tramo de escaleras, encorvado y tapado con un abrigo, con la cabeza baja y el cuello subido y los cordones de las botas desabrochados. No se le ven ni la cara ni las manos, solo la parte de atrás del

abrigo, media suela, una franja de calcetín gris, la coronilla. Proyecta en la pared una sombra que se pliega como un acordeón. Si uno se fija en la sombra, repara en que el hombre va tocando el saxofón mientras sube por las escaleras, pero lleva el cuerpo inclinado sobre el instrumento y los codos pegados al cuerpo, de modo que desde atrás no se puede ver ninguna parte del saxo. La sombra se desprende hacia un lado como si se tratase de un enemigo, dividiendo la imagen en dos y revelando el saxofón escondido bajo el abrigo. La sombra-saxofón recuerda un poco un narguile, una voluta oscura y distorsionada en la pared de ladrillo, que se curva hacia la barbilla y hacia las manos. Sombra, oscuras volutas semejantes al humo.

Las chicas que se sientan en este pasillo antes de su clase de música contemplan esta fotografía mientras esperan.

Viernes

Isolde desiste y deja de tocar después de los seis primeros compases.

—No he practicado —dice al punto—. Pero tengo excusa. ¿Quieres saber cuál?

La profesora de saxofón la mira y le da un sorbo a su té negro. Las excusas son casi lo que más le gusta.

Isolde dedica un momento a alisarse la falda escocesa y se prepara. Toma aliento.

—Ayer por la noche —dice—, estoy viendo la tele cuando va y entra papá todo serio, hurgándose en la corbata como si estuviese estrangulándolo. Al final se la quita y la deja a un lado...

Isolde desengancha el saxofón de la correa que lo sujeta al cuello, lo deja en una silla y se pone a hacer como que afloja la correa porque le aprieta.

—...Me dice que me siente, aunque ya estaba sentada, y después se pone a frotarse las manos muy muy fuerte.

Se frota las manos muy muy fuerte.

—Entonces va y me dice: «Tu madre cree que no debería decirte esto todavía, pero uno de los profesores del colegio ha abusado de tu hermana» —en este momento, Isolde le lanza una ojeada rápida a la profesora de saxofón y luego desvía la mirada—. Y después dice «sexualmente», como para dejarlo claro, por si acaso se me había ocurrido pensar que el profe le había gritado en un semáforo o algo por el estilo.

Las luces del techo han bajado de intensidad y ahora solo la ilumina un azul pálido y parpadeante, un resplandor glacial, similar al brillo de un televisor cuando se apaga. La profesora de saxofón ha quedado en la sombra, de modo que la mitad de su rostro se ha vuelto de color gris oscuro y la otra mitad brilla con un resplandor pálido.

—Entonces se pone a hablar con una vocecilla extraña y tensa del tal señor

Saladin, o como se llame, que da las clases de banda y orquesta de jazz y de conjunto de jazz a los alumnos de los últimos cursos, todas el miércoles por la mañana, una detrás de otra. No voy a tenerlo hasta sexto¹, y eso si es que quiero ir a esas clases, porque coinciden con *netball*², o sea, que tendré que escoger.

»Papá me mira con cara de miedo, como si yo fuese a hacer una locura o a dejarme llevar por las emociones y él pensase que no iba a saber reaccionar. Conque le pregunto: «¿Y cómo lo sabes?». Y él me dice...

Isolde se agacha junto a la silla, mientras habla con gravedad y abre mucho las manos...

–«Cielo, por lo que sé, empezó muy despacito, al principio se limitaba a colocarle con suavidad la mano en el hombro, de cuando en cuando, *así*.»

Isolde extiende la mano y roza con las yemas de los dedos el extremo superior del saxofón, tumbado en la silla. Cuando sus dedos tocan el instrumento empieza a oírse un ritmo regular, similar al latido de un corazón. La profesora está sentada, muy quieta.

–«Y luego, a veces, cuando nadie miraba, se inclinaba sobre ella y le respiraba en el pelo...»

Acerca la mejilla al instrumento y respira a lo largo de él...

–«...Así, vacilante, con timidez, porque aún no sabe si ella quiere y no desea terminar tan pronto. Pero ella le deja hacer porque el profesor le cae bien y cree que está un poco enamorada de él, de modo que al cabo de poco tiempo la mano de él va bajando, bajando...»

Su mano serpentea bajando por el saxofón y reptando por el borde de la campana...

–«...bajando, y en cierto sentido ella comienza a reaccionar y a veces le sonríe en clase, lo cual hace que a él se le ponga el corazón a cien, y, si están solos, en el aula de música, o después de clase, o cuando van a algún sitio en el coche de él, algo que hacen de vez en cuando, si están solos, él la llama “mi gitanilla” (lo dice una y otra vez, “mi gitanilla”, le dice) y a ella le gustaría tener algo que decirle a su vez, algo que susurrarle al oído, algo muy especial, algo que nadie hubiera dicho antes.»

Cesa la música de fondo. Isolde mira a la profesora y dice:

–«Pero no se le ocurre nada.»

Aumenta la intensidad de la luz hasta volver a la normalidad. Isolde frunce el ceño y se deja caer en un sillón.

–Pero, en cualquier caso –dice enfadada–, se le ha acabado el tiempo, es demasiado tarde, porque sus amigas han empezado a darse cuenta de lo que hace a veces, cuando inclina la barbilla como coqueteando, y así todo comienza a desmoronarse y acaba por venirse abajo como un castillo de naipes.

–Ya veo por qué no has tenido tiempo de practicar –dice la profesora de saxofón.

–Incluso esta mañana –dice Isolde– quise ponerme a tocar escalas, o algo, antes de ir al instituto, pero cuando empecé ella me dijo: «¿Es que no puedes tener ni un poco de sensibilidad?», y salió corriendo de la habitación fingiendo que lloraba, y sé que fingía porque, si estuviese llorando de verdad, no se habría ido, sino que se habría quedado para que yo lo viese –Isolde hunde en su muslo el broche de la falda escocesa–. Joder, si es que la tratan como si se fuese a romper.

–¿Y tan raro te parece? –pregunta la profesora de saxofón.

Isolde le lanza una mirada maliciosa.

–Es algo enfermizo –le dice–. Enfermizo, como cuando los niños disfrazan a sus mascotas de personas, les ponen ropa, pelucas y cosas así y luego los obligan a caminar sobre las patas traseras mientras les hacen fotos. Es lo mismo, solo que peor, porque se ve a la legua lo mucho que disfruta ella.

–Estoy segura de que tu hermana no disfruta con eso –dice la profesora de saxofón.

–Papá dice que probablemente pasarán muchísimos años antes de que declaren culpable al señor Saladin y lo metan en la cárcel –explica Isolde–. Los periódicos hablarán de abuso infantil, pero ella ya no será una niña, sino una adulta, igual que él. Será como si alguien hubiese destruido adrede el escenario del crimen y en su lugar hubiese construido algo limpio y reluciente.

–Isolde –dice la profesora de saxofón, esta vez con firmeza–, estoy convencida de que tienen miedo solo porque saben que el pecado aún está ahí. Saben que se ha metido a hurtadillas en su interior y se ha quedado ahí encajado, incrustado en un lugar que nadie conoce ni podrá encontrar nunca. Saben que el pecado *de él* fue tan solo una acción, un toqueteo absurdo y fatal a la luz brillante y polvorienta de la hora del almuerzo, pero el de ella... El pecado de ella es una enfermedad, un mal alojado para siempre en las profundidades de su ser.

–Papá no cree en el pecado –dice Isolde–. Somos ateos.

–Conviene tener la mente abierta –responde la profesora de saxofón.

–Yo sí que sé por qué tienen tanto miedo –dice Isolde–. Tienen miedo porque ahora mi hermana sabe lo mismo que ellos. Tienen miedo porque ahora ya no les quedan secretos.

La profesora de saxofón se levanta de pronto y se acerca a la ventana. Hay un silencio prolongado antes de que Isolde vuelva a hablar.

–Y va papá y dice: «No sé cómo pasó, cielo. Lo importante es que, ahora que lo sabemos, no volverá a ocurrir».

Miércoles

–Así que esta mañana han cancelado la clase de jazz –dice Bridget–. Nos han

dicho: «El señor Saladin no puede venir hoy. Está colaborando en una investigación».

Chupa ruidosamente la lengüeta.

–Te das cuenta de que es algo muy grave –explica– cuando no te dan suficiente información o bien se pasan. Verás, normalmente se habrían limitado a decir: «A ver, escuchad todas: se ha cancelado la clase de jazz, tenéis tres minutos para recoger vuestros trastos, salid a disfrutar del sol para variar. Vamos, arreando».

A esta chica se le dan bien las voces. En realidad, quería ser Isolde, porque el papel es mejor, pero es pálida, enjuta, desaliñada, y siempre parece un poco alarmada, cualidades que no le van bien a Isolde, por lo que le ha tocado interpretar a Bridget. En realidad, lo que mejor la caracteriza como Bridget es su deseo de ser una Isolde: Bridget siempre quiere ser otra persona.

–O habrían hecho lo contrario –dice– y nos habrían contado más de lo que necesitábamos saber, pero a propósito, para que supiéramos que era un privilegio. Habrían montado el numerito de ponerse solemnes, mirarnos con los ojos muy abiertos y decirnos: «Escuchad, chicas, tenéis que prestar mucha atención, esto es importantísimo. El señor Saladin ha tenido que marcharse corriendo porque se ha puesto enfermo un familiar suyo. Podría tratarse de algo muy grave y es importantísimo que, cuando vuelva, no lo agobiéis y lo tratéis con la consideración que necesita, si es que vuelve».

Es una teoría que Bridget lleva algún tiempo meditando y que la hace resplandecer de satisfacción. Encaja la lengüeta en su sitio y sopla a ver cómo suena.

–«Colaborando en una investigación» –dice con desprecio, mientras vuelve a ajustar la boquilla–. Y vienen a decírnoslo todos juntos, como en manada, respirando al unísono, inspirando y espirando en bocanadas rápidas, moviendo los ojos de un lado a otro, con el director a la cabeza para romper el viento, como si fuera el ganso jefe de una bandada, colocado en la punta de la uve.

–Los gansos suelen turnarse, me parece –dice la profesora de saxofón, distraída–. Supongo que ir rompiendo el viento será un trabajo duro.

Está rebuscando en una pila de partituras. Detrás de ella hay una librería atestada de manuscritos, de la que se desprenden hojas sueltas hacia el suelo.

La profesora de saxofón jamás interrumpiría a Isolde con tan poca consideración: ese es uno de los motivos por los que Bridget quería el papel. Bridget vuelve a recordar que es pálida, enjuta, desaliñada, completamente secundaria, pero luego se enciende, de nuevo resuelta a ganarse la escena.

–El caso es que entran todos arrastrando los pies –dice–, como en formación de uve, un ejército de poliéster gris que hace todo lo que puede por no fijarse en nadie en particular, especialmente por no mirar el gran hueco que ha quedado junto al primer saxo alto, que es donde se sentaba Victoria.

Bridget dice «Victoria» con énfasis y con evidente satisfacción. Mira a la profesora de saxofón, a ver qué efecto le ha causado, pero esta, ocupada en pasar hojas de papel con sus manos grandes y llenas de venas, ni siquiera pestañea.

—Las puertas que dan a las aulas de ensayo tienen ventanitas de cristal reforzado para poder ver el interior —dice Bridget, esforzándose más esta vez—. Pero el señor Saladin pegó en la suya la hoja de reservas, de modo que lo único que se ve es el horario y pequeñas franjas de luz blanca alrededor del borde si la luz está encendida dentro. Cuando Victoria iba a las clases complementarias de viento-madera, desaparecían las franjas de luz.

—¡Lo he encontrado! —dice la profesora de saxofón, y alza un puñado de partituras—. «El viejo castillo», de *Cuadros de una exposición*. Creo que te interesará, Bridget. Así hablaremos de por qué el saxofón no cuajó como instrumento orquestal.

A veces la profesora de saxofón se siente culpable por tratar tan mal a Bridget. «Es que se esfuerza tantísimo —le había dicho en una ocasión a su madre—. Por eso resulta tan fácil. Si no fuese tan obvio lo mucho que se esfuerza, quizá me sentiría tentada de respetarla un poco más.»

La madre de Bridget asintió una y otra vez, y luego dijo:

—Sí, a nosotros también nos parece que ese es muchas veces el problema.

Ahora la profesora de saxofón se limita a mirar a Bridget, ahí parada, toda enjuta y desaliñada, esforzándose tantísimo, y arquea las cejas.

Bridget se pone roja de frustración y se salta a propósito todas las frases sobre Mussorgsky y *Cuadros de una exposición* y Ravel y por qué el saxofón nunca llegó a cuajar como instrumento orquestal. Se las salta y se va directa a una frase que le gusta.

—Tratan este tema como si nos estuviesen metiendo una dosis de algo —dice, subiendo aún más el tono de voz—. Es como cuando te vacunan y te meten un poco de una enfermedad para que tu cuerpo tenga preparada una defensa cuando llegue la de verdad. Tienen miedo porque es una enfermedad que aún no han probado en nosotros, así que intentan vacunarnos sin decirnos cuál es en realidad la enfermedad. Quieren inyectarnos con un gran secretismo, sin que nos demos cuenta. No va a funcionar.

Ahora las dos están mirándose. La profesora de saxofón se entretiene en alinear la pila de papeles con el borde de la alfombra antes de decir:

—¿Y por qué no va a funcionar, Bridget?

—Porque nos dimos cuenta —dice Bridget, respirando fuerte por la nariz—. Estábamos mirando.

Julia siempre arrastra los pies y tiene una costra alrededor de la boca.

–Hoy han convocado una reunión para todo el curso –dicey ha asistido el orientador, que estaba allí más hinchado que un pavo real, como si no se hubiera sentido tan importante en toda su vida.

Habla por encima del hombro mientras va sacando el instrumento del estuche. La profesora de saxofón está sentada en una franja de sol frío junto a la ventana, contemplando las gaviotas que dan vueltas por el aire y cagan. Las nubes están bajas.

–Empezaron a hablar con esa voz melosa y suave, como si fuéramos a rompernos si acaso subían el tono. Empezaron: «Todos conocéis los rumores que han estado circulando esta semana. Es importante que hablemos de algunas cosas para poder saber con exactitud en qué punto estamos».

Julia se gira sobre el talón, engancha el saxo en la correa y se queda un momento parada con las manos en las caderas. El saxo le cuelga cruzándole el cuerpo como un arma.

–El orientador es retrasado –dice con tono de suficiencia–. Katrina y yo fuimos a verlo una vez, cuando estábamos en tercero, porque Alice Franklin había mantenido relaciones sexuales en un cine y teníamos miedo de que se volviese una furcia y se arruinase la vida por meter la pata y quedarse embarazada. Se lo contamos todo, le dijimos lo asustadas que estábamos y Katrina hasta lloró. Él se quedó sentado, pestañeando y asintiendo una y otra vez, pero muy despacito, como si estuviese programado a una cuarta parte de la velocidad normal, y después, cuando nos quedamos sin nada que decir y Katrina había dejado de llorar, abrió el cajón de su mesa, sacó un trozo de papel, dibujó tres círculos concéntricos, escribió «tú» en el primero, «tu familia» en el segundo y «tus amigos» en el tercero, y dijo: «Así son las cosas, ¿no?». Y luego nos dijo que podíamos quedarnos con el papel si queríamos.

Julia se ríe sin alegría, soltando un resoplido, y abre la carpeta de plástico donde lleva las partituras.

–¿Y qué pasó con Alice Franklin? –pregunta la profesora de saxofón.

–Bah, con el tiempo nos enteramos de que era mentira –responde Julia.

–No había mantenido relaciones sexuales en un cine.

–No.

Julia se entretiene un momento en ajustar las patas como de araña del atril.

–¿Y por qué os mentaría? –pregunta cortésmente la profesora de saxofón.

Julia hace un movimiento de barrido con la mano.

–Pues será que estaba *aburrida*, sin más –contesta. En sus labios la palabra resulta noble y magnífica.

–Ya veo –dice la profesora de saxofón.

–Bueno, el caso es que van y nos dicen: «A lo mejor podemos empezar

preguntando si alguien quiere desahogarse y compartir algo con las demás». Y una de las chicas se echa a llorar justo entonces, antes de que en realidad pase algo, y el orientador casi se corre de gusto y suelta: «Nada de lo que se diga esta mañana saldrá de esta aula», o una chorrada por el estilo. Así que la chica se pone a decir bobadas, mientras sus amigas se inclinan hacia ella y le cogen la mano, o alguna otra memez por el estilo, y luego todo el mundo empieza a compartir pensamientos sobre la confianza, la traición y la seguridad, y todas se sienten confusas y asustadas... Y yo pienso: «Joder, va a ser una mañana muy larga».

Julia le lanza una mirada rápida a la profesora de saxofón para ver si la palabra ha causado algún efecto, pero esta se limita a sonreírle con frialdad y esperar. En la misma situación, Bridget habría desistido, se habría puesto nerviosa y colorada y habría seguido pensando en el tema durante un buen rato, pero Julia no es así. Se limita a sonreír y dedica una atención excesiva a sujetar al borde del atril con clips las resbaladizas hojas.

–Bueno, pues, al cabo de un rato –dice Julia–, el orientador nos pregunta: «¿Qué es el acoso, chicas?», mirándonos a todas con expresión entusiasta y alentadora, como les pasa siempre a los profesores cuando no aciertan a saber si realmente prefieren que les des la respuesta correcta o que te equivoques para poder darse el gustazo de soltarla ellos. Luego nos dice, hablando en voz baja y solemne como si estuviese revelando algo que nadie más sabía: «El acoso no tiene por qué implicar tocamiento, queridas. El acoso también puede consistir en mirar. Puede ser acoso si alguien os mira de un modo que no os gusta».

»Entonces yo levanto la mano y pregunto: «¿Es acoso por lo que miran? ¿O por lo que imaginan mientras miran?». Todas se vuelven hacia mí y yo me pongo como un tomate. El orientador junta las yemas de los dedos y me mira como diciendo: «Ya sé lo que pretendes, estás intentando sabotear este rollo de confianza que nos hemos montado y yo voy a contestarte porque no me queda otra, pero no voy a darte la respuesta que quieres».

La profesora de saxofón se levanta al fin y coge su instrumento, como si dijese: «Es suficiente». Pero Julia ya está diciéndolo, empujada por un extraño impulso que la ruboriza.

–Yo sí que me imagino cosas cuando miro a la gente –es lo que dice Julia.

Viernes

Isolde está esperando en el pasillo. A través de la pared oye el murmullo débil de la voz de la profesora de saxofón, que está terminando la clase de las tres y media. Aquí, en el pasillo desierto, Isolde se toma un momento para disfrutar del silencio que hay entre bastidores, antes de que le den el pie para llamar y entrar. Respira

hondo y saborea con la lengua la calma y la descuidada intimidad de la que goza una persona a quien nadie observa.

Cualquier otro día la embargaría el miedo habitual antes de cada clase y se habría puesto a hojear las partituras y a practicar sin el instrumento, siguiendo con la mirada la música sobre su regazo y moviendo los dedos extendidos en el aire vacío. Pero hoy no piensa en la clase. Está sentada en calma y concentra todo su pensamiento en tratar de preservar y capturar un íntimo sentimiento de hinchazón en las profundidades de su pecho.

Es como si una pequeña bolsa de aire se le hubiese colado en la boca, haciendo que un pequeño escalofrío le recorriese la espalda y tirando de ese cuenco vacío que es su hueso pélvico. Nota en el vientre una prolongada y dislocada sensación de caída en picado y una especie de tirón en el vacío de la caja torácica, y de pronto siente un calor excesivo. A veces Isolde se siente así cuando está en el baño, o cuando ve a gente besándose en la tele, o también en la cama, cuando desliza las yemas de los dedos por la curva suave de su vientre e imagina que la mano no es suya. La mayor parte de las veces, la sensación aparece de súbito: en una parada de autobús, por ejemplo, o mientras hace cola para comer o cuando espera a que suene el timbre.

Piensa: «¿Sentí esto cuando por primera vez vi a mi hermana como un objeto sexual? Cuando papá me acarició la cabeza y me dijo: “Las próximas semanas van a ser duras”, y luego me dejó viendo la tele, y al cabo de un rato entró Victoria, se sentó, me miró y me dijo: “O sea, que ahora ya lo sabe todo el mundo. Fantástico”, y nos quedamos sentadas viendo el final de uno de esos thrillers de serie B que ponen en los especiales del jueves por la noche, solo que yo no me concentraba y lo único que podía pensar era: “¿Cómo? ¿Cómo fuiste capaz de volver la cabeza hacia él, mirarlo fijamente, estirar el cuello y besarlo en la boca? ¿Cómo no te paralizaron el miedo y la indecisión? ¿Cómo sabías que él te recibiría, que te recogería, que te abrazaría con fuerza e incluso emitiría un pequeño gemido estrangulado, semejante a un grito, semejante a un grito nacido en el fondo de su garganta?”».

Aquí, en el pasillo, Isolde piensa: «¿Sentí esto entonces, aquella noche? ¿Sentí esta caída discordante, llena de miedo y anhelo, este descenso en ascensor, este extraño preludio a un estornudo suspendido en el aire?».

Más adelante, identificará esa sensación con una forma abstracta de excitación, un tañido irregular arrancado a su cuerpo de cuando en cuando, semejante a una cuerda que nadie toca pero que vibra por simpatía armónica con un piano cercano. Más adelante, tal vez llegue a la conclusión de que esa sensación se parece un poco a una punzada de hambre, no al ansia tenaz y omnipresente del hambre auténtica, sino tan solo a una punzada que nos atraviesa como haciéndonos una advertencia: ahora está y un segundo después ya no está. Pero, para entonces, para cuando,

dentro de unos años, haya llegado a conocer los flujos y reflujos de su cuerpo y pueda decir «Esto es frustración» y «Esto es lujuria» y «Esto es anhelo, un nostálgico anhelo sexual que me retrotrae a una época anterior», para entonces todo estará clasificado, todo tendrá su nombre y su forma, y el modesto alcance de sus deseos habrá quedado circunscrito a los límites de lo que ha conocido, de lo que ha experimentado, de lo que ha sentido. Hasta ahora Isolde no ha experimentado nada, y por ello esa sensación no significa «Necesito sexo esta noche» ni «Aún me sobra del de ayer, estoy satisfecha». No significa «¿De quién estaré enamorada para sentir este impulso?» ni «Otra vez me hace falta eso que no puedo tener». Aún no es una sensación que le indique una dirección. Se trata tan solo de una impresión de vacío, un hueco que espera ser llenado.

El rostro de Isolde no deja traslucir nada de esto: sencillamente, está sentada en la penumbra grisácea, con las manos en el regazo, mirando la pared.

Lunes

—No tengo muy claro —dice la profesora de saxofón— qué quieren decir en realidad las madres cuando afirman: «Quiero que mi hija experimente lo que a mí se me negó».

»Según mi experiencia, las madres con más carácter y más agresivas son siempre las almas menos inspiradas, las menos musicales, todas ellas mujeres profundamente fracasadas, que lucen en el pecho la imagen de su hija, como si de una medalla se tratara, una resplandeciente refracción de la suya, carente de brillo. Cuando esas madres aseguran «Quiero que experimente de forma plena todo lo que a mí se me negó», lo que en realidad quieren decir es «Quiero que *aprecie* de forma plena todo lo que a mí se me negó». Lo que en realidad quieren decir es: «La estrechez de mi vida solo se pondrá de relieve si mi hija lo tiene todo. Por sí sola, mi vida resulta ordinaria y carece de valor, no es nada. Pero si la de mi hija es rica en experiencias y oportunidades, entonces la gente me compadecerá: la mezquindad de mi vida y de mis opciones no será *incapacidad*, sino *sacrificio*. Me compadecerán más y me respetarán más si hago que mi hija sea todo lo que yo no soy».

La profesora de saxofón desliza la lengua por los dientes. Dice:

—Las madres triunfadoras (mujeres musicales, deportistas, instruidas, mujeres satisfechas y plenas, mujeres a las que no se les negó nada, mujeres a las que de pequeñas sus padres les pagaban clases particulares) siempre tienen menos carácter. No necesitan supervisar ni controlar, no necesitan buscar pelea en nombre de sus hijas. Están completas en sí mismas. Están completas y por ello exigen a los demás

que también lo estén. Pueden echarse atrás y contemplar a sus hijas como algo separado, algo completo y por lo tanto intocable.

La profesora de saxofón se acerca a la ventana para bajar las persianas. Ya casi está anocheciendo.

Martes

La señora Tyke espera en el pasillo diez minutos hasta que la profesora de saxofón abre la puerta.

—Solo quería que charlásemos un poco —dice una vez dentro— sobre ese terrible escándalo que ha habido en el colegio. Me preocupan las niñas.

—Lo comprendo —dice la profesora de saxofón, mientras sirve dos tazas de té. Una de las tazas está decorada con una foto de un saxofonista en una isla desierta y las palabras «Saxo en la playa». La otra es blanca y en ella pone «Hablemos de saxo». La profesora de saxofón vuelve a poner la jarra del hervidor en su soporte y se esmera en escoger una cucharilla.

—Señora Tyke —dice—, estoy segura de que a usted le encantaría coserse al cinturón las manos de sus hijos, para tenerlos siempre pegados, con las piernecillas balanceándose cuando va con prisa y arrastrándose por el asfalto cuando camina despacio. Si se diese la vuelta muy rápido, sus hijos se abrirían en torno a usted como un abanico, igual que si llevase una falda tableada con vuelo. Sería una diosa con corsé y miriñaque, y sus hijos emanarían de usted como pequeños rayos llenos de gracia.

—Me preocupan las niñas, nada más —dice la señora Tyke. Extiende las dos manos para coger la taza de té negro que le tiende la profesora de saxofón. Esta deja que el silencio se prolongue hasta que la señora Tyke suelta de pronto—: Es que estoy preocupada porque viene a casa con *ideas* raras. Son ideas que antes no tenía. Se le quedan pegadas en la cara interior de la mejilla, como nueces, y cuando habla veo retazos de esas ideas, únicamente algún que otro destello cuando abre mucho la boca, pero eso basta para desquiciarme. Es como si estuviese saboreándolas o paseándolas por la boca con la lengua. Son ideas que antes no tenía.

Pestañea y mira a la profesora de saxofón con gesto compungido, luego se encoge de hombros como desesperada e inclina la cabeza para dar un trago al té.

—¿Puedo decirle cuál es, a mi juicio, el problema? —dice la profesora de saxofón con una voz particular, suave y melosa—. Creo que usted se siente como si ese hombre horrible del colegio, ese hombre vil y repugnante, le hubiese dejado una enorme huella grasienta en las gafas y, mire donde mire, no pudiera ver otra cosa que sus dedos.

Se levanta y se pone a pasear.

–Sé que usted habría querido que su hija descubriese todo eso de la forma habitual. Habría querido que lo descubriese en la caseta de las bicis o bajo las gradas del campo de rugby o en la clase de Educación Cívica, donde habría visto los hechos escritos en la pizarra con un rotulador. Habría querido que ojease a escondidas ciertas revistas y películas que no le permiten ver. Habría querido que empezase con un toqueteo ciego y pegajoso en el salón de un compañero, una noche de sábado, mientras sus amigos vomitaban en los tiestos del jardín. Eso podría haber pasado más de una vez. Podría haberse convertido en una fase. Pero para eso usted sí que habría estado preparada.

Mientras mira a la profesora de saxofón, la señora Tyke deja que algo pase furtivamente por su cara, no algo tan crudo ni tan audaz como una concienciación o un despertar, sino solo un aparente aflojamiento en sus facciones, una pequeña fuga. Es una interpretación tan buena que la profesora de saxofón casi se olvida de que la mujer está actuando.

–Habría que al cabo del tiempo se echase novio, tal vez en sexto, uno de esos chavales arrogantes y vacíos, que a usted no le habría caído demasiado bien, y finalmente habría querido pillarlo con ella algún día que volviese a casa antes de la hora porque tuviese una corazonada, habría querido sorprenderlos en el sofá o en el suelo, o en su cuarto, en medio de esos ositos y esos cojines de color rosa con volantes que en realidad no le gustan, pero que nunca tirará.

»Respeto esas cosas que usted habría querido para su hija –dice la profesora de saxofón–. Imagino que son las cosas que toda buena madre ha de desear. Es horrible que ese hombrecillo malvado taimadamente le haya robado la inocencia a su hija, sin haberle puesto jamás la mano encima, metiéndole en la garganta sus sucios secretillos como caramelos sacados de una bolsa de papel.

»Pero lo que tiene que comprender, querida –susurra–, es que ese saborcillo que ha probado su hija es el sabor de lo que podría ser. Se lo ha tragado. Ya lo tiene dentro.

Dos

Febrero

–El primer trimestre –dijeron– consiste esencialmente en una aniquilación física y emocional. Desaprenderéis todo lo que habéis aprendido hasta ahora, iréis quitándole la piel capa a capa, pelándolo una y otra vez, hasta que veáis brillar vuestros impulsos por debajo.

–Esta escuela –dijeron– no puede enseñaros a ser actores. No podemos daros un mapa, una receta o un abecedario que os enseñe cómo actuar o cómo sentir. Lo que hacemos en esta escuela no es enseñar por acumulación, coleccionando destrezas como quien colecciona canicas, recuerdos o amuletos. Aquí, en esta escuela, enseñamos por eliminación. Os ayudamos a aprender a eliminaros.

–Durante el proceso, es posible que os rompáis o que os rompan –dijeron–. Es algo que sucede.

El individuo gordo del extremo se inclinó hacia delante y dijo con énfasis:

–Un buen actor se da.

–Un actor es alguien que ofrece su cuerpo públicamente –dijeron–. Esto puede suceder de dos maneras. El actor puede explotarse a sí mismo, tratar su cuerpo como si fuera un instrumento dispuesto y obediente, un producto en venta. En esta escuela no potenciamos ese enfoque. No producimos pasteleros ni payasos. No estáis aquí para vender vuestro cuerpo, sino para sacrificarlo.

Y entonces dijeron:

–Ya no estáis en el instituto.

Febrero

–Me gradué en esta escuela en diciembre –dijo el chico de oro, paseando la mirada de un rostro a otro con tranquila indiferencia–. Me han pedido que venga a hablaros de mi experiencia en este programa y que os cuente en qué ando metido ahora. También podéis hacerme alguna pregunta si os apetece.

Se sentó en el suelo del gimnasio con las piernas cruzadas, como si fuera un profeta.

–¡Dios, qué envidia me dais, tíos! –prosiguió, y luego se quedó sonriendo–. Ni demasiado vírgenes ni demasiado profanados. Ahí sentaditos, relucientes, esperando lo mejor, que aún está por llegar.

El chico de oro los miró, contemplando el círculo pálido y apretujado de caras

nerviosas y camisetas negras tan nuevas que aún se les notaba el pliegue del centro.

–Los tres años que he pasado en esta escuela no solo me han moldeado como artista. También me han moldeado como persona –dijo–. Este lugar me despertó.

Se sonrojó, como si estuviese describiendo a un amante perdido.

–Aquí volverá a abrirse todo aquello que hayáis ido encerrando hasta ahora –continuó–. Si no hubieseis hecho las pruebas o si no os hubiesen aceptado, todos habríais quedado encementados, enyesados y moldeados para el resto de vuestra vida adulta. Eso es lo que les ocurre a los demás, a los que no vienen aquí. Aquí uno nunca se solidifica. Nunca queda fijado ni echa costra. Todas las posibilidades se mantienen abiertas... Es que tienen que mantenerse abiertas. Uno aprende a agarrar todas esas posibilidades con la mano y no dejar escapar ninguna.

Hubo un silencio. El chico de oro se alisó los pantalones en las rodillas y dijo, como si acabase de ocurrírsele:

–Recordad que una persona con la inteligencia necesaria para liberaros siempre tiene la inteligencia suficiente para esclavizaros.

Octubre

Stanley se sentía decepcionado de la vida que había llevado hasta entonces. En vísperas de cumplir dieciocho años, se encontraba detenido en medio de la calma polvorienta y rica del vestíbulo cerrado, dominado por una parálisis de amargura e insatisfacción. Pensaba en todo aquello que no era.

Stanley creía que de adolescente sería salvaje, rebelde, arrogante (incluso lo deseaba), de modo que fue llenándose de insatisfacción al ver que iban pasando educadamente sus años de instituto. Esperaba irse al río a beber whisky de una botella oculta en una bolsa de papel, esperaba deslizar las manos frías por debajo de la falda de una chica entre los matorrales de detrás de las pistas de tenis, esperaba subir al tejado del garaje del vecino y disparar patatas a los coches con una escopeta de aire comprimido. Esperaba ponerse ciego de alcohol y destrozar las paradas de autobús de los barrios residenciales, conducir sin carné, alejarse de su familia, volverse un amargado y tal vez asustar a su madre negándose a comer o a salir de su cuarto. Tenía derecho a ello, era lo que le correspondía, pero, en vez de eso, se había pasado los años de instituto haciendo deporte como un caballero y viendo la televisión en familia, admirando de lejos a los chicos con suficiente coraje como para pelearse entre ellos y deseando que cualquier chica que se cruzase con él alzase la vista y lo mirase a los ojos.

Stanley oía en su cabeza la voz de los profesores de la Escuela.

–La verdadera emoción del escenario –decían– consiste en saber que en cualquier momento algo puede ir mal. En cualquier momento podría romperse o caerse

cualquier cosa en el escenario, alguien podría fallar el pie, alguien podría cagarla con la iluminación, alguien podría olvidarse de poner el acento requerido o no recordar el texto. Viendo una película nunca pasamos miedo, porque lo que vemos siempre está completo, es siempre igual y siempre perfecto; pero muchas veces sí que pasamos miedo viendo una obra de teatro, pues pensamos que podría fallar algo y que entonces nos daría vergüenza ajena ver a los actores perder el hilo y tratar de retomarlo. Pero, al mismo tiempo, en la oscuridad sedosa del teatro, anhelamos que falle algo. Lo deseamos con todas nuestras fuerzas. Sentimos ternura por cualquier actor al que se le caiga el sombrero o se le rompa un botón. Ahogamos un grito y luego aplaudimos cuando un actor tropieza y no pierde el equilibrio. Y, si nos fijamos en un error que pasa inadvertido al resto del público, entonces lo sentimos como un privilegio especial, como si hubiésemos visto un atisbo de la costura de una secreta prenda de ropa interior, algo infinitamente íntimo, como la marca escarlata de un mordisco en la cara interior del muslo de una mujer.

Stanley permaneció de pie en el vestíbulo de la Escuela y miró alrededor. Allí había otra vida posible que él podía reivindicar, otra vida que quería, del mismo modo que, cuando era un adolescente tímido e inútil, había deseado ser insensible, irreverente, despreocupado, malo. En ese momento, igual que le había sucedido entonces, notaba que el peso de una inercia terrible lo clavaba al suelo del vestíbulo. De nuevo volvió a sentir en sus carnes la certeza, decepcionante y comprobable, de que el mundo no iría a él ni lo esperaría, que ni siquiera se detendría: si esperaba, aquella vida pasaría de largo sin más. Al pensar en esto, Stanley se sentía abatido y le parecía terriblemente injusto.

En la obra de teatro que habían montado en el instituto, en sexto, le habían dado el papel de Horacio, que le gustaba: Horacio era un nombre memorable o, al menos, era el único que le sonaba antes de participar en la obra. Todo el mundo recordaba a Horacio. Era un nombre que se quedaba grabado. Horacio era el que permanecía, crítico y estridente, en la memoria cultural, mientras los personajes menos resonantes, de nombres menos pronunciables, iban perdiéndose por el camino. El papel de Stanley quedó prácticamente reducido a la nada por obra de la profesora de teatro, una mujer de nariz puntiaguda que había dicho: «La gente no quiere pasarse tres horas y media aquí sentada», y que en los ensayos comentaba: «Pues sí que eres un verdadero Horacio, ¿no, Stanley? Eres un Horacio de la cabeza a los pies». Stanley asentía, le daba las gracias y sentía una alegría íntima. No llegó a comprender lo que ella quería decir hasta varios meses después, cuando cayó en la cuenta de que el comentario era cualquier cosa menos amable. Incluso cuando estaba en el escenario, trotando tras la mediatibunda sombra de Hamlet, luciendo su resplandeciente jubón y doblando las piernas enfundadas en unas calzas, aún no había comprendido del todo que su papel solo existía para dotar a

otros, más interesantes, de mayor relieve y profundidad. Su madre lo calificó de «maravilloso» y cuando salieron entre risas a saludar estaba tan cerca como le era posible del centro: al lado de Hamlet, sujetando la mano sudorosa de Hamlet.

Hacia el final del séptimo curso, Stanley había visto un papelucho con la convocatoria de las pruebas grapado en el tablón de anuncios del departamento de orientación profesional, había rebuscado hasta encontrar un bolígrafo y había escrito su nombre. Supuso que quería ser actor desde niño. Ser actor formaba parte del vocabulario básico de profesiones de adultos que domina cualquier niño: profesor, médico, abogado, bombero, veterinario. Decidir querer ser actor no exigía originalidad ni una reflexión previa. No era como decidir ser jinete de carreras o verdulero o gestor de eventos para una fundación local, ya que ahí parte de la elección consistía en buscar y crear las opciones; no dependía de la oportunidad ni de la introspección. Decidir ser actor no era otra cosa que una forma de agarrarse con las dos manos a una de esas categorías discretas y empaquetadas. Stanley no pensaba en esto mientras escribía su nombre. La convocatoria estaba impresa en una hoja gruesa, que llevaba una filigrana y el emblema de la Escuela estampado en bronce.

Más adelante, deseando ampliar el recuerdo de aquella decisión anodina, imaginó que había sido entonces cuando levantó el bolígrafo, lo acercó al papel y apretó fuerte para que fluyera la tinta pegada en la bola, de tal modo que por un instante las puntas de los dedos se le pusieron blancas y se le quedaron sin sangre, en ese momento, imaginó, había sido cuando había aprovechado la oportunidad de dejar de ser Horacio para transformarse en algo completamente nuevo.

Octubre

–Bienvenidos a la primera fase del proceso de selección –dijo el catedrático de Interpretación, y esgrimió una breve sonrisa–. Aquí pensamos que un actor sin formación no es otra cosa que un mentiroso –estaba de pie tras la mesa con los dedos separados y apoyados en el cuero verde–. En vuestra situación actual –dijo–, todos sois mentirosos, no mentirosos tranquilos y persuasivos, sino mentirosos ansiosos y ruborizados, llenos de dudas. Algunos no conseguiréis entrar en esta escuela y seguiréis siendo mentirosos toda vuestra vida.

Se oyeron algunas risas aisladas, que en su mayor parte estaban llenas de incomprensión y procedían de quienes no conseguirían entrar. El catedrático de Interpretación volvió a esgrimir una sonrisa, que pasó por su rostro igual que una sombra.

Stanley estaba sentado al fondo, en tensión. Conocía del instituto a algunos de los candidatos, pero se sentó lejos de ellos por si acaso su presencia revelaba o

subrayaba algún aspecto de sí mismo que deseaba dejar atrás. En la sala se respiraba la tensión de la esperanza y la necesidad.

–Bueno... –prosiguió el catedrático de Interpretación–. ¿Qué ocurre en esta escuela? ¿Cómo repartimos el ritmo extraño, convulso y epiléptico de los días? ¿Qué violencia se inflige aquí y qué podéis hacer para minimizar los daños?

Dejó que la pregunta fuese asentándose como el polvo.

–Este fin de semana llevaremos a cabo una simulación del tipo de entorno de aprendizaje en el que viven a diario los alumnos de la Escuela –dijo–. Hoy impartiremos clases de improvisación, mímica, canto, movimiento e historia teatral, y mañana participaréis en talleres y ensayaréis un texto en colaboración con un pequeño grupo de personas. Se espera de todos vosotros que participéis plenamente en estas clases y que os esmeréis para demostrarnos el grado de compromiso que podéis ofrecernos si os invitamos a estudiar aquí.

»Estaremos observándoos a lo largo de todo el fin de semana, patrullando por los rincones y tomando notas. Si pasáis la prueba este primer fin de semana, os invitaremos a volver para hacer una entrevista y una prueba más formal. ¿Alguien tiene alguna pregunta sobre cómo va a desarrollarse este fin de semana?

Todos llevaban números de papel colgados en el pecho, como los corredores de un maratón. El número 45 levantó la mano.

–¿Por qué no hacéis pruebas normales, como el resto de las escuelas de interpretación? –preguntó–. Por ejemplo, preparar dos monólogos, uno moderno y otro clásico.

–Porque no queremos atraer a ese tipo de alumnos –dijo el catedrático de Interpretación–, el tipo de alumno que sabe venderse, que escoge dos monólogos que contrastan y demuestran a la perfección la variedad de sus destrezas y la profundidad de su astucia. No nos importan las diferencias entre lo moderno y lo clásico. No queremos estudiantes de los que aplican un código de colores para sus apuntes y empiezan a hacer los trabajos con varias semanas de antelación.

El número 45 se sonrojó, presintiendo que lo habían asociado con el tipo de estudiante que aplica un código de colores a sus apuntes y empieza a hacer los trabajos con varias semanas de antelación. Los otros esperanzados lo miraron con compasión y en su fuero interno resolvieron mantenerse alejados de él.

–La interpretación es una profesión que requiere cierta completitud –continuó el catedrático de Interpretación–. El consejo que os doy ahora es el siguiente: aquí no valen para nada vuestras ideas sobre el talento. El momento en que decidamos poneros en la lista de los aceptados (el momento en que decidamos que merecéis ocupar un puesto en esta escuela) no tiene por qué ser un momento en el que estéis actuando. Podría ser cuando estéis apoyando a otro. Podría ser cuando estéis mirando. Podría ser cuando estéis preparándoos para un ejercicio. Podría ser

cuando os encontréis solos, parados con las manos en los bolsillos, mirando el suelo.

Los estrategas presentes asentían con gravedad, planeando ya hacer como que los pillaban desprevenidos tan a menudo como fuera posible. Mentalmente tomaron nota de que debían acordarse de quedarse un momento parados con las manos en los bolsillos, mirando al suelo.

Stanley miró alrededor, a sus rivales, todos ellos impacientes y fervorosos como candidatos al martirio, con la figura imponente del catedrático de Interpretación sobre ellos, henchido del maravilloso honor de escoger al primero en morir.

–Le cedo la palabra a la catedrática de Improvisación –dijo el catedrático de Interpretación–. Buena suerte.

Octubre

El pasillo más largo de la Escuela bordeaba el gimnasio en toda su extensión. En uno de los lados tenía una cristalera con ventanales correderos cubiertos con cortinas; por el otro lado no había nada que interrumpiese la pared salvo las pesadas puertas dobles por las que se entraba al gimnasio, que se abrían en las dos direcciones. En esa larga pared se conservaba una serie de trajes que se exponían en vitrinas, aplastados contra el muro de ladrillo con los brazos vacíos extendidos, como fantasmas clavados a él por un súbito rayo de luz petrificante.

Stanley se detuvo a mirarlos. Suponía que habían conservado los trajes en recuerdo de interpretaciones memorables. Se inclinó para leer la primera placa dorada colocada bajo un par de flácidos pantalones de tela escocesa y una alegre camisa con volantes. No figuraba ni el título de la obra ni el nombre del actor, solo el nombre del personaje y una fecha, grabada como en una lápida. Belville. 1957. Las placas se sucedían en orden a lo largo de la pared. Stanley recorrió el pasillo como si fuera presentándoles sus respetos a los muertos, contemplando las mangas rígidas y desplegadas y las perneras flácidas, mirando los encajes ajados de los trajes más viejos, raídos y salpicados de moho. Vindici, Ferdinando, Señora Alving, Chambelán de la Corte. Se detuvo ante un pesado traje real, adornado con brocados de plata y forrado de satén. Una de las majestuosas mangas desplegadas se había desprendido y caía flácida junto al traje, de tal modo que la efigie parecía señalar hacia el vestíbulo, en tanto que la tela del brazo caído tiraba hacia abajo del hombro. Ministro de la Guerra. Hal. La solemne procesión de trajes a lo largo del pasillo semejaba un siniestro reguero de espíritus que goteasen de una grieta en las fronteras del otro mundo. Se estremeció. Perdita. Volpone. El Sapo.

Noviembre

–Te harán cosas terribles –dijo el padre de Stanley–. Entrarás en contacto con tus emociones, con tu ojo interior y con cosas peores. Dentro de un año, no te reconoceré. No serás otra cosa que una bola de sentimientos, enorme y rosada.

–Mira todos los famosos que han pasado por allí –dijo Stanley, quitándole el folleto a su padre y señalando la lista que aparecía en la última página, donde figuraban estrellas de cine y televisión señaladas con asteriscos rojos. Las páginas del folleto se habían reblandecido de pasarlas una y otra vez.

–Estoy deseando verte en la tele, en los programas que ponen por la mañana –dijo el padre de Stanley–. «Ese es mi hijo», diré en voz alta, aunque no haya nadie. «Ese que sale por la tele, con su tupé y sus retoques por ordenador. Ese es mi hijo.»

–¿Has visto las fotos de las instalaciones? –preguntó Stanley mientras pasaba las páginas del folleto hasta encontrarlas–. Está ubicado en el antiguo edificio del museo. Es todo de piedra, con suelos de mosaico y cosas así, y tiene unas ventanas enormes y altísimas.

–Ya lo veo.

–Se presentaron trescientas personas a las pruebas.

–Eso está muy bien, Stanley.

–Y solo entramos veinte.

–Estupendo.

–Sé que es solo un comienzo –dijo Stanley.

Apareció un camarero y el padre de Stanley pidió vino. Stanley se recostó en la silla y miró alrededor. El restaurante era elegante y oscuro, lleno de murmullos, de risas quedas, de aroma a colonia. Del techo colgaban farolillos rojos que se balanceaban brillando sobre ellos.

El camarero inclinó la cabeza y se marchó. El padre de Stanley se sacudió los puños de la camisa y esgrimió su sonrisa de terapeuta. Le devolvió el folleto empujándolo sobre el mantel.

–Estoy orgulloso de ti –dijo–. Va a ser estupendo. Aunque, no sé si lo sabes, pero ahora jugamos en equipos rivales.

–¿Y eso? –preguntó Stanley.

–El teatro trata de lo desconocido, ¿no? El teatro tiene sus raíces en la magia, en el ritual, en el sacrificio, y esas cosas exigen cierto grado de misterio. La psicología, en cambio, consiste en librarse del misterio, convirtiendo las supersticiones y los miedos en cosas comprensibles –le guiñó un ojo y pinchó una aceituna con un palillo–. Prácticamente, estamos en guerra.

Stanley se quedó sin saber qué contestar, como solía sucederle cuando su padre decía algo inteligente. Todos los años, después de aquella cena, Stanley se tumbaba

en la cama y se pasaba horas pensando qué contestación podría haber sido más inteligente que el comentario de su padre. Trató de pescar con el dedo las aceitosas burbujas de vinagre que flotaban en su plato.

–¿No estás de acuerdo? –preguntó su padre, mirándolo con atención mientras masticaba.

–En cierto modo –dijo Stanley–. Supongo que yo pensaba... Supongo que para mí actuar es una forma de conocer a una persona o meterme en ella. O sea, que hay que entender la tristeza para poder interpretarla. No sé. A mí me parece bastante similar a lo que haces tú.

–¡Ajá! –dijo el padre de Stanley con la prontitud codiciosa y desagradable de quien disfruta llevando la razón–. Entonces, ¿crees que los actores saben más de la gente corriente de lo que esta sabe de sí misma?

–No –respondió Stanley–, pero tampoco estoy muy convencido de que los psicólogos sepan más de la gente corriente que ella misma.

Su padre soltó una carcajada y dio una palmada en la mesa.

–¿No se supone que deberías darme consejos para la vida, pasarme el testigo o algo por el estilo? –preguntó Stanley para cambiar de tema.

–Mierda –exclamó su padre–. Debería habérmelo traído preparado. ¿Y si, en cambio, tú me dices qué tacos están de moda y contamos chistes guarros? Nunca he ido a una escuela de teatro. No me preguntes por mis sentimientos.

–No me sé ningún taco nuevo –dijo Stanley–. Creo que los viejos siguen de moda.

Hubo un silencio breve.

–Voy a contarte un chiste –dijo el padre de Stanley–. ¿Cómo se le practica una vasectomía a un cura?

–No sé –contestó Stanley.

–Dándole una patada en la nuca al monaguillo.

Stanley se echó a reír, disgustado de que su padre fuese más atrevido que él. Volvió a hojear el folleto, por si se le había pasado algo.

Llegó el vino. El padre de Stanley realizó una magnífica interpretación de la cata, haciéndolo girar en el fondo de la copa e inspeccionando la etiqueta de la botella.

–Está bien –dijo al fin al camarero, inclinando levemente la cabeza; después miró a Stanley y volvió a sonreír –. Bueno, conque quieres consejos para la vida.

–La verdad es que no –replicó Stanley–. Pero es que pensaba que me ibas a soltar el rollo ese de «ahora ya eres un adulto».

–¿Quieres que te suelte un rollo de psicólogo?

–No.

–Hijo, tienes buena sangre y un buen par de zapatos.

–Da igual.

–¿Te he contado lo de la paciente que se prendió fuego?

–Te oí contárselo a Roger.

–Consejos para la vida –dijo el padre de Stanley, alzando la copa para brindar–. Muy bien. Tengo uno bueno, aunque repugnante. Stanley, para señalar tu rito de paso a la edad adulta, voy a contarte un secreto.

Entrechocaron las copas y bebieron.

–Vale –contestó Stanley sin tenerlas todas consigo.

Su padre se tocó la solapa con las yemas de los dedos, mientras sujetaba la copa con descuido en la otra mano. Parecía rico, afectado, mortífero.

–Voy a contarte cómo ganar un millón de dólares –le dijo.

Stanley volvía a sentir un ardiente sentimiento de frustración, pero se limitó a decir «Vale» e incluso sonrió.

Su padre comenzó:

–Bien. Quiero que pienses en los años que has pasado en el instituto. Cinco, ¿no? Durante esos cinco años, como le ha pasado a todo el mundo, ha habido algún chico de tu curso que ha muerto, ¿verdad?

–Supongo.

–Puede ser que por conducir demasiado rápido, por pasarse con la bebida, por tontear con armas, por lo que sea, pero el caso es que siempre muere algún chaval. ¿Tú sabías, Stanley, que se le puede hacer un seguro de vida a una persona sin que esta lo sepa?

Stanley no dijo nada, simplemente lo miró.

–Y las primas por un chaval de instituto –prosiguió su padre son muy, pero que muy bajas. Siempre y cuando no haya ningún motivo para suponer que ese chico vaya a morir. A un chaval se le puede hacer un seguro de vida de un millón de dólares por unos doscientos al año.

–Papá... –dijo Stanley, incrédulo.

–Lo único que hace falta es escoger bien. Lo único que se necesita es ponerse manos a la obra, investigar un poco y obtener los datos que puedan darte algo de ventaja.

–Papá... –volvió a decir Stanley.

Su padre alzó las manos, haciéndose el inocente, y se echó a reír.

–¡Eh, que este consejo vale su peso en oro! –le advirtió–. Piensa en el chico de tu curso. El que murió en tu instituto. ¿Podrías haberlo escogido de antemano? Si podías haberlo previsto, también podrías haberte puesto manos a la obra y haberle sacado partido. Ese es el consejo para la vida que te doy, Stanley: así es como se hace rica la gente. Es el único secreto. Ven que las cosas van a suceder antes de que pasen y se adelantan.

El padre de Stanley volvía a lucir su sonrisa de terapeuta.

–No podría haberlo escogido –dijo Stanley al fin–. Al chico de mi curso. Tuvo

un accidente haciendo *skate* cuando volvía de la compra. De todos los compañeros, jamás lo habría escogido a él.

–Una lástima –comentó su padre. No dijo nada más. Jugueteeó con el tenedor, echó mano de la copa de vino y mientras bebía miró a Stanley por encima de la endeble montura de las gafas.

Stanley toqueteó el folleto de la escuela de teatro con tristeza. Con la chaqueta del traje tenía calor y se sentía incómodo, como si fuera un pollo atado y preparado para asar.

–¿Y yo? –preguntó–. ¿Puedes prever qué va a ocurrir antes de que suceda?

Su padre se inclinó hacia delante y clavó en el mantel un dedo blanco y huesudo.

–Preveo –dijo– que vas a pasar un año estupendo. Vas a hacerlo genial genial.

Octubre

–La interpretación no es una forma de imitación –dijo la catedrática de Improvisación con tono de seguridad después de que los esperanzados se sentaran con las piernas cruzadas en una irregular elipsis, en el suelo de la sala de ensayos. El catedrático de Interpretación rondaba por la puerta con su portapapeles, observando con estudiada indiferencia y sujetando el boli con los dedos mientras calibraba la valía y la calidad de cada estudiante en comparación con los otros.

La catedrática de Improvisación dijo:

–La interpretación no consiste en hacer una copia de algo que ya existe. La embocadura *no* es una ventana. El escenario *no* es una pequeña estancia con tres paredes donde transcurre la vida normal. El teatro es un *concentrado* de la vida normal. El teatro es una *versión purificada* de la vida real, un extracto, una esencia del comportamiento humano, más extraña, más trágica y más perfecta que cualquier aspecto corriente vuestro y mío.

La catedrática de Improvisación sacó una pelota de tenis de la bolsa de lona que había dejado junto a ella y se la tiró a uno de los esperanzados del grupo. El chico la atrapó con los pulpejos de las manos.

–No mires al catedrático de Interpretación –dijo la catedrática de Improvisación–. Haz como si no estuviese. Mírame a mí.

Abrió las palmas de las manos y el muchacho le tiró la pelota con timidez. El catedrático de Interpretación anotó algo con ferocidad en su portapapeles.

–Vamos a dedicar un momento a pensar en el mundo antiguo –dijo la catedrática de Improvisación, mientras se movía para sentarse sobre los talones–. En el mundo antiguo, una estatua de Apolo o de Afrodita no existía para engañar a la gente y hacerle pensar que *fuese* realmente el dios o ni siquiera que fuese un *retrato* auténtico del dios. La función de la estatua no era otra que servir de punto de

acceso. La estatua existía para que la gente pudiese acercarse al dios o experimentarlo *en aquel lugar*. ¿Sí? ¿Estáis todos de acuerdo?

Volvió a tirarle la pelota de tenis a uno de los esperanzados, que se sorprendió pero se las apañó para atraparla y devolvérsela con precaución. La catedrática de Improvisación la cogió y la sujetó un momento con las dos manos, apretando a conciencia la superficie gastada, presionando la goma dura de la bola y dejando que rebotase en su mano.

—Así pues, no cabe duda de que la estatua no es *lo auténtico* —prosiguió—. La estatua no es el propio Apolo. Cualquiera tendría que estar de acuerdo con eso, ¿no? Y tampoco es un facsímil de lo auténtico. No es un retrato de Apolo, un atisbo del aspecto que *realmente* podría tener Apolo ni de la ropa que podría vestir *realmente*. No es ninguna de esas cosas. La estatua es tan solo un lugar que hace posible la adoración. Es un lugar que vuelve innecesario buscar esa conexión en otra parte. Nada más. ¿Por qué es importante esto que estoy diciendo?

Le arrojó la pelota de tenis a una chica sentada en el otro extremo del grupo.

—¿Porque eso es lo que es el teatro? —se apresuró a decir la joven, que había cazado la bola limpiamente con las puntas de los dedos y había esperado a contestar para volver a lanzarla—. El teatro no es la vida real ni tampoco una copia perfecta de la vida real. Es solo un punto de acceso.

—Sí —dijo la catedrática de Improvisación, cogiendo la pelota y lanzándola con decisión contra la palma de su otra mano.

La chica sonrió en el acto y miró de reojo al catedrático de Interpretación, a ver si había sido testigo de su triunfo. No estaba mirando.

La catedrática de Improvisación dijo:

—El escenario no es la vida real ni una copia de la vida real. Igual que en el caso de la estatua, el escenario no es más que un lugar en el que las cosas *se hacen presentes*. En el escenario hacemos que ocurran cosas que normalmente no suceden. El escenario es un *lugar* en el que la gente puede tener acceso a cosas que de otro modo no estarían a su alcance. El escenario es un lugar donde podemos presenciar cosas de tal modo que se vuelve innecesario sentirlas o experimentarlas por nosotros mismos. ¿De qué estoy hablando ahora?

La pregunta era demasiado específica, de modo que los esperanzados la miraron frunciendo el ceño y frunciendo los labios para mostrar que no lo sabían. La catedrática de Improvisación casi temblaba. Paseó la mirada rápidamente de un rostro a otro, pero sin decepción, con la sonrisa ya casi en los labios, como si la respuesta estuviese esperando para salir borboteando de su boca, en una especie de desbordamiento de alegría.

—Catarsis —dijo al fin, cacareando la palabra—. Es de la catarsis de lo que estoy hablando. Se trata de una palabra que todos deberíais conocer. La catarsis es lo que hace que *vuestro* trabajo merezca la pena.

Octubre

En el vestíbulo había dos máscaras de porcelana que asomaban como vítreos conspiradores de una pila de porcelana llena de agua. La comedia miraba hacia un lado, fijando sus ojos alegres y muertos en el pasillo donde estaban la secretaria, la vitrina de los trofeos y los servicios. La tragedia miraba hacia arriba. La máscara trágica se apoyaba en dos tubos dorados que salían del agua por detrás de la mandíbula y el pómulo y llegaban hasta el borde inferior de cada uno de los ojos, que miraban el vacío con expresión trágica. Cuando se ponía en marcha la fuente, por esos tubos fluía el agua de la pila, haciendo que la máscara de la tragedia llorase.

A lo largo de la línea del agua había una película de mugre dorada y en el fondo de la pila unas cuantas monedas de plata, arrojadas allí con esperanza. En el pedestal sobre el que se asentaba la pila había una placa en la que se leía:

La mente cree lo que ve
y hace lo que cree:
ese es el secreto de la fascinación.

Octubre

Cuando vio el par de máscaras, lo primero que pensó Stanley fue que algunas personas sonreían con las comisuras de los labios hacia abajo y que otras sonreían cuando estaban muy tristes. Ya no miraba las máscaras. Estaba de pie frente a la fuente, con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido, mientras trataba de calmar los desbocados latidos de su corazón. Aún no habían conectado el mecanismo, de modo que la superficie del agua se veía lisa y suave como la piel de un tambor, mientras que las máscaras de porcelana con vetas azules aparecían secas y descoloridas en la quietud de la mañana.

Stanley había llegado casi una hora antes, incapaz de seguir soportando la pequeña órbita de su cuarto, donde una y otra vez se atusaba el pelo y comprobaba si llevaba la solicitud y metía la mano en la bolsa hasta tocar el borde duro y laminado de su número de candidato, que más tarde tendría que colgarse en el pecho con un par de diminutos imperdibles dorados. El vestíbulo estaba vacío. La secretaria se encontraba cerrada a cal y canto, y todos los pasillos principales a oscuras. Se quedó muy quieto e intentó expulsar el nerviosismo, como si se tratase de un mareo, de un brote de hipocondría o de un catarro imaginario.

Oyó el ruido sordo que hacía la puerta del auditorio al abrirse, se volvió y vio acercarse a un chico colorado y despeinado que transportaba un gramófono

antiguo, con el cuerno dorado y estriado, inclinado sobre su hombro. Parecía que pesaba. Apoyaba el gramófono en el torso y lo sujetaba por debajo con las dos manos, mientras atisbaba desde detrás para comprobar si tenía vía libre, y avanzaba con cuidado por el pasillo en tinieblas.

—¡Eh! —lo llamó—. ¿Eres técnico? No tendrás la llave de la oficina principal, ¿verdad?

—No, lo siento —dijo Stanley—. He venido a las pruebas.

El muchacho lo miró con detenimiento.

—Ah, que eres uno de los esperanzados —dijo con desinterés—. Se me había olvidado que eran este fin de semana ya. ¿Estás nervioso?

Stanley se encogió de hombros.

—Sí —dijo. Sacudió los brazos un par de veces e intentó pensar en algo que resultase apropiado, pero no se le ocurrió nada—. ¿Eres actor? —preguntó en cambio.

—No, soy de vestuario —dijo el chico—. Estamos recogiendo *La máquina hermosa*. Anoche fue la última función y mañana necesitan el teatro.

—¿Qué es *La máquina hermosa*? —preguntó Stanley. El chico se había parado en los límites del vestíbulo y resultaba un tanto extraño estar así, hablándose a gritos, cada uno en una punta de aquel enorme espacio de mármol.

—El montaje teatral de los de primero —dijo el chico—. Es algo así como demostrarle a la Escuela lo que vales, salir y hacer algo completamente solo en tu primer año. Fliparías con las cosas que se les ocurren. A final de curso lo ponen en escena como debe ser, con luces y todo.

—Ah —dijo Stanley.

—Deberías haber venido —dijo el chico—. Ayer fue la última función. Fue la leche —señaló con la cabeza el gramófono que transportaba—. Este año hay muchos músicos, así que hicimos una especie de musical, muy diverso y muy abstracto. Si lo hubieses visto, habrías flipado.

Stanley veía inflarse de orgullo al chico y se fijó en que había pasado de la tercera persona del plural a la primera. Le dio la impresión de que «diverso» y «abstracto» eran palabras clave, palabras de moda que tenían la capacidad de diferenciar a quien las pronunciaba y señalarlo como uno de los escogidos. Había algo premeditado en la dejadez de aquel chico, que sacudía la cabeza como un poni y giraba la cadera para adoptar una pose semejante a la de un modelo posando para una revista de ropa de caballero.

—¿Es la primera vez que te presentas a las pruebas? —preguntó. Se había puesto en movimiento y caminaba en dirección a la puerta de la secretaría, donde dobló la rodilla para dejar con cuidado el gramófono en el suelo, a los pies de una pared cubierta de casilleros dorados y relucientes. Stanley oía la voz de la profesora de teatro del instituto: «Muévete mientras recitas el texto, no después de hacerlo».

–Sí –respondió–. ¿Debería preocuparme?

–¡No! –contestó el chico con frialdad–. Tú relájate, diviértete y no te esfuerces demasiado. No es tanta cosa como piensa todo el mundo.

–¿Los de vestuario también tenéis que hacer pruebas?

–No.

Stanley esperó, pero el chico no explicó nada más. Se incorporó y probó sin mucha convicción a ver si se abría la puerta de la secretaría, pero estaba cerrada con llave. Volvió a mirar a Stanley.

–Lo curioso de este sitio –dijo– es que nadie dice nada malo de él. Incluso los que no entran. ¿Has hablado con alguien que no haya entrado?

–No –dijo Stanley.

–Siempre dicen: «Ahora sé que quiero esto. He visto un atisbo de lo que se cuece aquí y puede que no haya entrado, pero ahora arde en mí una llama y por Dios que voy a currármelo y a presentarme otra vez a las pruebas el año que viene y que seguiré haciéndolo hasta conseguir entrar». Dicen: «¡Qué honor y qué privilegio haber podido presentarme a las pruebas de esta gente tan asombrosa, pasar un fin de semana en la Escuela y ver un atisbo del lugar del que sale el verdadero talento». Dicen: «Este sitio es un auténtico despertar». ¿No te parece raro?

Stanley se encogió de hombros, inseguro. Había dado medio paso atrás mientras el chico hablaba y sentía en los riñones el frío que emanaba de la pila de porcelana.

–Nadie se va de aquí haciendo un corte de mangas. Nadie dice: «¡Muchas gracias, cabrones!». Nadie dice: «De todas formas, no quería entrar en esta mierda de escuela para gilipollas». Nadie dice: «¡Y una mierda que no soy tan bueno como ese o como aquel! ¡Explicadme exactamente por qué no he entrado!». Nadie dice nunca nada terrible. De verdad, ¿no te parece raro?

–Es una escuela prestigiosa. Supongo que la gente le da mucha importancia a eso –dijo Stanley.

–Ya –dijo el chico, de pronto desdeñoso; saltaba a la vista que acababa de descartar a Stanley por considerarlo una persona que no tenía nada que ofrecer ni que decir–. En cualquier caso, buena suerte. Igual nos vemos por aquí el año que viene.

–Sí –dijo Stanley. Se avergonzaba de no ser una persona interesante, pero la ansiedad que le provocaba la prueba lo tenía demasiado preocupado como para que le importase. Se volvió hacia la fuente y se metió las manos en los bolsillos, lleno de resentimiento. Estuvo escuchando hasta que oyó los pasos del chico perderse por el pasillo y, por último, el golpe sordo de la puerta del auditorio.

Tres

Jueves

En el periódico de la mañana se lee: «Profesor niega haber mantenido relaciones sexuales con alumna».

–Pobre señor Saladin –dice la profesora de saxofón–. Pobre señor Saladin, con esas manos tan finas, con ese corazón solitario y palpitante, con esa cara de...

–En la foto no sale la cara –la interrumpe Patsy, que está de mal humor–. Se tapa la cabeza con la chaqueta.

Suena el teléfono.

–Pero de todas formas se la imaginan –dice la profesora de saxofón–. Esas madres sedientas, de ojos negros y tristes. Se imaginan unos dientecillos afilados y un agujero húmedo dispuesto a engullir. Se lo imaginan con bolsas azuladas bajo los ojos.

Patsy observa el artículo con la cabeza ladeada. Distraída, recoge con el dedo las migas que quedan en su plato.

–Lo entiendo a la perfección, señora Miskus –dice la profesora de saxofón al teléfono–. No, por Dios, no lo conocía, pero de todos modos puedo decirle algo sobre él –Patsy se levanta y rebusca hasta encontrar su abrigo. La profesora de saxofón la sigue con la mirada mientras habla–. El señor Saladin ha dejado un legado, una desconfianza particular, una desconfianza atónita y fascinada que se ha propagado entre mis alumnas como un virus. Allá donde va, la chica violada es recibida con cuchicheos, con codazos, con una envidia ciega y dolorosa. Al apagar la luz, los padres lloran y se preguntan qué le hizo ese hombre, pero las muchachas arden con su propia pregunta: ¿Qué fue lo que hizo ella? ¿Qué sabe ahora que tan peligrosa la vuelve, como la fuga lenta y ambarina de un gas nocivo?

Patsy se contorsiona para ponerse el abrigo, se despide haciendo un gesto con la mano, le lanza un beso. Se marcha.

–Tratan de imaginársela acariciándole la cara, arqueando el cuello y susurrándole cosas, palabras especiales que nadie había dicho antes. Tratan de imaginársela recostada contra la pared del aula de música, respirando agitadamente, con los ojos cerrados y las manos por encima de la cabeza, apretando los puños. Tratan de imaginarse las cosas corrientes, como, por ejemplo, «¿Quedamos a la hora de comer?» o «Ayer no pude dormir» o «Me gusta más la camisa a rayas». Piensan que tal vez ahora, cuando cruza los brazos sobre el pecho, cuando se alisa el pelo por un lado, cuando de pronto se queda en silencio y se muerde el labio con fuerza, piensan que tal vez ahora esas cosas hayan cobrado un sentido que antes no

tenían. Tratan de imaginárselo, señora Miskus. Tratan de imaginar qué sentido tendrán ahora esas cosas.

La profesora de saxofón guarda silencio y escucha mientras juega con el cable del teléfono. En el rellano se oye el golpe de una puerta al cerrarse.

–Lo comprendo –dice al cabo de un rato–. Su pobre hija, que es tan frágil y tan sensible, se siente sucia por asociación y quiere mantenerse lo más lejos posible de ese hombre horrible. Dígale que tengo un hueco los martes a las tres.

Viernes

Hay un aviso que informa de que van a reanudarse los ensayos. Han encontrado a otra persona para ocuparse de las clases de jazz, identificada en negrita como «señora Jean Critchley». No era necesario dar el nombre, pero eso sirve para hacer hincapié en que es una «señora» y se llama Jean.

–Pues claro que han cogido a una mujer –dice en tono misterioso la primer saxo alto. Se han parado todas en el pasillo en un apelotonamiento desaliñado.

–A mí me gustaba el señor Saladin –dice Bridget con su característica voz tensa y zafia.

–¿Ya lo han metido en la cárcel? –pregunta la primer saxo alto.

–Es probable que esté en arresto domiciliario –dice la contrabajista–. Para que no reincida.

–Y una mierda –dice la primer trombón–. Estará en casa en pijama, viendo la tele todo el día.

No se les ocurre nada más que decir, de modo que se quedan un momento mirando el nombre de la señora Jean Critchley, destacado en negrita.

–Con ese nombre, seguro que es una zorra –dice la primer saxo alto, poniendo en palabras lo que piensan todas.

Viernes

–Ayer fui a ver al señor Partridge después de clase para pedirle una prórroga en mis estudios –dice Isolde–. Estaba en su despacho y, cuando entré, salió pitando de detrás de la mesa y dijo: «Vamos a hablar fuera. Venga, sal». Ahora todos hacen eso. Tienen miedo a los espacios cerrados.

La profesora de saxofón la mira y piensa: «Este es el nacimiento de una nueva Isolde, una Isolde endurecida e insensibilizada, que ha visto el brillo sucio y perverso del mundo pero aún alberga una pizca de duda porque todavía no ha sentido en sus carnes lo que ha visto y oído».

–Bueno, el caso es que salimos al pasillo –dice Isolde. Desliza el saxofón hacia atrás, de modo que queda colgando flácido de un hombro, como una cartera escolar, mientras sujeta la correa con las dos manos en el hombro. Apoya el peso del cuerpo en la otra pierna, saca la cadera y abre y cierra sus enormes ojos, convirtiéndose en un instante en una víctima dulce e inocente. Cambia la iluminación, que se vuelve más pálida y difusa, hasta que Isolde queda de pie envuelta en la luz cremosa y lila de un pasillo de la escuela a última hora de la tarde, con todas las taquillas abiertas y vacías, y el suelo cubierto de bolsas de patatas fritas que se mueven como hojas plateadas.

»Y yo voy y le digo: «Quería saber si podría conseguir una prórroga o algo por el estilo, porque en casa las cosas han ido tan mal...».

Entonces, con un gesto perfecto, desliza el saxo desde el hombro y se lo coloca en los brazos, sujetándolo sin fuerza por debajo de la campana con las dos manos y apretándolo contra la pelvis en actitud de indiferente protección, igual que un hombre podría sujetar una carpeta contra su cuerpo, de pie en un pasillo, frente a una alumna iluminada por un rayo de luz cremosa y lila, cuando todos los demás se han ido a casa ya.

La profesora de saxofón piensa lo mucho que disfruta con esos cambios, cuando Isolde se sale de una persona y se convierte en otra. A Bridget se le dan bien las voces, pero con Isolde la interpretación es siempre física y total, como una inesperada muda de piel. La profesora de saxofón se mueve en la silla y asiente para que sepa que está escuchando.

–Y él sacude la cabeza –dice Isolde, ensanchándose, inclinándose hacia atrás sobre los talones y metiendo tripa para que su pecho se infle– y me suelta: «Yo no soy de esos profesores que se congradan con las alumnas para ganarse su afecto. Ese no es mi estilo. Yo soy de los que adquieren popularidad escogiendo un chivo expiatorio. Hago esto con todos y cada uno de los grupos a los que doy clase. Si te concediese una prórroga estaría siendo un hipócrita y minando mis propios métodos».

»Me dice: «Isolde, cuando me propongo ganarme el afecto de una alumna, no empiezo por darle una prórroga si no la necesita de verdad. Empiezo por cultivar una cultura de envidias en el aula. La envidia constituye un elemento clave en todo entorno de aprendizaje, porque implica competencia y la competencia supone excelencia. Únicamente en una clase donde haya envidia puede florecer un afecto verdadero y ferviente».

»«Solo cuando estoy seguro de que mis alumnas están bien situadas para envidiarse unas a otras escojo mi chivo expiatorio. No es fácil elegir un chivo expiatorio, Isolde. No es tan fácil como conceder una prórroga a una alumna que realmente no la necesita. Escoger un chivo expiatorio es una tarea muy difícil y delicada. El truco –y aquí Isolde empuña el saxofón, blandiéndolo en el aire para

subrayar sus palabras— consiste en no escoger a la chica a la que ya detesta todo el mundo. Esto haría que las compañeras se compadeciesen del chivo expiatorio y me despreciasen por ser cruel. No quiero ser cruel con mis alumnas.»

»«El truco consiste en escoger a la chica menos original de la clase. Tiene que ser poco original porque has de poder estar seguro de que se comportará exactamente del mismo modo cada vez que la uses. Tiene que ser poco original porque debe ser tan tonta que se piense que ha sido escogida por su propia vis cómica. Tiene que creer que la risa que generas es inclusiva.»

»«Isolde», me dice, «yo soy un buen profesor y mis alumnas me aprecian. Me gano su afecto colectivo escogiendo una víctima que ha de ser sacrificada por todos ellos, no me lo gano haciéndole favores a cada alumna individualmente. Es un buen método y yo soy un buen profesor. No quiero darte una prórroga solo porque tu hermana mantuviese relaciones sexuales y todo el mundo lo sepa y porque tú me des mucha pena. Te he explicado mis motivos. Lo siento».

Las luces vuelven poco a poco a iluminar la escena. Isolde concluye graciosamente y vuelve a sujetar el saxofón en la correa, lista para empezar la clase.

—Así que no conseguiste una prórroga —dice la profesora de saxofón mientras se levanta.

—No —responde Isolde—. Me dijo: «Lo que tienes que aprender, Isolde, es que la vida no es justa, y punto».

Viernes

En este instituto laico hay una nueva tradición, que ha cobrado una gran popularidad: ir a la tienda de golosinas a comprar botellas de plástico de Coca-Cola, de las de cuello corto, y luego quitarles con la uña el pequeño disco azul de borde rígido que va en la parte interior del tapón. Las chicas se llevan a la boca ese disco azul y con los incisivos abren un agujerito en la parte central del plástico resbaladizo para perforar el material. Así pueden extraer la parte central del disco y dejar solo el borde. Luego van estirando con suavidad ese aro de plástico translúcido, dándole vueltas en las manos una y otra vez, tirando de él con cuidado, de tal modo que va ensanchándose cada vez más, hasta que se convierte en una pálida banda por la que cabe la muñeca. Entonces pueden usar esas bandas de plástico como pulseras.

Popularmente reciben el nombre de pulseras «fóllame». Hacerse una de esas pulseras con el precinto de una botella de Coca-Cola es una prueba de audacia, ya que quien la rompa, aunque sea por accidente, contrae una obligación con la chica que la lleva. A veces, en las fiestas, los chicos se inclinan para besar a una chica y con la mano libre le tantean la muñeca con intención de romper el precinto.

Normalmente, la chica se da cuenta de que él está intentando romperle la pulsera y hace como que se debate, consciente de lo que supone esa rotura: fingirá que se resiste y retorcerá el brazo apartando la muñeca para que se parta más rápido. Una vez que se ha roto, saben que no les queda más remedio que llegar hasta el final.

Es una vergüenza que alguien rompa su propia pulsera. Las chicas se ríen al pensarlo y marginan a quien comete la torpeza de romper la fina banda de plástico al engancharse con una puerta o con el cierre de la mochila.

Una de las chicas dice:

–Encontraron una pulsera «fóllame» en el aula del señor Saladin. Debajo del piano. Estaba rota.

No es cierto.

Lunes

–Gracias a todas por venir –dice el orientador, tratando de hacerse oír en medio del barullo y alzando las manos como si fuese un político o un sacerdote–. Me gustaría mucho seguir profundizando en algunos de los temas que surgieron en nuestra última reunión. Se me ha ocurrido que hoy podemos hablar de cómo asumir el control.

Julia está sentada al fondo, hundida en la silla, con los brazos cruzados, un tobillo atravesado sobre el otro y el pelo cayéndole por la cara. Observa a las otras chicas, que van entrando del brazo de sus amigas favoritas, huyendo del frío de fuera, y avanzan por la sala en un escuadrón rectangular de favoritas. Negocian dónde sentarse entre susurros y codazos, presas de un pánico desesperado que les hace entornar los ojos, siempre temerosas de tener que ocupar un día los espantosos asientos de la periferia, cosa que las obligaría a estar todo el rato inclinándose y preguntando: «¿Qué? ¿Qué es lo que tiene tanta gracia? ¿Qué ha dicho?».

Julia las observa mientras van encajándose en sus sitios en torno a la persona que en ese momento simboliza el culmen de la popularidad y el ingenio, con un sentimiento de desprecio pero también un punto de envidia. La mayoría de las alumnas están en séptimo, son coetáneas de la chica violada y están contagiadas solo por vaga proximidad. El resto son las que estudian música, cuyo contagio es más grave, por lo que las han convocado personalmente por medio de una hojita de color rosa, fotocopiada hasta la saciedad y firmada por el orientador con mano delicada y susurrante.

Se abre la puerta y Julia ve, sorprendida, a la hermana de la chica violada, que sujeta con cuidado la convocatoria rosa mientras comprueba la placa con un número dorado que hay sobre el pomo de la puerta. Isolde aún está en quinto y es

demasiado joven para la orquesta y la banda de jazz, así como para el conjunto de jazz de los alumnos de los últimos cursos. Al entrar saluda con la cabeza a unas cuantas chicas, que deben de ser amigas de su hermana. El orientador sonríe con gesto aprobatorio al verla entrar, para demostrarles a todas lo orgulloso que está de ella, del mismo modo que uno se siente orgulloso de una mascota o de una bandera.

Observando a Isolde, que se recoge el pelo detrás de la oreja mientras mira alrededor buscando desesperadamente un sitio, Julia siente una chispa de interés por esa chica, condenada ya a quedar eternamente a la sombra arqueada y jadeante de su hermana, y se pregunta qué estará pensando.

Cuando Isolde se sienta, la chica de detrás se inclina hacia ella, le aprieta los hombros deslizando los dedos en el hueco de la clavícula y le pregunta «¿Estás bien?» con un susurro compasivo. Isolde se retuerce para librarse de las manos de la chica, asiente y le contesta algo que Julia no logra oír. La chica sacude la cabeza, le da una palmadita a Isolde y se echa atrás con un suspiro maternal. Inmediatamente, se vuelve para tirarle de la manga a la chica sentada a su izquierda, que ya está inclinándose para escuchar.

Julia observa cómo van concentrándose los susurros entrecortados y extendiéndose a lo largo de la fila de detrás de Isolde, mientras estudia su rostro impávido.

—¿Saltaríais de un puente solo porque vuestros amigos lo hiciesen? —está diciendo el orientador. Es su pregunta favorita y la hace rutinariamente, en tono grandilocuente y triunfal, como si acabase de ejecutar un magnífico jaque mate.

Julia ve que Isolde se mueve un poco en la silla. Está mirando al orientador con gesto de aburrimiento, frunciendo el ceño y haciendo un ligero mohín con los labios flácidos, pero sin prestarle verdadera atención. Tiene los pómulos redondos y los ojos redondos e inocentes de su hermana, pero, mientras que la redondez de Victoria es una plenitud, orgullosa, abierta, desafiante, a Isolde le da la expresión de una niña mimada, regordeta y acaramelada. Isolde luce su propio rostro como si se tratara de un accesorio de moda que sabe que le quedaría mejor a cualquier otra.

—Para algunos —está diciendo el orientador— la seducción es un medio de llamar la atención. La seducción es una llamada de auxilio, un último y desesperado intento de establecer un contacto real con otro ser humano —menea un dedo regordete señalando a las chicas sentadas en filas en torno a él, formando un semicírculo de tela escocesa, con las corbatas aflojadas y las piernas de suave terciopelo cruzadas por la rodilla—. Esa gente solitaria y herida —dice— a veces busca contactos físicos y sexuales que en realidad no desean, pero sin los que no pueden vivir. Debéis apartaros de esa gente —hace una pausa para que sus palabras causen mayor efecto—. El señor Saladin era una de esas personas.

Julia observa a Isolde, pero esta sigue mirando fijamente al orientador con la

misma expresión vacía. Julia se pregunta si estará actuando. Trata de imaginarse cómo será estar en la piel de Isolde, volver a casa cada día como si fuese una enviada de un lugar prohibido, caminar alrededor de su hermana, observarla en la cena desde el otro lado de la mesa mientras aplasta sus patatas hasta convertirlas en una pasta lúgubre, pasar por delante de la puerta de su cuarto, aún con sus pegatinas desvaídas y medio despegadas y un trozo de cinta de seguridad robada, cruzarse con ella en el vestíbulo, empapada y envuelta en una toalla. Julia se imagina una madre demacrada y llorosa y un padre que se hurga en la corbata como si esta lo estrangulara. Se imagina llamadas telefónicas apremiantes, gente gritando en susurros, un silencio húmedo y cambiante. Se imagina a Isolde en medio de todo eso, tratando de ver la tele, de cepillar los zapatos del uniforme o de buscar en el periódico las partes divertidas, sola y aislada por una zona de aire muerto, como un barco en el ojo de la tormenta.

Julia observa a Isolde mientras esta se examina las uñas con serenidad y se muerde una cutícula.

—Este terrible caso de abuso de menores —está diciendo el orientador— es un ejemplo típico del modo en que la seducción puede utilizarse como un medio para asumir el control. Al aprovecharse de esa chica, el señor Saladin anuló su derecho de propiedad sobre su propio cuerpo. Abusó de su posición de poder como profesor. Utilizó su posición de poder para *asumir el control*.

Ha apartado el atril y ahora se apoya con indiferencia en el borde de una mesa, con una mano en el bolsillo, y el puño cerrado de tal manera que la tela se tensa en torno a su pelvis y tira ligeramente de la cremallera de la bragueta. Con la otra mano hiende el aire como si estuviese dirigiendo una pieza de música muy moderna y conmovedora.

—Mi objetivo para hoy —dice con suavidad— es hablar sobre los diversos modos en que puedo ayudaros a *asumir el control*. ¿Alguien quiere decir algo antes de empezar?

Todas sacuden la cabeza y le sonríen, moviéndose en los asientos como gallinas en sus perchas. Entonces Julia dice:

—Yo.

Todas menos Isolde se vuelven rápidamente para mirarla con un movimiento susurrante. Julia parpadea tranquila y dice:

—Yo no creo que el señor Saladin quisiese asumir el control.

El orientador frunce el ceño y se lleva la mano a la cabeza para tirar de un mechón de pelo de la nuca.

—¿Ah, no? —dice.

—No —dice Julia—. La parte excitante no es asumir el control. Acostarse con una menor no es excitante porque consigas controlarla. Es excitante porque arriesgas

mucho. Y arriesgarse resulta excitante precisamente por la posibilidad de perder, no por la posibilidad de ganar.

Las chicas la observan de arriba abajo y se asombran con una fascinación colectiva, llena de repugnancia. Su expresión es la que tendría cualquier chica popular que se dignase mirar a una impopular mientras esta hablase. Miran a Julia como si fuese una atracción de feria: algo intrigante, pero que puede asquearte un poco.

—Es como el juego —dice Julia aún más alto—. Si haces una apuesta que estás casi seguro de ganar, no va a hacerte segregar mucha adrenalina. No es tan excitante ni tan divertido. Pero si haces una apuesta con todas las probabilidades en contra y tan solo un pequeñísimo margen de esperanzas de ganar, segregarás adrenalina por un tubo. Hay más probabilidades de perder. Lo que te excita es la posibilidad de perder.

Las chicas comienzan a moverse y a rezongar, pero la mirada entornada de los ojos de Julia, brillantes y duros, sigue fija en el orientador. Él se mira los zapatos.

—El hecho de que Victoria fuese menor, virgen, y tal, no resultaba excitante porque él pudiese ejercer un mayor poder sobre ella —está diciendo Julia—. Era excitante porque se arriesgaba a perder mucho más si alguien se enteraba —Julia suele ladear la cabeza de un modo peculiar, que hace que sus palabras resulten aún más chocantes—. No solo la perdería a ella —dice—. Lo perdería todo.

Hay un breve silencio y luego otro susurrante movimiento de cabezas cuando todas las chicas se giran para mirar al orientador. Este alza la vista, vuelve a tirar de su mechón de pelo y suspira.

—Creo que nos hemos desviado del tema —dice—. Lo que nos importa ahora es el desequilibrio de poder. Nos importa el hecho de que, como profesor, el señor Saladin abusase de su posición de poder buscando una relación con una alumna.

—Solo nos hemos desviado de *su* tema al mío —le suelta Julia—. Y, de todas formas, ¿acaso no es cualquier relación en cierto modo un desequilibrio de poder?

El orientador se vuelve con rapidez hacia el grupo antes de que Julia pueda abrir la boca para decir más.

—¿Vosotras qué opináis? —pregunta, tratando de establecer contacto visual solo con las chicas menos combativas y elocuentes de la sala—. ¿Alguna idea? ¿Estáis de acuerdo? ¿Sí? ¿No?

Algunas chicas levantan la mano y empiezan a hablar. Julia pierde el interés de inmediato. Mira al orientador con el ceño fruncido, hurga en su bolsillo en busca de un bolígrafo y se pone a garabatear en el dorso de su mano como si no le importase. Al cabo de un rato, alza la vista y de pronto se sorprende al ver que Isalde está mirándola. Ya no tiene una expresión infantil y acaramelada. La mira con la cabeza un poco vuelta hacia ella, de modo que la observa por encima del

hombro como si fuese una reina fría y despreocupada, con los músculos del cuello en tensión.

Julia se pone colorada bajo el cuello de la camisa y se arrepiente de sus palabras demasiado tarde. El corazón le late muy rápido. De pronto se siente demasiado grande para su propio cuerpo, torpe, estúpida y patosa, y ese sentimiento la recorre entera en un estremecimiento espantoso.

Mantienen la mirada un momento y luego Isolde aparta la vista.

Sábado

Isolde y Victoria están viendo la televisión. Isolde está hecha un ovillo en el hueco que el gato ha ido haciendo en el sillón, con las rodillas en el pecho y la cabeza apoyada en el brazo. Victoria está tumbada en el sofá con una pierna levantada y sujetando con suavidad el mando entre el índice y el pulgar. Su padre ha cruzado la habitación, le ha estrujado los dedos de los pies a Isolde con su enorme mano y ha dicho: «Buenas noches, perezosas». Su madre les ha gritado desde la escalera: «A la cama a las once, por favor». Sus pasos en contrapunto, ligeros y pesados, han ido perdiéndose en la escalera, y acaba de cerrarse la puerta de su cuarto con un chasquido débil, similar al crujido de los nudillos.

Victoria dice:

—¿Qué ha sido de aquel grupo de chicos con los que salías antes? ¿Siguen quedando con vosotras?

Habla con el derecho unilateral de una hermana mayor que exige toda la verdad. Al ser la mayor, la perspectiva de Victoria sobre la vida de su hermana pequeña siempre es la de una veterana reciente, experta, cualificada, imperturbable. Es como si, en cada nueva fase, Isolde se limitase a heredar una nueva prenda que su hermana mayor ha desechado porque se le ha quedado pequeña y Victoria tuviese derecho a entrar en su cuarto a mirarla mientras se pelea con las mangas para ponérsela. Cuando Isolde tenga su primera regla, cuando se ponga su primer sujetador, cuando dé su primer beso, cuando escoja un vestido para su primer baile... En todos esos hitos Victoria está o estará presente. Si no, la hermana mayor siempre tiene derecho a preguntar: «¿Por qué no me lo dijiste, Issie, por qué?».

En cambio, la pequeña Isolde jamás se atrevería a preguntarle a Victoria qué *pasó* realmente tras la ventanita cubierta de papeles del aula de música. No se atrevería a preguntarle por los detalles: la vida escondida bajo la ropa de él, su respiración, su contacto. Jamás le preguntaría: «¿Estaba nervioso, Toria?» o «¿Quién dio el primer paso?» o «¿Primero pasasteis semanas y semanas hablando, sobre vosotros, sobre lo que queráis y lo que no teníais?». Todas estas son preguntas que a Isolde no le está permitido hacer. Ella no podría preguntar «¿Por qué no me lo *dijiste*?» cuando

Victoria cazó a su primer amante, cuando inició su primera aventura, cuando rompió su primera promesa o cuando por primera vez derramó unas gotitas, como flores, de sangre virginal, ya que todos esos pequeños jalones forman parte de un territorio al que aún no pertenece la hermana menor.

Más adelante, cuando Isolde tenga la edad de Victoria y Victoria siga estando dos pasos por delante, tal vez en la universidad, fumándose su primer porro, volviendo a casa con las sandalias colgadas de la muñeca después de haber tenido su primer rollo de una noche, decidiendo por vez primera lo que de verdad va a *ser*, puede que entonces Victoria le cuente lo que sucedió en realidad. No con todos los detalles, porque incluso entonces Victoria seguirá siendo displicente y deliberadamente despegada, así que se limitará a sacudir la mano y decir: «Lo que pienso es que mamá y papá se portaron como cabrones con todo ese asunto» o «¡Por Dios, pero si eso pasó hace siglos!». Diría: «Íbamos a fugarnos juntos, pero al final él volvió con su exnovia. Me lo encontré en la calle hace unos meses. Está más gordo».

Pero hablar de ello ahora resultaría imposible. Isolde piensa que presionar a Victoria para que le dé un detalle, una respuesta, un plano sería como saltarse un capítulo de un libro. La vida de Victoria siempre estará dos pasos por delante, ahora y siempre, y si Isolde pudiese ver el camino antes de recorrerlo por sí misma, en cierto modo estaría haciendo trampa.

—Sí, pero significa que nunca cometerás los mismos errores que yo —dice Victoria, que no quiere que Isolde piense que se lleva la peor parte.

—No —dice Isolde—. *Cometeré* los mismos errores, pero, cuando lo haga, no parecerá interesante porque ya lo habrás hecho tú y yo solo seré una copia.

—Sí y no —dice Victoria—. Tú lo tienes mejor. Mamá y papá son mucho más estrictos conmigo que contigo. Consumen todas sus energías conmigo y, para cuando tú llegas, sus expectativas han disminuido, y ya no se preocupan.

—Sí y no —dice Isolde—. Tengo que fingir que soy un bebé, y eso es una mierda.

—Ya, pero cuando yo tenía seis años, me regalaban lápices de colores y tizas por Navidad, y cuando tú tenías seis años, te regalaron una raqueta de tenis rosa con una funda rosa con purpurina. Cuanto más viejos, más dinero tienen. Tú has tenido muchos más juguetes que yo.

—Ya, pero nada más. Siempre me comparan contigo. A ti no te comparan con nadie, porque siempre haces las cosas antes que nadie.

—Eso es una chorrada —dice Victoria—. ¿Cuándo fue la última vez que te compararon conmigo?

La conversación reconforta, porque en el fondo saben que al menos ocupan un lugar, la mayor y la menor, un lugar que cada una de ellas llena de forma ajustada y completa, igual que el cuerpo de Isolde se acopla al viejo hueco que el gato se ha ido haciendo en el sillón que hay junto a la pared. En el fondo saben que la cosa

está más relacionada con un equilibrio necesario que con algún tipo de copia fallida. Cada hermana no constituye una copia reflejada en un espejo, sino una mitad informe y retorcida, con los bordes irregulares, de las atenciones y la autoridad de sus padres.

—¿Qué fue de aquel grupo de chicos con los que salías antes? —pregunta ahora Victoria, e Isolde responde:

—Bah, yo qué sé. Todos los chicos de Saint Sylvester son gilipollas.

—Eso pensaba yo... —dice Victoria—. Cuando tenía tu edad.

Miércoles

Hay un ambiente extraño en la sala de ensayo mientras las alumnas de la banda de jazz van montando los instrumentos y desplegando los atriles. Es la primera vez en tres semanas que se han juntado a ensayar y en el fondo de su ser todas se sienten traicionadas, no por el señor Saladin, que iba siempre despeinado, era muy jovial y las llamaba princesa o señora, sino por Victoria, que las había engañado a todas fingiendo que era una de ellas.

Las chicas guardan silencio mientras sufren colectivamente la gran humillación de haber sido las últimas en enterarse. Despunta en ellas la indignación al pensar que durante todo aquel tiempo Victoria debía de haberlas visto fracasar sin decir nada, que durante todo aquel tiempo se sentaba entre ellas en silenciosa y engreída posesión de su secreto. Ahora todas se ven obligadas a recordar sus propios coqueteos con el profesor, tímidos e inocentes, sintiendo que el recuerdo de cada estremecimiento de alegría se ha contaminado al descubrir que por entonces ella ya les había robado al señor Saladin, que él ya era suyo. Recuerdan la clase de viento-madera, cuando él agitaba el puño en el aire y decía «¡Eso es precisamente a lo que me refiero!» y sonreía con su sonrisa de niño; lo recuerdan en el patio, a la hora de comer, cuando se ponía a jugar con ellas a pasarse una pelotita rellena de arena y luego se iba corriendo con la pelota cuando empezaba a perder; lo recuerdan antes de los ensayos, cuando paseaba por la clase y empezaba a hablarles del Festival de Shakespeare, del concurso de música de cámara, de los cambios en el uniforme de verano...

—Le dije que le quedaba bien el uniforme de verano, hace un montón de tiempo, en el primer trimestre —dice la primer trombón mientras vacía la válvula para la saliva en la alfombra—. Yo estaba con ellos.

El hecho de que finjan haberlo sospechado desde el principio indica la profundidad de la herida. Todo lo que hasta ahora han visto del amor o lo que les han contado ha sido una perspectiva interior y no están preparadas para el peso abrumador de esa exclusión. Ahora se dan cuenta de lo mucho que dejaron de ver

y de lo poco deseadas que eran, descubrimiento que las obliga a reimaginar dolorosamente su propio ser como algo periférico, no deseado y absolutamente secundario.

—Él hacía una cosa —está diciendo la percusionista— cuando estaban tumbados el uno junto al otro en la oscuridad y él no estaba seguro de si ella sonreía. Ponía los índices en forma de uve y le tocaba una y otra vez las comisuras de los labios. A veces se tumbaba de lado y dejaba los dedos allí, suavemente, mientras hablaban sin parar en la oscuridad. Se reían de ello. Era algo que él hacía.

Bridget está en el rincón, sacando el saxo de su estuche de piel gris y colocando distraída la boquilla. La semana pasada compró varias lengüetas de diferentes fabricantes para probarlas y le puso a cada una un numerito rojo para distinguirlas. Saca una de la funda de plástico, mira el numerito y la retuerce con fuerza. La lengüeta es más dura que las que suele usar, así que probablemente le sangrará la lengua.

—Mi gitanilla —dice la segunda trompeta—. Así la llamaba. Mi gitanilla.

Suena el timbre. Se oye un rumor de movimiento y de sillas arrastradas. Todas apuntan con sus bocadillos a medio comer a la papelera y luego se colocan en un semicírculo concéntrico, listas para que llegue la profesora.

—Han conseguido que admita que llevaban así desde el año pasado —dice la saxo tenor—. Tuvo que prestar declaración ante la policía y todo.

Luego guardan silencio un rato, rumiando cada una por su cuenta el infeliz descubrimiento de que son ellas, más que nadie, quienes han sido engañadas.

Miércoles

—Si te imaginabas a ti misma peinada con trenzas de raíz y luciendo bien planchada la falda escocesa del uniforme, tocando *Sweet Georgia Brown* al saxo tenor en la entrega de premios de séptimo curso, llena de timidez en medio de un chorro de luz amarilla, entonces me temo que te has equivocado —la profesora de saxofón hoy lleva las uñas pintadas de rojo sangre y tamborilea suavemente con ellas—. El saxofón no habla ese lenguaje. El saxofón habla el lenguaje de los bajos fondos, el lenguaje hastiado y melancólico de la penumbra, sucio, sexy, sudoroso, duro. Es el lenguaje de los huérfanos, de los bastardos, de las putas.

Bridget está de pie y el saxo le cuelga de las manos como una flor mustia.

—El saxofón es la cocaína de la familia de viento-madera —continúa la profesora de saxofón—. Admiramos a los saxofonistas porque son peligrosos, porque han explorado el lado más oscuro y siniestro de sí mismos. En tu interpretación, Bridget, no veo nada ni sucio ni sexy ni sudoroso ni duro. Todo lo que veo es rosa

y blanco, lavado y brillante, tan sedado y desinfectado como un caniche en una feria.

–Vale –dice Bridget, insatisfecha.

Tap tap, hace la uña color de sangre al golpear la taza.

–¿Qué crees que es lo que hace falta para ser un buen profesor, Bridget?

Bridget mete los labios entre los dientes mientras piensa.

–Supongo que talento –responde sin mucha convicción–. Ser bueno en lo que se enseña.

–¿Y qué más?

–Supongo que paciencia.

–¿Te digo qué es lo que hace falta para ser buen profesor?

–Vale.

–Un buen profesor –dice la profesora de saxofón– es alguien que despierta en ti algo que antes no existía. Un buen profesor te cambia de un modo que implica que no puedes volver atrás ni aunque desees hacerlo. Puedes practicar, aprenderte un patrón de notas y adquirir un buen dominio del instrumento, y tu interpretación de esa pieza será aceptable, pero hasta que tú y yo podamos trabajar juntas para desafiar, despertar y *cambiar* una parte de ti, lo máximo que lograrás es que sea aceptable.

–Estaba intentando tocarla como me dijo la señora Critchley –le espeta Bridget–. Es la sustituta del señor Saladin. Hoy hemos tenido ensayo con la banda de jazz.

La profesora de saxofón entorna los ojos un instante, pero lo único que dice es:

–¿Te refieres a Jean Critchley?

–Es la sustituta del señor Saladin –vuelve a decir Bridget.

–La he visto actuar en directo. Toca la trompeta –la profesora de saxofón se ha retirado de pronto, fría, tranquila, prudente, mirando a Bridget de la cabeza a los pies, como si buscara signos visibles de una traición.

–¿Por qué no se presentó usted para el puesto? –pregunta Bridget, abriendo mucho los ojos al pensarlo.

–No me gustan los institutos –dice la profesora de saxofón.

–No tiene pinta de llamarse señora Jean Critchley. Lleva gafas rojas y camisetas sueltas con mallas y zapatillas de deporte. Lo primero que nos dijo... –dice Bridget, animándose–, lo primero que nos dijo fue: «Vale, callaos para que pueda hablaros de mí misma. Soy la profesora que viene a sustituir al profe que tuvo un rollo con una alumna. Vamos a dejarlo zanjado ahora para poder pasar página, hacer un poco de música y divertirnos. Y ya podéis relajaros: me han hecho prometer que no me enrollaría con ninguna de vosotras».

Bridget mira a la profesora de saxofón pestañeando con inocencia. Se le dan bien las voces.

–¿Alguien se rio? –pregunta la profesora de saxofón.

–¡Huy, sí! –dice Bridget–. Sí, a todas les cae muy bien.

–Conque se rieron. Se rieron por lo tremendamente ridículo que les parecía. La idea de que la señora Jean Critchley pudiese seduciros, que pudiese atraeros por medios sutiles e insidiosos, que pudiese empujar a una de vosotras contra la puerta del aula de música y apretar contra su cara la mejilla fría hasta que sus labios casi le rozasen el aterciopelado lóbulo de la oreja. La idea de que una de vosotras pudiese desearla *a ella* e incluso escogerla como un objeto y un premio. La idea de que una de vosotras pudiese sonrojarse cada vez que la mirase, que pudiese tartamudear y tropezar, que pudiese aprovechar la menor oportunidad para desviarse por el bloque de música con la esperanza de cruzarse con ella en el vestíbulo.

–Sí –dijo Bridget–. Zanjó la cuestión para poder pasar página, hacer un poco de música y divertirnos.

–De modo que pasasteis página, hicisteis un poco de música y os divertisteis.

–Sí –vuelve a decir Bridget.

–Y la señora Jean Critchley te sugirió que tocases esta pieza como si fuese la música de un anuncio de helados.

–No me dijo eso –Bridget siente que está ganando, de algún modo que no acierta a comprender, y se yergue un poco más–. Solo me dijo: «A veces lo importante no es la originalidad. A veces lo que importa es divertirse».

La profesora de saxofón frunce el ceño. En su interior se pregunta si está celosa. Se recuerda a sí misma que Bridget es la alumna que peor le cae, aquella de la que se burla más a menudo, aquella que menos le gustaría ser. Se recuerda que Bridget es desgarbada y poquita cosa, que tiene la cara huesuda y grasienta, la nariz fina y ganchuda y unas pestañas pálidas que hacen que parezca un hurón o un armiño.

Está celosa. No le gusta la idea de que la señora Jean Critchley, que es jovial y campechana, se pase la vida diciéndoles a sus alumnas que lo que importa es que se diviertan. No le gusta la idea de que Bridget tenga una base para compararla, una ocasión de verla a ella, la profesora de saxofón, iluminada por una luz nueva y diferente. No le gusta.

–Pasemos página –dice–. Creo que ha llegado el momento de probar algo nuevo. Algo un poco más difícil, que hará que te esfuerces un poco más y vuelva a dejarte claro quién de nosotras dos lleva el mando. ¿Vale?

–Vale –dice Bridget.

–Voy a buscar una pieza de octavo –dice la profesora de saxofón–, una que no le dé a la señora Critchley motivos para comentarla.

Viernes

Isolde se interrumpe después de los seis primeros compases.

–No he practicado –dice–. No tengo excusa.

Se queda un momento parada, con la mano derecha desplegada sobre las llaves, tableteando. Los tendones de la mano en movimiento hacen que su piel se tense y se ponga morada.

La profesora de saxofón la mira y decide no pelear con ella. Se acerca a la estantería y levanta la tapa de plástico del tocadiscos.

–Entonces, voy a ponerte un disco –le dice. Escoge un disco de una pila y le pide–: Cuéntame lo que ha pasado hoy en el instituto.

–Querían cancelar la clase de Educación Sexual –dice Isolde con tristeza–. Como consecuencia de los acontecimientos recientes. Se llevaron a la señorita Clark al pasillo y también iba el director, y nosotras lo oímos todo. No debemos llamarlo Educación Sexual. Tenemos que llamarlo Salud.

La profesora de saxofón baja la aguja, que cae en el disco con un crujido y un siseo suave. Es Sonny Rollins interpretando *You don't know what love is* al saxo tenor. El disco tiembla como una hoja.

–¿Qué os enseñan en clase de Salud? –pregunta la profesora de saxofón mientras ambas se sientan para escuchar el disco.

–Nos enseñan cosas de los chicos –dice Isolde con la misma voz apagada–. Colocamos condones en palos de madera. Aprendemos a desenrollarlos bien, para que no se rompan. La señorita Clark nos enseñó lo mucho que pueden estirarse, poniéndose uno por encima del zapato.

Isolde guarda silencio un momento, recordando a la señorita Clark pugnando por estirar el condón por encima de la punta de su cómodo zapato plano, toda colorada, dando saltitos y jadeando por el esfuerzo. «¡Ya está!», dijo al fin triunfal, en tanto que meneaba el pie para que todas lo vieran. Luego dijo: «No creáis jamás a un chico que os diga que no le cabe. Si os dice eso, le contestáis: “Vi a la señorita Clark nada menos que meter el zapato en un condón”».

La música sigue sonando. Isolde solo la escucha a medias y se dedica a mirar más allá de los tejados, las chimeneas y el tendido eléctrico.

–La verdad es que no nos enseñan gran cosa sobre las chicas –dice–. Todo lo que aprendemos sobre los chicos nos lo enseñan con modelos tridimensionales que podemos tocar y con ilustraciones. Cuando estudiamos cosas sobre las chicas siempre usan cortes transversales y diagramas en vez de fotos. Lo que nos cuentan acerca de los chicos va sobre todo de eyaculaciones. Lo de las chicas es solo reproducción. Solo óvulos.

En realidad, las clases están llenas de agujeros tapados con parches, son horas y horas de explicaciones vagas e inútiles, de dibujos con trazos lineales y cuidadosas omisiones que no resultan de ninguna ayuda. Ahora la mayoría de las chicas carece de una definición clave en este léxico nuevo y vacilante de palabras prohibidas, una falta de comprensión que más adelante las humillará, las confundirá, las pondrá en

evidencia, porque se espera de ellas que ya tengan un conocimiento completo. Imaginan erecciones rígidas y perpendiculares, y visualizan como una perfecta trinidad lampiña los genitales masculinos, acicalados y unidos en un cuidado ramo. No han oído hablar del jugo brillante que augura la activación del deseo femenino. Saben lo que es *ovular*, pero ignoran el significado de *orgasmo*. Saben lo que significa *bisexual*, pero no *mamada*. Su conocimiento es como un artículo de un periódico rasgado por la mitad, de tal forma que solo disponen de una parte.

—¿Es útil? —pregunta la profesora de saxofón—. ¿Aprendéis cosas que no sabíais?

—Hemos aprendido que solo se puede sentir una cosa cada vez —dice Isolde—. Se puede sentir excitación o se puede sentir miedo, pero no se puede sentir las dos cosas a la vez. Hemos aprendido por qué es tan importante la belleza: la belleza es importante porque en realidad no se puede envilecer algo que ya es feo, y ese es el objetivo último del deseo sexual. Hemos aprendido que siempre se puede decir que no.

Las dos están sentadas de medio perfil, con cierta afectación, como exige la etiqueta de las clases de música. Ponerse frente a frente parece demasiado familiar y colocarse la una junto a la otra resulta demasiado formal. Como si fuesen actores aficionados que pisan el escenario por primera vez, temerosos de desviar la cara del público, no vaya a ser que este se pierda su interpretación. Así pues, se colocan siempre en un ángulo de cuarenta y cinco grados, el ángulo del actor profesional que abarca tanto el escenario como el público y que mantiene un delicado equilibrio entre lo que se expresa y lo que se oculta.

El tema de Sonny Rollins tiene el sonido débil y arenoso de una grabación antigua.

—Si crees que va a inspirarte, puedes llevarte el disco a casa —dice la profesora de saxofón con amabilidad—. Creo sinceramente que se te daría bien el tenor.

—No tenemos tocadiscos —responde Isolde.

Cuatro

Octubre

El gimnasio no era realmente un gimnasio, sino un espacio fluido, un espacio que parecía inhalar y exhalar, y asentarse alrededor de las formas y las figuras en el suelo. Había un acordeón gigante, hecho de acero, que comprimía las gradas de plástico contra la pared, además de unas cortinas pesadas y polvorientas que podían dividir el espacio en tres, cuatro, cinco partes. El escenario se componía de numerosos podios cubiertos de tiza y huellas de pisadas, que se podía reorganizar, amontonar, poner en vertical o en escalera en función de las necesidades. Aquel día las cortinas estaban todas descorridas y los podios amontonados y apoyados en la pared, formando una barricada hecha a toda prisa. El espacio estaba limpio y lleno de luz.

–La mímica es literalmente una encarnación –dijo el catedrático de Movimiento después de que se cerraran las puertas–. Imitar un objeto es descubrir su peso y su volumen y, así, su significado –sopesaba algo en la mano mientras hablaba, algo invisible y pesado–. Esto se puede aplicar a todas las cosas. El mimo es un camino al entendimiento.

Hizo girar el objeto invisible que tenía en la mano.

Todos estaban tensos, atentos y vigilantes, esperando una oportunidad de decir algo agudo, profundo o interesante, algo que los destacase del montón de los esperanzados y les garantizase la aprobación del profesor. Algunos asentían despacio entornando los ojos como para mostrar perspicacia y profunda reflexión. Otros esperaban que el profesor se refiriese a algún tema del que ellos tuviesen un particular dominio, para poder acercarse a él al terminar la clase y forzar una conversación. Stanley estaba sentado en el borde, alerta y erguido, pero lanzando precavidas miradas de reojo a los demás esperanzados siempre que podía.

–Lo primero y lo más importante –dijo el catedrático de Movimiento– es empezar por la cosa en sí, no por una idea de la cosa. Yo veo lo que tengo en la mano. Veo su peso, su forma y su textura. Da igual que vosotros lo veáis o no: lo que importa es que yo lo veo.

Todos se esforzaron en ver el objeto invisible que sujetaba en la mano. Todos los pares de ojos siguieron al catedrático de Movimiento, que se movía lentamente hacia delante y hacia atrás. Iba descalzo, como todos los profesores de la Escuela, y cuando caminaba, el pie se flexionaba desde el talón hasta la punta en un movimiento lento y felino, indolente y deliberado al mismo tiempo. Tenía los pies blanquísimos y delgados.

El catedrático de Movimiento dijo:

—Muchos les tenemos miedo a las mujeres. Les tenemos miedo cuando son mujeres de verdad y las deseamos vírgenes o santas o prostitutas. No conseguiremos enfrentarnos a ese miedo convirtiéndonos en mujeres, sino transformándonos en las cosas que ellas tocan, los espacios por los que se mueven, los gestos fracturados que no constituyen signos en sí mismos, pero que de todos modos son suyos y, por lo tanto, una parte de ellas. Si descubrimos el peso de esas pequeñas cosas, ellas aparecerán no como idea, sino como vida y totalidad.

Hizo una pausa tras decir esto y se pasó la lengua por el labio inferior. Los esperanzados se agitaron, llenos de inseguridad, preguntándose si se esperaba de ellos que lo discutiesen, y por un momento nadie dijo nada.

Stanley había ido a un instituto solo para chicos y sentía intensamente la presencia de las chicas en el grupo. Salpicaban su visión periférica como diamantes esparcidos por el suelo, pero cuando miraba en derredor, sus ojos pasaban sobre ellas como si tal cosa, del mismo modo que podrían pasar sobre un tullido o un borracho, fingiendo no verlo, haciéndose el imperturbable. Esperó incómodo a que alguna de las chicas dijese algo o quizá incluso le llevase la contraria al profesor. Miró al suelo.

—Yo no le tengo miedo a las mujeres —exclamó uno de los chicos al fin, y esto desencadenó una oleada de risas aliviadas.

El catedrático de Movimiento asintió.

—Levántate —dijo—. Voy a decirte algo sobre ti mismo.

De pronto se cruzó de brazos, olvidando el objeto invisible que sujetaba, y este desapareció.

El chico se puso en pie. Era delgado y pecoso. El esternón le sobresalía un poco de la caja torácica y los huesos de la cadera despuntaban sobre la ajustada cintura de los pantalones de chándal. Tanto los hombros como los tobillos y las rodillas parecían grandes en exceso, como si fuese una figura de papel de esas que se sujetan con pequeños remaches dorados en las articulaciones.

—Date un paseo —dijo el catedrático de Movimiento—. Vamos, camina un poco por aquí.

El chico se puso a caminar. El catedrático de Movimiento lo observó en silencio mientras el muchacho le daba una vuelta entera al gimnasio, siguiéndolo con la mirada, con los brazos cruzados y el rostro tranquilo. Cuando el chico hubo dado una vuelta completa, el catedrático de Movimiento se colocó detrás de él y comenzó a imitarlo. Se retrajo en sí mismo como una tortuga, sacando pecho y juntando los omóplatos, manteniendo el torso rígido mientras caminaba, de modo que los brazos caían torpemente de los hombros, y moviendo las piernas como si caminase bajo el agua. Estuvieron un rato caminando así, en tándem. El chico miraba acongojado por encima del hombro hacia atrás y hacia los lados, hacia los otros esperanzados, que lo observaban desde el suelo, y de pronto adquirió

conciencia de sus enormes pies, de su pecho en pico y de sus brazos rígidos, que se movían como si estuviese nadando.

–Ya puedes parar –dijo al fin el catedrático de Movimiento–. Gracias –se volvió hacia el grupo–. ¿Alguien puede comentarme algo de cómo he interpretado los andares de este jovencito, por favor? –dijo.

Los esperanzados se movieron incómodos, pero nadie dijo nada.

–Mi interpretación era una parodia –dijo el catedrático de Movimiento tras un largo silencio–. Solo podía ser una parodia porque no conozco a este jovencito. Yo soy viejo y me hallo en una situación cómoda, por lo que realmente no entiendo ni su nerviosismo ni su inseguridad ni sus esperanzas. No hay modo posible de que comprenda esas cosas solo con verlo caminar quince segundos. Al parodiar a este jovencito elimino toda posible complejidad. Lo reduzco y lo insulto. También vuestras interpretaciones resultarán insultantes si no comprendéis de verdad lo que fingís ser.

El gimnasio estaba en un silencio absoluto. El catedrático de Movimiento dijo:

–No se puede imitar lo que no se comprende. No se puede penetrar la muerte, ni a Dios, ni a una mujer. Pretender alguna de estas cosas es buscar la sinceridad más que la verdad. La sinceridad no basta para los alumnos de esta escuela. Sinceridad es una palabra adecuada para vendedores ambulantes, para comerciales y para escritores de poca monta. La sinceridad es una estratagema, y aquí no nos gustan las estratagemas.

»La mímica –dijo–. Empezaremos por algo muy sencillo. Todo el mundo en pie.

Febrero

–En la Escuela animamos a nuestros alumnos a que mantengan relaciones sexuales –dijo el catedrático de Interpretación–. En esta profesión es necesario que conozcáis vuestro cuerpo. Tenéis que conoceros a vosotros mismos. Tenéis que explorar todas las partes de vosotros mismos. No obstante, los que ya están graduados os dirán que no es buena idea que os acostéis entre vosotros. Esto es muy pequeño y, en cualquier caso, dos actores juntos son siempre algo terrible.

Hubo un pequeño susurro de placer cuando los alumnos se miraron unos a otros apretando los labios, poniendo los ojos en blanco y soltando risitas al pensar en la idea, y por un momento cualquier emparejamiento, cualquier pareja entre ellos fue posible. En ese instante todos se volvieron poderosos, latentes, emergentes, incluso los deformes y los asexuados, aquellos a los que más adelante los demás rehuirían o ignorarían. Se les aceleró el corazón.

–Os animamos a explorar todos los rincones de vuestro cuerpo, a probar sus límites y su alcance –prosiguió el catedrático de Interpretación–. Os animamos a

que os pongáis en forma, a que os enamoréis, a que os hagáis daño, a que os masturbéis.

Disfrutó del estremecimiento colectivo, manifestado en cierta gravedad súbita e inmóvil en los alumnos, que se esforzaban en mirar al frente en silencio y demostrar que tenían la madurez suficiente para escuchar esa palabra pronunciada en voz alta. Chavales que, cuatro meses atrás, se habrían echado a reír, habrían agarrado del cuello al amigo que tuviesen más cerca, le habrían dado un cachete y luego lo habrían apartado de sí, chavales que habrían gritado un nombre al azar y se habrían reído al ver al chico fruncir el ceño, sonrojarse y encogerse aún más en la silla escolar, chavales que inmediatamente, sin decir palabra, habrían pintado unos genitales en cualquiera de los diagramas del manual de quinta mano que sostuviesen en el regazo, ahora esos chavales guardaban un silencio respetuoso y abrían mucho los ojos.

También las chicas guardaban silencio, con las mandíbulas rígidas y los ojos inmóviles. Solo los chicos podían ser pajilleros: los chicos eran los exponentes por antonomasia de esa función solitaria, un hecho común que suavizaba la vergüenza y evitaba que cualquier chico acusado fuese verdaderamente marginado o destruido. Sin embargo, para las chicas ese territorio seguía siendo un inexplicable tabú. Cuatro meses atrás se habrían limitado a fruncir el ceño, quizá a poner cara de disgusto o de asco, y habrían sacudido la cabeza muy suavemente, para evitar que jamás surgiera el tema cuando se juntaban para comer sentados en la hierba polvorienta. Pero en esos momentos se sentían incómodas: habían oído al catedrático de Interpretación pronunciar la palabra en voz alta y de pronto les entró miedo, no fuera a ser que la negación rotunda y mojigata del acto en cierto modo pudiese estar –en opinión de un hombre al que todas querían impresionar– *mal*. De alguna manera, en el breve verano que separaba el instituto del mundo que había más allá, la esfera cósmica había dado una vuelta completa: el conocimiento de sí misma se había convertido en una cualidad que dotaba a cualquier chica de una oscuridad ronca, de una autosuficiencia descuidada, de un atractivo a un tiempo mundano, anhelante y hastiado. Las chicas se sentaban rígidas y tensas en el suelo del gimnasio, haciendo todo lo posible por parecer despreocupadas y solemnes.

Ese era el método del catedrático de Interpretación: convertir en sagrado todo aquello que los alumnos pudiesen considerar profano y luego retar a cualquiera de ellos a palidecer o a reírse. Funcionaba. Los estudiantes lo miraban sin poder recurrir ya a los mecanismos habituales del orgullo, que los llevarían a gritar: «¡Todo el mundo se masturba menos yo!».

–Bien –dijo en voz baja el catedrático de Interpretación–, ahora levantaos todos y formad un círculo.

En sus prisas por levantarse de un salto y acatar la orden se movieron con

torpeza, como si tuvieran los pies planos. Trataron desesperadamente de deshacer el nudo que los ataba y formar un círculo. El catedrático de Interpretación observaba su torpeza y sonreía.

Octubre

—¿Qué te parece, Martin? —dijo el catedrático de Interpretación, dándose golpecitos en la mejilla con la pluma estilográfica—. A mí el número 12 me ha parecido muy educable.

—Parece dispuesto —dijo el catedrático de Movimiento—. Tiene entusiasmo pero no es impaciente. Por mi parte, estoy convencido de que es un «quizá».

—Hay demasiados en «quizá» —dijo la catedrática de Voz, girando la pizarra blanca para que los otros lo vieran—. Tenemos que empezar a tomar decisiones definitivas. Si no, vamos a pasarnos aquí toda la noche.

—Es que cada año hay más «quizás» —dijo irritado el catedrático de Interpretación—. Ahora a los chavales les falta algo. Hace veinte años eran blandos, maleables, dóciles. Ahora son como tablas de madera. Mires donde mires, solo ves «quizás», joder.

Volvió a recostarse en la silla giratoria y rebotó en el respaldo, que permaneció unos instantes meneándose hasta que se perdió el impulso.

En lo alto de la pizarra la catedrática de Improvisación había escrito con letra apretujada e inclinada hacia los lados: «Ambición, Educabilidad, Sociabilidad, Talento». Las palabras iban encogiéndose según se acercaba el borde de la pizarra, así que «Ambición» aparecía mucho más grande que el resto y «Talent» menguaba hasta convertirse en una punta de lanza que subía por el borde plateado de la pizarra.

El catedrático de Interpretación inclinó la cabeza hacia atrás y contempló la lista menguante entornando los ojos. La sociabilidad era algo nuevo. Durante muchos años habían incluido el compañerismo y, antes de eso, la osadía. Cuando él empezó a dar clases en la Escuela, la osadía ocupaba el lugar de la sociabilidad. El catedrático de Interpretación opinaba que esos cambios mostraban una degeneración.

—Educabilidad —dijo en voz alta—. En los chicos, se refiere a su potencial para que les enseñen cosas sobre sí mismos, sobre sus cuerpos. En las chicas, a su potencial para olvidar, para ser capaces de olvidar todo lo que les han enseñado sobre ellas mismas y sobre sus cuerpos.

—¡Anda ya! —dijo la catedrática de Improvisación—. Hablas como si chicas y chicos fuesen dos especies completamente distintas.

—Tan solo soy consciente de que hay diferencias.

–Yo no creo que las diferencias sean tan grandes. Fíjate en ese chico, el número 12. ¿En qué difieren sus oportunidades y sus opciones de las de las chicas?

Esa noche el catedrático de Interpretación la irritaba, se sentía molesta por esa profunda expresión de hosca decepción que le correspondía por derecho propio, en calidad de director de la Escuela y poseedor del voto de calidad. Estaba majestuosamente enfurruñado y parecía un rey consentido.

–Bueno –dijo el catedrático de Interpretación–, por un lado, a él no le preocupa su belleza. No está preocupado por obtener papeles favorecedores o aparecer en las fotografías iluminado desde detrás y difuminado. Está deseando ser feo, por el bien de su arte.

–Lo cual resulta de lo más oportuno –le soltó la catedrática de Improvisación– porque todos los papeles no hermosos, los papeles de personaje, están escritos para hombres.

El catedrático de Movimiento los veía discutir desde el otro lado de la mesa y reflexionaba sobre su propia postura. Le parecía ver una hosca veta de misoginia en el profesor, una veta que con el paso de los años se había hinchado hasta formar un frunce azulado en su sien que nunca desaparecía del todo. Por otra parte, creía percibir en la profesora unos nervios a flor de piel, cierta hipersensibilidad, una suerte de histeria cruda e indecente, que lo instaba a apartar la mirada con una mueca de dolor. El catedrático de Movimiento se sentía así muchas veces: atrapado entre dos puntos de vista, suspendido. Suspiró.

–Intentemos no ponernos demasiado intelectuales –dijo al fin la catedrática de Improvisación, arrepentida–. Lo que nos importa es que el chico es suficientemente humilde y receptivo como para ser capaz de probar cosas distintas, de estirarse y crecer como actor.

–Humildad –dijo el catedrático de Interpretación–. Entonces eso es lo que debería estar ahí escrito. Si es que es eso lo que buscamos.

Los otros guardaron silencio. El catedrático de Movimiento se frotó la cara con las manos.

–Vale. Esto no está sirviendo de nada –dijo la catedrática de Voz–. Estamos de acuerdo en que el número 12 es educable. ¿Qué más?

Observaron la fotografía del número 12, adjuntada a su formulario de solicitud con un clip. Parecía un tanto nostálgico, con aquel pelo rubio y aquellos ojos grandes de pestañas largas.

–Lo que yo anoté sobre el número 12 fue «vulnerable» –dijo la catedrática de Improvisación.

–También a mí me produjo esa impresión –dijo el catedrático de Interpretación–. Yo escribí «virginal».

–Bien –dijo la catedrática de Improvisación–. Podemos trabajar sobre eso.

Habían pasado a ser deliberadamente educados entre ellos. «Lo aceptarán

enseguida», pensó el catedrático de Movimiento. «Aceptarán al chaval y será únicamente por aparentar: por aparentar deferencia, en el caso de él, y elegancia, en el de ella.»

—Por mí, puede ser un «sí» —dijo el catedrático de Interpretación—. ¿Martin?

El catedrático de Movimiento se encogió de hombros. Cuando era más joven, le parecía emocionante seleccionar a los mejores alumnos como haría un *gourmet* en un mercado de especias, saboreando las posibilidades con la lengua, lleno de esperanzas y ambiciones para el curso que se presentaba ante ellos. Ese año, sin embargo, al hojear las solicitudes se había sentido decaído e incluso un poco avergonzado de sí mismo, como si estuviese vendiendo un producto a sabiendas de que no funcionaba o de que carecía de valor. Llevaba demasiado tiempo dando clases.

Al fin, asintió.

—En mi opinión, es un «sí» —dijo.

—¿Todos a favor? —preguntó el catedrático de Interpretación volviéndose para incluir a los demás.

Todos levantaron los bolígrafos con seriedad. La catedrática de Voz asintió brevemente con satisfacción y acercó la pizarra hacia ella. Destapó el rotulador y escribió el nombre de Stanley en lo alto de la columna del «Sí», con letras grandes y cuadradas.

Noviembre

Stanley aferraba la carta en la que le comunicaban que había pasado la primera parte del proceso de selección mientras esperaba a que lo llamasen a la sala de actores. Los otros esperanzados estaban sentados en torno a él, encaramados en sillones y en bancos de madera apilados o sentados en sillas giratorias fijadas al suelo a intervalos regulares frente al espejo rajado y polvoriento. Stanley se vio reflejado y se dio cuenta de lo asustado que estaba, todo tieso dentro de su camisa planchada, con el pelo recién cortado y las largas manos pálidas. Desvió la mirada hacia la izquierda y estableció un inesperado contacto visual con el chico sentado a su lado. Ambos se apresuraron a apartar la mirada, cada uno de ellos avergonzado de que el otro lo hubiese pillado observándolo de esa forma tan íntima.

Stanley balanceó los tobillos golpeándolos contra el travesaño del taburete y miró a su alrededor. Había una proporción equilibrada entre chicos y chicas. Al final, todos los grupos comprendían diez de cada, de tal forma que ni ellos ni ellas viesan a los otros como rivales: cada sexo competía en paralelo, enfrentándose solo con los suyos. Como resultado, las chicas eran prudentes y falsas entre sí, pero brillantes y coquetas con los chicos; los chicos, por su parte, se reían a carcajadas

cuando alguien les dirigía la palabra, pero el resto del tiempo permanecían sentados a solas, observando con desconcierto y un punto de desprecio a las chicas, que entre tanto iban creando rápidos vínculos de unión y falsa simpatía.

Stanley observaba a las chicas. Aun siendo rivales, hacían piña y sembraban superficiales semillas de amistad y comunidad. «Sé que no puede ser», decían, «pero me gustaría que entrásemos *todas*. Ojalá fuera así. ¿A que sería una pasada si saliesen los profesores y anunciaran: “Venga, vamos a aceptar a todos los candidatos”?». Las chicas aseguraban: «Aunque algunas no entremos, seguiremos en contacto»; otras afirmaban: «Yo no tengo ninguna posibilidad con vosotras como rivales. En la primera prueba, cuando hicisteis aquella pieza sobre el tema del ajuar, yo me eché a llorar. Sois muchísimo mejores que yo, tanto que no me hace ni pizca de gracia». Muchas decían: «En el fondo, yo solo quiero gustar a todo el mundo, gustarles e incluso que me quieran». Una de las chicas le daba un masaje a otra en los hombros. Hundía las palmas de las manos en los omóplatos de su rival, de su adversaria, una muchacha a la que apenas acababa de conocer, y en voz baja le decía: «Lo harás de maravilla. Lo hiciste de maravilla en la primera prueba. Entrarás, no te preocupes».

Más adelante, Stanley llegaría a la conclusión de que las chicas eran por naturaleza más arteras, más taimadas, de que se les daba mejor ocultar su verdadera personalidad. La personalidad de los chicos, en cambio, siempre se podía ver a la legua. Con el tiempo llegaría a pensar que eso se debía a esa misteriosa capacidad que permitía a las chicas atender a dos o tres tareas al mismo tiempo. Las chicas siempre distinguían conscientemente entre ellas mismas y la interpretación de ellas mismas, entre la forma y la sustancia. Ese don de la duplicidad, esa perpetua dualidad, implicaba que cualquier chica era al mismo tiempo tanto un anuncio como un producto. Las chicas siempre estaban actuando. Las chicas podían reinventarse, pensaría más adelante, mientras hacía una mueca de amargura y usaba la mano libre para alisarse el pelo de la coronilla, pero los chicos no.

Lo que se preguntaba en ese momento era qué les costaría más a los profesores, ¿escoger entre las chicas o entre los chicos? ¿Tendrían unos criterios distintos para unos y otras, unos parámetros diferentes, que tomasen en consideración esa diferencia fundamental entre los chicos, simples y francos, y las chicas, semejantes a hidras con varias cabezas? Con una especie de estremecimiento submarino, cayó en la cuenta de que todas las chicas que había en la sala eran guapas, todas brillantes y esbeltas como variaciones sobre un mismo tema. Los chicos, en cambio, eran en su mayor parte raros y vulgares, con rostros, hombros y manos que todavía parecían demasiado grandes para su cuerpo, algunos grasientos y con un excesivo desparpajo, otros flacos, granujientos y roncós. Al mirar alrededor, a Stanley le daba la impresión de que los chicos se presentaban a las pruebas para

diez papeles distintos de una obra y las chicas todas para el mismo. Se levantó y se apartó.

En la estancia reinaba el desorden: estaba llena de percheros, bastidores pintados, baúles, andamios y escaleras, cajas de cartón llenas a reventar, latas pintadas, muebles envueltos. En la pared que daba al auditorio había un sinfín de estanterías atestadas de cabezas sin rostro, hechas de poliestireno y tocadas con cascos, sombreros y coronas, y en el rincón se veía una armadura oxidada con la pelvis hacia fuera y las manos en las caderas.

Cada cinco o diez minutos salía una mujer seca y gris a llamar a algún candidato por su número. Iba tachando los números de la hoja sujeta en el portapapeles con evidente placer y, entre tachadura y tachadura, los observaba con una mezcla de lástima y curiosidad, como si fuesen gladiadores dispuestos para morir.

–Número 5 –dijo.

El número 5 se puso en pie de un salto y abandonó la sala con un trote nervioso. Los otros lo miraron irse.

–¿Y si esto forma parte de la prueba? –dijo el número 14 una vez que la puerta se hubo cerrado–. ¿Y si hay una cámara y están observándonos solo para ver cómo nos relacionamos entre nosotros?

–¿Y si ni siquiera hay una prueba? –dijo el número 61–. Simplemente van sacándonos de uno en uno de la sala, una vez que nos han observado suficiente tiempo, y luego nos dicen a todos que nos vayamos a casa.

–Como si fuéramos ratas –dice el número 14 a modo de conclusión. Guardaron silencio.

Algunos chicos paseaban por la sala, tratando de librarse del nerviosismo pisando fuerte el suelo y contemplando las fotografías enmarcadas que decoraban las paredes, solo por entretenerse con algo. Las fotografías mostraban los grupos de alumnos que habían pasado por la Escuela e iban volviéndose más nítidas y mejor enfocadas según avanzaba la tecnología, de modo que los grupos más recientes brillaban con una frescura y una brillantez que las clases más antiguas no tenían. Stanley observó los rostros de todas aquellas personas a las que habían abierto, despertado y roto, evitando que se les formase una costra, y se preguntó cuántos se habrían rendido ya y se habrían vuelto gente corriente. En las fotografías parecían duros y confiados, relucientes con su maquillaje teatral y sus trajes prendidos con imperdibles, sonrojados por la emoción del estreno. Fue siguiendo las fotografías a lo largo de la pared y vio soldados, monjes, huérfanos, piratas, amas de casa, dioses, samuráis y un grupo de vigilantes silenciosos con adustas máscaras de plumas, que por algún motivo le hizo estremecerse.

–Número 33, te toca –llamaron.

Antes, cuando habían llegado todos los candidatos, el catedrático de

Interpretación había irrumpido en la sala, distraído e inclinando la cabeza de una forma curiosa, como si estuviese acostumbrado a llevar lentes bifocales.

–Una de las preguntas que os vamos a hacer hoy –dijo en tono seguro– es por qué queréis estudiar en esta escuela y por qué queréis ser actores. Os lo digo de antemano para que podáis reflexionar sobre vuestra respuesta. Dejad que os diga que lo único que busco es una respuesta sincera a esta pregunta. No quiero que me digáis que el teatro inspira en vosotros una pasión noble y santa solo porque penséis que esa es la respuesta con la que podéis ganar. Quiero que me digáis la verdad.

»Os explicaré lo que quiero decir –dijo el catedrático de Interpretación, sin dejar de mirarlos con la cabeza echada hacia atrás–. Yo me presenté a las pruebas para entrar en esta escuela hace casi cuarenta años. Cuando estaba esperando para hacer la entrevista en esta misma sala de actores, igual que vosotros, no me inspiraba una pasión noble y santa por el teatro. Lo único que sabía es que una escuela de interpretación parecía un sitio más divertido que la universidad y pensé que probablemente habría que trabajar menos. En esto último me equivoqué –añadió, y sonrió débilmente.

»El verdadero motivo por el que me decidí a cursar estudios superiores fue porque sabía que las adolescentes siempre preferían a los universitarios. De adolescente yo estaba esquelético y era un poco raro, por lo que no tuve mucho éxito, y quería una segunda oportunidad. Creía que estudiaría en alguna universidad, me compraría un coche y trataría de echarme novia.

»Si os cuento estas cosas sobre mí mismo –dijo el catedrático de Interpretación con aquel tono tranquilo y distraído que lo caracterizaba–, es porque no quiero que os sentéis frente al tribunal y os pongáis a mentir. Quiero que digáis la verdad, aunque sea aburrida, embarazosa o despreciable. No me importa lo que digáis, siempre y cuando seáis vosotros mismos y lo que digáis sea cierto –paseó la mirada por todos ellos, esbozó una sonrisa y dijo–: Buena suerte.

Stanley pasó de la clase del 61 a la clase del 62 y de pronto vio al catedrático de Interpretación. Estaba más joven y un poco más delgado, pero tenía esa misma mirada desenfocada, como si observase algo que nadie más podía ver por encima del hombro del fotógrafo. Todos iban vestidos con uniformes militares y el catedrático de Interpretación estaba arrodillado en primera fila con un rifle en el regazo. Llevaba una gorra con visera echada hacia atrás, por la que asomaba un rizo oscuro y aceitoso. Stanley se inclinó para ver mejor la foto y se preguntó si aquel soldado de mandíbulas cuadradas habría conseguido al final encontrar una chica.

Desde el foso acolchado con gomaespuma y con olor a humedad que había bajo el escotillón salía un pasadizo a derecha e izquierda, y detrás del foso de la orquesta había otro que avanzaba por debajo de las primeras filas del patio de butacas. Estos pasadizos invisibles rodeaban el foso, formando una especie de túnel subterráneo que proporcionaba dos vías rápidas e invisibles para llegar a cualquiera de los lados del escenario. El pasadizo exterior se abría camino entre los viejos cimientos del auditorio y estaba iluminado a ras de suelo por una hilera de bombillas de colores cubiertas de polvo que parpadeaban cuando accidentalmente se le daba un golpe al cuadro de mandos. El túnel era estrecho y bajo, por lo que resultaba fácil rozarlo con los hombros al pasar, haciendo que cayera una pequeña lluvia de argamasa de las juntas de los bloques de cemento. Por entre las vigas asomaban restos secos del material de aislamiento, que parecía algodón de azúcar. El pasadizo interior estaba recubierto de pladur y era aún más estrecho: si dos actores coincidían dentro de él, tenían que ejecutar un rápido abrazo giratorio que recordaba el movimiento de un torniquete animado en la oscuridad.

Los secretos del auditorio se les revelaban a los alumnos de primero en la segunda semana del curso. Desfilaban en silencio por los pasadizos, inspeccionaban y probaban el escotillón, se subían al telar y luego saltaban con torpeza y desconfianza, agarrándose con las dos manos al arnés y estirando el cuello con inquietud para comprobar la firmeza del cabestrante. Caminaban por la pasarela que conectaba las estradas laterales mirando hacia el escenario, situado muy por debajo de ellos, y extendiendo las manos para tocar las gruesas sogas trenzadas que colgaban del techo aquí y allá. El telar llegaba al menos hasta el doble de la altura de la embocadura. El catedrático de Interpretación les mostró cómo se podía izar sobre el escenario un panel entero del decorado y dejarlo allí suspendido, listo para bajarlo cuando llegase el momento. Activó el elevador del foso de la orquesta y los alumnos lo vieron subir hasta ponerse al mismo nivel que el escenario. Les enseñó la pesada cadena mecánica, situada bajo el falso suelo del escenario, que servía para hacerlo girar. Luego conectó el mecanismo y ellos se dejaron llevar en una órbita potente y silenciosa, bien plantados como títeres de piernas rígidas, mientras la boca roja del auditorio desfilaba ante sus ojos una y otra vez.

El catedrático de Iluminación se acercó y les mostró unas plantillas capaces de convertir la luz en agua veteada y en viento, llamadas gobos, gasas que creaban la ilusión de la distancia, luces que podían volver a la gente hermosa o infame, o envejecerla, y también el cañón, con su gruesa asa de acero, que servía para seguir a los actores por el escenario. Les enseñó el modo en que se recreaba la luz del sol y de la luna, así como el fuego. Les enseñó cómo se convertía un exterior en un interior, y viceversa.

Se detuvieron bajo la estructura de acero que sostenía la iluminación y alzaron la vista hacia los pesados chasis negros que colgaban de las barras como una nube de

murciélagos, con las palas negras que al cerrarse ocultaban las bombillas, unas abiertas y otras cerradas, semejantes a las alas de un sinfín de murciélagos que se disponen a dormir. Los chasis estaban sujetos a la barra con abrazaderas que permitían dirigir el foco de luz hacia cualquier lugar del escenario: el catedrático de Iluminación se lo demostró metiendo y sacando con mano hábil filtros de gelatina de colores de su soporte y girando los focos de un lado a otro. Se sentó a horcajadas en lo alto de su escalera, sujetándose con los tobillos en los últimos peldaños, y les habló sin dejar de mirarlos desde arriba, mientras se acariciaba la barba castaña con la mano libre.

Luego mostraron a los de primero los secretos menores: una cajita de madera con un pesado tornillo deslizante, que servía para imitar el ruido de un portazo detrás del escenario, y otra llena de guisantes secos que simulaba el sonido de la lluvia.

–Esto es de antes de que todo fuese digital –dijo el catedrático de Interpretación con nostálgica gravedad, mientras sacudía la caja y llenaba el aire con el sonido de una lluvia que repiqueteaba suavemente.

Les mostró de cerca cómo la perspectiva falsa de los forillos pintados hacía que el escenario pareciese mucho mayor de lo que en realidad era. Les mostró las ranuras y los rieles por los que se deslizaban los forillos, la vieja polea que subía el telón rojo y el ciclorama curvo situado al fondo del escenario, que dotaba al espacio de una vastedad interminable, como si no acabase nunca.

–El auditorio es un lugar sagrado –dijo al fin el catedrático de Interpretación, mirando con seriedad a los alumnos parados en medio del escenario inundado de luz y aspirando el olor dulce y polvoriento de las luces calientes y la niebla artificial–. Aquí no damos clase. Solo podéis usar este espacio para el ensayo general. No debéis entrar aquí solos.

Todos los de primer curso asintieron. Stanley estaba al fondo del grupo y seguía estirando el cuello hacia la vasta negrura del telar, esforzándose por memorizar todo lo que les habían enseñado. El catedrático de Interpretación lo impresionaba bastante, pero en el fondo no estaba seguro de que le cayese bien. Había algo frío y palpitante en su actitud, algo que a Stanley le hacía pensar en una lagartija o en una rana. Nunca le había tocado las manos, que eran fibrosas y estaban cubiertas de manchas de vejez, pero se las imaginaba como garras frías y húmedas.

Todos esperaron a que el catedrático de Interpretación dijese algo más, pero él se limitó a juntar los talones y a abrir los brazos indicándoles que saliesen del escenario y haciendo ver que la visita había concluido.

Los de primer curso desfilaron en silencio por delante del profesor, que los miró bajar los escalones de aluminio en dirección al patio de butacas, recorrer el pasillo fila tras fila y, por último, salir a la luz marmórea del vestíbulo. Cuando todos hubieron salido, se dirigió al cubículo del regidor para apagar las luces. Se quedó

inmóvil, con la mano detenida sobre la fría palanca gris y, por costumbre, se aclaró la garganta y lanzó una advertencia en dirección al telar: «¡Fuera luces!».

Noviembre

Stanley salió de la última prueba un poco aturdido. Se detuvo en la fuente del vestíbulo para serenarse y se apoyó con las dos manos en la pila. Respiró con calma unos instantes, mirando más allá de las máscaras de porcelana, hacia la neblinosa media distancia de un recuerdo reciente, y al cabo de un rato se dio cuenta de que alguien lo observaba. Se incorporó y le dedicó al espectador una sonrisa compungida. Era una mujer mayor, tal vez la secretaria, que parecía una presentadora de telediario detrás de su mesa alta de despacho y lo miraba con la mejilla apoyada en la palma de la mano.

–Seguro que estás arrepintiéndote de no haberte traído una petaca –le dijo–. Supongo que acabas de hacer la prueba.

–¿Todo el mundo sale con la misma pinta que yo? –preguntó Stanley, al tiempo que acentuaba lo extraño de su postura estirando la columna y dejando que las manos le colgasen flojas. La mujer se echó a reír.

–Más o menos –respondió–. Tienes que fijarte en los que parecen demasiado contentos. Por mi experiencia, los que parecen demasiado seguros de sí mismos son los que después no entran.

–Ah –dijo Stanley, incorporándose un poco.

–Supongo que es la primera vez que te presentas a las pruebas –dijo la mujer–. Algunos chavales lo intentan tres, cuatro, cinco veces. Me pregunto qué harán con su vida entre tanto, mientras esperan todos esos años hasta poder entrar.

–Ya –dijo Stanley–. ¡Vaya! Esta es mi primera vez.

–¿Te han maltratado mucho? –preguntó la mujer–. Al principio pueden ponerse muy capullos. Para quebrar vuestras defensas.

Parecía aburrida, sentada con la cabeza apoyada en la mano en aquel vestíbulo que parecía una caverna llena de ecos. Todas las superficies estaban desnudas y limpias, y a través de la elevada cristalera se veía el aparcamiento vacío.

–No ha sido demasiado doloroso –dijo Stanley–. Probablemente, no me han hecho nada que no mereciera.

La mujer se echó a reír. Stanley la observó mientras reía. Por primera vez se dio cuenta con asombro de que había cualidades de belleza exclusivas de las mujeres, cualidades que las adolescentes no podían poseer: líneas de expresión alrededor de los ojos y la boca, cierto asentamiento del cuerpo, cierta fatiga en el porte y en la pose que, de algún modo indefinible, tenía un componente sexual, como el brillo ajado de un polvoriento vestido de tafetán o una pieza de bisutería con el broche

oxidado. No se le había ocurrido antes. Suponía (aunque nunca lo había pensado de manera consciente) que una mujer solo resultaba atractiva siempre y cuando pareciese una jovencita; que su atractivo iba decayendo poco a poco según iba pasando de veinteañera a treintañera, hasta quedar enterrado en la madurez; que las cualidades que buscaban las mujeres siempre eran las que alguna vez habían tenido, una lucha en sentido inverso siempre condenada al fracaso. Suponía que los hombres se acostaban con mujeres de su edad solo porque no podían engatusar a ninguna más joven o porque seguían casados con su novia de juventud; nunca había pensado que una mujer cansada, nervuda y ancha de caderas pudiese resultar atractiva por sí misma, ya que se imaginaba que era como un segundo plato, como un premio de consolación. Pero de pronto vio a aquella mujer con ojos distintos, al tiempo que él notaba un débil estremecimiento en la cavidad surcada de nervios de su pecho.

Iba maquillada con una delgada raya negra sobre las pestañas del párpado superior, que debía de haber estado recta y uniforme mientras estiraba el párpado para pintarse, pero que al soltarlo para pestañear y juzgar el resultado ya se había fruncido, dándole una expresión emborronada, que recordaba un poco la de un payaso y que a Stanley le hacía pensar en una puta vieja y amable. Cuando sonrió, se fijó en que tenía el incisivo bordeado por el metal gris plomo de un viejo empaste. La piel del dorso de sus manos estaba tan flácida que se marcaban todos los tendones y las venas, y sus nudillos eran espirales blancas e hinchadas. Un bronceado artificial en la clavícula y en el atisbo del canalillo le daba a la piel un aspecto fibroso: la trama de arrugas avanzaba en vertical y en horizontal, de tal modo le daba el aspecto suave del ante gastado y cubierto de infinitas líneas.

Por primera vez en su vida, Stanley vio que una mujer no era tan solo una jovencita malograda e inevitablemente anticuada. Era una criatura enteramente distinta de las chicas brillantes y melosas que esperaban para hacer la prueba: aquellas chicas, pensó Stanley, no podrían interpretar a aquella mujer hasta el día en que se convirtieran en ella y entonces ya nunca más podrían hacer el papel de una muchacha.

—Tiene usted razón en lo de la petaca —dijo—. Creo que de aquí me voy derecho a un bar.

—Tómame una a mi salud —le dijo la mujer—. Y buena suerte. Si es que la suerte vale para algo.

Stanley atravesó las puertas dobles y salió al calor somnoliento del final de la tarde. Según doblaba la esquina y dejaba atrás los elevados tejados de la Escuela, pensó que probablemente era el vigésimo estudiante que salía ese día por la puerta de la sala de pruebas, cruzaba el vestíbulo, caminaba junto a la mesa de la secretaria e intercambiaba unas palabras con ella antes de salir del edificio. Se preguntó qué

les habría dicho a los otros y cómo se lo habría dicho, y qué habrían pensado ellos al mirarla a los ojos.

Octubre

–Vamos a ver algo de química –dijo el catedrático de Interpretación, y les hizo una seña con la cabeza para que empezaran.

–Lo conocí la semana pasada en la pista de baile húmeda y satinada de la fiesta de los institutos –dijo ella. Las palabras caían de sus labios demasiado rápido, demasiado pronto, antes de que hubiese podido tragarse los nervios y encontrar el ritmo–. Todo el mundo estaba apretujado cerca del escenario, formando un nudo corredizo humano alrededor de la chica y el chico que se encontraban en el centro. Así los profesores no pueden ver nada. Desde fuera tiene un aspecto horrible, con todos apiñados y empujándose sin parar, como si trataran de ver una pelea de gallos o un oso capturado. Todos se turnan para entrar en el nudo corredizo. Yo estaba en la otra punta, sin hacer otra cosa que mirar, y él se acercó a mí y me preguntó en voz baja si quería tomar algo.

La chica estaba sentada en el borde del podio, con los tobillos cruzados, balanceando las piernas con suavidad e indolencia, de modo que sus tobillos iban y venían continuamente. Stanley estaba de pie un poco apartado, con las manos en los bolsillos, mirándola con tranquilidad.

–Dentro de poco, te acompañaré a casa en la oscuridad azulada y te preguntaré si tienes las manos frías con la única intención de buscar una excusa para tocarte –dijo Stanley.

–Me preguntó si quería tomar algo –volvió a decir la chica. No lo miraba. Por fin había encontrado el ritmo y los ojos le brillaban–. Yo pensé que eso significaba que tenía alcohol, así que le dije que sí. Ahora nos hacen pruebas de alcoholemia antes de entrar, tenemos que dar nuestro nombre y nuestra dirección, y siempre se siente un pequeño espasmo de miedo, que no se sabe de dónde sale, por si el resultado da positivo. Algunos chicos entran con cámaras, solo porque rellenan los cartuchos de los carretes de ron y se lo beben una vez dentro. O se pegan petacas con cinta adhesiva en la cara interior del muslo. La mayoría solo mete pastillas. Yo pensé que tenía alcohol y le dije que sí. Él desapareció.

–Nada más verte, ya me decepcionaste –dijo Stanley–. «¿Acaso puede salir algo bueno de un comienzo tan vulgar?», me pregunté. Te miré y pensé en todo lo que no eres. Incluso antes de hablarte estaba enfadado contigo por no ser más de lo que eres.

–Cuando volvió –dijo la chica–, estuve a punto de echarme a reír. Había ido a comprar una Coca-Cola para cada uno, que aún venían heladas y cubiertas de

gotitas porque acababan de sacarlas de la nevera que hay detrás del mostrador. Me abrió la mía sonrojándose de orgullo, como si fuera uno de esos héroes de las películas en blanco y negro que te encienden el cigarrillo y te preparan la copa justo como la quieres. Estuvimos un rato hablando de lo que haríamos al terminar el instituto y empezar la universidad, y él me dijo que quería ser actor. Luego estuvimos un rato mirando el nudo corredizo.

—No me gustaste —dijo Stanley—. No me gustaste porque me mantuviste en esa interminable fase de nervioso silencio, de charla banal, de inquietud. Yo no quería lo que tú me ofrecías. Me quedé porque estaba enfadado y quería que vieses que me parecías aburrida. Quería hacerte *sentir* aburrida.

El catedrático de Interpretación los miraba impasible. Stanley lo veía por el rabillo del ojo, sin mover la cabeza ni un ápice.

—Yo ya lo había decidido —dijo la chica—. Él no podía saberlo. En cuanto lo vi, decidí lo que iba a pasar. Ese no tenía ni la más mínima posibilidad.

Noviembre

—¿Por qué quieres ser actor, hijo? —preguntó el padre de Stanley. Los vasos capilares se le marcaban en las mejillas formando hilillos pronunciados. Stanley notaba que estaba borracho solo por la forma en que agachaba la cabeza cada vez que pestañeaba.

—Me preguntaron eso en la prueba —dijo. Observó a su padre mientras este rellenaba de vino la copa y de pronto no tuvo ganas de ser sincero—. Supongo que solo quiero divertirme con ello.

—¿No es por la fama y el dinero?

—Bah... —respondió Stanley, mirando a su padre, que había echado mano a la botella y estaba vaciándola en su vaso—. No. Es más bien porque... No. Solo quiero divertirme.

—Buen chico —dijo el padre de Stanley—. Me sé un chiste que igual te hace gracia.

—¿Sí? —preguntó Stanley. Era lo que menos le gustaba de aquellas cenas. Trató de ver la hora en el reloj de su padre desde el otro lado de la mesa. Ya habían pedido los postres, diminutas salpicaduras de crema y de color en enormes platos blancos, y dentro de poco su padre pararía dos taxis, le metería un billete de cincuenta dólares en el bolsillo de la camisa, le daría una palmada en el hombro y se iría. Fuera, la calle estaba resbaladiza y aceitosa por la lluvia.

—¿Cuál es la causa más común de pederastia en este país?

—No lo sé.

—Los niños sexys.

—Tiene gracia.

–Es bueno, ¿eh?

–Sí.

–Me lo contó un cliente. ¿Te he hablado de él? Es el que oye hablar a los ángeles. Te encantaría, Stanley. De verdad, el tío es la monda.

A veces, Stanley intentaba imaginar cómo sería vivir en la misma casa que su padre, verlo a diario, pasar junto al sofá donde él dormía o por el cuarto de baño cuando se lavaba los dientes o por la cocina cuando estaba inspeccionando la nevera. Su cena anual siempre era en un restaurante distinto y Stanley podía catalogar la relación con su padre en una serie de nombres de establecimientos culinarios: Sala Imperial, Sol Poniente, Federico's, La Vista. A veces su padre lo llamaba por teléfono, pero los dos segundos de retraso en las llamadas internacionales hacían que siempre pareciese distante y distraído, y Stanley siempre estaba preocupado por si hablaba demasiado o no decía suficientes cosas.

–Tú fuiste un accidente –era como se lo había explicado su padre muchos restaurantes atrás–. Nuestra relación fue casual, respetuosa y muy breve. Ella se enteró de que estaba embarazada y quiso tenerte, aunque yo me iba a Inglaterra por motivos de trabajo y era muy probable que no fuese a volver. Le dije que seguiría en contacto y que la ayudaría en lo que pudiese.

»Y te salvé la vida: tu madre iba a llamarte Gerald. Pero yo intervine.

–Gracias –dijo Stanley.

–No hay de qué –respondió su padre, blandiendo un trozo de calamar–. Pero, créeme, el esperma es algo muy serio.

Stanley lo miraba: borracho, exuberante, travieso, riéndose de su propio chiste. Su padre le inspiraba un poco de miedo. Lo asustaba esa forma que tenía de expresar sus opiniones, así como aquel antagonismo artero y atento, que hacía que Stanley no supiese si debía discutir o darle la razón. Su idea de la póliza de un millón de dólares era una trampa típica, un cebo sanguinolento que le echaba con un floreo y una sonrisa traicionera. ¿Acaso esperaba su padre que cuestionase a posteriori la idea? ¿Se suponía que debía seguirle la corriente o reprenderlo por ser macabro y ordinario? Stanley no lo sabía. Se llevó la mano al bolsillo y tocó el borde del brillante folleto de la Escuela.

–Bueno, creo que nos toca –dijo su padre, dejando la copa en la mesa y alisándose la solapa con la mano–. El año que viene por estas fechas, hijo, te habrás convertido en un alma sensible y emotiva.

Noviembre

–Háblanos de ti, Stanley –dijo el catedrático de Interpretación. Hizo un gesto brusco con la mano–. Cualquier cosa. No tiene por qué ser relevante.

Stanley cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna. El corazón le daba saltos en el pecho. El tribunal estaba sentado delante de un muro de ventanas altas, de tal modo que sus rostros casi quedaban en la sombra y, en cambio, Stanley tenía que entrecerrar los ojos por la claridad.

–No sé si se me da bien eso de los sentimientos –dijo. Su voz era diminuta en aquel vasto espacio–. Todavía no me ha pasado nada importante. No se me ha muerto nadie, no ha pasado nada terrible, nunca he estado enamorado ni nada por el estilo. En cierto modo, tengo ganas de que me pase algo terrible, para saber cómo es.

–Continúa –dijo el catedrático de Interpretación cuando Stanley se calló.

–Siempre me han dado un poco de envidia las personas que habían vivido una tragedia de verdad –añadió–. Les daba algo de lo que nutrirse. No es que quiera que muera nadie de mi familia, simplemente quiero superar algo. Quiero un desafío. Creo que estoy preparado para ello.

Trataba de mirarlos a todos por igual.

–En el instituto probaba algunas cosas –dijo–, solo por ver cómo eran. Incluso cuando me enfadaba o me peleaba con alguien, era como si solo estuviese intentándolo, para ver hasta dónde podía llegar. Pero siempre queda esa pequeña parte de mí que no se enfada, que en cierto modo siempre está tranquila, interesada y divertida.

–Bien –respondió el catedrático de Interpretación con brusquedad–. Dinos por qué quieres ser actor.

–Quiero que me vean –dijo Stanley–. No tengo una respuesta más grandiosa. Solo quiero que me vean.

–¿Por qué? –preguntó el catedrático de Interpretación, con la estilográfica suspendida sobre el papel.

Stanley dijo:

–Porque si alguien te mira, sabes que vales algo.

Cinco

Lunes

–Gracias a todas por venir –está diciendo el orientador cuando Isolde entra. Alza las manos como si fuera un político o un cura–. Me gustaría mucho seguir profundizando en algunos de los temas que surgieron en nuestra última reunión. Se me ha ocurrido que hoy podemos hablar de cómo asumir el control.

La sala estaba casi llena. Isolde mira alrededor en busca de una silla y saluda con la cabeza, sin grandes efusiones, a algunas amigas de su hermana, que la miran abriendo mucho los ojos y poniendo cara de pena, como si se imaginasen en su piel y sintiesen mucha lástima de sí mismas. Isolde frunce el ceño. Se deja caer en una silla y trata de encogerse todo lo posible. El orientador le sonríe con una horrible sonrisa carnosa y una expresión de orgullo que le provocan escalofríos, de modo que aparta inmediatamente la mirada y la fija en sus uñas y en los puños gastados del jersey del uniforme. Soporta que la chica sentada a su lado le haga preguntas, le dé palmaditas y la acaricie, una figura corpulenta y maternal que jugaba al tenis con Victoria en el colegio y que una vez compartió una bolsa de caramelos con Isolde bajo los árboles que hay al final del césped.

La chica vuelve a acomodarse en su silla como una gallina gorda y con penacho mientras Isolde oye que le dice a la amiga sentada a su lado: «Creo que no le han contado nada. Sería lo lógico».

–¿Quién puede decirme cuál es el problema que nos ocupa? –está diciendo el orientador, extendiendo los brazos para incluirlas a todas–. Empieza por ele – añade, haciendo callar así a las chicas que están a punto de dar respuestas que no empiezan por ele. Las chicas se recuestan en sus sillas y tratan de recordar todas las palabras que empiezan por ele que le han oído usar al orientador.

–¡Límites! –canta al fin el orientador, y se oye un suspiro colectivo–. Límites, chicas.

Isolde está sentada muy quieta y no muestra sus sentimientos, replegándose en sí misma y encerrándose como si convirtiera su cara en una máscara. «Buitres», piensa para sus adentros, usando la misma palabra que su madre. Su madre lo había dicho al ver los titulares del periódico de la mañana, cargados de autosuficiencia. «Buitres», había dicho, y luego había rasgado la primera página, pero había sido inútil, porque el titular de la columna se había roto en vertical y en el trozo que quedaba se leía: «Profesor... sexuales». «Buitres», piensa Isolde ahora, mientras los suspiros se arremolinan en torno a ella y el orientador esgrime su sonrisa carnosa y grasienta.

El orientador está diciendo:

–Puede que dejéis que ocurra algo así solo porque no sepáis cómo reaccionar.

Isolde suspira y desea estar muerta.

–¿Por qué tengo que ir? –le preguntó a su madre anoche, plantando la hoja rosada junto a la cebolla picada y la harina–. Solo van las de séptimo, las que estudian música y luego *yo*. Seré la única de quinto, todo el mundo lo sabrá y resultará *humillante*. Todos me tendrán lástima y eso lo odio.

La madre de Isolde se mordió el labio como siempre hacía cuando sabía que estaba pisando terreno desconocido.

–Supongo que podrías negarte a ir, cielo –dijo distraída–, pero parecería que estuvieses tomando partido. Atraerías la atención sobre ti y seguro que eso no te apetece. Igual es mejor que vayas y agaches la cabeza. No estoy segura. Decídelo tú –esbozó una sonrisa vaga pero alentadora–. ¡Pobrecita! –fue lo último que dijo antes de regresar a las cebollas, mientras su desinterés caía sobre su hija igual que una neblina de agentes químicos sobre un incendio doméstico.

Isolde cogió el papel rosa y salió indignada de la estancia.

–Tengo que ir a una charla del orientador por tu culpa –le espetó a Victoria cuando se cruzó con ella en el recibidor.

–¿Por qué? –le preguntó Victoria, que se detuvo y la miró con expresión de perfecta sorpresa.

–Porque quieren ponernos en cuarentena –gritó Isolde–. Quieren meternos a todas en el mismo sitio para que la enfermedad no se extienda hasta que se les ocurra cómo vacunarnos. Quieren reunirnos en un patio de cemento, quitarnos la ropa, frotarnos con papel de lija, con aguarrás y con trapos hechos de calzoncillos ennegrecidos. Es como si tú hubieses ido dejando enormes huellas de tinta en todas nosotras, en todas aquellas con las que has estado, pero sobre todo en mí. Yo soy la que está más sucia de tinta, es como si chorrease tinta, me corre por las piernas y los brazos y me cae de las puntas de los dedos, formando un charco a mi alrededor que no deja de crecer.

Victoria se quedó parada en el recibidor mientras los últimos rayos de sol caían oblicuos sobre su rostro y no dijo nada durante un rato. Isolde jadeaba y la miraba echando chispas por los ojos. Estaba de pie en la puerta de su cuarto, ya dentro, con la mano en el pomo, lista para dar un portazo cuando le diese el pie. Entonces Victoria dijo:

–Lo siento.

–¡Y una mierda! –replicó Isolde. Y cerró de un portazo.

–¿Alguien quiere decir algo antes de empezar? –está preguntando el orientador, y una de las chicas sentadas al fondo dice:

–Yo.

Isolde sigue pensativa y retraída en sí misma, de modo que no se da la vuelta cuando la chica empieza a hablar. Le oye decir:

–Yo no creo que el señor Saladin quisiese asumir el control –pero tarda un poco en asimilar lo que realmente está diciendo.

La chica prosigue:

–Acostarse con una menor no es excitante porque consigas controlarla. Es excitante porque arriesgas mucho. Y arriesgarse es excitante por la posibilidad de *perder*, no por la posibilidad de ganar.

Isolde se vuelve para mirarla.

La que habla es de séptimo, una chica dura y manchada de tinta que se fuma cigarrillos a solas, apoyada en la portería del campo de fútbol, y que cuando la castigan a quedarse en el instituto después de clase, sonríe como para demostrar que las cosas van justo como las había planeado. Es una solitaria, demasiado brillante para las fulanas y demasiado salvaje para las chicas brillantes. Siempre anda por los rincones del instituto como si fuese un fantasma huraño y desilusionado, perseguida por el rumor atemorizado y malintencionado de que es homosexual.

El hecho de que nadie haya sido testigo de nada que confirme los rumores hace de la sexualidad de Julia algo difícil de comprender, amenazante pero no del todo cuantificable, depredador de un modo impredecible, inevitable. La propia Julia, hosca, cáustica, aislada por sus auriculares, por sus novelas de bolsillo y por la cortina de pelo que le cubre la cara, nunca opta por disipar activamente los murmullos que la rodean. Si alguien la provoca, a veces frunce el ceño y le muestra el dedo corazón, pero las provocaciones no están muy de moda últimamente, o sea que la gente se limita a dejarla en paz.

Ahora, mientras las chicas miran a Julia como si fuese una atracción de feria y el orientador, nervioso, tira del mechón de pelo que le crece en la nuca, Isolde percibe que la atmósfera de la sala está cambiando. De las chicas emana un miedo frío e incipiente, semejante a un olor. La amenaza pospuesta que suponía el señor Saladin, ya ausente, desaparece a ojos vistas frente a la amenaza creada por Julia, mucho más insidiosa e innombrable. No solo las asusta el hecho de que dé su opinión en voz alta. Julia es una infiltrada, un topo peligroso e imprevisible que, sin que lo supieran, podría *enamorarse* de cualquiera de ellas, podría *imaginarse* a cualquiera de ellas, y no hay sesión de orientación que valga para preparar a las chicas contra los avances de una de las suyas.

–El hecho de que Victoria fuese menor, virgen, y tal, no era excitante porque él pudiese ejercer un poder mayor sobre ella –está diciendo Julia–. Era excitante porque se arriesgaba a perder mucho más si alguien se enteraba –ladea la cabeza para que sus palabras resulten aún más chocantes–. No solo la perdería a ella –dice–. Lo perdería todo.

Isolde la mira de arriba abajo, fascinada. Al considerar lo que dice Julia, por primera vez comienza a interesarse por el señor Saladin: el señor Saladin, que vio

en su hermana algo que merecería la pena perseguir, que susurró cosas que nadie había dicho antes, que se arriesgó y perdió todo lo que tenía.

¿Por qué escogió a Victoria el señor Saladin? Isolde se sorprende al ver que está considerando la cuestión por primera vez. Imagina la boca redonda de su hermana fruncida en un mohín del color de las cerezas, sus ojos redondos y grandes, el atisbo de satén rojo que aparece cuando se inclina y astutamente enseña la cinturilla de la falda del uniforme. Se imagina a Victoria en las clases de jazz, inclinándose para volver la página con el saxo colgado cruzándole el cuerpo, mientras el peso del instrumento tira de la correa hacia abajo y le aprieta el esternón, de tal modo que la parte superior del instrumento yace dorado y brillante entre las protuberancias de lana azul de sus pechos. Y entonces Isolde piensa: «¿Por qué Victoria escogió al señor Saladin?».

Al principio, cuando Isolde veía a sus padres discutiendo por culpa de Victoria y aferrándose a sus hombros como los ángeles de la conciencia de las alegorías teatrales, lo único que sentía era una punzada de sentimiento de injusticia, al preguntarse si algún día tendrían un motivo para prestarle tanta atención a ella. Estudiaba con atención la aflicción de sus padres y observaba a Victoria desde una distancia prudencial, pero no se le había ocurrido reflexionar sobre ello o imaginarse al señor Saladin paseando de un lado a otro por su apartamento pintado de color crema, lleno de resignación y vergüenza, disponiéndose a llamar abochornado a su familia para confesar el asunto.

Incluso ahora, Isolde no tiene sino una percepción vaga y tangencial del señor Saladin. Lo recuerda trajeado, dirigiendo a la orquesta en el concierto de fin de curso. En una ocasión lo había visto corriendo desde el departamento de música hasta el aparcamiento para el personal del instituto, con la corbata sobre el hombro y un fajo de papeles en la mano. Tiene un recuerdo vago de él durante la primera reunión de profesores y alumnos, encorvado, pasándose la mano por el pelo y echando miradas furtivas al reloj, mientras el instituto daba una larga bienvenida a las alumnas de tercero, recién llegadas. Recuerda que llamaba princesas a sus alumnas, en un tono burlón y desalentador, como para darles a entender que no había nada que hacer.

Isolde trata de imaginarse al señor Saladin en un contexto sexual, pero no lo consigue. Busca e intenta colocarlo entre sus iguales. El señor Horne, cuyas marcas de acné hacen que parezca que tiene celulitis en las mejillas y que siempre lleva huellas de tiza alrededor del bolsillo. El señor Kebble, que enseña matemáticas y un francés rancio, y en cuyas axilas siempre florecen manchas de sudor que parecen moratones. El señor MacAuley, de administración, que es coqueto y dinámico, que siempre brilla como una manzana desde detrás de la ventana corredera de cristal. Se imagina desabrochándoles la chaqueta, tirando de la punta de la corbata para sacarla de debajo de los pantalones, empujándolos con fuerza contra la puerta del

aula de música. Se imagina sonriéndoles en clase y poniendo a cien sus corazones. Se imagina diciendo: «¿Quedamos a la hora de comer?» y «Me gusta más la camisa a rayas». Se imagina diciendo: «No me creo eso que dices de que no te cabe. Vi a la señorita Clark ponerse uno por encima del zapato, ahí es nada».

Isolde está perdida en sus reflexiones cuando Julia levanta la vista y se encuentra con su mirada. Los ojos de Isolde, empañados por el trance, tardan un momento en enfocar y entonces siente una caída en las entrañas, aterrorizada solo de imaginarse por un instante que sus pensamientos pudiesen de algún modo ser visibles. Empieza a latirle el corazón. Isolde vuelve a pensar en los rumores que rodean a Julia allá por donde va y de pronto siente un poco de miedo, como si se hubiese hecho extremadamente vulnerable de un modo que no acierta a comprender. Le entra el pánico y se da la vuelta. El orientador está hablando otra vez, mientras en torno a ella las chicas asienten, llenas de complacencia, de piedad y de una paz profundamente satisfecha.

Los latidos de Isolde regresan a su ritmo normal. Vuelve a oír las palabras de Julia como en un eco tardío, inundándola con un repentino volumen, semejantes al avance inesperado de la marea en primavera. «Yo no creo», había dicho, «que el señor Saladin quisiese asumir el control». Isolde se hunde en el asiento llena de confusión y vergüenza, y cuando suena el timbre, sale del aula sin mirar atrás.

Miércoles

—Bridget —dice la profesora de saxofón—, te dije que si ese compás no te salía perfecto a la primera, me pondría a gritar.

—Ya lo sé —responde Bridget, compungida.

—¿Es que querías que gritase? ¿Te imaginabas el borde afilado de cada nota falsa hundiéndose como un clavo en mis mejillas? ¿Era eso lo que querías?

—No —dice Bridget.

La profesora de saxofón alarga la pausa tres silencios de blanca mientras el metrónomo, obstinado, sigue marcando el tempo sobre el piano.

—¿Tienes problemas en casa? —le pregunta—. ¿O en el instituto?

A Bridget se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Ha llamado mi madre? —pregunta, temiendo lo inevitable—. Dijo que no lo haría. Siempre dice que no va hacer las cosas y luego siempre las hace.

La profesora de saxofón la mira de arriba abajo y luego le pregunta:

—¿Acaso te miente tu madre, Bridget?

Bridget guarda silencio, compungida, mientras reflexiona sobre la pregunta.

Siempre que alguien la intimida, la engaña o la maltrata de algún modo, lo primero que piensa Bridget, aterrorizada, es que tiene que evitar que su madre se

entere. La madre de Bridget se dirige a paso de marcha a la administración del instituto casi cada quince días para quejarse, pedir información o exigir algo en nombre de Bridget, siempre en nombre de Bridget, que sigue los rectos pasos de su madre y que una vez le oyó susurrar al secretario: «Esa chica tiene a su madre de perrito faldero. Es igualita que un perrito faldero».

–Por favor, no vayas al instituto –le dijo Bridget alarmada hace una semana, cuando su madre descubrió que por error había pagado dos veces el alquiler del saxo–. Ya lo arreglaré en clase de jazz. Por favor, no vayas.

–Vale –respondió al fin su madre, mirando a Bridget con desconfianza y reticencia–. Pero que no se te olvide que tienen que darte un recibo.

Después se desvió, cuando volvía a casa del supermercado, y fue de todos modos al departamento de música, antes de que Bridget tuviera ocasión de hacerlo.

–Te dije que ya lo arreglaría en clase de jazz –le dijo Bridget.

–Así aproveché para preguntar qué medidas han tomado –respondió la madre de Bridget. Sacó el pie hinchado del zapato y se lo masajeó despacio–. Les dije que quería saber qué medidas habían tomado, después de la terrible experiencia con el señor Saladin –miró a Bridget blandiendo el zapato con la mano y dijo–: ¡Nada, eso es lo que han hecho! ¡Nada!

–Te pedí que no fueras –dijo Bridget en voz baja–. Piensan que eres mi perrito faldero.

–Bridget –le dijo su madre–, el dinero que te gastas en el saxofón es mío. Puedo disponer de mi dinero como me plazca. Además, así pude meterles un poco de caña. ¡No han hecho absolutamente nada!

La profesora de saxofón espera con calma a que Bridget termine de recordar.

–Supongo que eso es mentir –dice Bridget al fin–. Supongo que sí que me miente –el sentimiento de haber sido traicionada se retuerce con acritud en su estómago.

–Eso es algo que va minando.

–Supongo –dice Bridget. La manecilla del metrónomo aún sigue meneándose de un lado a otro, midiendo el espacio que las separa.

La profesora de saxofón deja que la tristeza de Bridget pese en el ambiente por un momento y luego le dice:

–Pues sí que vino a verme la semana pasada, la verdad. Había discutido con uno de los profesores de tu instituto.

El pánico inunda el rostro de Bridget.

–¿Y qué dijo?

A la profesora de saxofón le encanta hacer de madre de Bridget. Se encoge sobre sí misma hasta parecer pálida, enjuta, desaliñada y ligeramente alarmada, en tanto que juguetea con la punta de la bufanda de un modo que le da un aspecto a un tiempo remilgado y compulsivo, y mira de un lado a otro mientras habla.

–Bridget no ha tenido mucha suerte con los profesores –había dicho la madre de

Bridget—. Parece que no congenian con ella. No es que sea mala chica (desde luego, no causa ningún problema) y tampoco es tonta. Pero hay algo en Bridget que hace que caiga mal a los profesores. Da la impresión de que no es una chica que caiga bien. Es algo que no entiendo. ¿Cómo se logra que una hija caiga bien? Parece que he perdido esa oportunidad. No sé cómo, pero se me pasó.

Es una interpretación fiel. La profesora de saxofón vuelve a ser ella misma con una expresión de agradable expectación en la cara, como si supiera que se merece una matrícula de honor, pero de todos modos quisiera que se lo confirmasen de palabra.

—Siempre dice cosas así —afirma Bridget con pena—. Siempre habla así de mí. Va a ver a mis profesores y les dice que tengo ideas o les pregunta que por qué no tengo suficientes ideas y que qué piensan hacer al respecto.

—Es porque quiere lo mejor para ti —le dice la profesora de saxofón.

—No, no es por eso —dice Bridget—. Es porque en su vida no sucede nada más y tiene que meter la nariz en todo para no volverse loca de aburrimiento.

—Vamos, Bridget —dice la profesora de saxofón en tono de reprimenda—. Con la tragedia que ha habido en el instituto, el escándalo sexual, está muy impresionada. Se preocupa por ti.

Este tipo de giros radicales es característico de las conversaciones de la profesora de saxofón con Bridget. Un repentino cambio de opinión siempre provoca una confusión herida que complace a la profesora de saxofón y ensombrece el rostro de Bridget con una nube de vergüenza y un irreparable y doloroso sentimiento de culpa por haber dicho demasiado. La profesora de saxofón observa el efecto con satisfacción.

Bridget mira la partitura unos instantes, apenada. Las trenzas le cuelgan con sus lazos grises.

—Dice que da gracias a Dios de que usted sea una mujer —suelta de pronto, como si considerase esas palabras por primera vez.

Jueves

El instituto al que tan a regañadientes van estas chicas se llama Abbey Grange, la Casa de la Abadía, pero coloquialmente se lo conoce como la Casa de la Porquería o la Mugre de la Abadía, según el estado de ánimo o el punto de vista. Los chicos del instituto de enfrente se cuelgan de los sobacos en la verja de hierro y les gritan «¡Mugre de la Abadía!» a través de las rejas. Las chicas, por su parte, cuando atajan por terrenos de Saint Sylvester, siempre gritan «¡Santa Peste!» o «¡San Pederasta!», a veces sin que nadie las oiga, pero siempre con la acertada sensación de que están igualando el marcador.

Hoy Isolde avanza con cuidado por el campo donde ya ralea el césped en dirección a Abbey Grange, abriéndose paso entre la basura que remueve el viento y entre los hoyos en el barro, cubiertos de pisadas y de una costra beis formada por el hielo de la noche pasada. El sol calienta el asfalto de las canchas de *netball* y la red llena de parches que hay detrás de la portería de fútbol brilla cubierta de rocío. Las líneas divisorias pintadas en las canchas han perdido su color blanco y se han vuelto de un gris sucio y cubierto de rayas. El instituto está hecho en su mayor parte de madera pintada de color crema, pero hay un grupo de edificios más nuevos mezclados entre los antiguos, pintados hace poco y más brillantes que los demás, que se yerguen como relucientes parches de piel sobre una quemadura reciente. Todos los árboles están sujetos con abrazaderas de hierro y rodeados de asientos tallados en los que se puede leer el nombre y la suerte de todas las estudiantes que han pasado por esa cárcel.

Isolde camina despacio, mirando cómo avanza por la lengüeta de los zapatos del uniforme la marca de barro gris y césped cortado, hasta llegar a la lana húmeda de los calcetines. La mayoría de las chicas entra en masa por la puerta principal e Isolde se alegra al ver que ha quedado abandonada mientras avanza hacia su aula. Desde que el señor Saladin se fue del instituto, Isolde ha gozado de una libertad especial, pues todas las alumnas se sienten incómodas con ella y se apartan como si fuese muy frágil, mientras que los profesores tratan de ser enérgicos y no hacer caso, en un intento obvio de tratar a Isolde de la forma más invisible y corriente que les sea posible. Isolde agradece la intimidación que le dejan, pero sabe que pronto se acabarán las ventajas de esa notoriedad indirecta. Ha reparado con indiferente desprecio en que ya ninguno de los profesores la compara con su hermana, ni siquiera el entrenador de *netball*, al que antes le encantaba repetir: «¡Lo vuestro tiene que ser algo que hay en el agua de vuestra casa...!».

Isolde apunta y le da una patada a una lata de Coca-Cola aplastada, que avanza unos metros hacia el instituto. Decide llevarla a patadas hasta el aula. Suena el primer timbre. Isolde le da otra patada a la lata, al tiempo que se pasa de debajo de un brazo a otro los deberes de Lengua y Literatura: un mural pintado por ella, que transporta enrollado y asegurado con gomas.

Para esta tarea en concreto Isolde ha dibujado a un rey muerto en su cama con una espada atravesándole el corazón y una mancha de sangre con la forma de Escocia extendiéndose por la manta. Debajo se lee una cita: «¡Sangra, sangra, pobre país!». A Isolde se le da bien el dibujo, sobre todo los retratos, y está orgullosa de este trabajo en concreto, que ha pintado con carboncillo y lápices de colores y que luego ha rociado con una laca en aerosol para evitar que se emborrone al enrollarlo.

—¿Sabes que normalmente cuando Shakespeare usa la palabra «país» se refiere al coño? —le dijo Victoria al ver el mural, apoyando los codos en el respaldo de una de

las sillas del salón y observando el dibujo desde arriba, con mirada crítica—. Por aquella época todos eran mucho más obscenos.

Isolde dejó el lápiz en la mesa y acercó el texto de la obra. Ojeó el pasaje citado, indecisa, y luego dijo:

—No creo que signifique eso aquí. En las notas no dice nada.

—Es que es una edición escolar, ¿a que sí? —dijo Victoria—. En esas ediciones no les dejan poner guarradas. Pero tenlo por seguro: país siempre significa coño. Los asuntos del país, eso es de *Hamlet*. Y lo mismo pasa con la palabra «astuto». ¡Oh, astuto amor! Se refiere al coño.

Pasaron un momento mirando el dibujo. Luego Victoria añadió:

—Eso se aprende en séptimo. Cuando Lengua y Literatura deja de ser una asignatura obligatoria, te cuentan las cosas que molan.

—¿Crees que debería repetir el trabajo? —preguntó Isolde, cogiendo una viruta del lápiz con el índice y el pulgar y contemplando la imagen estática con nuevos ojos.

—No, creo que así es aún más inteligente —contestó Victoria, generosa, ladeando la cabeza para ver mejor el dibujo—. Lo de la sangre y tal. Fijo que te ponen sobresaliente.

El señor Horne está de pie junto a la entrada del aparcamiento cuando Isolde pasa caminando con esfuerzo, sujetando el mural bajo el brazo. Agita el puño intermitentemente a la marea de muchachas abrigadas con bufandas y manoplas, al tiempo que les grita «¡Bajad de la bici y caminad!» a las ciclistas que se han puesto de pie sobre los pedales y zigzaguean en torno a sus compañeras con el casco colgado del manillar por una tira.

—Buenos días, Isolde —le grita el señor Horne, llevándose los dedos índice y corazón a la frente, como en una especie de saludo. Isolde sonríe, lo saluda con la mano y sube los escalones que llevan al bloque de música, donde está el aula de su clase.

Al entrar, una de sus compañeras se abalanza sobre ella y le dice:

—Hola, Issie. ¿Estás bien?

Luego le pone cara de pena, llevando hacia abajo las comisuras de los labios, como si estuviese suplicando, creyendo que así resulta muy maternal y atenta.

Isolde frunce el ceño.

—Hoy no es un buen día —dice, porque es más fácil fingir eso.

Sábado

—«Un hombre puede ser poderoso y aun así querido —lee Patsy—, pero es raro encontrar a una mujer amada por su poder: las mujeres no deben ser poderosas. Así, según han ido cobrando poder en nuestra sociedad, las mujeres han

descubierto que cada vez les cuesta más obtener amor» –cierra el libro y mira a la profesora de saxofón con mirada inquisitiva–. ¿Estás de acuerdo?

Esta escena es de hace mucho. La profesora de saxofón está más joven. Tiene más tersa la piel de debajo de los ojos y aún no han empezado a aparecerle esas arruguillas en torno a los labios que tiran de ellos hacia abajo. Patsy está rodeada de libros, de papeles y de bolígrafos. Fuera llueve.

La profesora de saxofón se recuesta en la silla y reflexiona sobre la pregunta sin mucha convicción.

–Yo conocía a una pareja que tenía un bebé –dijo al fin–, un niño de unos catorce meses. El padre trabajaba todo el día, llegaba a casa por la noche y el bebé sonreía, balbuceaba, extendía los bracitos y montaba el numerito para su padre. Pero si la madre se iba un momento y lo dejaba con un familiar o un vecino para poder salir ella sola un rato, cuando volvía, el bebé estaba furioso. Le fruncía el ceño, la rehuía y se negaba a que lo cogiera, e incluso se ponía a aullar si ella se acercaba demasiado. Para el bebé, *ella* no tenía derecho a salir y dejarlo. El amor del padre era condicional y tenía que ganárselo. Tenía que ganarse a su padre, y eso hacía. Pero consideraba que el amor de su madre era incondicional y que le correspondía por derecho propio, de modo que, cuando ella salía, le parecía injusto y la despreciaba.

»Al principio –dice la profesora de saxofón–, me dio pena la madre. Pensé que el bebé era terriblemente injusto. Pero creo que luego cambié de opinión.

–¿Que cambiaste de opinión?

–Sí –contesta la profesora de saxofón–. También ella tenía cierto poder. Tenía cierta influencia. Eso es lo que me pareció al final.

–La verdad es que no has contestado mi pregunta –dice Patsy–. Te preguntaba si crees que cuanto más poder tienen las mujeres en el mundo más difícil les resulta obtener amor.

–No –responde la profesora de saxofón–. No estoy de acuerdo con la formulación de la pregunta. No estoy de acuerdo con la afirmación de que el poder y el amor sean necesariamente dos cosas distintas.

–Tú *siempre* pones pegas a las preguntas –dice Patsy fingiendo enojo–. Nunca llegamos a ninguna conclusión porque siempre pones pegas a las preguntas.

–Es lo que se aprende en la universidad –replica la profesora de saxofón–. En el instituto se esperan respuestas, pero en la universidad te enseñan a poner pegas a la formulación de las preguntas. Eso es lo que quieren. Pregúntale a quien te dé la gana.

Patsy suspira y se quita una miga de la chaqueta con el dorso de la mano.

–Es ridículo –dice, pero parece vencida.

–En primero tenía una amiga –dice la profesora de saxofón– que siempre empezaba igual todos los trabajos. Imagina que tuviese que hacer un trabajo sobre

las imágenes de la violencia en el *Frankenstein* de Mary Shelley. El trabajo empezaría: «El problema de la violencia en el *Frankenstein* de Mary Shelley tiene dos vertientes». Siempre era igual. Daba igual sobre qué escribiera. «El problema del nacionalismo en la Gran Bretaña de preguerra tiene dos vertientes.» Siempre igual.

—¿Y si no tenía dos vertientes? —pregunta Patsy, volviendo a fruncir el ceño ante el libro de texto que reposa en la mesa.

—Siempre tiene dos vertientes —dice la profesora de saxofón—. Ese es el truco.

Miércoles

—Hay una chica en el instituto —dice Bridget— que siempre cuenta unas mentiras muy raras. Y digo que son raras porque creo que ni siquiera sabe que está mintiendo cuando lo hace.

—¿Quién es? —pregunta la profesora de saxofón.

—Willa —responde Bridget con gesto vago—. Pero no se le nota. Lo hace muy bien.

Bridget juguetea con la lengüeta un momento y luego levanta la vista.

—Por ejemplo, yo antes cometía un error —dice—, que era que confundía las palabras «especie» y «especia», así que siempre decía, por ejemplo, que mi madre le echaba *especies* a sus guisos.

La profesora de saxofón tiene los dedos apoyados en el instrumento, que le cuelga del cuello, y cuando mueve la mano deja ovaladas huellas de humedad que se encogen y se desvanecen en cuestión de segundos.

—El caso es que esa chica, Willa —dice Bridget—, que el año pasado iba conmigo a las clases de recuperación de Lengua y Literatura, me oyó un día que usé mal la palabra «especie» y la profesora me pidió que lo repitiera y todas nos echamos a reír porque era un error muy tonto. Y luego, la semana pasada, estábamos un grupito comiendo y Willa nos contó que ella confundía «especie» con «especia» y que siempre las usaba mal. Nos repitió toda la historia como si le hubiese pasado a ella.

»Yo me fijé mucho —dice Bridget— y ella estaba mirándome cuando lo dijo, toda natural y riéndose de sí misma, y de verdad que creo que no sabía que estaba contando una anécdota mía. Si no, se habría sentido culpable, me habría evitado o algo. Creo que sencillamente me había oído cometer ese error, le había gustado cómo sonaba y al cabo de un tiempo se había creído que la anécdota era suya.

—¿La hiciste quedar en evidencia? —pregunta la profesora de saxofón—. ¿Delante de todas?

—No —responde Bridget—. Todas me habrían considerado una mezquina.

—Entonces, nadie supo que era mentira.

–No.

–Y la próxima vez que te equivoques y utilices mal la palabra «especie», todas pensarán que lo que pasa es que quieres ser como Willa.

–Sí –dice Bridget–. Si vuelvo a equivocarme.

–Y tú estás segura de que Willa no confunde «especie» con «especia».

–Sí –contesta Bridget con firmeza–. Eso es mío. Y, además, se había reído de mí en las clases de recuperación.

–Bueno –dice la profesora de saxofón–, no es una anécdota tan heroica como para robársela a otra persona y apropiársela. Se me ocurren otras mucho mejores – vuelve a mover la mano y las huellas grises de humedad se convierten en vaho y se desvanecen.

Bridget está sonrojada y es incapaz de expresar de manera coherente la indignación e incluso la rabia que le produce la mentirosa Willa, la muy saqueadora, la muy ladrona y la muy desvergonzada. A Bridget no le sobran anécdotas de sí misma que contar, por muy poco heroicas que sean, pero ahora es un poco más pobre, a su vida le han quitado una fracción más, su mente es un poco menos única, y todo por culpa del robo de esa chica.

–Pero ahora ella tiene ese recuerdo –dice Bridget, esforzándose por seguir–. Un recuerdo real de ello, de todas las veces que ha dicho esa palabra. Y se ríe para sus adentros y dice «¡Qué tonta!», como si de verdad pensase que era una tonta. Pero no lo es. No es tonta. Sabía perfectamente cómo se decía bien.

–Igual no es más que una mentirosa –dice la profesora de saxofón.

–Pero si no sabe que está mintiendo –responde Bridget, ya casi con desesperación– y nadie más sabe que miente y tiene un recuerdo real en la memoria...

Bridget se desmorona y se pone a mover los labios como un pez que ha caído en el anzuelo.

–Entonces, a lo mejor es que es cierto –dice al fin, y en su desconsuelo se golpea los costados con las manos, una vez, dos, y luego se queda quieta.

Lunes

–En quinto tuve al señor Saladin –suelta de pronto Julia en medio de la clase del lunes por la tarde.

–¿Ah, sí? –dice la profesora de saxofón.

–Para preparar los exámenes oficiales de música –dice Julia–. Siempre me pareció un pringado.

–Vaya –exclama la profesora de saxofón sorprendida, ya que la idea de que el

señor Saladin pudiera ser un pringado era nueva para ella. Pasea la idea por el interior de su boca unos instantes.

–Ese año coincidía con ella en clase de música –continúa Julia, en tono un tanto soñador–. Con Victoria. Eso debió de ser mucho antes de que estuviesen juntos, porque por entonces ella no iba a las clases de viento-madera. Me acordé el otro día y desde entonces no paro de pensar y trato de recordar algún incidente sobre ellos dos, algún incidente que pueda aislar del resto del año para darle un significado mucho mayor del que tuvo en realidad.

–¿Y?

–Una vez –dice Julia–, una vez el señor Saladin dijo: «Victoria, si vuelves a tocar esa flauta dulce una vez más durante esta hora, vas a sufrir una muerte rápida y prematura, y no te atrevas a ponerme a prueba para ver si lo digo en serio –Julia sube los brazos del atril que sujetan las partituras en su sitio–. Debería sacarlo a relucir en las sesiones de orientación –dice. Suelta un resoplido muy poco elegante–. Y luego debería llorar.

–¿Qué ha pasado hoy en la sesión de orientación? –pregunta la profesora de saxofón.

–La crítica es constructiva, la comparación es un abuso –dice Julia–. Por ejemplo, si digo: «Tu actitud me parece hiriente», eso es crítica y está bien. En cambio, si digo: «Creo que te pareces mucho a tu madre», eso es una comparación y no está bien. Primero aprendimos eso y luego hicimos juegos de roles. Los juegos de roles son un instrumento muy útil para explorar una situación desde una perspectiva diferente.

La profesora de saxofón no dice nada y espera a que Julia prosiga mientras da golpecitos con el pulgar en el tosco borde de cerámica de su taza.

–Así es que levanté la mano –dice Julia– y pregunté: «Pero ¿y si se trata de una relación entre dos personas del mismo sexo?». Dije: «Seguro que la comparación desempeña un papel mucho más importante en las relaciones entre personas del mismo sexo. Como por ejemplo “yo estoy más gorda que tú” o “yo soy más masculina que tú” o “yo soy la maternal” o “yo soy el abuelito cariñoso” o cosas por el estilo». Le dije al orientador: «Si la comparación es un abuso, ¿eso significa que las parejas del mismo sexo son más abusivas que las normales?».

Julia se balancea hacia delante y hacia atrás sobre los talones, exultante a la luz de los pálidos rescoldos de su defectuosa lógica adolescente y recordando el silencio temeroso e indignado que se produjo en el aula, mientras el orientador se frotaba la frente y las chicas se volvían para mirarla con ojos furibundos a través del vacío.

–Entonces el orientador va y me dice: «Julia, ahora no estamos hablando de las relaciones entre personas del mismo sexo. El señor Saladin era un hombre y Victoria, una chica. No nos desviemos del tema». Y usaba el pasado, que es lo que hace siempre, como si los dos estuviesen muertos.

Julia ha terminado, coge el saxofón y se pone a tocar. Ha censurado la última parte de la escena, justo antes de que sonase el timbre, cuando las chicas se volvieron hacia delante mientras el orientador fruncía el ceño y buscaba sus notas. Una de las chicas guapas se volvió en la silla y le dijo entre dientes:

—¿Por qué tienes que sacar siempre temas como ese? En todas las clases dices algo así, solo por ver lo incómodas que nos hace sentir. Es como si no pudieras sacártelo de la cabeza y lo dijeras solo por divertirte. Resulta repugnante.

Jueves

A veces, para divertirse, la profesora de saxofón trata de imaginarse qué pasaría si cambiasen el reparto. Se imagina a la chica que interpreta a Bridget haciendo el codiciado papel de Isolde y la transforma mentalmente, planchándole la pelambarrera rebelde y convirtiéndola en una cortina brillante que caería lisa hacia los lados, dividida por una raya en medio, lo cual le daría color a sus mejillas y la dotaría de esa expresión descuidada y herida que se ha convertido en la marca de Isolde. Añade un reloj de plata y una fina cadenita de plata que asoma por debajo del cuello de la camisa del uniforme. De cuando en cuando el personaje de Isolde retuerce con aire distraído la cadenita alrededor de un dedo o la sube hasta la boca y la mordisquea mientras piensa, de tal modo que la cadena le presiona las mejillas desde las comisuras de los labios como si fuera una delicada brida de plata.

Huelga decir que no codician ese papel por las cualidades inherentes a la propia Isolde: lo codician por su proximidad con el escándalo que rodea a su hermana. Los ecos de la deshonra y la desgracia la vuelven poderosa, del mismo modo que se vuelven poderosas las chicas guapas que dicen: «Necesito estar sola un rato», con lo cual consiguen que un ejército de sirvientas serias y angustiadas se ocupen de ellas constantemente, rondándolas y diciendo en susurros: «Me preocupa que haga algo contra sí misma». Incluso Bridget, que no tiene muchas luces, puede percibir que la proximidad de Isolde es algo que tiene mucho peso.

La profesora se sonríe al imaginar a la pobre Bridget, tan poquita cosa, en el papel de Isolde. La idea le hace pensar con ternura que, a fin de cuentas, quizá sí que haya un débil rayo de esperanza para esa chica pálida, enjuta y desaliñada, que se chupa las puntas del pelo, que lleva la falda del uniforme un poquito demasiado alta y que tanto se esfuerza. En el papel de Bridget la profesora de saxofón se imagina a la chica que interpreta a Julia, vistiéndola mentalmente con un uniforme ajado, demasiado grande y siempre un poco arrugado. Imagina un cambio en su postura y la ve retraída y contrita, encogiéndose igual que se encoge un trozo de panceta al contacto con el calor de la sartén. El papel de Bridget resultaría el más

fácil de los tres, porque Bridget es una víctima y las víctimas no dan problemas. Después de interpretar a Julia, el papel de Bridget sería pan comido.

En el papel de Julia la profesora de saxofón pone a la chica de cara redonda que ahora interpreta a Isolde. Esta transformación es la más difícil de imaginar porque es también la más sutil. A la profesora de saxofón se le ocurre que la chica que hace de Isolde es tal vez demasiado virginal para el papel de Julia: la perfecta vanidad que reside en el odio que esta siente hacia sí misma es algo que esta muchacha no puede captar, porque aún no ha sido suficientemente mancillada.

La profesora de saxofón piensa con ternura en sus alumnas, sentada junto a la ventana con la mejilla apoyada en el puño, mientras contempla los tejados y las nubes. Entonces llaman a la puerta y ella deja a un lado la taza de té negro. Se alisa la pernera del pantalón y dice:

—Adelante.

Lunes

El ginkgo se eleva desde un pequeño cuadrado de tierra en mitad del patio. El hormigón está lleno de protuberancias alrededor del tronco del árbol, por donde han ido avanzando las raíces. Las hojas pisadas se han convertido en una pasta de aroma amarillento que obstruye los sumideros y cubre los adoquines de una capa de suciedad parduzca.

Ha llegado pronto y oye a lo lejos el zumbido grave de un saxo tenor tocando una escala ascendente, cuyo sonido se desliza sobre las tejas de pizarra y baja hasta el patio vacío donde se yergue el ginkgo, ya desnudo. Por encima del patio se levanta la torre del antiguo observatorio, que ahora está cerrada al público. La cúpula con nervaduras blancas muestra aquí y allá manchas de líquen verde y la escalera de hierro forjado está salpicada de excrementos de pájaros y de suciedad.

El estudio de la profesora de saxofón se encuentra en un cúmulo de edificios desperdigados que antaño albergaron el museo y unos cuantos departamentos menores de la universidad. Ahora los patios interiores de ladrillo, los claustros y los inesperados jardincillos se alquilan a particulares, en tanto que las antiguas salas del museo se han dividido para convertirlas en oficinas, estudios y tiendas.

El saxo tenor sube un semitono y repite el ejercicio. Isolde mira el reloj: ha llegado con casi quince minutos de antelación. Balancea el estuche del saxo sin reparar en ello y observa el patio buscando algo que hacer. El hormigón se ve más oscuro y apagado porque acaba de llover, bajo los desagües se han formado lúgubres charcos y los pájaros se sacuden el agua antes de saltar de un cable a otro.

Isolde se aleja distraída del árbol y de la elevada torre del observatorio y se mete

en un callejón con el vago propósito de encontrar una panadería y comprarse un bollo.

Mientras camina por los claustros empieza a oír los golpes apagados de un tambor lejano. A veces hay actuaciones teatrales o performances gratuitas junto a los puestos de bollería que se colocan al otro lado de los patios, de modo que persigue distraída ese sonido atravesando un arco angosto y un callejón de ladrillo mojado hasta llegar a una puerta abierta.

Una barra de acero divide en dos horizontalmente la puerta y a la altura del pecho hay un trozo más brillante, donde miles de manos han gastado la pintura. A la puerta le han colocado un ladrillo delante para que no se cierre, de modo que Isolde oye gritos y los golpes claros de un tambor saliendo del interior.

Se cuela sin hacer ruido, camina por el pasillo y sube un pequeño tramo de escaleras con bandas reflectantes. Pasa junto a varios camerinos con las puertas entornadas y cae en la cuenta de que debe de haber entrado en el viejo auditorio por la puerta de actores. Titubea y está a punto de volver atrás, pero el sonido del tambor le llega más claro y también oye voces, así es que decide continuar y al menos echar una ojeada furtiva antes de dar media vuelta y marcharse por donde ha venido. Sale a la negrura densa y aterciopelada de los bastidores y avanza poco a poco en la oscuridad hasta que encuentra una hendidura en la tela, que le permite echarle una ojeada al escenario.

Desde allí el escenario parece caótico, se ven las líneas de tiza y lápiz, los bastidores pintados puestos en un montón sin orden ni concierto y al otro lado un revoltijo de objetos de atrezo y vestuario. Isolde ve un grupito de personas que miran entre bastidores, algunas ya vestidas y esperando en tensión, de puntillas, a que les den el pie. Más allá de las candilejas ve la oscuridad neblinosa del auditorio, que tiene dos pisos de gradas, y en primer plano las siluetas de los actores, en torno a las cuales brilla un hilo de luz semejante al que aparece rodeando el sol durante un eclipse.

En el centro del escenario hay un joven tocado con un turbante de color escarlata que lleva una levita con los faldones raídos, una gorguera rasgada y sucia y unos guantes blancos que le quedan flojos en la muñeca y están manchados. Encima de los ojos tiene pintada una hilera vertical de rombos negros que le atraviesa las mejillas, formando una ristra grasienta y pegajosa en medio de los polvos blancos que le cubren la tez. Esos rombos lo dotan de una expresión extraña y atormentada, a un tiempo alegre y melancólica. Desde donde está Isolde apenas le ve el perfil, solo percibe la curva de la mejilla, la protuberancia del turbante sobre la sien y un atisbo de rombos negros cada vez que vuelve la cabeza.

–Esto es una baraja completa –está diciendo el joven hacia la oscuridad, al tiempo que se pasa las cartas limpiamente de una mano a otra, como en una

cascada—. No hay comodín. Los ases son bajos. La carta que saquéis será vuestra para siempre. La llevaréis siempre encima como un secreto sucio.

Haciendo una floritura, el joven abre la baraja en forma de arco sobre el tapete de fieltro que cubre la mesa que tiene delante. Como se le han acostumbrado los ojos a la oscuridad, Isolde descubre otras figuras en el escenario, vestidas de rojo y negro, que se mueven en torno al personaje central como si fueran un hervidero de leprosos. El joven es alto, orgulloso, reluciente y está intensamente iluminado, de tal modo que parece una figura en una fotografía sobreexpuesta: brillante, empañado y con ojos vidriosos por el resplandor.

—Si cogéis una carta de un palo negro os atraerán los hombres. Si cogéis una carta de un palo rojo os atraerán las mujeres. El valor de cada carta indica vuestra destreza sexual. Un diez significa que sois buenos, un as significa que solo os creéis buenos.

Mientras habla, el joven va sacando cartas de la baraja, las sujeta entre los dedos y el pulgar y luego cierra la mano con rapidez para que la carta salga disparada hacia el aire, por encima de su cabeza. Atrapa la carta que está en el aire con la mano libre al mismo tiempo que la otra mano ya está moviéndose para coger la siguiente. El efecto es que parece como si estuviese haciendo malabares con las cartas, que va lanzando en un arco explosivo y que luego atrapa antes de que caigan al suelo.

—Si sacáis una figura, puede que vuestra sexualidad se complique un poco. En general, cualquier reina os obliga a travestiros, un rey os dará una tendencia sádica y una jota una tendencia masoquista. Pero hay excepciones.

El redoble del timbal va en aumento. Según va subiendo poco a poco de tono, el joven se hace cada vez más apremiante. Sus movimientos se aceleran, se le tensa la garganta y la voz se vuelve más insistente. Las figuras de negro que pululan por el escenario han empezado a contorsionarse.

—El rey de diamantes es el único que lleva un hacha en vez de una espada. Por eso lo llaman el Hombre del Hacha. Si sacáis el Hombre del Hacha, es muy posible que vuestro apetito sexual se convierta en una perversión.

»Todas las figuras están de frente menos tres: dos de las jotas y uno de los reyes están siempre de perfil. Si sacáis una de estas cartas que solo tienen un ojo tendréis tendencia a engañaros a vosotros mismos y a ser deshonestos.

»Pero la figura más importante es la reina de picas.

Alguien choca con fuerza contra Isolde desde detrás. Ella se tambalea y se da la vuelta como activada por un resorte. Un joven se ha caído de espaldas contra una cortina. Suelta un taco y se agarra a la tela para sostenerse, mientras los pies le resbalan en el suelo gastado y manchado de tiza y agita la mano libre tratando de recuperar el equilibrio. Intenta no soltar el cetro que sostiene en la mano, pero este

cae al suelo con estruendo, echa a rodar y acaba debajo de uno de los pliegues de la cortina.

La escruta con la mirada y frunce el ceño.

—¿Qué haces aquí? —pregunta entre dientes, al tiempo que se agacha para recuperar el cetro.

—Solo estaba mirando —dice Isolde, dando un paso rápido hacia atrás mientras el chico tantea el suelo en la oscuridad—. Lo siento.

—¡Stanley! —susurra uno de los leprosos del escenario—. ¡Stanley, te toca!

Isolde no tiene tiempo de decir nada más. El chico coge el cetro, se pone en pie de un salto y se apresura a salir al escenario, aprovechando la breve fracción de segundo que le queda antes de que lo iluminen para enderezarse la corona y sostener en alto el cetro. La última imagen suya que ve Isolde antes de disolverse en la cruda luz del escenario es la de un rostro en plena transformación, a medio camino entre una expresión natural y una caricatura, un rostro que cambia desde el interior del mismo modo que cambia la piel cuando comienza a arrugarse y fruncirse en la bañera en el momento de quitar el tapón.

Isolde aún tiene el corazón acelerado por efecto del choque y de pronto se siente avergonzada por haber estado mirando sin que nadie la invitara. Se da la vuelta y se escabulle, se retira por las escaleras con bandas reflectantes por las que ha entrado, camina sin hacer ruido por el angosto pasillo y por fin sale al resplandor del día, oloroso a ginkgo.

Seis

Abril

—¿Máscaras o caras? No dejo de hacerme esa pregunta. Máscaras o caras.

El catedrático de Movimiento estaba apoyado en el radiador de la sala de profesores, envolviendo la taza con sus manos delgadas, frunciendo el ceño y mirando con ojos empañados una tenue mancha en el suelo de linóleo.

—La chica alta —dijo—. Hoy, haciendo esa... esa pieza de... la pieza que representó hoy... Vamos, echadme una mano.

El catedrático de Interpretación bajó un poco el periódico que estaba leyendo y lo miró por encima de las gafas.

—«Venid a mí, espíritus que servís a propósitos de muerte, quitadme la ternura y llenadme de los pies a la cabeza de la más ciega crueldad.» Sí —el catedrático de Movimiento se quedó quieto un rato, temblando—. Jamás interpretará de forma convincente ese papel. Está atrapada en sus ojillos redondeados y en la simetría perfecta y suave de su rostro. Lo único que se me ocurría pensar mientras la miraba era que nunca va a creerse esas frases. A alguien como ella, con esa cara, le resultaría imposible. Esa cara jamás se atreverá. Si fuese a verla representar ese papel, al salir diría: «Lady Macbeth estaba fatal» —el catedrático de Movimiento meneó la cabeza, lleno de frustración—. Los miro a todos —dijo— y veo tanta esperanza, tanta energía, tanta determinación atrapadas en esas caras que nunca tendrán nada que ofrecer, que nunca serán extraordinarias: rostros modernos, mimados, como de seda, que jamás han conocido la tragedia, las vicisitudes o los extremos, y ni siquiera... ¡Por Dios, si la mayoría se ha pasado casi toda su vida *dentro*! Esa chica, la que hizo el papel de Lady Macbeth hoy, es como si estuviese hecha de plástico. Es tan suave y redondeada que no puede ser real. Jamás escapará a esa suavidad ni a esa redondez. Jamás escapará a su rostro.

—Estás de muy mal humor, Martin —le dijo el catedrático de Interpretación, al tiempo que sacaba una aspirina de su envase y la echaba en el café—. A mí no me pareció que lo hiciera tan mal. En realidad, me gustó bastante su frescura. «Venid a mis pechos de mujer y cambiad mi leche en hiel.» Eso me pareció maravillosamente seductor. Intentaba ser *mala*.

—No intentaba ser mala porque no entendía una puñetera palabra de lo que decía —replicó el catedrático de Movimiento.

Hubo un silencio. El catedrático de Movimiento agachó la cabeza y sorbió de su taza de un modo un tanto grosero, tomando aliento entre trago y trago de líquido caliente, contrayendo la garganta como un reptil al tragar. El catedrático de

Interpretación pensó: «Es una costumbre de solterón que come siempre solo». De pronto sintió lástima por el catedrático de Movimiento y dejó el periódico.

«Su insatisfacción con respecto al mundo siempre tiene una cualidad terriblemente personal», pensó el catedrático de Interpretación. «Vuelve a decepcionarse cada vez que algo no consigue alcanzar el ideal y exhibe su decepción como un niño.» Daba muestras de tener una extraña forma de curiosidad para un hombre de su edad: una absurda inocencia que parecía querer sabotearse a sí misma, porque sabía que iba a decepcionarse y aun así tenía fe.

El instinto del catedrático de Movimiento se inclinaba hacia la simplicidad y el escrúpulo y, sin embargo, no era un hombre escrupuloso: estaba, en cambio, lleno de ansiedad, indecisión y quejas, siempre suspendido entre distintos puntos de vista. Se hallaba permanentemente a la sombra de un principio, de una catedral iluminada y rodeada de enjambres de murciélagos, pero, aunque podía admirarla y sentir miedo ante su enorme contorno, nunca lograría tocarla de verdad: jamás llamaría y entraría en ella.

El catedrático de Interpretación observaba al catedrático de Movimiento, que fruncía el ceño con una mueca de dolor mientras miraba su café, juntaba los omóplatos y meneaba la cabeza como si le hubiese encogido la piel. El catedrático de Interpretación pensó: «Es como si en algún rincón de su ser aún fuese un adolescente que no ha perdido esa capacidad egoísta de enamorarse y de hacerlo hasta los tuétanos». Se preguntaba si sentía envidia de la ansiedad de aquel hombre, de lo mucho que le costaba tomar decisiones, de ese torturado sentimiento de fracaso y esa sensación de que no había justicia en el mundo.

—¿Los de este año son malos? —le preguntó el catedrático de Interpretación—. ¿Es eso lo que te deprime?

El otro profesor, más joven que él, se desplomó en una silla como si fuera un globo pinchado.

—No —dijo sin estar muy convencido.

—Antes te preguntabas si eran máscaras o caras.

—Sí —dijo el catedrático de Movimiento, y suspiró—. Antes creía en las caras. He creído en las caras toda mi vida. Pero me parece que igual he acabado por cambiar de opinión.

Febrero

Siempre que se cerraba una puerta de la Escuela se abría suavemente otra, con un chasquido débil, empujada por un impulso invisible que no se podía contener. Ese movimiento de puertas dejaba en el edificio una impresión fantasmagórica, semejante a un murmullo. Cuando Stanley cerraba una puerta tras él, siempre

prestaba atención hasta oír otra que se abría con un clic, eco fiel que llegaba de las sombras de la vastedad del vestíbulo. Todas las puertas hacían ruido. Grietas finísimas recorrían el esmalte como una telaraña de encaje sucio.

El curso académico comenzaba con un montaje de *El rey Lear* en el que no se reparaba en gastos. Lo dirigían los alumnos que acababan de graduarse y el reparto lo formaban todos los profesores, que lucían con orgullo trajes de color burdeos y gris. El papel principal le correspondía al anterior catedrático de Interpretación de la Escuela, que se había retirado hacía mucho tiempo: un hombre nervudo, de dientes alargados y pelo canoso y poco abundante, que peinaba hacia delante sobre la frente, como si fuera un monje. Alrededor de un mes después de la última función, se colocaba un nuevo traje, después de aplastarlo bien, en la descascarillada pared del pasillo. El cuello aún lucía las manchas negras de la sangre que había brotado de las cuencas vacías del catedrático de Movimiento y había chorreado, espesa y escarlata, por sus mejillas sin afeitar.

El año empezaba en serio. El montaje de *El rey Lear* era en parte un desafío que pretendía asustar a los de primero y mostrarles un legado por el que tendrían que pelear. Funcionaba durante un tiempo. Al principio, los de primero contemplaban a los profesores y a los alumnos de los últimos cursos con una especie de reverencia sumisa, pero según iban pasando las semanas poco a poco empezaban a inflarse y se llenaban de determinación y de fe en sí mismos.

—Soy actor —decía Stanley, y se sorprendía al oírlo. Tras una pausa inicial, descubría que esa definición le gustaba e incluso lo dotaba de cierto poder—. Estudio en la Escuela de Teatro —añadía entonces, y esperaba confiado a que su interlocutor dijera: «¡Vaya, la Escuela! Dicen que es muy difícil entrar, ¿no? Debes de ser bastante bueno».

Las primeras semanas del año parecían pasar como una ráfaga. Al principio, los de primero se mostraban vacilantes, tímidos y vergonzosos entre ellos, pero en realidad todos se afanaban por hacerse un hueco en el contexto del grupo: los que querían ser considerados cómicos, trágicos, excéntricos o profundos empezaban a marcar su territorio, fabricando pequeños apelativos con los que referirse a sí mismos y reclamando un tipo concreto de personalidad para que los demás no pudieran hacerlo. Por ejemplo, una de las chicas podía colgarse de los hombros de sus compañeros cuando iban de clase de Movimiento a clase de Voz y decir: «¡Cuánto os quiero, chicos! ¡Cuánto os quiero a todos!», solo para asegurarse un hueco como persona indudablemente *dulce*. Una vez que ese hueco estaba ocupado, los demás se apresuraban a dar a conocer sus talentos sociales, musicales o intelectuales, con objeto de definir un pequeño espacio para sí mismos que ninguna otra persona podría tocar. Los otros alumnos decían «¡Qué graciosa es Esther! o «¡Qué malo es Michael!», y así todos se hallaban doblemente seguros de poder convertirse tanto en una persona como en un tipo.

Stanley no sabía a ciencia cierta qué era lo que lo distinguía como persona. Se había quedado atrás a principio de curso y había dejado que los otros chicos reclamasen los papeles de líder, de jugador o de payaso, observándolos entre inseguro e intimidado mientras ellos reclutaban admiradores y creaban un público para sí mismos. Suponía que deseaba ser visto como alguien sensible y considerado, pero no trabajó bastante para definirse y al poco tiempo otras personas ocupaban esos puestos. Se vio completamente eclipsado por algunos de los chicos que con más ambición se entregaban a la melancolía, chicos que tenían muy estudiado el modo en que se apartaban el pelo de la frente, chicos delgados de cuyas mochilas siempre asomaba una edición en tapa blanda de alguna obra de Nietzsche, chicos de expresión desamparada y acomplexada, permanentemente ansiosos y siempre un poco mal alimentados. Cuando alguno de esos chavales hablaba, toda la clase se daba la vuelta con respeto para escuchar sus palabras.

Stanley se vio poco a poco encaminado al mediocre grupo de los alumnos que no llamaban la atención en clase. Como el resto de ellos, albergaba una pequeña esperanza de que algún día obtendría lo que le correspondía por derecho y los superaría a todos, pero esa esperanza estaba medio enterrada y en clase Stanley pocas veces sobresalía.

—Ya verás como sacamos algo de ti —le había dicho una mañana a Stanley la catedrática de Improvisación, al tiempo que extendía la mano y le golpeaba el pecho con el dedo—. Hay algo ahí dentro —le dijo— que va a *madurar* en cualquier momento, de la noche a la mañana. Ya verás.

Se marchó dejando a Stanley con el recuerdo cálido de su dedo en el esternón y una sensación de alegre triunfo que lo acompañó a lo largo de los siguientes días y semanas. Se aplicó con renovado ahínco a mejorar su técnica, alentado por ese germen de confianza que le hinchaba tanto el pecho que parecía que iba a estallar. Empezó a creer en su propia maduración y la esperaba con devota expectación, igual que un religioso esperaba la respuesta a sus oraciones. Se hizo más paciente con respecto a sus errores, seguro y confiado al saber que un día cercano sin duda triunfaría.

—Es curioso... —comentó más tarde la catedrática de Improvisación en la sala de profesores, mientras se detenía para contar los puntos con el borde nacarado de la uña y estiraba el cuadrado de lana para ver cómo iba—. Es curioso el modo en que alimentamos su ego. Veo lo mucho que los afecta, cómo los ilumina, y me siento tan responsable, me siento incluso culpable, como si estuviese dándole una pistola cargada a un niño.

—A todos los actores los pervierte su profesión —replicó el catedrático de Interpretación, sacudiendo el periódico y doblándolo con esmero por el doblez que ya tenía—. Alimentamos su ego para compensar todo aquello que se pisotea y se

rompe en ellos. No les haces daño, Glenda. Lo único que haces es suavizar el golpe.

La mayoría de los amigos del instituto de Stanley se había dispersado, engullidos por la universidad local o por la escuela politécnica, si es que no se habían marchado al extranjero en busca de mejores oportunidades. Stanley se había enterrado en la Escuela. Los alumnos de primero tenían que pasar muchas horas en el centro y Stanley encontraba cada vez más motivos para ir también los fines de semana, que aprovechaba para curiosear en la biblioteca de obras teatrales o para llevarse algún libro a la galería panorámica situada encima de la sala de baile, desde donde podía observar a los grupos de escolares que daban clases de ballet, de macramé o de tejido durante el fin de semana. Empezó a compartir piso con otros dos alumnos de primero, figuras solemnes y delgadas que, como él, también habían dejado atrás todo lo que antes formaba parte de sus vidas. La Escuela lo había consumido de forma tan total e incondicional que a veces se acordaba de aquel chico avinagrado de vestuario que llevaba un viejo gramófono en los brazos. Lo había visto varias veces cuando iba o venía desde el departamento de arte, siempre cargado con botes de pintura, con bolsas de retales de tela o con marionetas a medio hacer cubiertas de alfileres.

En casa los chicos no hablaban de otra cosa que de la interpretación, del cine y del teatro, de las performances en la calle y de la revolución, cómodamente instalados en la concha de su propia irrelevancia pero sintiendo el mismo vértigo que si estuviesen los tres solos frente al borde de un nuevo mundo, aún por explorar. Hablaban hasta altas horas de la noche, escribían borradores de obras en mugrientos pedazos de periódico e imaginaban las maravillosas mentiras que algún día les pagarían por decir.

—Cuando escriban nuestras biografías —decían sus compañeros de piso—, cuando escriban nuestras biografías todo esto estará en el primer capítulo, el capítulo que va antes de nuestra gran oportunidad, antes de ser famosos, antes de que todo empiece a pasar. Y ese será el capítulo que a todo el mundo le parecerá más interesante y ejemplar, porque verán que somos personas como las demás, personas que tuvieron un comienzo corriente, personas que antes eran pobres y se esforzaban por ganarse un sueldo como todo hijo de vecino. Por ello, ese capítulo será el más interesante del libro.

Stanley empezó a verse a sí mismo de un modo distinto. Valoraba los aspectos de su personalidad que podría usar en el futuro y fomentaba cuidadosamente sus debilidades, lleno de esperanza pero al mismo tiempo temeroso de hacer algo que pudiese provocarle algún daño. Su padre, que nunca había tenido demasiada importancia en su vida diaria, comenzó a aflorar como una posible fuente de tragedia que él podía explotar y aprovechar. En clase hablaba cada vez más de su padre. Poco a poco, sin darse cuenta, Stanley comenzó a verse como una figura

trágica: no como una víctima del azote común de la adolescencia, sino como una persona profundamente herida, una figura majestuosa, un héroe emocional. Por la noche suspiraba, golpeaba su almohada y a veces lloraba.

–Siempre el arribista –dijo el catedrático de Interpretación en la sala de profesores, en tono de paternal diversión–. Los pillamos demasiado tarde. Ese es el problema. Nuestra escuela debería ser para chavales de dieciséis años. Obtendrían su título a los diecinueve. Tendrían que dejar el instituto para hacer las pruebas. Les vendría bien.

–Cuando se matriculan ya están formados –dijo la catedrática de Voz–. Formados físicamente. Formados moralmente. Ahora todo pasa muy pronto.

–Y se quieren tanto a sí mismos... –dijo la catedrática de Improvisación. Tiró con brusquedad de la lana y el ovillo salió rodando por debajo de la mesa–. Esa es la barrera más difícil de romper.

En la cafetería de alumnos, en la planta de abajo, los de primero estaban agrupados y mantenían un debate semejante. Mientras los escuchaba, Stanley escogía con cuidado los trozos del filete de cerdo que iba a comerse.

–Hay que admirar a la gente que viene aquí –decía uno de ellos–, gente que decide exhibirse, gente que decide jugar con todos los aspectos de su ser que lo hacen más vulnerable. Esa gente es la más valiente del mundo.

Abril

Caía una lluvia fina y oblicua que oscurecía la pizarra y perlaba el musgo hinchado con una fina película semejante a un rocío plateado. Stanley estaba tirado en uno de los sofás de vinilo que flanqueaban las paredes de los pasillos del ala técnica, tumbado de espaldas con las piernas alrededor de la tubería del radiador, leyendo con el pulgar apoyado en la parte de arriba del lomo del libro para mantenerlo abierto.

–¿Estás con la lectura que nos han mandado en Teatro de la Edad Moderna? –le preguntó una de las chicas de primero, acercándose a él y sentándose en el suelo a su lado.

–Sí –respondió Stanley, moviendo un poco el dedo para señalar por dónde iba–. Me ha tocado *La tragedia del vengador*. ¿A ti qué te ha tocado?

–*El alquimista* –contestó la chica, al tiempo que abría su mochila y sacaba un ejemplar gastado, con las esquinas dobladas–. Aún no he empezado. ¿La tuya de qué va?

Stanley se paró a pensarlo un momento y luego dijo:

–Va de un hombre que se disfraza para vengar la muerte de alguien a quien ama,

pero una vez que se ha vengado descubre que ya no puede quitarse el disfraz. Se ha convertido en la persona que ha fingido ser durante tanto tiempo.

Le dio la vuelta al libro para echar otra ojeada a la cubierta, en la que se veía a un hombre con una capa que trataba de violar a un esqueleto. La calavera llevaba un brillante maquillaje en tonos melocotón y escarlata, colorete en las mejillas y la raya pintada de negro en torno a las cuencas de los ojos.

–¡Cómo mola! –dijo la chica, sin sentir la menor emoción. Suspiró, estiró las piernas y se inclinó hacia delante hasta tocarse los dedos de los pies con las dos manos–. La clase de danza de ayer me ha dejado hecha polvo –dijo–. Llegué a casa dando traspiés. Pero de verdad.

–Ya –dijo Stanley. Guardó silencio un momento, mientras trataba de pensar algo que decir. Estuvo a punto de comentar lo mucho que había sudado en clase de danza, pero se detuvo cuando las palabras ya iban a salir de su garganta. Estuvo a punto de parlotear con desprecio hacia sí mismo sobre su forma física, pero de nuevo se detuvo y trató de encontrar algo que decir sobre el profesor de danza o sobre la clase en sí. Sin embargo, tardó mucho y de pronto sintió terror al darse cuenta de que se había callado durante demasiado tiempo. La chica se movió y se puso a estirar la otra pierna. El gastado ejemplar de *El alquimista* cayó al suelo desde su regazo.

–Aquí todos los profesores de danza son auténticos sádicos –le dijo–. Mira qué moratón –Stanley lo miró. Por su cadera se extendían ramificaciones grises y amoratadas que se fundían en una nube rojiza por encima del hueso. La chica se tocó el cardenal con admiración, mientras con la otra mano apartaba la cinturilla del pantalón de chándal para enseñar la piel.

–¡Vaya! –exclamó Stanley.

–Pero a mí enseguida me salen moratones –dijo la chica. Volvió a cubrir el cardenal con la tela y siguió estirando la pierna.

–Oye, la verdad es que esta obra está muy bien –dijo Stanley, soltándose la lengua y haciendo un segundo intento. Se golpeó el muslo sin mucha convicción con su ejemplar de *La tragedia del vengador*–. Es truculenta y enfermiza.

La chica le echó una ojeada rápida a la cubierta.

–¿Es en esa en la que un tío le clava la lengua en el suelo a otro con una daga?

–¡Sí! –dijo Stanley–. Y mientras agoniza lo obliga a ver a su mujer fornicando con su hijo bastardo.

–Sí, conozco esa escena –dijo la chica.

Parecía que su indiferencia le había puesto punto final a la conversación, como si diera un enérgico portazo que no provocase ningún eco. La chica suspiró. Stanley tamborileaba con los dedos y se preguntaba si debía volver a abrir el libro y reanudar la lectura. Decidió tirar por el camino de en medio y se limitó a darle la vuelta para leer de nuevo el texto de la contracubierta.

–¿A ti ayer te salieron moratones? –le preguntó la chica al cabo de un rato, mirando a Stanley de arriba abajo con cierto interés y los ojos entornados.

–No, lo único que me pasó es que sudé mucho –repuso Stanley, y mientras hablaba se sentía inundado de resignación, como si hubiera sabido desde el principio que acabaría diciendo eso–. Las clases de danza siempre me hacen sudar.

–Qué asco –dijo la chica, y se tocó otra vez el moratón a través de la tela del chándal, ahuecando la mano con cuidado en torno a la cadera.

Marzo

–Vamos a ver algo de química –dijo el catedrático de Interpretación, haciéndoles una señal a los dos para que empezasen.

En esta ocasión, Stanley estaba sentado sobre los talones en un banco del parque, encogiendo los hombros para protegerse del frío. El aire era fresco y olía a ginkgo.

–Te he visto por aquí otras veces –dijo Stanley–, de camino a tus clases de música, rodeando las hojas para no pisarlas.

La chica se detuvo a cierta distancia de él. Descolgó el estuche del saxo, que le colgaba del hombro, y lo colocó por delante de su cuerpo, apoyando las muñecas en él, como si fuese un cajero en una cabina del peaje. Stanley volvió a hablar.

–Se me ha ocurrido –dijo– que a lo mejor podría hacerte sentir que vales algo. Si es que te interesa. A lo mejor este fin de semana. Te besaría solo cuando estuvieses segura de que puedes confiar en mí. Te esperaría. Te lo prometo.

–¿Por qué? –preguntó la chica.

–Me pareces interesante –dijo Stanley–. Quiero conocerte mejor.

Se levantó un poco de viento, que agitó con suavidad la falda de la chica. Ella apretó las rodillas para que no se le levantara.

–El año pasado –dijo–, un día estaba en la parada de autobús después de la clase de *netball* y apareció uno de los chicos montado en bici. Yo le sonreí y estuvimos hablando sobre la gente que conocíamos y luego él me dijo: «¿Sabes lo que le regalé a mi novia por San Valentín? Un embarazo». Entonces yo sonreí y le di la enhorabuena, pero él frunció el ceño y me dijo: «¡Joder, fuimos a ver a un médico! ¡Tiene dieciséis años!».

–No lo entiendo –dijo Stanley.

–Ya no existe la inocencia –dijo la chica–, solo existe la ignorancia. Te crees que conservas algo puro, pero no es verdad. Lo único que pasa es que eres ignorante. Estás en situación de desventaja por todo lo que aún no sabes.

–Pero yo veo algo *puro* en ti –dijo Stanley en voz baja–. Veo algo que te distingue de las demás. Veo pureza en ti.

–Lo único que me diferencia de las demás –dijo la chica con cansancio, pero

también con cierto placer— es a qué precio y en qué circunstancias estoy dispuesta a ceder.

Abril

—La lucha escénica —dijo el catedrático de Movimiento— también se conoce con el nombre de mímica del combate.

Ese día todo el mundo estaba muy erguido y muy alerta, dando saltitos de puntillas y sacudiendo los dedos. Era la clase que todos habían estado esperando, subrayada en rojo en sus horarios, la clase que todos habían ensayado en el secreto de sus cuartos.

—La lucha escénica no es una forma de violencia —dijo el catedrático de Movimiento—. Es una forma de danza, una danza controlada que se ensaya muy despacio hasta que se perfecciona y que luego se ejecuta más deprisa. El año que viene aprenderéis rudimentos de esgrima: espada, sable y florete. Este año nos centraremos únicamente en cómo dar bofetadas, puñetazos y patadas, inspirándonos en el arte del *kick boxing*, de la *capoeira* y de la acrobacia. A finales de curso deberíais ser capaces de coreografiar y ejecutar una lucha en la que simuléis que le dais puñetazos, patadas y empujones a vuestro oponente, así como que los recibís.

Sonrió al ver su entusiasmo y añadió:

—Aprenderéis que perder en una lucha escénica es tan difícil como ganar. Bueno, ¿quién puede darme una definición de «efecto especial»? —miró en derredor, pero los estudiantes callaron, saltando distraídos de un pie a otro y deseando empezar—. Un efecto especial —dijo el catedrático de Movimiento con paciencia— es algo que no ocurre, sino que solo *parece* que ocurre. La lucha escénica es un efecto especial. La violencia simulada *no ocurre* en el escenario. Quien no comprenda esto no aprobará esta parte de la asignatura. Otros años hemos tenido que expulsar a algunos alumnos de esta clase porque no comprendían la definición de «efecto especial».

Señaló un rectángulo de tiza dibujado en el suelo del gimnasio y dijo:

—Muy bien. Poneos todos dentro de la línea, por favor.

Los alumnos se apretujaron para meterse dentro del rectángulo. El espacio era muy reducido y tenían que pegarse mucho unos a otros para mantener el equilibrio y no salirse del rectángulo. Las chicas encogieron los hombros y se encorvaron ligeramente, juntando con cuidado los brazos para proteger instintivamente los pechos. Los chicos soltaban risillas y se empujaban unos a otros con los hombros y las muñecas. Stanley acabó en el centro de la aglomeración, incómodamente inmovilizado entre dos chicas que miraban hacia dentro. Notaba en la clavícula la

respiración de la chica de delante, que movió con cuidado los pies para colocarlos entre los de él. Al principio se los rozaba con la punta de un pie, pero enseguida se apoyó en la otra pierna para alejarse un poco de él.

—Antes de empezar a pelear quiero comenzar con algunos ejercicios para que os acostumbréis a sentirlos cómodos al tocaros los unos a los otros —dijo el catedrático de Movimiento—. Este ejercicio se llama «La balsa de la Medusa». El objetivo es quedarse solo de pie dentro del rectángulo. Cuando dé la señal, debéis empezar a empujaros. Si alguna parte de vuestro cuerpo toca el suelo fuera del rectángulo, tenéis que salir de la balsa de inmediato. Gana la última persona que aguante dentro. ¿Lo habéis entendido todos?

Hubo una ráfaga de asentimientos dentro del apretujado rectángulo.

—Solo vale empujar —dijo el catedrático de Movimiento—. No valen ni puñetazos ni patadas. De momento.

Todos tensaron los codos y asentaron las piernas en el suelo, listos para entablar el combate. Los alumnos que habían quedado en los límites del rectángulo se dieron cuenta demasiado tarde de que estaban en desventaja y en el acto trataron de colocarse mejor para intentar avanzar hacia el centro.

—Muy bien —dijo el catedrático de Movimiento—. Adelante.

La muchedumbre rectangular comenzó a bullir de inmediato. Al cabo de pocos segundos algunos chicos ya habían sido expulsados: se apartaron de un salto y se retiraron con compungida decepción a mirar. Stanley estaba rodeado de chicas y al principio las empujaba con cuidado, procurado no usar las manos para no tocarles los pechos accidentalmente y limitándose a emplear los hombros y las caderas. Pero las chicas eran menos educadas. De pronto sintió un montón de pequeñas manos en los riñones, que empujaban y empujaban, y notó que los pies le resbalaban. Se agarró al jersey de alguien en un intento de resistir. De pronto todo el grupo empezó a dar bandazos hacia los lados; arqueaban los pies desnudos y patinaban por el suelo, hasta que la mitad de la clase cayó por encima del límite occidental del perímetro de tiza y se salió de la balsa. Los alumnos eliminados se apartaron con un salto limpio y dejaron que el resto del grupo siguiera con la pelea.

Como gran parte de los alumnos había salido ya, los estudiantes que aguantaban podían moverse con mayor libertad. El juego se hizo más táctico y deliberadamente hostil. Stanley bloqueó bajo su brazo la cabeza de una de las chicas más menudas y estaba intentando obligarla a cruzar la línea cuando otro alumno cayó de lado sobre él e hizo que los tres salieran tambaleándose de la balsa. El catedrático de Movimiento permanecía tranquilo a un lado. Miró el reloj.

Cuando la mayor parte de los alumnos había abandonado la balsa, formaron un círculo alrededor de los últimos luchadores y comenzaron a dar a gritos y a animarlos. Los tres últimos estaban aferrados en un abrazo sudoroso en el centro de la balsa manchada de tiza. Resbalaban hacia los lados y de vez en cuando caían

sobre la rodilla o la cadera y se hacían daño, pero no soltaban a los otros en su caída. Se abrazaban con las piernas y las arqueaban para forcejear con los que aún aguantaban: dos chicos y una chica, una joven enjuta y fibrosa que tenía la figura bien torneada y decidida de una bailarina.

Alguno de los estudiantes que rodeaban a los tres luchadores comenzó a patear el suelo marcando un ritmo y al poco los demás estaban imitándolo, pateando y pateando con los pies desnudos y levantando nubecitas de polvo blanco, mientras el ritmo regular llenaba el enorme espacio del gimnasio, subiendo hasta el elevado techo, del que colgaban bombillas con capuchones colocadas en un soporte de color azulado, todas apagadas en ese momento. El catedrático de Movimiento no pateaba el suelo, pero seguía el ritmo dándose toquecitos en el antebrazo con sus dedos largos, en tanto que sus ojos atentos iban y venían del círculo de animadores a los tres luchadores que aún aguantaban. Cada vez que uno de los luchadores se veía forzado a acercarse al límite de tiza se oían gritos de admiración y una explosión de aplausos y risas. El ritmo iba aumentando de velocidad más y más. El catedrático de Movimiento asentía y de cuando en cuando esbozaba una sonrisa débil.

De pronto la dinámica de la lucha cambió con un movimiento fluido: los dos chicos se volvieron contra la chica y empezaron a trabajar en equipo por primera vez. Al ver el tácito intento de cooperar, el catedrático de Movimiento tomó aliento con gravedad y se tocó las comisuras de la boca con el pulgar y el índice. Finalmente, los chicos eliminaron a la chica empujándola a la vez hasta obligarla a cruzar la línea. Luego se volvieron para enfrentarse entre ellos al tiempo que se alejaban con premura del límite y regresaban a la seguridad del centro de la balsa. La chica se unió a los gritos de ánimo y empezó a su vez a patear el suelo, en tanto que los dos luchadores volvían a unirse en una resbaladiza llave y comenzaban a ejecutar una danza agotadora y lenta, que concluyó cuando los dos cayeron por encima de la frontera meridional enredados el uno con el otro.

Los alumnos de primero hicieron el ejercicio de la balsa de la Medusa seis veces. Lo repitieron hasta que acabaron sonrojados, doloridos y cansados. Según avanzaba la mañana, su postura empezó a cambiar poco a poco: se endureció, en enderezó y se volvió más agresiva, hasta que al fin perdieron aquella actitud acomplejada, protectora y encogida que tanto los había perjudicado al principio. La línea de tiza pronto quedó reducida a unos pegajosos restos de color gris y blanco que se abrían hacia fuera como una estrella moribunda.

—Gracias —dijo el catedrático de Movimiento al cabo de casi una hora, cuando el ganador de mejillas coloradas hubo expulsado a su contrincante por sexta y última vez—. En principio ya habéis calentado y os habéis acostumbrado a tocaros los unos a los otros. Quiero comenzar explicándoos los rudimentos de la lucha escénica y

avanzar a partir de ahí –hizo un gesto indicándoles que lo rodearan y dijo–: Vamos a empezar por aprender a dar puñetazos.

Mayo

El joven de la máscara dijo:

–Necesito un voluntario.

La máscara terminaba en la boca formando unos carrillos y ocultando el labio superior, pero dejando a la vista el mentón y los dientes de abajo. La pronunciada curva de plástico en torno a la boca hacía que recordase un poco una marioneta, reluciente y rígida, con goznes. La superficie de la máscara era suave y de color carne, tenía agujeros en forma de almendra para los ojos e iba colocada en la cara sin goma.

Algunos de los alumnos de primero que estaban entre el público levantaron la mano, sonriendo con timidez, en actitud defensiva, y el chico de la máscara señaló a uno de ellos.

–Tú –le dijo, y le hizo señas de que se acercase. Obviamente, se trataba de un pie de sonido, porque de pronto inundó el gimnasio la música alegre y cortante de un acordeón.

Se abrió la puerta del gimnasio y entró como una exhalación la secretaria, que se acercó al catedrático de Interpretación y le susurró algo al oído en tono apremiante. El catedrático de Interpretación asintió, se levantó y salió detrás de ella. La puerta se cerró tras ellos.

Entre el público, Stanley se estremeció de placer sin saber por qué. Observó al voluntario, que caminó entre el público y subió las escaleras hasta el escenario. Otras figuras enmascaradas habían salido de entre bastidores y pululaban por el escenario, mirando impávidos a los espectadores por los agujeros almendrados de las máscaras mofletudas que les cubrían la cara.

–Esto es un ejercicio del teatro de la crueldad –gritó el joven por encima de la música *in crescendo*–. Este ejercicio es un desafío.

Se puso detrás del voluntario. El chico se quedó quieto y sonrió al público con aire vacilante, esperando a que le diesen instrucciones, escuchando los movimientos del joven enmascarado detrás de él y balanceándose tímidamente sobre los talones. Entonces el joven enmascarado lo tiró al suelo de un golpe. Cuando cayó sobre las rodillas, la cabeza del chico hizo un doloroso movimiento hacia atrás. En su rostro se veía una expresión confusa y dolorida por el golpe repentino, pero aún conservaba en parte su sonrisa tímida. Rápidamente, el joven enmascarado se inclinó hacia delante y volvió a golpearlo. El chico cayó sobre el estómago y dio con el mentón en el suelo. En menos de un segundo, el joven enmascarado se sentó

de rodillas en su espalda, aplastándolo contra el suelo y retorciéndole las muñecas por detrás para que no pudiese moverse.

Alguien corrió hacia ellos con una palangana llena a rebosar de agua y la dejó con brusquedad en el suelo. El agresor agarró del pelo al voluntario, lo levantó y le metió la cabeza en el agua. Aguantó también él la respiración al tiempo que pugnaba por mantener sumergida la cabeza del voluntario y observaba a la víctima, que se retorció mientras él lo sujetaba con sus brazos rígidos y nervudos y apretaba los labios, concentrado. La víctima intentó zafarse, llena de desesperación y miedo, pateando el suelo y agitándose, aterrorizada, como un pez hecho trizas, sanguinolento, que agoniza en el borde de un muelle.

Desde donde se encontraba Stanley, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, el chico inmovilizado que luchaba por no ahogarse parecía no tener cabeza. Stanley solo le veía el cuello mojado de la camisa y la protuberancia blanca de la última vértebra por encima del borde del recipiente, mientras él trataba en vano de liberarse. Observaba cómo el chico pateaba el suelo y se retorció, en tanto que el agua se derramaba y el acordeón seguía tocando su melodía alegre y provinciana. Al cabo de casi veinte segundos, el público comenzó a agitarse y murmurar, y alguien gritó: «¡Suéltalo!». El joven enmascarado dio un respingo y lo miró, como si de pronto lo hubiesen sacado de una ensoñación. Liberó a su víctima, se puso en pie de un brinco y se echó atrás con un saltito ágil mientras el voluntario erguía la cabeza mojada, tosía, escupía y tomaba grandes bocanadas de aire. Le chorreaba agua por los ojos enrojecidos y tenía la cara blanca. Se quedó un momento sentado, dolido y confuso, temblando y jadeando en mitad del escenario.

El público lo observó en silencio mientras recuperaba el aliento. Lo miraban con cauteloso recelo, pensando que probablemente estaba conchabado con los actores, que era un ayudante designado de antemano y que en cualquier momento iba a ponerse en pie de un salto, a echarse a reír, a darles una palmada en el hombro y a decir: «¡Habéis picado!». Lo miraban indecisos. Aún no estaban convencidos. Algunos estudiantes miraron en derredor para comprobar si el profesor aprobaba aquello, pero el catedrático de Interpretación se había ido y habían quedado solos, reducidos a un parche de tela negra, heterogéneo y perplejo en el suelo del gimnasio.

En el escenario el joven enmascarado permanecía en pie, impasible, con las piernas separadas y las manos cruzadas en la espalda. Entonces, con un único movimiento fluido levantó el brazo y los otros dos enmascarados corrieron hasta el borde del escenario, agarraron al jadeante voluntario por los brazos y lo pusieron en pie. El primer enmascarado se acercó a ellos corriendo, empujó y de nuevo el voluntario cayó de rodillas y recibió más golpes en la cara. Los dos chicos que lo sujetaban se pusieron a tirarle de la camisa y entonces Stanley se dio cuenta de que le habían cortado la ropa desde abajo hasta el cuello a lo largo de la espina dorsal.

Los enmascarados le arrancaron la camisa desgarrada y el jersey, y lo dejaron descamisado, pálido y tembloroso en mitad del suelo.

El joven enmascarado miró cara a cara al público, como desafiándolo. Los alumnos de primero le devolvieron la mirada desconcertados.

–Esto es una cabronada, tío –dijo de pronto el voluntario, mirando los restos de su camisa y su jersey amontonados frente a él. Hablaba con voz débil–. Era mi camisa favorita.

El joven enmascarado no se inmutó. Siguió mirando al público, como esperando a que alguien hablase. Nadie lo hizo. Dio un salto adelante, las tijeras volvieron a brillar y con un movimiento ágil y preciso agarró del pelo de la coronilla al voluntario y le cortó un mechón entero de un plateado tijeretazo.

Todos los estudiantes sentados en el suelo tomaron aliento al mismo tiempo. El joven enmascarado sostenía el mechón castaño como si se tratase de las cabelleras que antaño se arrancaban como trofeos. Nadie se movió. Hubo una pausa larga y terrible. Luego, de pronto, el voluntario se puso en pie de un salto y echó a correr. Los enmascarados trataron de atraparlo, pero demasiado tarde: se les había escapado. Saltó por el borde del escenario y salió del gimnasio sin mirar atrás.

El joven enmascarado lo miró mientras se iba y luego se enderezó un poco.

–Esto es un ejercicio del teatro de la crueldad –dijo–. Estamos aquí para mostraros lo que significa sentir algo de verdad.

Hizo una reverencia breve y extraña y entonces cayó el telón con un silbido como de cuchilla. La gruesa tela tocó el escenario con un ruido sordo y los alumnos de primero quedaron solos en el gimnasio. Oían los pasos quedos y tímidos de los actores, que iban dispersándose al otro lado del telón hasta acabar por desaparecer.

Mayo

–Ven conmigo –fue lo único que dijo el catedrático de Movimiento cuando Stanley lo encontró, y este siguió sus pasos descalzos desde el patio hasta su despacho, situado en el piso de arriba. Ambos iban en silencio y Stanley se rezagaba mientras intentaba tragarse las lágrimas. Lo sorprendía la violencia de sus sentimientos.

–He venido a quejarme –era lo único que había dicho, juntando las huesudas rodillas al tiempo que retorció las manos hasta el punto de dejarlas sin sangre–. No encuentro al catedrático de Interpretación. Quiero quejarme.

Aun en su angustia, Stanley se sentía un poco aliviado por haber encontrado vacíos tanto el despacho del catedrático de Interpretación como la sala de profesores. El catedrático de Movimiento era infinitamente más accesible que el

viejo catedrático de Interpretación, el cual siempre escrutaba a los alumnos a través de las gafas con impávida frialdad y llevaba pantalones cortos incluso en invierno, como si tuviera la sangre fría y no notase diferencia alguna.

En la calma de su despacho, el catedrático de Movimiento juntó las palmas de las manos en actitud de súplica.

–Stanley –le dijo–. Stanley, ¿qué crees que harías si pagases por ver una obra en la que hubiese una escena de violación y durante la misma el agresor violase de verdad a su víctima?

–Diría algo –dijo Stanley. La voz le temblaba un poco. Levantó la mano y se frotó la mejilla con el pulpejo de la mano.

–No –dijo el catedrático de Movimiento. Enlazó los dedos–. Te moverías en el asiento y pensarías que la obra era horriblemente vanguardista, pero que no iba contigo. Te maravillarías por lo realista que parecía todo y tal vez, si te sintieses muy incómodo, mirarías alrededor para ver qué pensaban los demás. Entonces, si de verdad empezases a sentir que algo iba mal, por ejemplo si la víctima realmente gritase pidiendo ayuda o si vieses con claridad que todo el público se sentía incómodo, te levantarías y harías algo. Pero tardarías mucho en dar el paso. Lo más probable es que para cuando hubieses reunido el valor suficiente para defender a la víctima, la escena ya habría terminado.

Stanley no sabía qué decir.

–Sé que es horrible imaginarse eso –dijo el catedrático de Movimiento–, pero estoy intentando explicarte algo. Solo intento señalar que cuando hay una persona en un escenario frente a un auditorio lleno de gente la palabra «real» carece de sentido. No describe nada en el escenario. En el escenario solo importa si algo *parece* real. Si *parece* real, entonces da igual si es real o no. No importa. Esa es la cuestión.

–Eso no es lo que nos dice en las clases de Movimiento –dijo Stanley, cada vez más furioso–. Nos dijo que lo importante era la verdad y no la sinceridad. Yo *me creí* todo lo que nos dijo cuando hablaba de la mímica.

El catedrático de Movimiento suspiró y se apretó los labios con los dedos.

–No –dijo, y guardó silencio un momento sacudiendo la cabeza mientras daba forma a sus pensamientos. Luego tomó aliento cansinamente–. No. Hablamos de dos cosas muy distintas.

»Stanley –dijo–, piensa cómo te sentirías si actuases en una obra en la que tu personaje tuviese que morir y después de la función todos se acercasen a ti para decirte: «Te he creído de verdad, realmente me he creído que morías. Te vi muerto sobre el escenario y de pronto pensé: “¡Ay, Dios mío, se ha muerto de verdad!”». Te quedarías encantado. Sería el mejor elogio que podrían hacerte: que tu fingimiento, tu gran juego de fingimiento, parecía tan real que alguien de verdad pensó que *era* real.

–Pero yo sí que soy real –dijo Stanley, dándose cuenta con desagrado de que otra vez estaba a punto de llorar–. Puede que mi interpretación consista en fingir, pero yo no.

–De eso se trata precisamente –dijo al punto el catedrático de Movimiento–. Si eres un buen actor, usarás *tus* emociones, te reirás con *tu* risa, te valdrás de *tu* sexualidad, de *tus* inseguridades. En el teatro siempre existe esa duplicidad. Tanto tú como el personaje que interpretas tenéis que ser transparentes. Hay que mirar a través del uno para ver el otro. Por eso la profesión de actor es tan difícil. Quien está sobre el escenario eres tú.

–Pero hoy no había ninguna duplicidad –exclamó Stanley. Hablaba con voz estridente, tensa y entrecortada–. Solo estaba él. La camisa que le destrozaron. Su respiración. Su pelo. Estaban haciéndole daño.

–Estás enfadado porque te traicionaron –dijo sencillamente el catedrático de Movimiento–. Te sedujeron para que sintieras algo auténtico y real y luego lo destruyeron ante tus ojos.

–¡Lo traicionaron a *él!* –gritó Stanley.

El catedrático de Movimiento suspiro y se miró las manos.

–¿Por qué a usted no le parece mal? –preguntó Stanley al cabo de unos instantes, con la respiración aún agitada–. ¿Por qué no le importa que pueda suceder algo así?

–Entiendo tu enfado –dijo el catedrático de Movimiento–. Por favor, tienes que creer que lo que sucedió no estaba premeditado. En realidad, creo que los chicos no comprendían bien lo que estaban haciendo. El manifiesto del teatro de la crueldad es mucho más complicado, interesante y vital de lo que sugiere su nombre –cerró los ojos, recordando uno de sus pasajes favoritos, y dijo–: «Así pues, he dicho *crueldad* como podría haber dicho *vida* o *necesidad*, porque quiero señalar sobre todo que, para mí, el teatro es acto y emanación perpetua, que nada hay en él de coagulado, que lo asimilo a un acto verdadero, es decir, viviente, mágico» –abrió los ojos y le sonrió con tristeza a Stanley–. Artaud, son sus propias palabras.

Stanley se quedó un momento sentado, jadeando y sintiendo que la partida había quedado en tablas. Trató de recordar lo que estaban diciendo hacía unos minutos para retomar sus argumentos e intentar sacar al catedrático de Movimiento de su cansina y contrita apatía.

–Me alegro de que te hayas atrevido a venir a hablar conmigo –dijo el catedrático de Movimiento–. Hablaré seriamente con esos alumnos para que comprendan bien el impacto emocional de lo que ellos hicieron.

Miró a Stanley y esperó. El minuterero del reloj avanzó e hizo tac con solemnidad.

Cuando era más joven, el catedrático de Movimiento había actuado en Teatro Libre, una compañía andrajosa y apolillada de juglares y gitanos fracasados que ocupaban casas abandonadas, acampaban en aparcamientos y viajaban por el país todos los años para hacer funciones en cárceles y escuelas rurales. En la pared,

encima de su cabeza, había algunas fotos de esa época, en las que se veían rostros maquillados, malabares en la calle, bidones de aceite en llamas y guitarras arañadas. Bajo las fotos, el catedrático de Movimiento estaba sentado en su despacho, encorvado por la edad y un cansancio que se le había pegado al cuerpo, acariciándose con una mano arrugada y seca el poco pelo que le quedaba, cesposo y desvaído como un trozo de pergamino expuesto a la luz durante demasiado tiempo.

—¿Alguna vez le ha pasado a usted? —preguntó de pronto Stanley—. Algo como lo de la violación. ¿Alguna vez ha ido a una obra en la que pasa algo real pero todo el mundo se queda mirando, pensando que forma parte de la representación?

—Sí —respondió el catedrático de Movimiento—. Hace mucho tiempo. Vi a un hombre morir de un ataque al corazón. Era mayor. Lo único que pasó fue que bajaron el telón, nos pidieron que nos fuéramos y todos nos marchamos en silencio.

—¿A quién interpretaba cuando murió? —preguntó Stanley.

—Bah, se trataba de una obrita de poca monta que no era especialmente buena, es lo que recuerdo —contestó el catedrático de Movimiento, recostándose en la silla y mirando el techo para recordarlo mejor. Se sentía aliviado por no mirar a Stanley—. Todo era bastante bonito, de un modo muy gracioso. Murió en la última escena de la obra, el último día de función. En aquel momento no pensamos que estuviese muerto, pensamos que a lo mejor le había dado algo. Desde donde yo estaba sentado no parecía nada letal. Pero lo leímos en la prensa al día siguiente.

Al catedrático de Movimiento pocas veces le pedían que recordase escenas de su vida de ese modo, y se recreó en esa sensación.

—Su personaje era un hombre que se había enriquecido haciéndose pasar por otros, fabricando falsificaciones y mintiendo. Más adelante, regresaba a su hogar y descubría que su familia no se acordaba de él. Era como si jamás hubiese sido un hombre real. Ese era más o menos el argumento.

»Supongo que el personaje moría de todos modos en las últimas páginas —dijo el catedrático de Movimiento—. Pero, claro, no llegué a ver el final.

Siete

Sábado

La profesora de saxofón las espera junto a la máquina de Coca-Cola. Al principio, Isolde no la encuentra: la máquina de Coca-Cola es el único monumento digno de mención que hay en el vestíbulo del Ayuntamiento, de modo que siempre está invadido por una muchedumbre de extraños esperando, pues también se han dado cita allí con algún familiar o amigo. Luego, la multitud se dispersa e Isolde la ve: alta y angulosa, abrigada con una chaqueta de cuero, con las manos cruzadas delante del cuerpo y estudiando a la gente que la rodea con una mirada de arriba abajo tranquila y crítica, una mirada que Isolde ha llegado a conocer bien.

—Hola, Isolde —le dice la profesora de saxofón cuando la ve, y sonríe—. ¿Te ha traído tu madre?

—Sí —responde Isolde, sintiéndose rara. Nunca había visto a la profesora de saxofón fuera de su estudio y (se sorprende al caer en la cuenta) jamás de noche. Coge el programa que le ofrece e inclina la cabeza para leerlo, fingiendo más interés del que realmente siente.

—¡Ahí está! —dice la profesora de saxofón, saludando a alguien entre la multitud—. Ya estamos las tres.

Un grupo de jóvenes músicos se abre paso entre la gente, separando a la profesora de saxofón de Isolde, de modo que durante un breve instante quedan aisladas en medio de la multitud. Los intérpretes se alejan envueltos en una nube de humo de tabaco y perfume, nebulosos, alborozados, cogiéndose del codo con sus finos dedos de músicos.

Entonces la profesora de saxofón dice:

—Isolde, ¿conoces a mi alumna Julia? Hace tres años que da clases conmigo.

Isolde levanta la vista. Cuando sus miradas se encuentran la reconoce con una sacudida que le revuelve el estómago. Julia abre mucho los ojos y se sonroja.

—Hola —se apresura a decir Isolde, pugnando por ocultar un incipiente sentimiento de vergüenza y perplejidad. Julia la saluda con un gesto de la cabeza, apretando los labios en una sonrisa breve y compleja.

Sin el uniforme escolar Julia parece mayor. Lleva una chaqueta de punto negra y una falda larga del mismo color, y el pelo recogido con descuido en la parte de atrás de la cabeza, con algunos mechones sueltos cerca de las sienes. Nada queda de la Julia adusta, hosca y tozuda que Isolde ha visto en las sesiones de orientación: de algún modo parece más frágil, como si el trabajo que se ha tomado en arreglarse desvelase una sensibilidad que antes no tenía motivos para mostrar. A Isolde se le acelera el corazón.

–¿Os conocéis del instituto? –pregunta con curiosidad la profesora de saxofón, mirándolas a ambas con ojos nuevos, como si la yuxtaposición de las dos le hiciese ver en cada una de ellas aspectos que antes pasaba por alto.

–Más o menos –responde enseguida Julia–. Te he visto por ahí.

–Sí –dice Isolde–, pero no sabía que tocases el saxo.

Por algún motivo, la idea de que Julia lleve tanto tiempo dando clases con la profesora de saxofón le resulta extraña. Se sobresalta al darse cuenta de que las confidencias íntimas, los éxitos y los fracasos que ha compartido en las clases de los viernes no son para la profesora de saxofón más que un episodio recurrente en semanas, meses y años de confidencias, éxitos y fracasos compartidos, que ella misma no es sino una más entre muchas. Isolde se pregunta qué le contará Julia a la profesora de saxofón cuando están a solas.

–¿Por qué no estás en la orquesta de jazz? –le pregunta Isolde. Su timidez hace que la pregunta parezca una acusación. Nota que los ojos de la profesora de saxofón se pasean de ella a Julia y viceversa, como si Isolde fuese la última pieza de un puzle que le permitiese entender a Julia y Julia la última pieza de un puzle que le permitiese entender a Isolde. Esta idea hace que Isolde se sienta incómoda y sofocada, y retuerce los dedos de los pies dentro de los zapatos.

–La verdad es que no tengo espíritu escolar –dice Julia–. Supongo que no soy de ese tipo de personas. Si hubiese algo más pequeño, más *underground*, igual lo probaba. Hasta he pensado en montar un grupo.

–¡Ah! –dice Isolde, maravillada ante aquella idea nueva para ella: ser bueno en algo y no tener que demostrarlo haciéndolo en el instituto.

–Durante mi primer año en la universidad yo tocaba en un grupo –dice la profesora de saxofón–. Teníamos un nombre espantoso, pero ya no me acuerdo de cómo era.

–¿Quizá Gatitas Saxuales? –pregunta Julia–. ¿O Saxo, Bombo y Rock ‘n’ Roll?

–No teníamos tanta imaginación ni de lejos –dice la profesora de saxofón–. ¡Por Dios, si éramos malísimos! Al final de todos los bolos hacíamos una cosa que en realidad era facilísima, pero que siempre le encantaba al público. Yo me ponía junto al tío que tocaba el tenor y en la parte final del tema él me colocaba la boquilla en la boca para que yo soplase un rato mientras él seguía ejecutando las notas, de modo que tocábamos el mismo instrumento los dos a la vez. Supongo que debía de parecer muy difícil, porque la gente siempre se ponía a gritar como si estuviésemos haciendo algo asombroso.

Julia está sonriendo.

–Conque tienes un oscuro pasado jazzístico –comenta–. Has hecho «bolos».

–En mis tiempos hice unas cuantas cosas –dice la profesora de saxofón, fingiéndose altiva.

Las dos se vuelven hacia Isolde para compartir con ella la broma y esta se

apresura a sonreír.

—Ah, ya me acuerdo —dice la profesora de saxofón—. Nos llamábamos Intérpretes Travestidos.

—¿Qué significa Intérpretes Travestidos? —pregunta Isolde.

—Es un término teatral —explica la profesora de saxofón—. Un papel travestido es aquel que está pensado para que lo interprete una persona del sexo contrario al del personaje. Así es que, si tú interpretases a Hamlet, en el programa pondría: «Isolde en el papel travestido de Hamlet».

—¡Ah! —dice Isolde.

—¿Por qué le pusisteis ese nombre al grupo? —pregunta Julia.

—Por aquella época todos andábamos a vueltas con la cuestión del género — responde con alegría la profesora de saxofón—. Pregúntale a tu madre.

Esta noche está muy animada, pero Isolde siente que se retrae, como si considerase esa intimidad demasiado fuerte y desafiante, como si la profesora de saxofón fuese una prisionera liberada únicamente por una noche y tratase de aferrarse a ellas en un abrazo reluciente y duro como el de unas tenazas, exigiéndoles que compartiesen una parte de su pequeña y solitaria alegría. Julia parece estar a gusto, sonriendo y presionando a la profesora de saxofón para que le cuente más detalles de su oscuro pasado jazzístico, e Isolde la mira celosa.

La chaqueta que viste se abrocha con botones de bola dorados y tiene los bordes ligeramente deshilachados, lo cual le da un aire descuidado e intelectual que hace que a su lado Isolde se sienta torpe e ingenua, muy niña. También luce un anillo de plata con turquesa en uno de sus dedos, manchados de tinta y con las uñas mordidas, y unas medias de rejilla de trama fina por debajo de la falda. Isolde lo absorbe todo y luego se siente curiosamente decepcionada al contemplar aquella versión más nueva y completa de Julia, que es una persona entera y no solo la idea de una persona. Se siente celosa y excluida, hasta traicionada, como si Julia no tuviese derecho a existir más allá de la experiencia que Isolde tenía de ella.

Isolde vuelve a centrar su atención en el programa. El solista es extranjero y aparece fotografiado en blanco y negro, con la mejilla apoyada en el puño y el saxofón reposando brillante contra su cuello. Por su aspecto da la impresión de que sea temperamental e implacable y de que tenga mucho talento. Hoy toca con la orquesta sinfónica, de modo que en la otra página hay una foto del director, un hombre rechoncho y jovial que sostiene la batuta sin fuerza, como si se tratase de una daga ociosa.

—Un gran solista —está diciendo la profesora de saxofón— nunca es un paquete hermético y liofilizado que no hace otra cosa que estudiar y estudiar y estudiar. Un gran solista siempre nace de la asociación o del grupo. Un gran solista siempre es alguien que tiene algo de lo que nutrirse.

Julia la escucha cortésmente pero no deja de fruncir el ceño. Isolde repara en que

su quejumbroso escepticismo, que en el instituto parece señal de agresividad, insatisfacción y pesimismo, ahora da la impresión de indicar otra cosa, tal vez cierta prudencia o cautela, algo más instintivo y menos hostil.

–Este es el primer concierto al que vienes este año, ¿no, Isolde? –le pregunta de pronto la profesora de saxofón. Isolde asiente.

–Este tío es fantástico –dice Julia, agitando el programa–. Tengo todos sus discos. ¿Los músicos de clásica tienen *groupies*? Necesito enterarme de eso.

Intenta ser amable con Isolde, pero esta descubre que lo único que puede hacer es sonrojarse, sonreír y murmurar que tiene muchas ganas de oírlo. Sigue apretando los dedos dentro de los zapatos.

Suena un arpeggio suave por megafonía para recordarles que deben ocupar sus asientos. La multitud que rodea la máquina de Coca-Cola comienza a dispersarse y la profesora de saxofón sonríe a las dos muchachas.

–Espero que esto os sirva de inspiración –dice–. Para mí también es una noche especial: la última vez que oí este arreglo no era mucho mayor que vosotras. Fue algo que me despertó.

Sábado

La orquesta se ve majestuosa y deslumbrante sobre el lustroso suelo del escenario. En la primera fila del palco está sentada con sus dos alumnas la profesora de saxofón, tranquila, matriarcal, callada, flanqueada por las dos jóvenes, de modo que las tres dan la impresión de formar una especie de blasón, colocadas como si fuesen a aparecer encima de un escudo para completar una cota de armas. Julia está sentada con las manos en el regazo, contemplando los reflejos de plata y oro con atenta y empañada ceguera, sin mover los ojos, como concentrada en mantener algo inmóvil en su mente. Isolde está más inquieta, inclinándose a propósito hacia el lado contrario a donde se sienta la profesora de saxofón, no vaya a ser que sus codos se toquen, y mirando a los músicos en actitud distante y meditabunda, paseando los ojos por el escenario y por los rostros serios y fantasmales que la rodean.

Mientras Isolde escudriña distraída los semblantes pálidos de los espectadores, piensa en las distintas formas de ejecutar el acto de escuchar. Entre el público hay gente que cierra los ojos e inclina ligeramente la cabeza hacia atrás, gozando de la lluvia musical que le cae sobre la piel. Algunos asienten despacio, de un modo muy significativo, más o menos cada cuatro o cinco compases, como si algo cobrase forma ante ellos lenta y majestuosamente. Otros, como la profesora de saxofón, se limitan a estar quietos.

Isolde piensa lo extraño que es el que cada una de las personas presentes en el

auditorio esté encerrada en su propia experiencia privada de la música, sola con sus pensamientos, sola en su disfrute o en su desagrado, estremeciéndose por la vasta sensación de intimidad que le permite esa soledad, ya impaciente de que llegue el intermedio para poder comparar su experiencia con la del de al lado y descubrir con alivio que son iguales. «¿Estoy oyendo lo mismo que oyen ellos?», se pregunta Isolde sin demasiada convicción, pero se distrae, abandona esa idea y centra su atención en observar a una anciana que hurga en el bolso en busca de un pañuelo o un caramelo, haciendo mucho ruido.

Julia escucha de un modo soñador y adormilado, mientras la música va dejando en ella una impresión lenta y definitiva, en vez de una sucesión de impresiones que más tarde podría unir y dividir para hallar su significado aritmético. Está pensando en Isolde. Apenas puede verla al otro lado del perfil austero e impávido de la profesora de saxofón, solo alcanza a distinguir un atisbo de su rodilla cuando Isolde cruza la pierna, pero, con todo, siente que su visión periférica hacia la izquierda se agudiza con una hipersensibilidad tensa cada vez que la joven se mueve en su asiento. Piensa en la larga mirada que ella e Isolde intercambiaron durante la sesión de orientación, hurgando en ese pensamiento una y otra vez, como si se tratase de un diente sangrante, preguntándose, como tantas otras veces se ha preguntado, de dónde sale esa mirada y adónde puede llevar.

A veces, cuando los pensamientos de Julia circulan de esta manera, se queda paralizada por el miedo irracional de que podría abrir la boca y decir justo lo que está pensando, solo por mortificarse a sí misma. Piensa en lo que diría, si es que fuese a decir algo, y luego se muerde el labio y lucha contra el miedo frío que la invade al pensar en llegar a decirlo.

La profesora de saxofón piensa en Patsy. Piensa en Patsy en el bar lleno de humo al que fueron después del concierto, todavía con el programa en la mano, cuando pidió dos copas de vino que luego rellenarían en secreto, un poco mareadas, con el contenido de una botella con tapón de rosca que Patsy llevaba en el bolso. Se imagina a las dos instalándose en un rincón, quitándose las bufandas y los abrigos y hablando sobre la gente, sobre el arreglo y sobre el solista, y luego a Patsy diciendo: «¿Qué has imaginado?», ya casi riéndose de impaciencia.

–Me imaginaba que la música brotaba del saxofón como agua –decía la profesora de saxofón–, que brotaba de la campana y formaba un charco en el suelo a los pies del solista y que el nivel del agua iba subiendo cada vez más, arremolinándose con una fuerza creciente, hasta que al final el músico tenía que poner fin a la pieza solo para salvar la vida. Entonces todos aplaudíamos, él empezaba una nueva pieza y yo imaginaba que el saxo iba aspirándole el aliento, en vez de ser él quien soplabla en el instrumento, y que la boquilla empujaba y empujaba para meterse más dentro, que el saxo intentaba desesperadamente asfixiarlo y él tenía que seguir tocando para salvar la vida.

Patsy se reía y daba palmas. Entonces brindaban y bebían, y la profesora de saxofón decía:

–¿Y tú qué imaginabas?

–Yo imaginaba que el ruido tenía la capacidad de herir gravemente e incluso de matar –respondía Patsy–, en función de la maestría del músico. Cuanto mayor era la elegancia de la ejecución, más total era la muerte. El ayuntamiento era como la arena a la que se enviaba a la gente que había hecho algo terrible. La hacían caminar hasta el auditorio y la ataban a los asientos de terciopelo rojo de tal manera que no podía moverse. El solista era el verdugo: tocaba cada vez más rápido y miraba a la gente desde detrás de las candilejas con ojos húmedos y ávidos.

La profesora de saxofón se reía y daba palmas. Entonces brindaban y bebían, y Patsy decía:

–Este concierto me ha cambiado para siempre.

Sábado

Los sábados por la noche Bridget trabaja en el videoclub local. Se sienta apesadumbrada en un taburete alto de vinilo y observa a los solitarios que deambulan de una estantería a otra, mientras vigila la pantalla de seguridad, en la que se ve, borroso y en blanco y negro, el rincón cortinado donde están colocadas las películas para adultos. El reloj marca las nueve y media. Bridget mira el minuterio, que avanza muy despacio, y presta atención para oír el ruido sordo que hacen las cintas al caer por la ranura cubierta de rocío del buzón de devoluciones.

–Hola, Bridget –dice alguien.

Bridget empuja con la lengua el chicle hacia la cara interna de la mejilla y se da la vuelta. Al hacerlo, se encuentra con el señor Saladin de pie en la puerta, elegantemente vestido con unos pantalones de color beis y un abrigo de lana, sonriéndole con expresión infantil.

–Hola, señor Saladin –responde Bridget, animándose. Se deja caer del taburete y dice–: Nunca lo había visto por aquí.

–Mis sobrinos viven por la zona –dice el señor Saladin–. A dos calles de aquí.

–¡Anda! –exclama Bridget, realmente sorprendida, porque nunca había pensado en el señor Saladin como el tipo de hombre que pudiera tener sobrinos. Lo mira con cierta timidez.

–¿Cómo es que te dejan trabajar aquí? Aún no tienes dieciocho años –dice el señor Saladin, cruzando los brazos enguantados sobre el pecho–. Seguro que no puedes ver ni la mitad de las películas que hay.

–No las veo –dice Bridget–. Solo las alquilo.

El señor Saladin se echa a reír.

–Y supongo que cuando me vaya mirarás en mi ficha, a ver cuántas pelis porno me he llevado –dice.

–Probablemente –dice Bridget, agradecida por que el señor Saladin le hubiese cedido la autoría de la broma–. Y averiguaré cuántos años tiene en realidad.

–Ahora sí que estás pasándote –le dice el señor Saladin, fingiendo ponerse serio–. Eso es información privilegiada. ¡No te atrevas!

Bridget se ríe y enseguida trata de sofocar el ruido cubriéndose la boca con la mano. Tras ella, la fila de pantallas de televisión muestra su secuencia de accidentes de tráfico silenciosos y plateados y de muertes prematuras y rápidas.

–Conque trabajando un sábado por la noche –dice el señor Saladin, meneando la cabeza–. ¿Es que no bebéis ni os drogáis ni fumáis ni escucháis música a todo volumen? Desde luego, ya no estoy en la onda.

De nuevo, Bridget se lleva la mano a la boca para sofocar la risa. El señor Saladin sonríe, al tiempo que mira un instante hacia arriba porque le llama la atención una de las imágenes que desfilan por los monitores.

El reloj sigue avanzando.

Hasta este preciso instante de su vida, Bridget ha considerado el coqueteo tan solo un medio de promocionarse a una misma en una conversación, un arma que se empleaba con intención de conseguir compañía a corto plazo o de poder darse el lote. Ahora, al observar al señor Saladin, tranquilo y sonriente, que lleva unos pantalones recién lavados y planchados, una bufanda atada con estilo alrededor del cuello y unos elegantes guantes de piel adornados con tres pespuntos, y tiene el pelo alborotado por el viento, Bridget siente un anhelo potente y confuso que se le clava en la ingle como un puño. Por primera vez en dieciséis años, se siente impelida a coquetear con el simple propósito de arruinar a otra persona, volviéndose temeraria por la certeza vaga y emocionante de que ante ella tiene al menos a un hombre que va a verla solo en términos sexuales. Extiende la mano y pellizca el borde laminado del mostrador con el pulgar y las puntas de los dedos, balanceándose sobre los talones con coquetería, ofreciéndose como cebo solo por el placer de verlo morder en vano.

–¿Qué hace ahora? ¿Ha encontrado otro trabajo? –le pregunta–. Lo echamos de menos en la orquesta de jazz.

–Por ahora estoy pintando casas –dice el señor Saladin–. Estoy en una fase de transición. Bueno, ¿y la nueva directora de la orquesta está apretándoos las tuercas?

–La señora Critchley –dice Bridget–. No está mal.

–La conozco de nombre –dice el señor Saladin–. La he visto tocar en directo. Es buena.

–Sí –dice Bridget con indiferencia. El señor Saladin sonríe y mira en torno, como si pretendiese marcharse, de modo que Bridget se apresura a decir–: Después de

que se fuera tuvimos que ir a sesiones de orientación, por si habíamos sufrido daños. Fue un rollo.

El señor Saladin levanta las cejas. Se queda un momento callado. Luego dice con calma:

–No parece muy divertido.

–Fue un rollo –repite Bridget, y está a punto de sentirse una inútil, pero luego recuerda que ante ella tiene al menos a un hombre que la comprenderá y que disculpará su ingenuidad: para este hombre, su ingenua adolescencia no es una tara, sino un premio.

El puño que siente en la ingle vuelve a ponerse rígido, apretando como un tornillo que gira a toda velocidad.

–Victoria no ha vuelto al instituto –le suelta antes de que el señor Saladin pueda volver a decir algo, intentando, a su modo torpe y desgarrado, hablar con naturalidad, como hacen las chicas guapas del instituto, pasándose el pelo por encima del hombro y moviendo los pies como ponis de exhibición–. ¿Se habrá ido para siempre?

–No, no lo creo –dice el señor Saladin–. Imagino que volverá antes de los exámenes.

–Eso está bien –dice Bridget. Sonríe de un modo que quiere parecer alentador, deseosa de mostrar al señor Saladin que ella está de su parte.

–Me alegro de verte. Bridget. No dejes la música –le dice el señor Saladin. Le sonríe y se aleja en dirección a la estantería con neones, donde están las novedades–. Voy a ver qué tenéis por aquí.

–¡Son dos por diez! –le grita Bridget desde el mostrador.

Se queda un momento de pie antes de regresar al taburete. Por costumbre le echa una ojeada a la pantalla de seguridad y ve a una pareja que entra en el rincón para adultos, abrazados y riéndose mientras deslizan el dedo por los lomos. Los observa mientras la mujer escoge una película y los dos se burlan de las fotos que aparecen en la parte de atrás. El hombre le dice algo en voz baja y ella hace como que se enfada y le atiza con la punta de la bufanda. Se ríen.

Cuando el señor Saladin se va, Bridget consulta su ficha y se siente decepcionada al ver que no ha alquilado ninguna película porno. Descubre que tiene treinta y un años.

Sábado

Después de los aplausos, las tres se quedan un rato sentadas en silencio. Se encienden las luces sobre el público, devolviéndoles el color a los espectros, y en torno a ellas la gente empieza a moverse, a reír y a charlar, mientras recogen

bufandas, programas y bolsos, como si acabaran de liberarlos de un encantamiento. La profesora de saxofón está perdida en sus recuerdos y no se mueve, con las manos cansadas de aplaudir y los ojos grandes e inexpresivos fijos en el escenario. Julia se inclina hacia delante sin levantarse, se vuelve hacia Isolde y de pronto le dice:

—¿Quieres que te lleve a casa? Tengo aquí el coche. No me cuesta nada.

Isolde aún no sabe conducir y el ofrecimiento de Julia hace que se sienta joven, inexperta y carente de gracia, como si la obligasen a confesar que no sabe leer o que aún le da miedo la oscuridad. Julia, mayor que ella, a Isolde le parece imposiblemente madura, como las amigas de Victoria, siempre empolvadas y perfumadas, llenas de secretos y de risas privadas, que desprecian a la pequeña Issie por todo lo que aún no sabe.

—Gracias —le responde Isolde a Julia, sonriendo levemente y estirando el cuello—. Vale, muy bien. Iba a coger un taxi.

—No se lo diré a tu madre —le dice la profesora de saxofón a Isolde, regresando al fin de sus recuerdos—. Sé que vas a quedarte con el dinero que te ha dado para el taxi.

—¿Y cómo sabes que yo no voy a cobrarle por llevarla? —pregunta Julia.

La profesora de saxofón se echa a reír.

—Para empezar, porque he visto tu coche —dice. Se pone a hablar entonces de la música, dirigiéndose sobre todo a Julia. Sus grandes manos se despliegan cuando habla, haciendo girar la impresión que le ha producido el concierto igual que un alfarero da vueltas al barro en el torno.

Isolde asiente y sonríe. Mira de reojo a Julia y se pregunta si esta llevaba algún tiempo considerando la posibilidad de hacerle este ofrecimiento, sentada en silencio en la penumbra grisácea que crean las luces del escenario y preparando la mejor forma de planteárselo. ¿Quieres que te lleve a casa? Tengo aquí el coche. No me cuesta nada.

—No es una configuración popular —está diciendo la profesora de saxofón. Isolde sigue asintiendo con prudencia, mientras trata de enmascarar la sensación de encogimiento que nota en la pelvis, señal de júbilo pero también de miedo. ¿Qué significa ese ofrecimiento? Isolde casi se imagina a la otra chica inclinándose sobre la palanca de cambio y el freno de mano y extendiendo una mano manchada de tinta para cogerle un mechón de pelo y colocárselo detrás de la oreja. Isolde está a punto de imaginárselo, pero de pronto la invade el pánico y destierra esa idea.

—Es una música que inspira —concluye la profesora de saxofón, golpeando alegremente los reposabrazos con las manos. A continuación se levanta para unirse al lento éxodo de asistentes—. Una música que inspira.

Sábado

–Gracias por el concierto –le dice Julia a la profesora de saxofón cuando salen al frío del exterior, después de abandonar el auditorio y atravesar el vestíbulo de mármol–. Ha sido increíble. Voy a pasarme toda la semana pensando en él.

La profesora de saxofón se aprieta el cinturón de la chaqueta de cuero.

–Bueno, pues te veo el lunes –le dice a Julia–. Y a ti el viernes –le dice a Isolde.

De pronto parece solitaria, parada con rigidez en las escaleras cubiertas de arena del Ayuntamiento mientras la multitud fluye alrededor de ella. La ilumina desde atrás la luz aterciopelada y rojiza que sale del vestíbulo e Isolde se sorprende al ver que es más bien guapa. Con un ligero sentimiento de triunfo, cae en la cuenta de que la profesora de saxofón es ahora la extraña, que mira a las chicas con expresión titubeante, como si quisiera retenerlas pero no supiera cómo.

–Estupendo –dice Isolde, y se despide agitando la mano. Julia sonríe y las dos se dan la vuelta y se alejan de ella perdiéndose en la noche.

Domingo

Mientras se bebe su té, la señora De Gregorio agarra con fuerza el bolso que reposa en su regazo. Está sentada con las rodillas juntas y los muslos un poco elevados porque tiene los talones apoyados en el travesaño de la silla y solo le llegan al suelo los dedos gordos de los pies, que tiene un poco cuadrados. Los pechos le alcanzan el regazo y ha encajado el bolso en el hueco que queda bajo ellos. La profesora de saxofón piensa que la señora De Gregorio tiene un aspecto muy curioso con el cuerpo curvado de esa manera en torno al bolso, como para protegerlo. Desde donde está sentada, solo ve el cierre dorado con dos bolas, que asoma entre esas suaves protuberancias acrílicas que son los pechos de la señora De Gregorio.

Sonríe.

–¿Qué puedo hacer por usted, señora De Gregorio?

–Vengo a hablarle de mi hija –dice la señora De Gregorio y, como de costumbre, la profesora de saxofón se maravilla para sus adentros de la interpretación de esta mujer, que es una sola pero representa el papel de todas las madres de manera tan diferente, consiguiendo que cada interpretación constituya un objeto único y delicado, como las vetas turbias de una sutil perla–. Puede que le parezca un tanto estrafalario –dice la mujer– que venga aquí a hacerle una pregunta tan personal, pero últimamente en casa hemos notado algunos cambios y... –la señora De Gregorio baja la vista hacia el regazo y suspira–. ¡Es que últimamente la niña está verdaderamente imposible! –dice al fin.

–Empecemos por el principio, entonces –dice la profesora de saxofón en tono de eficiencia, al tiempo que se baja los faldones de la camisa y se alisa el jersey de lana, como si se enfrentase a una conversación de negocios–. En primer lugar, ¿por qué el saxofón? ¿Por qué escogieron ese instrumento en concreto? Como bien sabe, el saxofón tiene ciertas connotaciones. Un saxofón no es un piano ni una flauta. Las chicas que se sienten atraídas por el saxofón pertenecen a un tipo muy particular y, francamente, no son de las que no dan guerra. ¿Por qué escogieron el saxofón para su hija?

–No, es que lo eligió ella –dice la señora De Gregorio, pero la profesora de saxofón sacude la cabeza y se apresura a interrumpirla.

–No vaya por ahí, señora De Gregorio. Su hija es su proyecto, ambas lo sabemos. En realidad, son muy pocos los elementos que escapan a su control. Estoy segura de que es usted el tipo de madre a la que le gusta llevar las riendas. La madre que considera a su hija un agente libre pertenece al tipo de las chapuceras, al grupo de las madres distraídas e indiferentes que no aprecian el valor de un trabajo bien hecho. Usted no es de esas.

La señora De Gregorio asiente, un poco vencida.

–Así pues, usted escogió ese destino para su hija –prosigue la profesora de saxofón–. La empujó hacia el instrumento de su perdición. Podría haber tenido una hija violinista, excéntrica, de pelo largo y serenamente segura de sí misma, pero escogió el saxofón. Fue usted quien lo escogió.

–Quería decir... –dice la señora De Gregorio, buscando las palabras–. Lo único que quería decir es que hemos visto un cambio rotundo. Se niega a hablar... Bueno, usted sabe cómo puede ser. Y yo solo quería preguntarle qué le cuenta a usted todas las semanas. Si es que se ha formado alguna idea sobre su vida. Si tiene novio o algo así. Algo que podamos analizar y comprender.

–¿Y por qué cree que su hija me contaría a mí la verdad? –pregunta la profesora de saxofón.

–Algo sobre sus estudios –dice la señora De Gregorio con voz débil–. O sobre su vida en el instituto. Algo como un novio, un problema que podamos analizar y comprender.

La profesora de saxofón se queda un momento callada, solo para que la señora De Gregorio se sienta incómoda y desee no haber hablado con tanta libertad. Luego dice:

–Pero ¿cómo puede saberlo? –ahora está meditabunda y habla con menos brusquedad–. ¿Cómo puede llegar a la pizca de verdad que hay detrás de todo? Podría observarla. Pero debe recordar que hay dos tipos de observación: o bien ella sabe que la observan o bien no lo sabe. Si sabe que la observan, su comportamiento cambiará cuando se sienta observada, de tal modo que lo que usted verá se habrá transformado tanto que se habrá convertido en algo destinado solo a la observación

y se habrá perdido todo asomo de verdad. Y, si no sabe que la observan, lo que usted verá será algo que estará preparado, que no será adecuado para una actuación, algo crudo y sin refinar que usted intentará refinar por sus propios medios: tratará de darle un sentido que no posee de forma inherente y al hacerlo encajará a su hija en un molde que no casa con ella. Por lo tanto, ningún tipo de observación puede conducir a lo que usted llama verdad. Serán distorsiones.

–Pero ¿le ha dicho algo? –pregunta la señora De Gregorio–. Ya sé que es una pregunta extraña. Me resulta embarazoso tener que hacérsela. Pero ¿es que hay algo que nosotros debamos saber? –su mano desaparece bajo los pechos para comprobar si el bolso sigue encajado en el centro de su regazo. Sus dedos encuentran el bulto blanco de cuero, y lo tocan un momento.

–¡Pero señora De Gregorio! Yo solo soy su profesora de música –dice la profesora de saxofón. Deja la taza en la mesa y cruza las manos.

–Entonces, ¿qué hago? –pregunta la señora De Gregorio con una especie de pánico creciente–. ¿Qué opciones me quedan?

–Podría preguntarle a su hija –dice la profesora de saxofón–. Podría sentarse y hablar de verdad con ella. Pero siempre corre el riesgo de que mienta.

Lunes

–¿Qué imaginabas mientras estabas mirando? –pregunta la profesora de saxofón cuando Julia llega para dar su clase el lunes por la tarde–. En el concierto.

–Me gustó más la segunda parte que la primera –empieza a decir Julia, pero la profesora de saxofón agita la mano con impaciencia y dice:

–No, me refiero a en qué pensabas mientras escuchabas. ¿En qué tipo de cosas pensabas?

Julia la mira con curiosidad, como si pudiese estar poniéndola a prueba.

–¿Por qué? –inquieta.

–Es un juego al que jugaba con una antigua amiga mía –dice la profesora de saxofón–. Bromeábamos diciendo que cuanto mejor era la interpretación, más catalizador resultaba su efecto. Una interpretación mala solo te haría pensar en qué tendrías para cenar o en qué ropa ibas a ponerte al día siguiente. Pero una gran interpretación te haría imaginar cosas que nunca habrías tenido la valentía de imaginar.

Habla con entusiasmo, como un niño. Julia abre el estuche del saxofón y dice:

–Yo solo pensaba en la música.

–Ya, pero, en torno a eso, cuando tus pensamientos vagaban, ¿qué imaginabas?

Julia saca la lengüeta de la funda de plástico y la sostiene en el aire un instante.

–Imaginaba lo que iba a pasar –dijo– cuando llevase a Isolde a casa.

Cambia la iluminación. Se apagan los focos del techo y desaparece la claridad del cielo nublado que entraba por la ventana; cae un gobo delante del único foco que ilumina la escena y la plantilla empieza a girar, de modo que la luz amarillenta queda surcada por delgadas líneas en movimiento, iluminando a las dos figuras como si fuesen las luces de las farolas surcando el salpicadero de un coche en marcha. Julia se sienta. Las luces de la calle van y vienen, pasando sobre sus rodillas y curvándose en el hombro antes de desaparecer. Entonces ella queda un instante en sombras hasta que otra franja de luz sustituye a la primera, y luego otra, y otra, todas amarillas, curvándose hacia delante.

–Imaginaba –dice Julia– que de camino a su casa hablaríamos un poco del concierto y de lo que nos había parecido, de los profesores comunes que tenemos en el instituto, y que usted saldría una y otra vez en la conversación, que hablaríamos de usted, porque en realidad es el único lazo que nos une. Hablaríamos un rato de usted, pero no seríamos muy sinceras, porque lo más importante sería provocar una impresión agradable de nosotras mismas y lo que pensásemos de verdad en el fondo no importaría. Diríamos cualquier cosa que nos hiciese quedar mejor. Mentiríamos. Nos pasaríamos todo el camino a su casa mintiéndonos la una a la otra.

La profesora de saxofón está inmóvil. Mira a Julia de arriba abajo sin mover la cabeza. Su rostro es como una máscara.

–Y luego imaginé –dice Julia– que después de apagar el motor nos quedaríamos un rato sentadas dentro del coche, sin mirarnos, sin hacer otra cosa que contemplar a través de la oscuridad la casa de Isolde, ya con la luces apagadas. Mi llavero aún colgaría del contacto y escucharíamos el sonido del viento agitando las hojas. Yo tendría la boca seca.

La plantilla giratoria se ha detenido y las rodillas de Julia quedan en un cuadrado de luz que entra por la ventanilla del coche y le cruza el regazo. Su cara se halla en la sombra. Está sentada muy rígida, con una pierna estirada y un poco levantada, como si pisase el pedal del freno. El saxofón reposa en el sofá junto a ella, que lo sujeta distraída con la mano izquierda, subiendo ligeramente el extremo superior, de modo que parece que está agarrando el freno de mano, sujetándolo con los dedos por debajo del asa de plástico y la muñeca ligeramente arqueada. Con la otra mano se toca el esternón, como probando la tirantez de un imaginario cinturón de seguridad, tira de él sin prestarle atención y luego lo suelta y deja que le golpee el pecho.

–Y luego le diría: «Sabes lo que dicen de mí en el instituto, y eso. No es cierto».

Julia se moja los labios con la lengua. No mira a Isolde: mira por la ventanilla, escrutando la oscuridad plateada del retrovisor lateral, mientras sigue tirando del cinturón con una mano.

–Isolde dice: «Ya lo sé». Lo dice muy rápido y luego vuelve a decirlo: «Ya lo sé».

No me mira, sino que mira hacia delante, hacia la casa, y con el dedo retuerce la cadena que lleva al cuello una y otra vez, hasta que el dedo se le queda sin sangre y se le pone gris la punta.

Julia vuelve a mirar a Isolde, rápidamente, y aprieta con más fuerza el freno de mano.

—Y entonces yo digo: «Me preocupaba que pudieras pensar que iba a abalanzarme sobre ti o a atacarte cuando menos te lo esperases o algo por el estilo. Me preocupaba que pudieras pensar eso».

Vuelve a mirar el retrovisor, apartando la cara.

—Isolde dice: «No pienso eso». Y yo: «Bien». Y luego nos quedamos un rato sentadas, mirando la casa sin luces de Isolde, que se yergue frente a nosotras, y escuchando la respiración de la otra. Y entonces digo: «Eso es todo. Es todo lo quería decir».

La intensidad de la luz aumenta un poco, lo justo para abarcar a la profesora de saxofón e incluirla en la escena. Se mueve y cruza las piernas. Parece incómoda.

—¿Qué dicen de ti en el instituto? —no puede evitar preguntar. A veces Julia la hace sentirse acorralada, y es precisamente lo que le pasa en este momento.

—Todas creen que me gustan las chicas —dice Julia.

—Entiendo —dice la profesora de saxofón. Vuelven a apagarse las luces, hasta quedar reducidas a una única farola que proyecta un cuadrado de claridad sobre el regazo de Julia. La profesora de saxofón vuelve a desaparecer en la oscuridad.

—Aparcamos el coche —dice Julia— y nos quedamos un rato sentadas. No sé de qué íbamos hablando, pero, fuera lo que fuera, fue escurriéndose como el agua hasta que no quedó nada y nos limitamos a esperar sentadas a que sucediese algo. Yo tenía la boca seca. Y entonces Isolde me dijo: «¿Te importa que esperemos en el coche un rato? Mamá cree que Victoria ha venido conmigo al concierto y tenemos que entrar a la vez, por si aún está levantada».

»Y justo cuando lo decía un coche se detuvo delante de nosotras, unas cuantas casas más allá, de modo que por un momento nos iluminó la luz roja de los faros traseros, hasta que se apagaron, pero no bajó nadie del coche. Nos quedamos mirándolo y no pasó nada. Entonces Isolde me dijo: «No sabe que estamos aquí. No nos ha visto». Isolde mira el coche con expresión tensa y dura y yo no quiero decir nada, por si meto la pata, pero entonces ella me explica: «Nos habíamos puesto de acuerdo. Mamá nos dejó a las dos en el auditorio y yo fui a reunirme con vosotras, pero ella se fue con él. Ahora es la única forma que tiene de verlo. Está castigada la mayoría de las noches y ninguna de sus amigas quiere ya encubirla. A mí no me importa».

La profesora de saxofón se inclina hacia delante en la oscuridad. Tiene el ceño fruncido.

—Y entonces Isolde dice: «Mejor me voy. Si nos quedamos aquí sentadas mucho

rato parecerá raro. Tengo que irme».

Julia se alisa la falda a la altura de las rodillas y vuelve a tirar del cinturón al tiempo que asiente.

–Pero no se va. Se queda en el coche todavía un rato y por la ventanilla de atrás vemos a Victoria inclinarse y apoyar la cabeza en el hombro del señor Saladin. Parece una postura incómoda, que la fuerza a estirarse por encima de la palanca de cambios, dejando un montón de espacio entre ellos. Él extiende el brazo y le acaricia la cabeza. Está diciendo algo, pero solo vemos sus siluetas. Es como un espectáculo de sombras. Y de pronto el corazón se me acelera, miro a Isolde y ella me lanza una mirada muy rápida y luego me dice: «Por favor, no se lo digas a nadie», y yo le respondo: «No se lo diré a nadie».

La voz de Julia se ha vuelto seca y ahogada, y no para de mojarse los labios con la lengua. Dos manchas carmesíes han aparecido en sus pómulos.

–Y entonces se baja –dice Julia– y las siluetas se dan la vuelta y la ven, y entonces Victoria se despide de él con un beso, pero no en la boca. Él gira la cara para que le bese la mejilla y los dos sonríen o quizá incluso ríen, como si fuese una broma. Entonces los faros rojos vuelven a encenderse y el coche del señor Saladin desaparece, mientras Victoria e Isolde entran juntas en la casa. Es Isolde quien abre la puerta y, mientras busca la cerradura, Victoria aparece en la luz y me mira, me dedica una mirada muy larga, y luego le dice algo a Isolde en un murmullo, como si estuviera triste. Entonces desaparecen.

Julia concluye con brusquedad y mira a la profesora de saxofón por primera vez. Tiene la boca retorcida y expresión de amargura, como si la interpretación le hubiese hecho recordar una sensación desagradable, que preferiría haber olvidado.

–¿Fue eso lo que pasó de verdad? –pregunta la profesora de saxofón mientras la iluminación vuelve a la intensidad normal y Julia se dispone a coger el saxo–. ¿Era el señor Saladin quien iba en el coche, Julia? ¿Puedes estar segura?

–Solo le he contado lo que imaginé –dice Julia, de pronto malhumorada y retraída, mirando con recelo a la profesora de saxofón, como si fuese un enemigo. Y luego añade–: Estaba oscuro –aprieta una de las teclas del saxo, solo para oírle hacer clac.

–Eso podría ser muy importante –dice la profesora de saxofón.

–Es lo que imaginé –repite Julia, retrayéndose aún más. Se da la vuelta y toca un arpeggio para calentar.

–Julia –dice la profesora de saxofón; le brillan los ojos–, dime lo que viste.

–Nada –dice Julia, y, aunque la ve huraña y retraída, la profesora de saxofón nota en ella una sensación de triunfo, como si Julia la hubiese llevado hasta un lugar remoto y peligroso solo con la intención de abandonarla allí–. La llevé a casa. Se despidió. Bajó del coche. Cerró la puerta. No pasó nada.

Sábado

—¿Te acuerdas de cuando perdiste la inocencia, Patsy? —pregunta la profesora de saxofón.

Están en el bar de después del concierto, Patsy sentada de lado en el reservado, con las piernas en alto y cruzando los pies calzados con botas marrones. Entre ellas hay una botella y dos copas, ambas manchadas con el beso pálido y grisáceo de unos labios de mujer, semejante a una huella digital plantada justo debajo del borde.

—¿Te refieres a un acontecimiento específico? —inquire Patsy—. ¿Al momento concreto de la pérdida?

—Sí.

—¿A cuando perdí la virginidad?

—No necesariamente. Solo a si hubo un momento en el que dejaste de ser inocente. El momento en que caíste. ¿Recuerdas tu caída?

Patsy piensa en ello en silencio durante un momento. La profesora de saxofón se lleva la copa de vino a los labios y bebe. Hoy Patsy está muy guapa. Lleva el pelo recogido en una coleta que le cae sobre la nuca y tiene los ojos claros y brillantes. Lleva un pesado colgante dorado, regalo de Brian, una joya antigua y de aspecto casual que le sienta de maravilla, que encaja a la perfección con la anchura de su pecho y con el hueco blando y hundido de su clavícula. Patsy siempre va bien conjuntada. Su imagen siempre es completa, piensa la profesora de saxofón: es imposible partirla en dos, desvestirla, restarla a sí misma. La profesora de saxofón no se imagina quitándole el collar ni siquiera en sueños: no es capaz de imaginar a Patsy desnuda, a Patsy sin los adornos y los atavíos que habita de forma tan completa.

Patsy hace girar el pie de la copa entre los dedos.

—De pequeña nunca me envolvieron velos ni nieblas —dice despacio—. Ya sabes, nunca creí en Papá Noel, en el conejito de Pascua, en el cuento de la cigüeña, en eufemismos. No recuerdo ningún tipo de ilusión. No recuerdo ningún momento en el que no supiera. En realidad el sexo nunca fue un misterio. Y en nuestra casa no había Dios, de modo que tampoco había misterios por ese lado. Por supuesto, viví mis primeras veces, como todo el mundo, cometí errores como todo el mundo, me rehíce y me reinventé como hace todo el mundo. Pero no recuerdo haber caído nunca. No sé si en algún momento realmente fui inocente. No siento nostalgia del pasado.

Alza la vista para mirar a la profesora de saxofón.

—¿Te parece tristísimo? —le pregunta, y se echa a reír.

La profesora de saxofón sonríe y no dice nada. Las dos permanecen en silencio, acariciando las copas con los dedos y mirando hacia otra parte.

–Todo tenía un precedente –dice Patsy al cabo de un rato–. Todo lo que he hecho en mi vida tenía su plantilla, su fórmula, su modelo, algo público, visible, *conocido*. Yo conocía la forma de todo lo que iba a encontrarme antes de encontrarme con ello. La plantilla siempre precedía a la realidad, a la experiencia, a la verdad personal de una cosa. Aprendí cosas sobre el amor en el cine, en la televisión, en el teatro. Me gustaba una fórmula y luego la aplicaba. Así me ha sucedido a mí. Durante toda mi vida.

Vuelve a reírse con una carcajada tintineante.

–¿Te parece tristísimo? –pregunta por segunda vez–. ¿Te parece muy triste?

En la tarima que hay junto al piano el contrabajista se inclina para acercarse al micrófono y dice:

–Una última canción, amigos. Vamos a tocar una última canción.

Ocho

Mayo

El día después de la clase sobre el teatro de la crueldad, Stanley se encontró en la escalera principal con la víctima del ejercicio. El chaval iba deprisa, con la cabeza gacha, bajando los escalones de dos en dos. Se había cortado el pelo al uno para igualarlo con el trozo donde el enmascarado le había dado el tijeretazo. No le quedaba demasiado bien tan corto. Le daba un aspecto un tanto asustado, con las orejas y la frente sobresaliéndole demasiado de la cabeza. Llevaba una camisa nueva.

–Hola –le dijo Stanley, extendiendo la mano para que se detuviese.

El chaval lo miró con expresión de culpa y lo saludó tímidamente con un gesto de la cabeza.

–Solo quería decirte que he ido a quejarme –dijo Stanley. Su voz retumbaba en las escaleras, subiendo en espiral hacia los pisos superiores y resonando clara y hueca en la cavidad vertical como un repique de campanas–. Por lo que pasó. Fui a ver al catedrático de Movimiento y me quejé.

–Gracias –dijo el chaval en voz baja–. Pero no pasa nada. Fue una tontería –hizo ademán de continuar su camino, pero Stanley lo detuvo acercándose y acorralándolo contra la barandilla, de modo que no tenía hacia dónde ir.

–También voy a hablar con el catedrático de Interpretación –dijo Stanley–. Me parece increíble que nadie más haga nada al respecto. Es repugnante. Lo que te hicieron fue repugnante. Y a nadie le importó.

El chaval se quedó unos instantes mirando a Stanley con ojos inescrutables. Colocó las dos manos en la barandilla y permaneció parado con los brazos detrás del cuerpo, apoyándose con suavidad en el pasamanos. Luego dijo:

–Estábamos conchabados.

–¿Cómo? –dijo Stanley.

–Que estábamos conchabados. El actor principal (Nick, el enmascarado) me lo pidió y nos pusimos de acuerdo de antemano. Yo sabía que iban a elegirme y sabía casi todo lo que iba a pasar. Sabía lo del agua y también me dijeron que igual me pegaban un poco. Me pareció que podía ser divertido. Lo hice por echarme unas risas.

Stanley fruncía el ceño.

–Pero saliste corriendo.

–No sabía que iban a llegar tan lejos –dijo el chico–. Con lo de la camisa y eso. Lo de cortarme el pelo. Solo me había hablado de lo del agua. Pensé que no tenía importancia, que podía echarles una mano, y tal. Les dije que sí.

–¿Siempre está preparado? –preguntó Stanley–. ¿Todos los años?

–Supongo –contestó el chaval. Desvió la vista y miró por encima del hombro de Stanley, hacia el tramo descendente de las escaleras–. Si no, no les dejarían hacerlo.

–No deberían dejarles hacerlo.

–Ya –dijo el chaval, y se encogió de hombros–. No era más que un ejercicio. Solo se proponían hacernos comprender algo.

–Pero ¿por qué? –preguntó Stanley. Hablaba con una agresividad mayor de lo que pretendía. Notó que volvía a nacer en él aquel sentimiento de desamparo que lo había invadido en el despacho del catedrático de Movimiento. En su confusión le fruncía el ceño al otro chico, y de pronto el chaval reaccionó haciendo lo propio.

–Solo les eché un cable. Necesitaban a alguien para el proyecto. No pasó nada.

–Pero ¿y tu camisa? –dijo Stanley–. Ahí sí que pasó algo.

El chaval se agarraba a la barandilla cada vez con más fuerza. Estaba rojo. Apretaba la mandíbula y el pelo dorado y cortísimo que le cubría la cabeza se movía hacia atrás con furia.

–Oye, mira, gracias por preocuparte –le dijo–, pero no soy un movimiento popular, ¿sabes?, no soy una especie de causa justa por la que puedas luchar. Fue culpa mía, debería haberles preguntado qué pensaban hacer. No pasó gran cosa. No tendrías que haberte quejado.

–¡Pero si te hicieron daño! –gritó Stanley.

–Sí, y luego vinieron a hablar conmigo –dijo el chaval, alzando la voz–. Cuando todo terminó y se quitaron las máscaras, fueron a verme, hablamos, y eso, y dejamos el tema zanjado. No es asunto tuyo. Tú no estabas allí.

Stanley se quedó un momento mirando al chico y luego se apartó para dejarlo pasar. Él agachó la cabeza y murmuró:

–Gracias de todos modos.

Se escabulló, bajó las escaleras saltando y desapareció.

Stanley alzó la vista hacia la elevada ventana con parteluz que iluminaba la escalera, jadeante. Se dio cuenta de que estaba apretando los puños y que sentía un deseo vago de golpear algo, pero no estaba seguro de qué ni de por qué. Se apartó para dejar pasar a una muchedumbre de actores de segundo curso que bajaba por las escaleras. Tras los últimos alumnos vio aparecer al catedrático de Interpretación, que bajaba con calma detrás de ellos llevando bajo el brazo una vela mayor, remendada y deshilachada, que tenía el borde tachonado con ojales para las sogas cubiertos de una película de óxido. Parecía ensimismado.

–Stanley –dijo al acercarse–, eras tú quien quería verme, ¿no?

–No pasa nada. Ya lo he arreglado con el catedrático de Movimiento –dijo Stanley, apartándose con respeto–. Ya está todo arreglado.

Mayo

–Este ejercicio sirve para practicar el control y la comunicación –dijo el catedrático de Movimiento–. Quiero que os pongáis por parejas mirándoos cara a cara. Empezando con las palmas juntas y los pies separados, comenzaréis a moveros exactamente igual, como si cada uno fuese la imagen del otro reflejada en un espejo. Podéis moveros como queráis y por donde queráis, pero yo tengo que poder caminar entre vosotros sin darme cuenta de quién es el que lleva la iniciativa y quién el que la sigue.

Los alumnos se pusieron en pie cansinamente y Stanley acabó emparejado con la chica que estaba sentada más cerca de él. Intercambiaron una breve sonrisa al volverse el uno hacia el otro y a Stanley le dio un brinco el corazón. Sintió una pequeña punzada de desprecio hacia sí mismo y frunció el ceño para sofocar ese sentimiento. Se volvió para mirar al catedrático de Movimiento, entornando los ojos como para mostrar a la chica que estaba prestando mucha atención, que pensaba tomarse la clase muy en serio y que, al margen de lo que ella pudiese esperar o pensar, su sexo le resultaba por completo indiferente. Por el rabillo del ojo vio a la chica mirarlo un poco más y luego volver también la cabeza hacia el catedrático de Movimiento.

–Entre vosotros –continuó el catedrático de Movimiento–, decidid quién va a ser el líder, es decir, quién lleva la iniciativa. También podéis buscar alguna seña para indicarle al otro que vais a cambiar de líder. Podéis cambiar tantas veces como queráis. Es esencial el contacto visual. Vamos a hacer este ejercicio en silencio.

Las parejas se acercaron para debatir en susurros. El catedrático de Movimiento se dio la vuelta y apretó un botón del equipo de música. Mientras esperaba a que el disco se cargase, limpió el polvo del borde que sobresalía con el dedo. El polvo era espeso y plateado y se acumuló en la punta del dedo formando una película blanda y ondulada. Hizo una pelotilla con él y la lanzó al aire. El disco empezó a girar mientras el profesor iba girando despacio la rueda del volumen, de tal modo que la música entró poco a poco, hinchándose y creciendo hasta que inundó el gimnasio por completo. Había escogido la banda sonora de una película, una música instrumental, majestuosa, *in crescendo*.

–Por favor, ocupad vuestros puestos y empezad –dijo alzando la voz mientras sonaban los primeros compases–. La música es vuestro pulso. Inspiraos en ella. Distanciaos de vosotros mismos y dividid la mente entre mirar a vuestro compañero y escuchar el pulso. Deberíais sentirlos alerta pero en paz. Podéis empezar.

Stanley se volvió hacia su compañera y levantó las manos para que la chica colocara las palmas contra las suyas. Se miraron cara a cara, y al principio él frunció el ceño avergonzado, inseguro sobre lo que ella podía estar viendo al

mirarlo de aquella forma tan clara y franca. Era un poco más baja que él, de modo que levantaba un poco el mentón para mirarlo a los ojos. Tenía ojos grises y decididos y una boca recta, de labios finos. Stanley estaba suficientemente cerca como para ver el rubor en sus mejillas, que adquirirían un brillo rosado por efecto de la luz que caía oblicua sobre ellas, y las pecas de color crema que le salpicaban el caballete de la nariz.

Los instrumentos más graves fueron apagándose para dejar que las cuerdas tomasen el protagonismo con un *pizzicato* que iba *in crescendo*. Stanley despegó poco a poco la mano derecha de la de la chica y notó cómo ella hacía el mismo movimiento, despacio y con cuidado, con un retraso de tal vez un cuarto de segundo. La chica tenía el ceño ligeramente fruncido, pero al reparar en ello, cayó en la cuenta de que estaba intentando imitar su propia expresión. Se relajó, adoptó un semblante más neutro y vio que ella hacía lo mismo, reflejando sus movimientos en un eco delicado y femenino, como si se tratase de una cueva que le devolviese una versión más fina y femenina de su propia voz. Cerró el puño y se lo colocó debajo del mentón, procurando moverse despacio y con cuidado para que ella pudiese ver toda la trayectoria del movimiento e imitarlo de forma simultánea. Ella miraba sus ojos, no el movimiento de la mano. Los dos abrían mucho los ojos, concentrados en el esfuerzo de tratar de comunicarse sin palabras. En torno a ellos, las demás parejas actuaban de modo similar, agitando las manos con un movimiento lento y calculado. Mientras abría la mano y la entrelazaba con los dedos finos y fríos de su reflejo femenino, a Stanley se le ocurrió que desde arriba los alumnos debían de parecer algo así como un campo azotado por el viento, hinchándose y estirándose igual que hojas diminutas y temblorosas que saliesen del suelo hacia una brisa fuerte y siempre cambiante.

El catedrático de Movimiento los observaba en silencio desde el escenario, con los dedos aún sobre el equipo de música y cubiertos por una película de polvo gris. Su mirada se paseó entre ellos hasta que se detuvo en uno de los chicos, que estaba de pie al borde del grupo y extendía la mano para tocarle el cuello a su pareja con el dedo índice. El catedrático de Movimiento se quedó mirando a la pareja en espejo, que trazó una línea invisible a lo largo de la tráquea del otro hasta llegar al hueco situado en el centro de la clavícula y pensó: «El chico lleva la iniciativa». Siempre acertaba.

El chico estaba de pie con las piernas separadas, levantando el mentón y luciendo una expresión solemne y ardiente que estuvo a punto de hacer sonreír al catedrático de Movimiento. Era la primera vez que coincidía con él en clase desde el disgusto que se había llevado con el ejercicio del teatro de la crueldad. Esa mañana, al entrar en el gimnasio y pedir la atención de la clase, enseguida había visto a Stanley moviéndose en los bordes, ansioso y desesperado por ser visto. El catedrático de Movimiento había apartado la vista. No quería que el chaval se

aferrase a él con ese temeroso sentimiento filial, pidiéndole atención, reconocimiento y tiempo, sin saber que todas las trémulas primeras experiencias y los despertares de la conciencia que tanto lo afectaban a él para el catedrático de Movimiento no eran sino los más recientes de una larga serie de experiencias semejantes.

Todos los años había al menos un alumno que se quejaba del ejercicio sobre el teatro de la crueldad. Como esa actividad entraba en el ámbito del catedrático de Interpretación, por lo general era él quien se llevaba a su despacho al estudiante angustiado y lo tranquilizaba para evitar que sufriese algún daño irreversible. Algunos cursos, como había hecho ese, se buscaba una excusa para salir del gimnasio en el último momento, subía a hurtadillas por la escalera trasera hasta la cabina de iluminación y observaba a los alumnos desde detrás del cristal ahumado. Lo que veía era siempre diferente. Un año, la víctima había logrado liberarse y ofrecer resistencia, y varios de los alumnos que estaban actuando habían sufrido heridas graves. Otro año, los espectadores invadieron el escenario para llevar a cabo un rescate en masa. Pero en los últimos tiempos, año tras año los estudiantes habían ido perdiendo algo: cierta disposición a *actuar*, pensaba él sin ironía. Por ejemplo, ese año lo único que había pasado era que a la víctima le habían roto la camisa, le habían cortado un poco de pelo y le habían metido la cabeza en un recipiente con agua, y que luego un alumno había ido a llorarle a su despacho.

A veces el catedrático de Movimiento sentía deseos de golpearlos, de bajar corriendo al gimnasio y abofetearlos hasta que reaccionasen y se defendiesen. A veces lo volvía loco aquella película de apatía que parecía haberseles pegado al cuerpo, asfixiándolos, empaquetándolos, impidiéndoles respirar hasta convertirlos en muñecos retractilados, con su marca comercial y producidos en serie.

Meneó la cabeza. Lo único que les ocurría era que estaban demasiado protegidos. Necesitaban despertar.

Abajo, en el suelo del gimnasio, Stanley le había cedido la iniciativa a su compañera, que en esos momentos se alejaba de él, extendiendo los brazos en abanico. Los dos llevaban camisetas de color negro, que destacaban contra el suelo de madera como una mancha de tinta simétrica en una postal antigua. Bueno, no tan simétrica. Los movimientos masculinos nunca coincidían exactamente con los femeninos, y viceversa: siempre faltaba algo, algún detalle llamativo que echaba por tierra la ilusión. El catedrático de Movimiento suspiró y miró un instante el panorama de la clase, aquella multitud de sonámbulos apáticos y aterciopelados que habían sido testigos de cómo a uno de sus compañeros le quitaban la ropa, le cortaban el pelo a la fuerza y casi lo ahogaban, pero no habían hecho nada. Pensó: «¿De qué modo puedo despertarlos?». Y luego pensó: «¿Y quién me despertará a mí?».

Junio

–Voy a hablaros del montaje teatral de fin de curso –dijo el catedrático de Interpretación con energía–, que es sin duda el mayor acontecimiento del primer curso.

Siempre que el catedrático de Interpretación hablaba, inspiraba un silencio temeroso e inmóvil. No necesitaba subir la voz.

–En primer lugar, quiero señalar que estaréis completamente solos. Los profesores no supervisaremos los ensayos, los textos, la iluminación, el vestuario ni tampoco las discusiones sobre el concepto. Es vuestro proyecto. Cuando entremos en el auditorio, el 1 de octubre a las ocho de la tarde, queremos que nos sorprendáis. Y que nos impresionéis. Queremos ver por qué os escogimos a vosotros entre los doscientos esperanzados que hicieron las pruebas. Queremos salir sintiéndonos orgullosos de nuestro criterio.

»Podría añadir que el proyecto de fin de curso cuenta con un pasado impresionante en la Escuela: en muchas ocasiones, se ha vuelto sobre el trabajo concebido como parte del proyecto para convertirlo en un montaje de mayor relevancia, y a veces estos montajes han viajado por todo el mundo. Os han dejado el listón muy alto.

El catedrático de Interpretación se animó, como siempre le sucedía cuando hablaba de los alumnos de años anteriores. Solo concedía su admiración y su aprobación de forma retrospectiva, algo que los alumnos de primero aún no sabían. En su ignorancia, lo miraron con fiereza, impacientes ante una nueva oportunidad de demostrar lo que valían.

–Una tradición de la Escuela –prosiguió el catedrático de Interpretación– consiste en que después de la última función los actores escogen un objeto de atrezo para transmitirlo. Ese objeto servirá de estímulo para el montaje del año siguiente. El montaje del año pasado, que se titulaba *La máquina hermosa*, recibió de los alumnos del curso anterior una gran rueda de hierro. En el montaje original esa rueda había formado parte de una calesa. En *La máquina hermosa*, se transformó en la Rueda de la Fortuna y se convirtió en un componente visual central de la propia máquina hermosa.

Uno de los chavales asentía con entusiasmo, para demostrar que había visto *La máquina hermosa* y que recordaba la rueda a la perfección. El catedrático de Interpretación esbozó una sonrisa débil. Dijo:

–Los actores de *La máquina hermosa*, esto es, los alumnos de primero del año pasado, han escogido un objeto de su montaje que se convertirá en un motivo del vuestro. Lo tengo en el bolsillo.

Guardó un silencio prolongado, disfrutando con la tensión.

–¿Alguien quiere hacer alguna pregunta antes de que os deje solos para vuestra

primera reunión? –preguntó.

A nadie se le ocurrió ninguna pregunta. El catedrático de Interpretación se metió la mano en el bolsillo y extrajo de él una carta. Era una carta corriente de una baraja inglesa, con el envés surcado por líneas delgadas, de color tirando a rosado, con las esquinas redondeadas. La sujetó en alto para que todos la vieran y luego le dio la vuelta, mostrando el rey de diamantes: una figura con barba y labios finos, pensativa, que sujetaba un hacha por detrás de la cabeza con una mano gruesa y robusta. El catedrático de Interpretación tiró la carta al suelo, inclinó la cabeza cortésmente y salió del gimnasio.

La puerta se cerró tras él con suavidad y provocó una corriente de aire que arrastró la carta. Tenía una ligera convexidad y se balanceaba como un diminuto barco sin mástil perdido en el mar. Durante un rato no hubo otra cosa que silencio. Luego una de las chicas dijo en tono vacilante:

–El rey de diamantes es uno de los reyes suicidas. Por si alguien no lo sabía –hablaba como pidiendo disculpas, como pidiendo perdón por haberse atrevido a romper el silencio y hablar la primera–. El rey de corazones sujeta la espada de tal modo que parece que la tenga clavada en la cabeza –hizo el gesto– y el rey de diamantes sujeta el hacha hacia sí mismo. Es así en todas las barajas. Por eso a los dos reyes rojos los llaman «los reyes suicidas».

Todos estiraron el cuello para mirar y vieron que tenía razón. Hubo otro silencio, esta vez distinto, pues en él resonaban las últimas palabras pronunciadas: los reyes suicidas. El silencio siempre es diferente una vez que se ha lanzado la primera idea, pensó Stanley.

Al cabo de unos instantes, la concentración colectiva se rompió. Alzaron la vista, sonrieron avergonzados, se echaron a reír, se estiraron y se movieron, se pusieron a charlar y miraron en derredor en busca de un líder que pudiera guiarlos a partir de ahí.

Julio

–Como profesores –preguntó el catedrático de Movimiento–, ¿crees que llegamos a una fase en la que los únicos alumnos que de verdad nos afectan son los que más nos recuerdan una versión más joven de nosotros mismos?

El catedrático de Interpretación se echó a reír.

–Y además siempre se trata de una versión muy halagadora –contestó–. Solo la energía y los ideales. Y el cuerpo. El cuerpo ágil, sano y joven que todos imaginamos que hemos tenido, antes de que llegase todo lo demás.

El catedrático de Interpretación tenía unos diez años más que el catedrático de

Movimiento y no había envejecido bien: tenía los párpados inferiores bordeados por una película húmeda y rosada que hacía que siempre pareciese algo enfermo.

–Creo que en mi caso por desgracia es cierto –dijo el catedrático de Movimiento–. Hay un alumno de interpretación este año, un chico. Se parece mucho a como era yo antes, supongo. O a como imagino que debí de ser. Cuando tengo clase con su grupo me olvido de todas mis dudas sobre... sobre todo, la verdad. Lo sigo de cerca y sus progresos me llenan de alegría, pero de verdad. Lo busco y lo observo, lo veo cambiar poco a poco y siento emoción, generosidad y todas esas cosas que se supone que han de sentir los profesores.

En su faceta de profesor, el catedrático de Interpretación siempre había guardado a propósito las distancias con sus alumnos, pero esa actitud distante y profundamente indiferente hacía que lo venerasen aún más, lo cual no dejaba de resultar curioso. Era a él a quien la mayoría de los alumnos trataba de impresionar y a quien recordaría en los años venideros. De algún modo, los atraían su frialdad y su falta de entusiasmo, igual que los cachorros se sienten atraídos por el amo que los azota. El catedrático de Movimiento, en cambio, no poseía el don de la indiferencia, pensaba el catedrático de Interpretación: enseñaba demasiado de sí mismo, era como un libro abierto, despreciaba demasiado a sus alumnos cuando lo decepcionaban.

–La ilusión de profundidad en un personaje –les había dicho esa misma mañana a los alumnos de segundo el catedrático de Interpretación– se crea simplemente ocultándole información al público. Un personaje solo puede parecernos complejo e intrigante si *no* sabemos por qué.

El catedrático de Movimiento se acariciaba los nudillos con los dedos. Sacudió la cabeza.

–Y no dejo de recordarme a mí mismo que lo más probable es que solo sea por *vanidad* –dijo– cuando busco una versión más joven de mí mismo y los examino con esas ansias, como un personaje encantado en un cuento de hadas. Es muy triste. No creo que pueda conectar del mismo modo con los demás alumnos. Es que... –extendió los brazos y se encogió de hombros–. ¡Es que no me importan lo suficiente! –dijo–. No me importa qué es lo que los hace diferentes. Nunca lo sabrán. Me pongo frente a ellos, les doy clase y es como cualquier interpretación sobre el escenario: me sé el papel de pe a pa, me pongo en marcha y lo hago. Pero en el fondo estoy actuando.

–Puede que seas demasiado duro contigo mismo –dijo el catedrático de Interpretación–. Que tengas unas expectativas sobre ti mismo tan altas que de verdad sea necesario que te importe. Pero a lo mejor no hace falta. A lo mejor puedes ser un buen profesor sin que te importe.

–Puede ser –dijo el catedrático de Movimiento.

–¿Cuál es el alumno que te cautiva? –preguntó el catedrático de Interpretación–.

La versión en joven de ti mismo.

El catedrático de Movimiento titubeó y entrecerró los ojos por culpa de la luz que brillaba sobre la cabeza del catedrático de Interpretación.

–Preferiría no decírtelo –dijo al fin, con cierta timidez, como si estuviese hablando de un amante pasajero al que aún le tuviese demasiado cariño.

–Vale –dijo el catedrático de Interpretación–. Pero, si me dejases, creo que sería capaz de adivinarlo.

Abril

–Mi padre tiene una teoría –dijo Stanley–. Cree que los institutos deberían contratar pólizas de seguros por los estudiantes con más probabilidades de morir.

Hubo un silencio. Luego, los seis dejaron los tenedores y se volvieron hacia Stanley para prestarle toda su atención.

–¿Cómo? –dijeron.

–Porque siempre hay un chaval que se muere –explicó Stanley–. En todos los institutos, ¿verdad? Durante el tiempo que estuvisteis en el instituto, da igual cuál fuera, seguro que recordáis a algún chaval que murió.

La sonrisa comenzaba a flaquearle. Pretendía que su comentario fuese atrevido, gracioso y un poco chocante, pero sus compañeros lo miraban asqueados y confusos. Intentó poner cara de sorpresa y decepción, como para hacerles ver que su público no era tan desenvuelto y osado como esperaba, que los seis lo habían decepcionado con esas miradas de mojigatos escandalizados, con esa mentalidad anticuada y pasada de moda, que no dejaba lugar ni al ingenio ni al escándalo. Intentó arquear las cejas y hacer una mueca con la boca, adoptando una expresión de hombre de mundo, desdeñosa, alegre e indiferente a la vez. Intentó que no le importase.

–Eso es una imbecilidad –dijo una de las chicas.

La sonrisa de Stanley se ensanchó. Ya no podía dar marcha atrás. Estaba obligado a expresar (y, así, en cierto modo a declarar como propio) un punto de vista que no le pertenecía. Se sentía atrapado, de modo que trató de redimirse haciéndose el alegre y el encantador, como su padre, y exagerando su propio papel en la creación de la idea, hasta que pareciese que de verdad era suya.

–Se puede contratar una póliza –dijo– por unos doscientos al año. Asegurar a un chico joven es muy muy barato. Hacer dinero consiste en prever que algo va a pasar antes de que suceda, ¿no? Así que, si eres capaz de sacarle provecho, si escoges al chaval con más probabilidades de morir...

Abrió los brazos y se encogió de hombros, como si el argumento cayese por su propio peso.

–¿Y crees que el dinero iría a quien contratase el seguro? –preguntó un chico–. ¿Como, por ejemplo, que debería ir a parar al instituto como recompensa por haber tenido el acierto de encontrar al chaval con más probabilidades de morir?

–¿Y qué quiere decir «con más probabilidades de morir»? –le soltó la chica–. Es una imbecilidad. ¿Cómo puedes saber si una persona tiene o no más probabilidades de morir?

Stanley comenzó a acalorarse. Comenzó a sentir rencor, no hacia su padre, al que protegía por instinto, sino hacia su público, que le fruncía el ceño, asqueado, desde el otro lado del brillante espejo de linóleo de la mesa, como si hubiese mencionado algo espantoso. Se olvidó de que también él había reaccionado a la idea de su padre con algo que se parecía un poco a la náusea; se olvidó de que las provocaciones deliberadas de su padre a menudo le producían una sensación de tirantez en el pecho y una ira impotente, que le hacía apretar los dientes y que no desaparecía en varios días o incluso semanas. Miró desafiante a sus seis compañeros y dijo:

–¿Quién dice que no puede salir algo bueno de una muerte? ¿Quién dice que es malo sacar algo bueno de una cosa tan terrible como una muerte? ¿Preverla antes de que suceda y actuar?

Parafraseaba de manera imperfecta a su padre y en sus labios las palabras parecían fuera de lugar e inverosímiles.

–¿Sacar algo bueno como, por ejemplo, ganar un millón de dólares porque un chaval se haya caído cuando volvía de clase en su tabla de *skate*?

–Puede ser –dijo Stanley–. Sí, puede ser.

–Es la idea más estúpida que he oído en mi vida –dijo uno de ellos–. Los seguros de vida se hacen para tener un respaldo si muere la persona de la que dependes. Por ejemplo, si mi padre muriese, mi madre estaría jodida, porque necesita el sueldo de él para sobrevivir, para pagar la hipoteca, las facturas y todo eso. Así que recibiría el dinero del seguro de vida si él muriese, para no estar tan jodida unos años, hasta que encontrase a otra persona. ¿Por qué iban a dejarte hacerle un seguro de vida a un chaval? No tiene ni pies ni cabeza. Sabrían que andabas tramando algo.

–Yo solo digo que se puede hacer –dijo Stanley, pasándose a la primera persona de todos modos–. Quiero decir que la idea es factible. Da que pensar. Si se puede poner en práctica.

De pronto recordó una escena sucedida hacía dos restaurantes, en La Vista. Las sombras de los dos se recortaban en una pared de hiedra y cristal helado, y había una ingeniosa fuente que chorreaba pero nunca se quedaba sin agua. Su padre se limpió la boca con la servilleta arrugada y dijo:

–¿Quieres que te cuente un chiste malísimo, el más asqueroso que he oído en mi vida?

El restaurante estaba en silencio. La pareja sentada frente a ellos se limitaba a masticar y a mirar por la ventana. Stanley se tocó la boca. Dijo:

–Sí.

–Te lo advierto: es muy malo. ¿Te lo cuento?

–Sí.

–Vale. ¿Qué consigues si cubres con mantequilla de cacahuete a un niño de seis años?

–No lo sé.

–Una erección.

Hubo un largo silencio. El padre de Stanley sonreía con las cejas arqueadas, inmóvil, como un payaso. La mujer de enfrente miró por casualidad a Stanley, se cruzó con su mirada y luego apartó la vista con pereza y volvió a diseccionar en silencio la cena. Stanley no estaba seguro de si lo había oído. Volvió la vista hacia su padre, que lo miraba sonriente y expectante, y sonrió a su vez. Esa sonrisa le pareció horriblemente falsa, como si de las comisuras de los labios le colgasen pinzas o anzuelos. Guardaron silencio un momento, los dos sonrientes, los dos inmóviles. Al final, Stanley asintió y su padre dijo:

–Es fuerte, ¿a que sí?

–Sí.

–¿Es el peor que habías oído? –su padre inclinaba la cabeza con desenfado y se mecía despreocupado en la silla.

–Probablemente –dijo Stanley–. Probablemente es el peor.

El recuerdo llegó de manera espontánea a la memoria de Stanley, que frunció el ceño aún más, sintiéndose como si acabasen de traicionarlo. Sus compañeros también le fruncían el ceño desde el otro lado de las profundidades espejadas de la mesa, donde se reflejaba su imagen acortada y borrosa.

–Nadie te permitiría jamás enriquecerte con la muerte de un chaval –dijo uno de ellos–. Sería imposible. Nadie lo permitiría.

Stanley se encogió de hombros y miró hacia otro lado, por encima de las demás mesas de la cafetería, como si la conversación hubiese concluido y no le importase.

–Estáis entendiéndolo mal –dijo, sin mirar a ninguno de ellos. Se rascó la mejilla con gesto despreocupado, paseando la mirada por la sala y frunciendo la boca con ligero desdén, como un niño que hace un mohín desafiante. Dijo–: Lo tomáis al pie de la letra. No era más que una broma.

Julio

–¿Qué es un tabú? –preguntó el catedrático de Interpretación, y su voz resonó por la vasta estancia. Los alumnos estaban sentados en círculo con las piernas cruzadas, agarrándose los dedos de los pies, fríos y cubiertos de polvo blanco, con las caras cenicientas y fantasmagóricas por efecto de la luz difusa que los iluminaba.

Alguien dijo:

–Un tabú es algo que uno quiere pero no puede tener.

–Un tabú es algo que está prohibido porque es asqueroso.

–O porque es sagrado.

–Un tabú es algo de lo que no se nos permite hablar.

–Un tabú es algo que hace que la gente se sienta incómoda.

–Un tabú es algo para lo que no estamos preparados.

Esta última frase la había pronunciado una chica sentada a la derecha del catedrático de Interpretación. Al oírla, el profesor se sobresaltó, la miró con sus ojos claros y pálidos y al cabo de unos instantes se dibujó en su rostro una sonrisa rara e inesperada.

–Algo para lo que no estamos preparados –repitió–. Bien.

Pasaron unos minutos hablando de la magia, de los rituales y de los sacrificios, y luego el catedrático de Interpretación preguntó:

–¿La muerte es un tabú? –miró inquisitivamente a todos los alumnos, uno por uno–. Hace tiempo la muerte era un gran tabú. ¿Sigue siéndolo?

Stanley frunció el ceño, mirando al suelo. La mirada pálida y penetrante del catedrático de Interpretación lo ponía nervioso. El profesor siempre preguntaba con cierta majestuosidad y una reserva mordaz, como si subrayase la profundidad de los temas que planteaba y les recordase que ninguno era capaz de dar una respuesta que de verdad tuviese sentido. La sencillez fría con la que hablaba le provocaba a Stanley un cosquilleo en la pelvis, como si la sensación de prohibición aumentase con el desapego del profesor: era como si el catedrático de Interpretación actuase con deliberada despreocupación, como un réprobo curtido que le ofrece un cigarrillo a un niño y finge no darse cuenta de que este se sonroja, se encoge de hombros y se tambalea.

Había algo poderosamente extraño en la conversación, como si el propio tabú fuese un tema prohibido. Stanley tenía la sensación vaga de que estaban tentándolos y ninguno entendía del todo cómo. Se retorció y esperó a que se le pasase aquel cosquilleo en la pelvis.

La mayor parte de los alumnos también parecían incómodos, sentados con la mirada gacha y esperando a que el profesor se abalanzase sobre ellos.

–Stanley –dijo el profesor, abalanzándose al fin–, ¿es la muerte un gran tabú?

Stanley apretó los puños y presionó los nudillos contra el suelo mientras pensaba.

–No –dijo al cabo–. Ya no.

–¿Por qué?

–Porque la gente finge morir todo el rato –dijo Stanley–. Cada vez que enciendo la tele veo a gente fingiendo morir.

–¿Y qué? –preguntó el catedrático de Interpretación, pero parecía impaciente y

apretaba los labios.

Stanley dijo:

–Si la muerte fuese un gran tabú, entonces fingir morir tendría consecuencias.

El catedrático de Interpretación asintió ligeramente con satisfacción y se volvió hacia el grupo. Stanley respiró aliviado. Estaba sudando.

–Voy a hablaros de la muerte de mi padre –dijo el profesor–. Murió en su cama, y después mi familia pasó una noche con el cadáver hasta que se lo llevaron. Yo había oído hablar del rígor mortis. Me parecía un concepto interesante, pero también me provocaba cierto recelo, como si pudiese tratarse de un cuento de viejas, algo arcaico que ya no ocurría.

»Me senté junto a la cama de mi padre para velar el cuerpo y cada hora más o menos me acercaba con disimulo y le daba un toquecito con el dedo índice en ese pliegue de piel de debajo del pómulos, donde hay una bolsa de carne blanda y suave. Estuve tocándole la mejilla cada poco, esperando a que se pudiese rígida. Y al cabo de un tiempo se endureció. Me incliné, le toqué la mejilla y estaba dura como la piedra.

»Lo que me pareció espeluznante fue ese lapso de tiempo –dijo–. Durante un buen rato estuvo blanda, pero de pronto se endureció, como si alguien hubiese accionado un interruptor. Ese lapso me pareció espeluznante. El lapso de tiempo que hay entre dos síntomas de la muerte: la parada cardíaca y el rígor mortis. De repente vi la muerte no como algo solitario y definitivo, sino como un proceso paulatino, una lenta acumulación de síntomas, un descenso gradual. Nunca había considerado la muerte desde ese punto de vista.

Los alumnos lo miraban con cautela.

–Este es para mí un recuerdo muy personal –dijo el catedrático de Interpretación– porque siempre había pensado que cuando muriese mi padre sentiría una pena terrible, que quizá me pondría histérico y lloraría como había visto llorar a mis hermanas, que después sentiría una gran añoranza por todo lo que era irremplazable de mi padre y que tendría que esforzarme para que mi vida volviese a la normalidad. Pensaba que después dedicaría un tiempo a pensar en mi propia mortalidad, pero con un nuevo apego y una renovada reverencia hacia la brevedad de la vida –la voz del catedrático de Interpretación era firme, pero también muy suave, intensificada en cierto modo por el silencio, como la fiera llama azulada de un hornillo de gas al mínimo.

»Pero no me sucedió nada de eso –dijo–. No lloré. No sentía una pena terrible y enseguida encontré sustitutivos para todo lo que necesitaba de mi padre. Mi propia mortalidad siguió como siempre, sin más. Creía que sabía cómo reaccionaría ante la muerte de mi padre, pero no.

»Como Stanley –dijo el catedrático de Interpretación, hablando con mayor velocidad y adoptando un tono distinto, más enérgico–, cualquiera de vosotros

puede encender la televisión y ver gente que finge morir. Todos habréis visto miles de muertes que no son tales, sino tan solo gente fingiendo. Si ahora yo os dijese: «¡Os han disparado!», os tiraríais al suelo, rodaríais, os agarraríais el estómago y gemiríais, pero lo que haríais (absolutamente todo lo que haríais) sería copiar una copia.

»La tarea que voy a pedirlos –dijo– no consiste en preparar una interpretación de la muerte, puesto que la mayoría no sabéis de primera mano qué significa morir de verdad. En vez de eso, quiero que todos preparéis una interpretación de vuestra experiencia más íntima. Os pondréis a merced de esa experiencia mostrándole ese momento tan íntimo al resto de la clase. El objetivo de este ejercicio es ver cómo podemos *usar* esas terribles experiencias privadas como un sustituto emocional cuando tenemos que interpretar una situación que no comprendemos.

Hubo un silencio reticente. Todos procuraban no mirar a los demás. Enseguida intentaron pensar en todos los momentos relativamente poco dolorosos que estuviesen dispuestos a recrear delante de toda la clase y fingir que había sido la experiencia más íntima de sus vidas.

El catedrático de Interpretación dejó que pensasen en silencio unos instantes. Con cierta pereza, pensó: «¿Qué pasaría si alguno representase una escena de una de mis clases? ¿Y si el momento más íntimo de uno de estos chavales estuviese relacionado conmigo, si fuese un instante precioso vivido conmigo, y tuviese el valor de recrearlo en clase frente al resto de los alumnos?». Frunció los labios mientras sopesaba esa posibilidad. Pensó: «No, sería imposible. Ninguno se atrevería».

–Yo mismo he usado el recuerdo de la muerte de mi padre en numerosas ocasiones a lo largo de mi carrera –dijo al fin el catedrático de Interpretación–. La he recordado, la he imaginado en un sinfín de ocasiones, la he recreado una y otra vez, hasta sacarle todo el jugo y poder así *aprender* algo. La usé cuando hice de Løvborg. La usé cuando hice de Kent. La usé cuando hice de Trágico Mayor, aunque os cueste creerlo. La usé cuando hice de Algie.

En el suelo, Stanley pensaba en su propio padre: se lo imaginaba allí con ellos, apoyado en la barra con las manos en los bolsillos, haciéndole un guiño solemne a Stanley por encima del mar de cabezas que asentían en el suelo del gimnasio. Odiaría al catedrático de Interpretación, pensó Stanley, y se imaginó lo que su padre le diría en esos momentos: «Muy bien, venerad las cosas que os destrazan. Venerad las muertes y los divorcios, y aprended a escuchar la voz de vuestro sufrimiento por encima de cualquier otro ruido. Eso os dará una perspectiva estupenda, muy saludable. Os viene al pelo». Stanley se imaginaba a su padre meneando la cabeza y riendo en actitud asqueada e impotente, encogiendo los hombros cubiertos por la gastada chaqueta deportiva de color gris que siempre se ponía cuando atendía a algún paciente.

O a lo mejor no. Puede que su padre hiciese un gesto de aprobación con el pulgar y dijese: «Tengo que reconocerlo: la gente como ese tío es la que al final da trabajo a gente como yo. Dejad que os joda, despacio pero seguro. Cuando os hayáis despojado de todo lo que hay de espontáneo y bueno en vuestras vidas, yo tendré otros veinte pacientes a los que curar. Conque seguid adelante. Estoy contigo, hijo. Estoy con todos vosotros. Meteos hasta el fondo».

–Si es el recuerdo de un pecado –decía el catedrático de Interpretación con voz grandilocuente, como si estuviese citando un texto amado–, después quedaréis libres de ese pecado. Es en cierto modo una redención.

Stanley se preguntó si en su vida había hecho algo que exigiese una redención. Se sintió avergonzado al ver que no se le ocurría nada. Deseó tener un secreto, un secreto terrible y oscuro, como una mancha de tinta, que pudiese rumiar y luego desterrar.

Finalmente, cuando el minuterero rozaba las doce en punto, el catedrático de Interpretación dijo:

–Tengo una última pregunta antes de concluir. ¿Cuál es el último tabú, el mayor y más sagrado de todos?

–El sexo –dijo alguien. Parecía una respuesta fácil, así que algunos alumnos fruncieron el ceño, se movieron inquietos, bajaron la mirada y trataron de pensar. Stanley volvió a sentir un cosquilleo en la ingle y se puso rígido, deseando con todas sus fuerzas marcharse de allí y desaparecer. Entonces la chica sentada a la derecha del catedrático de Interpretación alzó la vista y dijo:

–El último tabú es el incesto.

Sonó el timbre. El catedrático de Interpretación dijo:

–Podéis iros.

Agosto

Hizo falta casi una mañana entera para que veinte alumnos representasen la escena más íntima de sus vidas. La mayoría escogió un momento clave del divorcio de sus padres. Algunos se atrevieron con un encuentro sexual o con una escena de vergüenza pública. Una de las chicas subió al escenario con una pila de cajas de *pizza*. Fue masticando cada porción hasta hacer una papilla y luego escupiendo en un cuenco blanco que sujetaba bajo el brazo. Entretanto no paraba de llorar. Ya había masticado tres pizzas cuando el catedrático de Interpretación por fin dio unas palmadas y dijo:

–Bien. Gracias. Ya podemos trabajar sobre eso.

Según iba avanzando la mañana, los alumnos fueron llenándose de melancolía. Stanley era uno de los últimos. Sujetaba con fuerza la bolsita de papel donde

llevaba los accesorios mientras observaba a los actores desfilando uno tras otro, todos ellos sollozando, gritando, acariciando a amantes invisibles con el dorso de una mano temblorosa.

—Cuando tenía dieciséis años —decía una chica—, un día rebusqué en los cajones de la mesa de mi padre porque necesitaba un compás para un trabajo de matemáticas. Me encontré una foto de mi padre en una bañera con un niño pequeño. Yo no conocía ni el baño ni al niño. Le di la vuelta, pero por detrás no ponía nada. Se la enseñé a mi madre.

Tiró del asa de un viejo mapa desplegable sujeto al borde superior de una pizarra blanca con patas. El mapa se desenrolló. La chica había pegado sobre él una enorme pintura que representaba la fotografía. Su padre llevaba barba y se reía echando la cabeza hacia atrás y mostrando los secretos encarnados de su garganta. La chica sujetó el asa del mapa en un gancho colocado en la parte inferior de la pizarra para que se mantuviese abierto y se apartó un poco.

—Tenía dos familias —dijo—. Así nos enteramos. Había tenido un rollo con una mujer años atrás y la había dejado embarazada. Luego ella se quedó otra vez embarazada, y luego otra vez, y de pronto se encontró con dos familias, con dos grupos de hijos. Supongo que dividía su tiempo entre las dos. Cuando lo descubrimos, no intentó explicarlo ni nada por el estilo. Simplemente se levantó y se fue. No lo he visto desde entonces. Ni tampoco quiero. Mamá destruyó la foto, de modo que tuve que hacer una copia. Este es él con el tercer niño de la otra familia.

Stanley observó al rollizo padre en la bañera, terriblemente desproporcionado, sujetando con dedos gruesos y rosados el cuerpecito de un bebé, riéndose en la laguna pálida y jabonosa que se formaba entre las piernas del hombre. El catedrático de Interpretación asentía y escribía enérgicamente en su bloc de notas. Stanley miró a la chica mientras esta volvía a enrollar la gigantesca pintura y bajaba en silencio del escenario.

Un chico comenzó a describir la peor pelea que habían tenido sus padres. Era uno de los cómicos del grupo, un chaval que se metía consigo mismo con alegría, que era ingenioso y tenía mucho éxito con las chicas. Cuando empezó a hablar, la clase se relajó y se animó a ojos vistas, todos se incorporaron con renovada generosidad y con ganas de reír un poco. El catedrático de Interpretación pasó página en su bloc de notas y miró al chaval por encima de las gafas, con la cabeza un poco ladeada y las yemas de los dedos extendidas en la mesa.

—Y fue entonces —decía el chico— cuando papá dijo: «Eres una mujer neurótica y compulsiva, y algún día tendrás que aceptarlo». Lo dijo a voz en grito y por un momento me dio un poco de miedo, porque por lo general mi padre es una persona muy tranquila y paciente. Después de eso, algo se rompió. Mamá echó a correr por el pasillo, realmente huyendo de él, se metió en su despacho y cerró de

un portazo. Pensamos que la pelea había terminado, pero unos diez minutos después ella abrió la puerta y salió toda orgullosa, con la cabeza muy alta, así – imitó el gesto, extendiendo los brazos como una bailarina–, llevando en brazos un montón de papeles. Había escrito la frase entera en letra del cuerpo treinta y seis y llevaba cincuenta copias impresas. Las puso por todas partes. Escondió algunas en el portafolios de papá y en todos sus bolsillos. Clavó una en el corcho de la cocina. Nuestra casa se llenó de papeles en los que se leía: «Eres una mujer neurótica y compulsiva, y algún día tendrás que aceptarlo».

Todos se echaron a reír. El chico cerró el puño levantando el pulgar y luego hizo ademán de bajar del escenario para regresar a su sitio.

–Espera un momento, Oliver –dijo el catedrático de Interpretación. No sonreía–. ¿Por qué has escogido esa escena como recuerdo más íntimo?

El chico se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos.

–Supongo que porque fue el día en que supe lo que era la venganza –dijo, y todos volvieron a reírse.

–¿De verdad? –preguntó el catedrático de Interpretación–. ¿Y no será porque lo que te resulta más sencillo es hacer reír a la gente y porque has preferido escoger el camino más fácil en vez de decidirte a compartir tu propio ser de un modo sincero y honesto?

Los alumnos guardaban silencio. Todos hurgaban con las uñas entre los tableros del suelo y evitaban mirar al cómico Oliver, que seguía de pie con las manos en los bolsillos, frotando las suelas de los zapatos contra el escenario. Stanley vio una sonrisa defensiva parpadear como una llama en las comisuras de sus labios.

–Todos los demás han compartido algo de verdad –dijo el catedrático de Interpretación–. Han mostrado gustosos la parte más vulnerable de sí mismos. Han revivido los momentos más dolorosos y sagrados de sus vidas y nos han dejado ser testigos de ello. Hay que tener valor para hacerlo. Esta mañana ha habido aquí mucha confianza. No veo confianza por tu parte, Oliver. Hacer lo que mejor se te da no demuestra valor. Ya sabías que todos iban a reírse, conque menudo éxito.

Oliver asentía, apesadumbrado y visiblemente deseoso de bajar del escenario y volver a perderse en el grupo de chavales sentados en el suelo del gimnasio para poder reflexionar sobre su desgracia en privado. Sabía que iba a ocurrir algo así. Todos los alumnos de primero soportaban que en algún momento alguien rompiese en público la coraza de su ego con objeto de poder reconstruir un yo más versátil. Prácticamente a la mitad de los alumnos de primero ya les había pasado y los demás esperaban a que les tocara el turno.

–¿Tienes novia, Oliver? –le preguntó el catedrático de Interpretación.

–Sí –era alumna de primero. Sus ojos la buscaron un momento entre el grupo.

–¿Hay algún aspecto de tu relación con ella que no te gustaría que el resto del grupo viese?

El chico volvió la cabeza hacia el catedrático de Interpretación. Titubeó y miró al profesor con recelo un instante.

–Sí –dijo de nuevo, pero Stanley pensó que quizá no habría podido decir que no. La muchacha parecía un poco acongojada, como si previese una revelación forzada que la rebajase o la arruinase a ella, pero al mismo tiempo la confesión del chico le producía cierto placer y casi sonreía, mientras lanzaba breves miradas en torno a ella para ver si sus compañeros estaban celosos.

–Eso significa intimidad –dijo el catedrático de Interpretación–. La intimidad está constituida por los momentos que no nos apetece compartir.

El catedrático de Interpretación miró a Oliver y golpeó la mesa con la estilográfica, en actitud de desaprobación.

–Ya puedes bajar –dijo al fin–. Pero no he terminado contigo.

El catedrático de Interpretación estaba sentado detrás de los alumnos, colocado de lado tras una pequeña mesa de escritorio, con las largas piernas cruzadas y acariciándose distraído la pantorrilla mientras escribía. Observó al avergonzado Oliver mientras este regresaba a su sitio, junto a su novia, y luego le puso la tapa a la pluma con gesto resuelto.

–Stanley –dijo–. Arriba.

Nueve

Viernes

Las notas que lleva Julia están hinchadas en los bordes por la humedad de sus manos.

–Las chicas son como estatuas de cera en un cuadro vivo: siempre se trata de la misma escena y siempre tiene la misma composición –está diciendo–. La que tiene un mayor atractivo sexual funciona como cebo. El cebo siempre está en el centro. No puede estar demasiado cerca del borde porque, si no, sería una presa fácil.

La luz nítida de un foco aplasta a Julia contra la pared.

–El cebo no tiene por qué ser la más guapa –dice–, pero siempre se trata de la más provocativa. A veces el cebo hace cosas que avergüenzan a las otras figuras, por lo general adoptando una actitud grosera o deliberadamente escandalosa. Forma parte de su papel.

»La chica más guapa se sienta junto al cebo y todos saben que es el premio. El premio se caracteriza por ser intocable. A menudo es la única figura del cuadro vivo que mantiene una relación larga. El objetivo de esta relación siempre consiste en poner de relieve el hecho de que es intocable. Por lo general el premio es una chica limpia, triunfadora, impenetrable.

»Detrás del cebo y del premio, de pie, está el gerente. El gerente orquesta todos los movimientos dentro del cuadro. Muchas veces resulta difícil de distinguir, ya que los métodos de gestión varían de un grupo a otro. Algunos métodos de gestión encubierta se valen del uso del ingenio o de la crueldad y otras veces consisten en adoptar una personalidad maternal.

»El resto de las figuras del cuadro vivo son personajes que aspiran a servir a ese trío central. Sirven de complemento o de chivo expiatorio, aunque a veces pueden funcionar simplemente como unas risas enlatadas.

A veces Julia dice sus frases de una forma curiosa, monocorde, como si la hubiesen obligado a pronunciarlas y ella quisiese dejar claro que en el fondo las desprecia.

–La deprimente fijeza de este cuadro vivo –dice a modo de conclusión– nos deja claro por qué las chicas aprecian la reencarnación y la reinención por encima de todas las cosas.

Lunes

No hay sesiones de orientación tras la muerte de Bridget. Lo único que se hace es buscar una bandera en el armario del gimnasio, plancharla y hacerla ondear a media asta para que se pase toda una triste semana azotando el poste cubierto de herrumbre. Las chicas deambulan por el campus con un movimiento profundo y fantasmal. Como se avergüenzan de no sentir nada, fingen respetuosamente que lo lamentan muchísimo. Meditan con afectación sobre su propia mortalidad mientras miran las gotas de agua que surcan los cristales. Suspiran, se entretienen en exceso en el cubículo del servicio y se dicen unas a otras:

–Creo que necesito estar un rato sola.

–Son las cosas pequeñas... –Julia oye que le dice una chica a su amiga mientras hacen cola en la tienda de chucherías–. Son las cosas pequeñas las que más se recuerdan.

En una reunión el orientador dice:

–Bridget era una persona muy especial.

Pronuncia la palabra «especial» igual que pronuncia la palabra «importante», ahuecando los labios en torno a la palabra como si tratase de chupar una bellota, lo cual tiene el efecto, poco inteligente, de darle el sentido contrario. En el auditorio, las chicas que conocían a Bridget agitan las trémulas cabezas en señal de aprobación y tiran de la manga a sus vecinas como buscando apoyo.

En la sala de profesores hablan de hacerle un homenaje. Alguien sugiere un mural. Otro propone colocar una placa conmemorativa en el pasillo del departamento de música, para rendir homenaje a su compromiso musical. Pasan las semanas.

Entre tanto, la hermana de Isolde, Victoria, vuelve al instituto.

Viernes

–Parece que Julia y tú os lleváis muy bien –dice la profesora de saxofón una vez que Isolde ha entrado pesadamente en el estudio y se ha quitado la bufanda y las manoplas.

–Sí –dice Isolde. Agita los brazos–. ¡Jo, qué frío hace!

–¿La ves mucho por el instituto?

–Supongo –dice Isolde–. Las de séptimo tienen una sala común, un aula de estudio, y tal. A nosotras no nos dejan entrar. Por cierto, he encontrado algunas grabaciones del tío que fuimos a ver el otro día, en la biblioteca tienen un montón.

–Bien –dice la profesora de saxofón–. ¿Y?

–Es genial –responde Isolde–. Me entran ganas de empezar a tocar con otra gente, pero bien.

–Podrías meterte en el grupo *underground* de Julia.

–Seguro que ella toca mucho mejor que yo. Lleva siglos estudiando, ¿no?

–Se presenta al examen de último curso este año –dice la profesora de saxofón–. La verdad es que me encanta que hayáis hecho tan buenas migas. ¿Es amiga de tu hermana?

–¡No, no, qué va! –responde Isolde con un resoplido–. Las amigas de Victoria son... Iba a decir que no tienen cerebro, pero no, lo que pasa es que son... mucho más femeninas.

–¿Y Julia no es femenina?

–Qué va.

–¿Qué es lo opuesto de femenino? –pregunta la profesora de saxofón, pensando que solo una cuestión de jerarquía social o de marca producía ese tipo de convicción en sus alumnas.

Isolde reflexiona unos instantes, mientras retuerce con el dedo la cadenita que lleva al cuello.

–Radical –dice al fin, pronunciando la palabra en tono categórico, como para eliminar el resto de las opciones.

–O sea que Julia es radical –dice la profesora de saxofón.

–Por cierto, iba a preguntarte una cosa sobre uno de los discos que he sacado de la biblioteca –dice Isolde, agachándose para hurgar en su mochila–. Lo he traído.

La profesora de saxofón frunce el ceño. Quiere una interpretación. Quiere que cambie la iluminación, que Isolde se transforme a la luz del resplandor rojizo de los faros del coche del señor Saladin, quiere verla envuelta en un brillo rojo durante un momento, antes de que el señor Saladin apague el motor y las luces, y ella quede iluminada por la luz de la farola, sentada en el coche en penumbra, y quiere que Isolde diga...

–Es la armonización de este tema –dice Isolde, al tiempo que saca el disco compacto y le da la vuelta para buscar el título del tema–. ¿Te importa si lo pongo?

–Claro que no, ponlo –dice la profesora de saxofón, sentada con elegancia y mirando a Isolde mientras esta aprieta un botón del equipo de música y mete el disco. Enmascara su decepción cogiendo la taza de té medio frío y observando a Isolde, que busca a tientas el interruptor de encendido y toquetea los botones con dedos ligeros, como si estuviese ciega.

Isolde sube el volumen y empieza a sonar la música. Entonces cambia la iluminación: la bombilla del techo va apagándose en sincronía con un *crescendo* ascendente del saxofón. Las dos quedan en la oscuridad total durante un instante, luego la luz vuelve a iluminarlas poco a poco. Ahora es rojiza y cálida, difusa y fragmentada, como si viniese de lámparas repartidas por los reservados y las mesas de un tranquilo bar de las afueras. La música es perezosa, cromática, grave. La profesora de saxofón exhala un suspiro de satisfacción y se recuesta en la silla para mirar.

—Cuando nos fuimos —dice Isolde—, oímos esta melodía que salía de uno de esos bares pequeños y llenos de humo que hay en los alrededores del ayuntamiento, uno de esos sitios a los que se va a la salida de los espectáculos. Había un concierto en alguna parte, no uno de esos llenos de gente sudorosa que se empuja y se da codazos, sino tan solo un trío que pasa el rato tocando en un bar tranquilo. Julia me mira y me pregunta: «Te apetece tomar algo?», y yo debo de asentir porque al poco estamos abriendo la puerta y entrando al calor y el humo de un bar que abre hasta tarde...

Isolde sube un poco el volumen y la música se hincha como si se hubiese abierto una puerta...

—...y hay tres tíos tocando la batería, el contrabajo y los teclados, todos descalzos y felices, y el batería se inclina para hablar con el camarero mientras toca.

La profesora de saxofón asiente, imaginando el bar: lo conoce muy bien, el papel de pared con estampado de rombos, llenos de manchas, los paneles de madera oscura que cubren la pared y que acaban en una elegante moldura a la altura del hombro, las lámparas de metal rojizo colgadas de los muros, de las que brotan artísticos regueros de óxido semejantes a rayos descendentes. Es el sitio favorito de Patsy para sentarse a beber algo. A lo largo de los años, la profesora de saxofón ha pasado horas y horas en ese rincón pegajoso y oscuro. Casi le parece ver el elaborado marco de escayola del espejo que está detrás de la barra, cubierto de pintura dorada descascarillada, y las placas doradas en las puertas de los baños, tan viejas que están salpicadas de manchas grises.

—Entramos —está diciendo Isolde— y Julia me dice que me siente, que ella va a pedir para las dos, así que me meto en un reservado que hay en un rincón y me quito el abrigo y la bufanda mientras miro mi reflejo en el cristal oscuro de la ventana junto a la puerta. La veo inclinarse sobre la barra y decirle algo al camarero, luego se guarda el cambio y coge dos vasos. Él blande un limón a medio cortar, le dice «¡Vete de aquí!» y los dos se echan a reír. Ella se mete en el reservado y dice: «Lo siento, pero ni te he preguntado, ¿te gusta el tinto?». Y yo no quiero decirle que suelo beber vodka o ron mezclado con sirope de fruta para enmascarar el sabor y que la única vez que bebí vino tinto fue cuando le robamos una botella a la madre de Nicola y la vertimos en una botella de Coca-Cola llena hasta la mitad para que no se notase.

Isolde tiene la boca seca. Se pasa la lengua por los labios.

—Bebo un sorbo —dice— y es asqueroso, más aún que cuando lo mezclamos con Coca-Cola y nos lo bebimos bajo las gradas del campo de rugby. Le pregunto a Julia si ya tiene dieciocho años y ella parece un poco molesta, como si prefiriese hablar de otra cosa. Me dice que los cumplió la semana pasada, que había sido su cumpleaños. Yo le digo que el vino está muy rico. Luego nos ponemos a hablar de

ti, de lo que pensamos de ti, probablemente porque en realidad es el único vínculo que nos une.

La música es suave y nada complicada. La profesora de saxofón se lo imagina: el trío de músicos talluditos, pisando los cables amarillos con los pies descalzos, el contrabajo meneando la cabeza y sonriendo por encima del hombro de la silueta de mujer con una sola pierna que sujeta entre los brazos, el pianista inclinando el cuerpo hacia atrás y hacia delante y así entrando y saliendo de la zona iluminada, el batería marcando el ritmo con una sola mano cuando estira el brazo para darle un trago a un vaso de cerveza cubierto de gotitas que reluce con un brillo dorado bajo la luz de una lámpara con borlas en la pantalla.

–Después –dice Isolde–, cuando nos terminamos la copa de vino, vamos por la calle en dirección a su coche y yo me siento un poco mareada. Me río demasiado. Y entonces Julia me dice: «La mayoría de las chicas del instituto me tienen un poco de miedo. Me alegro de que tú no me tengas miedo».

Isolde se detiene. La ilumina la luz amarillenta de una farola, tiene los ojos muy abiertos y le falta la respiración, se agarra convulsivamente los puños del jersey. La música inicia una nueva fase, más acelerada, haciéndose más insistente y discordante. Isolde se pone rígida.

–La miré y le dije: «Sí que me das un poco de miedo. Pero de no ser así no merecería la pena».

Isolde profiere un pequeño grito, un quejido ahogado e involuntario que después será lo único que recuerde la profesora de saxofón.

–Y Julia me mira –dice– y luego me coge de las mangas del abrigo, apretando mucho, agarra la tela y me empuja hacia ella con mucha fuerza. Y creo recordar que hubo un breve instante en el que nos juntamos, como si nos quedásemos paradas en el último momento, y yo sentía su respiración en mi labio superior, dulce, cálida y jadeante. Olía el aroma del vino tinto en la pequeña bolsa de aire que nos separaba, y luego ella me besó.

Isolde no mira a la profesora de saxofón. Mira hacia fuera, en dirección a los tejados cubiertos de musgo, a los cúmulos de antenas, a las palomas que dan vueltas y más vueltas recortándose contra el cielo.

–Solo que el beso no fue como yo me lo esperaba –dice–. Sujetó mi labio inferior con los suyos y me mordió. Me mordió el labio inferior, pero no para hacerme daño, sino que más bien tiraba de él con suavidad, sujetándolo con los dientes. Entonces, creo que eché la cabeza hacia atrás, se me escapó un grito ahogado y abrí un poco la boca mientras ella seguía sujetándome el labio inferior con los dientes, sin hacerme daño, con mucha ternura, como si lo hubiese capturado y no pudiese soportar soltarlo.

»Y de pronto estábamos apoyadas contra la pared –dice– y recuerdo que yo tenía los ojos cerrados y los puños contra la pared, por encima de mi cabeza, mientras

Julia se aprieta contra mí y sus manos no paran de buscar el camino hacia la piel por debajo del jersey, y luego desliza sus manos frías por mi espalda y me dice al oído, con un susurro picante y ardiente: «No puedo creer que esto esté pasando. No puedo creerlo. No sé si esta es tu fantasía o la mía».

La iluminación vuelve con calma a la normalidad, justo cuando se oye el acorde final del tema. Isolde se acerca al equipo de música y saca el disco antes de que empiece la siguiente canción. La profesora de saxofón se limpia la cara deslizando hacia abajo la mano de tal modo que durante un instante la piel de la mejilla queda estirada y parece un payaso triste.

Martes

—Comprendo que es algo para lo que en modo alguno podía estar preparada —le dice la profesora de saxofón a la madre de Bridget—. Yo también estoy conmocionada. Creo que en parte se debe al hecho de que Bridget fuese tan normal. Siempre me creó que solo se muere la gente interesante, la que ha sufrido, los trágicos, aquellos cuya muerte es siempre una terrible pérdida. Siempre me lo imagino como una tragedia. Pero la muerte de Bridget no encaja con eso.

La madre de Bridget toquetea el botón del cojín. Parece gris. En el anular de su rolliza mano izquierda se ve un abultado montoncito de oro, atrapado entre dos nudillos hinchados y clavado en la carne como un tatuaje o una marca de hierro candente. Aparta el cojín de su regazo con impaciencia y sacude la cabeza, desesperada.

—Si hubiese sido más original... —dice la madre de Bridget—, quizá habría sido más fácil. Verá, si hubiese sido más original, quizá habríamos sospechado que podría suicidarse. Así al menos habríamos pensado en su muerte. Nos habríamos preparado para esa posibilidad solo por imaginarlo. Pero alguien tan poco original como Bridget nunca piensa en el suicidio. Sencillamente, no tenía la inteligencia necesaria para considerar que fuese una opción.

—Sí —dice la profesora de saxofón—. Yo también me di cuenta de eso. Bridget no era tan inteligente como para sentirse desesperada.

Permanecen un rato sentadas en silencio. Abajo, en el patio, las palomas se pelean.

—¿Y cómo se prepara una para un accidente? —dice la madre de Bridget con languidez, casi para sí misma—. ¿Cómo se prepara una para un coche que sale a toda velocidad de la oscuridad?

Al cabo de unos instantes, la profesora de saxofón dice:

—¿Tiene usted otros hijos?

—Sí, un chico —dice la madre de Bridget—. Mayor que ella. Ya no vive en casa.

–Supongo que lo habrá llamado.
–Sí –dice la madre de Bridget.
–Supongo que vendrá al funeral.
–Ya, el funeral –dice la madre de Bridget. Vuelve a guardar silencio y luego dice–: Es que no pensé que esto fuera a suceder. No estaba preparada. Sigo sin estarlo. No es justo.

Viernes

–¿Sabes? –dice Patsy con voz soñadora, mientras se balancea apoyando el codo en la mesa y la mejilla en el puño–. Los momentos en que soy menos sincera con Brian son los que por lo general él considera más íntimos.

–¿A qué te refieres? –pregunta la profesora de saxofón. Está sentada muy rígida, sujetando el saxofón en vertical sobre las rodillas. Hace mucho tiempo de eso. Aún coge el instrumento con esmero y reverencia, casi con cautela, con las dos manos, como si se tratase de una esposa recién casada que aún no ha sido manoseada ni ha caído en los tópicos.

–Pues yo estoy sentada pensando en lo mucho que me irrita –dice Patsy– si por ejemplo no para de sorberse los mocos mientras lee, cada media página. Entonces él me mira, me sonrío y yo me siento obligada a decir algo, por si caso él se da cuenta de algún modo de lo que estoy pensando. Conque me entra el pánico, me siento culpable y le digo: «Es precioso que podamos estar así sentados en silencio leyendo. Me da mucha paz. Me encanta hacer esto contigo», que es justo lo contrario de lo que en realidad siento. Me pasa muchísimo. A lo mejor me pongo a pensar que está engordando demasiado y luego me siento culpable por ser tan mezquina, de modo que me asusto y le suelto: «Te quiero». Siempre me motivan las cosas más raras.

–Pero sí que quieres a Brian –dice la profesora de saxofón, más que nada porque siente que hay que decirlo. Solo ha coincidido con Brian una vez, en un recital en la antigua capilla de la universidad. Él le dio la mano, alabó su interpretación y le habló con voz retumbante de las reformas que se habían hecho en los tapices y los paneles de madera, mirándola con ojos centelleantes desde las alturas, como si la falta de interés de ella le resultase muy divertida. Patsy iba y venía, y cada vez le daba un cachete y le decía: «Ya está bien, Oso, que no le apetece oír hablar de eso».

–¡Sí, por Dios, claro que lo quiero! –dice Patsy–. Casi todo el tiempo. O al menos buena parte de él. En todo caso, la mejor parte.

Se ríe y encoge un poco los hombros, como invitando a la profesora de saxofón a unirse a ella y reírse también de sus tonterías y las de todas las mujeres taimadas que dicen lo contrario de lo que piensan. La profesora de saxofón sonrío apretando

los labios y se queda mirando a Patsy mientras la risa de esta va disminuyendo hasta convertirse en una sacudida de cabeza y un suspiro. Quiere besarla en la boca. Quiere sentir a la otra mujer rechazarla al principio, sorprendida, retroceder casi, pensando en que resulta extraño y produce la sensación de estar rompiendo una prohibición, pero luego, en un instante, devolverle el beso... aun contra su propia voluntad. Sobre todo si es contra su voluntad.

«Si no existiese Brian...», los pensamientos de la profesora de saxofón a menudo empezaban así. Si no existiese Brian, ¿qué pasaría? ¿Es Brian solo un hombre, un hombre circunstancial y fortuito, o acaso Brian representa a todos los hombres? ¿Es el símbolo de una preferencia general, de una tendencia general, y de no estar él habría otro, quizá un Mickey o un Hamish o un Bob? A veces teme que la solidez y la presencia física de Brian hayan transformado hasta la propia forma de Patsy con el correr de los años, que la hayan doblegado hasta dejarla reducida a un simple espacio negativo que linda con el hombre, definiéndose mutuamente. Teme que Patsy siempre exista ya de esta manera, con Brian o sin él, curvándose para definirse en torno a un hombre: un yin que busca su yang complementario con un brazo doblado y el otro arqueado para siempre.

Patsy vuelve a sacudir la cabeza, como si su propia insensatez le pareciese increíble, y se lleva los pulpejos de las manos a las sienes para apartar el pelo que cubre su cara envejecida. Tiene las muñecas finas. La profesora de saxofón sigue el movimiento con los ojos.

Miércoles

«He oído que está tomando Prozac», dice todo el mundo al cabo de dos semanas, o «He oído que después de que la descubrieran estaba tan descontrolada que tuvieron que empezar a darle Ritalin». Ahora Victoria está marcada, condenada a aceptar uno de los destinos opuestos que se le ofrecen. «O bien acaba siendo del todo promiscua el resto de su vida y su cuerpo se convierte en un arma de la que depende, pero que no sabe bien cómo manejar», susurran las chicas, «o bien emocionalmente se encierra en una concha, hueca, apática, sin expresión. Es o lo uno o lo otro. Ya lo veréis. Está bien jodida. Es o lo uno o lo otro». La observan ansiosas para ver qué camino tomará, estirando el cuello cuando entra en un aula y desinflándose de decepción y alivio cuando se marcha.

Victoria no da muestras de ir a seguir ninguno de esos dos caminos. Es reservada y cortés con todos sus profesores y en el patio trata con poco éxito de remendar las amistades que tanto sufrieron con su traición. Las chicas la miran con recelo, sobre todo las que antes eran más cercanas a ella, aquellas con las que debería haber

compartido su secreto pero no lo hizo. Formula preguntas de cortesía sobre los meses que ha faltado y las chicas le contestan con sinceridad, pero siempre mirándola como desde muy lejos, divididas entre la lástima y la repugnancia.

–¿Tus padres llegaron a conocer al señor Saladin? –pregunta una de las chicas un día, durante la hora de la comida–. Me refiero a después de que dejaras el instituto.

–Sí –dice Victoria–. Nos juntamos los cuatro.

De pronto se produce un silencio fascinado. Todas las chicas se quedan quietas y la miran.

–Él es mucho más joven que mi padre –dice Victoria–, así que en cierto modo éramos nosotros contra ellos –no dice nada más. Se acaba la manzana y cruza el patio para tirar el corazón a la papelera. Cuando vuelve ya ha sonado el timbre y las chicas se dispersan, mirándola anhelantes mientras recogen las carteras y guardan los envoltorios del almuerzo.

«Sabes que la única forma de que compenses esta traición», quieren decirle las chicas, «es contárnoslo todo, sin escatimar en detalles».

«Entre nosotras serías una estrella», quieren decirle las chicas, «solo con que nos lo dices todo, nos lo contases todo, si compartieses tu secreto con nosotras».

Las chicas quieren decirle:

«No es justo que tengas esa ventaja sobre nosotras. Eres una egoísta por querer guardarte para ti sola esa información tan valiosa y tan peligrosa.»

Pasan las semanas.

Lunes

–Me gustó tu interpretación del otro día –dice la profesora de saxofón cuando llega Julia–. Tu interpretación de la vuelta a casa después del concierto, con vosotras dos juntas en el coche. Lo que sentías. Lo que viste. Me gustó.

–Gracias –dice Julia.

–¿Habías ensayado? –pregunta ansiosa la profesora de saxofón–. ¿Como te pedí?

–Un poco –contesta Julia.

–¿En qué te centraste?

–Supongo que en la idea de conjunto –dice Julia–, en cómo una chica llega a seducir a otra.

–Pues empecemos con la idea de conjunto –dice la profesora de saxofón, y hace un gesto con la mano para que Julia comience.

–Examiné los ingredientes comunes del coqueteo –dice Julia–, como morderse el labio y apartar la vista un segundo demasiado tarde, como reírse mucho y buscar cualquier excusa para tocarse, por ejemplo rozar un brazo o un muslo con las puntas de los dedos como para subrayar o puntuar la risa. Pensé en lo cómodas que

resultan esas cosas, esos métodos de manual, precisamente porque no necesitan descodificación, no precisan de una traducción. Antes, hace mucho tiempo, a lo mejor uno podía morderse el labio y que eso significase: «Te deseo tanto que no sé si puedo controlarme». Ahora morderse el labio quiere decir: «Quiero que tú veas que te deseo tanto que no sé si puedo controlarme, por eso utilizo la señal más sencilla y universalmente aceptada que se me ocurre para que te des cuenta». Ahora significa: «Ambos sabemos qué implica el hecho de que me muerda el labio y qué es lo que intento decir. Hablamos el mismo lenguaje, cuando tú y yo nos juntamos, un lenguaje que no hemos inventado nosotros, un lenguaje que no somos los únicos en utilizar. Decimos las frases de otros. Es muy cómodo».

El saxofón de Julia está colocado de lado en el asiento del sillón de color crema, con la boquilla apoyada en el brazo y la curva de la campana encajada en la raja donde el cojín se encuentra con la curva empinada y tapizada del costado. A la profesora de saxofón esa colocación del instrumento le recuerda a una chica hecha un ovillo, con las rodillas en el pecho y la cabeza apoyada en el brazo, viendo la televisión sola en la oscuridad.

—No sé cómo seducirla —dice Julia. También ella tiene la vista fija en el saxofón y pasea los ojos arriba y abajo a lo largo del instrumento—. A veces creo que sería como intentar embrujarla con un hechizo inventado por ella si tratase de sonreírle, morderme el labio y luego agachar la mirada, si tratase de parecer vulnerable y tímida. ¿Es que iba a funcionar? Solo de pensarlo me siento desarmada, sudorosa, perdida. Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Debería comportarme como un chico, representar el papel de un chico, hacer las cosas que ella querría que hiciera un chico?

»¿Acaso funciona así? —pregunta Julia, retórica y meditabunda. Sigue mirando el saxofón, que reposa de lado en el sillón—. ¿Como en un gran juego de fingimiento? ¿Como en una obra de teatro? Es como si hubiese un diálogo sobre un chico y una chica que se enamoran. Y solo hay dos actrices y dos papeles en la obra, de modo que una tiene que disfrazarse: una tiene que ponerse un bigote de pega, disimular el pecho y vestir pantalones anchos para hacer el papel de chico.

»Si solo te fijas en el vestuario, en el texto, en el telón y en la iluminación, en la parte técnica del asunto, solo verás un chico y una chica que tienen una aventura. Pero si te fijas en las actrices, si decides no dejarte engañar por el espectáculo, entonces verás que son dos chicas. A lo mejor ha de ser así siempre que se juntan dos chicas: una de ellas siempre hace de chico, pero siempre fingen las dos.

—Pero ¿y por qué no pueden las dos chicas hacer un diálogo sobre sí mismas? —pregunta la profesora de saxofón, encantada—. Una obra escrita para dos chicas.

—No hay —dice Julia—. No hay ninguna obra sobre dos chicas. No hay papeles así. Por eso hay que fingir.

—Seguro que te equivocas, Julia —dice la profesora de saxofón—. Seguro que eso

no es cierto.

Julia se encoge de hombros y desvía la mirada hacia el brillo del piano y el reflejo borroso de ella misma que le devuelve. Dice:

—Pero a pesar de todo eso hay algo que me funciona: el peligro. Hay cierta seducción en ello. Esa es la baza que tengo que jugar, supongo. Tengo que exagerar su lado prohibido, improvisado, el peligro implica.

»El elemento de peligro es lo que hará que cualquier palpitación de alegría en su pecho se transforme en un miedo poderoso, que retumbe con potentes golpes. Eso es lo que me funciona: la fuerza de sus sentimientos, la liberación en masa de su trepidación, cuando al fin se deja llevar y responde. Si es que se deja llevar. Al menos lo que acabe por sentir no será ambivalente. Será o bien el empuje prohibido y aterrorizado de su deseo, masivo y explosivo como la rotura de una presa, o bien la terrible fuerza repelente de su repulsión, de su oposición, de su rechazo hacia mí. En cualquiera de los casos, le habré hecho sentir algo. Tendrá que sentir algo. Independientemente de lo que suceda a continuación.

Viernes

Las chicas de Abbey Grange siempre están definiéndose unas a otras, con ternura, con ferocidad y a veces con maldad. Se trata de una destreza que irá afilándose hasta quedar como la hoja de un cuchillo a finales del quinto y último año en el instituto. El que cada chica pueda construir o destruir la imagen del resto constituye su arte más oscuro y letal.

Dicen: «¿Quién pensáis que se casará antes?» y «¿Quién pensáis que conseguirá más chicos?» y «¿Quién es más probable que engañe?» y «¿Quién será mejor en la cama?» y también, inevitablemente, «¿Quién es más probable que sea lesbiana de todas las chicas de clase?».

Siempre se acoge esta última pregunta con chillidos, con cachetes y con gritos ahogados pero alegres. Repasan mentalmente a las chicas con menos conquistas, a las chicas que en los últimos tiempos no les caen bien, a las chicas que son un poco menos atractivas que las demás. La impopularidad, el silencio, la introversión típica de los ratones de biblioteca, cualquier tendencia a no seguir los pasos del rebaño, todo eso son síntomas, concuerdan las chicas mientras se apiñan para dar su diagnóstico. Dan nombres a voz en cuello y no paran de reír, como un aquelarre de brujas atolondradas echando terribles maleficios.

Si se menciona el nombre de Julia, no obstante, las chicas fruncen el ceño, sacuden las manos y dicen: «Ya, pero aparte de Julia». No es divertido diagnosticar a Julia. No se sabe por qué, pero ella no existe en ese reino de gritos ahogados y chillidos en el que se confiere el estatus social y sexual de chicas a las que, sin que

ellas lo sepan, se nombra, se acusa y se condena. Las chicas no pueden alterar el destino de Julia diciendo: «Creo que Julia es la que tiene más probabilidades de ser homosexual». Su poder no significa nada para ella. Es como un arma cargada que alguien deja en el cajón de los juguetes, medio enterrada entre los rifles de plástico, las pistolas de plástico, los cañones de juguete y los pistones. Le tienen miedo a su destello.

Algunas se han besado entre ellas para dar gusto a los chicos de Saint Sylvester, quizá para ganarse un paseo alrededor de la manzana en un coche de asientos bajos o a cambio de una botella robada o una caja de cervezas. Algunas se han besado entre ellas en fiestas, en el salón de alguna compañera, mientras las demás estaban fuera vomitando en las macetas. No con pasión –esa es su defensa–, sino con desapego, por experimentar y siempre sin buscar afecto o la promesa de una continuación o una tendencia. No son relaciones amorosas, sino experiencias egoístas que más adelante usarán para demostrar que son muy liberales, que tienen un espíritu libre y sofisticado: el beso es un seguro, una prueba para después poder decir: «Sí, claro que alguna vez he besado a una chica».

Al no dirigirle la palabra a Julia, las chicas obtienen una ventaja sutil: reducen la amenaza hasta casi hacerla desaparecer. Cuando se cruzan con ella en el pasillo, vuelven la cabeza y se limitan a pasar de largo.

Viernes

Hay un mensaje en el contestador de la profesora de saxofón después de la clase de Julia. La voz enseguida se identifica educadamente como una de esas madres carentes de inspiración, una de esas madres empalagosas y posesivas que preferirían asfixiar a sus hijas entre sus pechos, apretar las caras de sus hijas contra su busto y dejar que se ahogasen, antes que soltar la correa con la que las ata y verlas alejarse.

La profesora de saxofón detiene el contestador con la punta de la uña y se queda un momento parada con el dedo en el dial del teléfono.

–Las madres siempre se creen que yo estoy de su lado –dice en voz alta–, que nuestra común condición de adultas sirve para unirnos contra la hija, contra la niña. Se creen que la hija es tan solo la actividad que nos une, de la que ambas disfrutamos, como las reuniones mensuales de un club de lectura o un partido de tenis. La hija no es más que un medio de hacernos amigas, una ocasión de estar juntas, un interés común que nos permite explorar nuestro ser adulto.

»Las madres se creen que yo soy su aliada frente a la hija y que ellas son aliadas mías: se creen que yo tengo que trabajar con el mismo ahínco que ellas para forjar una conexión con la chica, ponen los ojos en blanco, sacuden la cabeza y se ríen como queriendo decir que su hija está imposible y que ambas lo sabemos. Me

incitan a que la chica me enterezca, me haga sentirme frustrada e incluso me desespere, pero por encima de todo desean que la trate como si fuera un objeto, una mera excusa para esa conexión recíproca, de adulto a adulto, ambos pertenecientes a la misma categoría.

Se queda callada y luego vuelve a conectar el contestador, reviviendo así de nuevo la voz y transportando una vez más a la mujer hasta la estancia.

—Así es que estoy deseando recibir noticias tuyas —prosigue la mujer grabada—. Stella tiene catorce años, lleva ya casi tres estudiando clarinete y antes hizo piano durante casi otros seis. Está muy interesada en pasarse al saxo. Es que el clarinete tiene poca gracia y está algo anticuado, como sabe usted, y creo que le apetece pasarse a algo un pelín más sexy. Algo con un poco más de garra, que la atraiga más. La verdad es que nos alegramos por ello. Pasamos algún tiempo preocupados porque no se interesaba demasiado por ese tipo de cosas, le daban un poco igual. Solo sentía interés por los chicos, los trapitos y esas cosas. Pasamos algún tiempo preocupados, no me importa decírselo. No es que le costase hacer amigas, más bien era justo lo contrario, que estaba demasiado unida a sus amigas. No había forma de separarla de quien fuese la elegida del momento. Una detrás de otra, siempre había una favorita, todo el tiempo. Yo las llevaba de un lado a otro, al cine y todo eso, y siempre se sentaban en la parte de atrás y se tapaban con una manta vieja para poder hablar tranquilamente sin que yo las viese. Yo miraba por el retrovisor y solo veía el bulto de sus dos cabezas tapadas con una gastada tela escocesa mientras ellas hablaban en susurros. Casi parecía que estaban besándose. Me ponía de los nervios. No me importa contárselo.

»Le agradecería que me llamase a este número —dice la mujer a modo de conclusión, y luego se oye un pitido que indica que el mensaje ha terminado.

Sábado

Faltan treinta y cinco minutos para que muera Bridget y ella está sentada en lo alto del taburete del videoclub. Ya ha hecho la caja, que espera bajo el mostrador envuelta en una funda de lona mugrienta. Fuera, el aparcamiento está vacío y resbaladizo, y ella ve la hilera de farolas de luz amarilla que se pierden en la oscuridad.

Bridget está acordándose de dos niñas de su antiguo colegio que durante un tiempo habían estado obsesionadas con recopilar datos sobre el sexo. Siempre se referían al acto diciendo «eso» y pasaban horas sentadas conversando con seriedad, como si fuera un deber, revisando y ampliando sus conocimientos sobre el tema. De cuando en cuando cerraban los ojos con expresión de resignación y de horror y decían algo como, por ejemplo, «Eso, dos con uno. ¡Qué asco!». Actuaban con

reserva y cautela, sin querer compartir sus conocimientos, como esfinges orgullosas y cansadas que guardasen la puerta a un mundo que las demás no podían aspirar a comprender.

Bridget recuerda una clase de gimnasia durante ese periodo en la que las dos niñas estaban de pie cogidas del brazo, mirando al profesor de educación física con la expresión de sufrida solemnidad que exigían sus estudios de *eso*. El profesor de gimnasia dijo: «Hoy vamos a practicar el *sprint* con inicio en cuclillas». Inmediatamente, la chica más baja susurró: «*Eso*, con inicio en cuclillas». Las dos cruzaron una mirada grave y asqueada, como si visualizar esa imagen las hiciese sufrir a ambas. A Bridget le dio un poco de envidia ver a aquellas dos niñas compartir ese sentimiento de modosa repugnancia. Se sentía fascinada por la deliberada repulsión de la más baja. «*Eso*, con inicio en cuclillas», había dicho. El tema era demasiado doloroso, no se podía decir más. La más alta la miró con compasión y sacudió la cabeza como para dar a entender que estaba de acuerdo en lo asqueroso e ineludible de aquel asunto. Estaba por todas partes.

Bridget, que por entonces tenía ocho años, no fue capaz de comprender la terrible relación que existía entre aquella clase de gimnasia con el acto de *eso* y ahora, reflexionando sobre aquella escena, cae en la cuenta de que sigue sin saber cómo reconocer o ejecutar un inicio en cuclillas para *eso*. Incluso se pregunta con recelo si existe tal cosa, pero luego vuelve a recordar la desenvoltura y la perfecta confianza de aquella niña de diez años, que ahora tiene dieciséis y probablemente estará adiestrada en artes que van más allá del alcance de la imaginación de Bridget. Bridget reflexiona sobre lo poco que sabe. Las gotas de lluvia llegan al alféizar y se quedan en él, trémulas. Se siente avergonzada.

Martes

La profesora de saxofón alisa el periódico y vuelve a mirar el artículo. Es de hace varios días y ya ha habido otros artículos en los que se recapitula la primera versión de los hechos y se habla de hacer investigaciones e interrogar a testigos para decidir a quién echarle la culpa, pero este se ha quedado por ahí, doblado en ocho, mustio y amarillento, con el aspecto abatido de las noticias pasadas. El artículo es corto y lleva por titular la frase: «Terrible pérdida: muere una joven». No se menciona el nombre de Bridget, lo cual resulta acertado dado lo poco memorable que era. La joven sin nombre volvía del trabajo en bicicleta, lee la profesora de saxofón una y otra vez, cuando la atropelló un sedán rojo en el momento en que ella giraba a la derecha para salir del aparcamiento del videoclub. El conductor se dio a la fuga.

La profesora de saxofón piensa: «Esa noche habría ido al concierto con nosotras tres si me hubiese caído lo suficientemente bien como para invitarla». La idea la

mordisquee unos instantes, como una mera posibilidad, como una camisa que podría o no haberse probado. Pero luego se encoge de hombros y expulsa ese pensamiento de su cabeza con un resoplido. Oye a lo lejos el rumor de un grupo de alumnos de la escuela de teatro que salmodia y golpea el suelo del patio con los pies. Aparta el periódico y se acerca a la ventana para echar una ojeada.

Cerca del tronco del ginkgo, seis estudiantes han formado una pirámide humana sobre un delgado cuadrado de esteras de gomaespuma, mientras frente a ellos un grupo más numeroso camina hacia delante y hacia atrás. Con el uniforme negro de la Escuela, apoyando los pies descalzos y pálidos en el pavimento, parecen una furiosa bandada de cuervos negros. Desde donde está la profesora de saxofón, la pirámide recuerda un castillo de naipes, un poco temblorosa pero aguantando con firmeza, creciendo hacia los lados y hacia arriba a medida que más y más actores se separan de la acción que se desarrolla en primer plano y unen sus cuerpos a la torre.

La profesora de saxofón observa largo rato el vaivén de los estudiantes situados en primer plano. Cuando vuelve a mirar la pirámide de cuerpos que se levanta bajo el ginkgo, se sobresalta al ver que alguien la observa. Está mirándola uno de los chicos situados en la primera fila, arrodillado en el asfalto con los brazos extendidos y rígidos a los lados del cuerpo. Tiene la cabeza echada hacia atrás y por el cuello abierto de la camisa se le ve la garganta larga y blanca. El primer impulso de la profesora de saxofón es apartarse de la ventana, pero se queda y le parece ver sonreír al muchacho. Entonces aparta la vista.

El ensayo está tocando a su fin. Una de las chicas de delante se incorpora de pronto y grita, con una voz rica y clara que llena el patio:

–Yo imagino cosas cuando miro a la gente.

Y al decirlo, cuando se quiebra el maravilloso repique de su voz, cuando los golpes en el suelo cesan terrible y repentinamente, cuando el silencio llena el patio como si fuese una súbita inundación, cuando lo dice, el castillo de naipes que hay detrás de ella comienza a desmoronarse. Cae en una cascada majestuosa y coreografiada, como si se derritiera a cámara lenta. Las figuras de los actores se desploman en el suelo y aterrizan en las esteras de gomaespuma sobre ágiles talones y rodillas, pero enseguida van escabulléndose hasta que la pirámide ha desaparecido por completo, fundiéndose y quedando reducida a un charco de negra quietud, pues todos los actores han quedado inmóviles y silenciosos allí donde han acabado.

La única figura que ha permanecido en pie es la chica que estaba delante. Abre los brazos y dice:

–Imagino...

Hay una pausa brevísima. La chica se estira y se llena de un aliento entrecortado que le infla la caja torácica hasta casi hacerla explotar. Entonces es como si se hubiese roto un hechizo, como si hubiese caído un telón invisible y un apagón

imperceptible hubiese dejado el escenario sumido en la oscuridad total. Todas las figuras caídas comienzan a moverse. Se ponen en pie de un salto, se sacuden el polvo y empiezan a charlar. La profesora de saxofón les oye decir: «La caída ha quedado muchísimo mejor esta vez, entraste justo con el ritmo», «Todavía puede salirnos mejor», «Otra vez desde el principio».

Diez

Junio

–Entonces, estamos de acuerdo en que la sexualidad es un tema que al menos nos interesa a todos –dijo Felix en voz alta cuando los alumnos de primero se reunieron para hablar sobre el montaje de fin de curso y la carta del rey de diamantes. Felix era mandón y descarado, y no le veía la gracia a lo que acababa de decir, de modo que les frunció el ceño a dos chavales sentados en los bordes del círculo, que se habían reído un poco.

–Me ha gustado la idea –dijo una de las chicas– de buscar historias sacadas de los medios de comunicación de nuestro entorno, usarlas y convertirlas en algo teatral. Me ha gustado esa idea.

–Muy bien –dijo Felix con amabilidad, en tanto que dibujaba con un grueso rotulador de pizarra una especie de nube puntiaguda alrededor de la palabra SEXUALIDAD. Los demás miraban. A principios de curso Felix se había esforzado por obtener el papel de mente organizadora del grupo, cosa que había enojado a la mayoría de los alumnos, que observaba la pequeña protuberancia de su lengua mientras escribía, pensando que ellos lo harían mejor.

–Entonces, ¿qué os parece esa historia que nos contó Grace? –preguntó Felix una vez que hubo terminado la burbuja–. Lo del profesor que se lió con una alumna en la Casa de la Porquería.

Empleó el sobrenombre del colegio para que viesen que, aunque era el organizador del grupo, no debían sentirse molestos ni verlo como a un profesor.

–Mi hermana va a Abbey Grange –dijo uno de los chicos–. Está en sexto. Dice que todavía no saben ni la mitad de la historia. Lo que ha oído es que, cuando todas las amigas de la chica se enteraron, el profesor les pagó para que se callasen durante unos meses. Sobre todo comprándoles alcohol.

–Pero la chica estaba en séptimo, ¿no? O sea que la mayoría de sus amigas ya tendrían dieciocho.

–Eso es lo que he oído –dijo el chico, encogiéndose de hombros.

–¿Y cómo los pillaron al final? –preguntó alguien.

–Creo que fue otra profesora –dijo el chico–. El tío había estado saliendo con una profesora, luego rompieron y fue ella quien descubrió lo de la alumna. Eso me dijo Polly.

–Yo pensaba que habían sido las amigas de ella –dijo una de las chicas–. Creía que se habían enterado, que habían ido a ver al director y que la habían delatado.

–Yo he oído que no solo abusó de una chica –apuntó alguien–, sino que fueron un montón, que jugaba con todas al mismo tiempo. Pero que solo pillaron a esa.

—¿Sabemos si de verdad pasó algo? —preguntó una de las chicas—. ¿Y si resulta que en realidad no pasó absolutamente nada entre ella y el profesor?

—Tenían pruebas. Por ejemplo, había ropa de la chica en casa de él. Y un cepillo de dientes.

—Un cepillo de dientes no implica que la violase —dijo la chica, soltando una risilla aguda—. Un cepillo de dientes significa justo lo contrario, que ni siquiera fue un rollo de una noche. Un cepillo de dientes implica previsión. Es como si hubiesen encontrado un pijama en la casa de él, un pijamita de niña, con nubecitas sobre un fondo rosa pastel. Eso no puede ser una prueba. Es una inversión. Un cepillo de dientes es una inversión.

Hubo un silencio mientras todos asimilaban ese nuevo concepto.

Luego uno de los chicos dijo:

—Él tenía como sesenta años, ¿no?

—No era tan viejo. La semana pasada vi una foto suya en el periódico. Tiene el pelo castaño.

—Entonces, la verdad es que no sabemos gran cosa —dijo Felix con disgusto, apartándose el flequillo de la cara de un manotazo. Sentía crecer en él la irritación impotente de la persona servicial que se esfuerza por controlar a un grupo demasiado grande y demasiado original para él. Destapó el rotulador y escribió «ASUNTOS» en la parte superior del rotafolios.

—Es necesario que usemos muy bien la propia carta —dijo una de las chicas—. Jugar a las cartas tiene que ser parte integral de la función, no solo una escena secundaria metida con calzador.

—Creo que eso está claro —dijo Felix—. Hablemos entonces de la carta y de los distintos modos en que podríamos usarla —subrayó la palabra «ASUNTOS», tapó el rotulador con cuidado y miró expectante al resto de los alumnos.

—¿Solo esa carta o la baraja entera?

—Yo creo que la baraja entera —dijo alguien—. Es una estética estupenda para el vestuario y podemos usarla, en cierto modo, para darle forma a la obra. Por ejemplo, hacerla en cuatro actos cada uno con el nombre de un palo o en trece escenas que lleven cada una el nombre de una carta de un determinado palo.

—Es una buena idea.

—¡Sí! Podemos vestirnos como las figuras, con las armas y todo. Todas llevan armas, ¿no?

—¿Y si nos inventamos un *juego*? Un juego de cartas que pudiésemos usar como punto central de la obra. Si sacas una carta roja, te atraerán las mujeres. Si sacas una carta negra, te atraerán los hombres.

—Sí, y cada carta individual representará algún tipo de..., no sé, algún tipo de hábito o rasgo de carácter o algo así. Algo que tenga que ver con la sexualidad, y eso.

–¿Si sacas la jota del triunfo, es que no te quedas a dormir? –dijo uno de los chicos, y todos se echaron a reír.

–¿Qué es eso de «jota del triunfo»?

–Es una de las jotas, o sotas, en el juego del *cribbage*.

–Esperad –dijo Felix, haciendo garabatos–. Vamos demasiado deprisa.

–Vamos bien –dijo uno de los chicos–. Lo que pasa es que tú escribes muy despacio.

Felix sintió que su autoridad comenzaba a flaquear. Frunció el ceño y se arrepintió de no haber designado un secretario.

–¿Y si situamos toda la obra en una especie de fantasía, como por ejemplo un mundo fantástico donde al llegar a cierta edad hubiese que elegir una carta?

–Te mandan a que un adivino o algo por el estilo te eche las cartas...

–Como en el tarot.

–¡Sí! Sería como un ritual de mayoría de edad. Un rito de madurez.

–La carta se convierte en algo así como tu carné de identidad. Siempre la llevas encima.

–No puedes enseñársela a todo el mundo.

–Por ejemplo, las reinas podrían ser reinonas, de modo que, si sacas una, tienes que hacerte *drag*.

–¡Una *drag queen*!

–A eso me refería.

–Pero ¿es eso lo que pensamos? –preguntó Stanley–. ¿De verdad creemos que funciona así, que la identidad de uno se la dan desde fuera cuando crece y que a partir de ese momento se convierte en su... en su motivo, o algo por el estilo? ¿Como si fuera una placa?

–Sí –dijo el primer chico–. ¿Tú no lo ves así?

Stanley abrió la boca pero volvió a cerrarla. No estaba seguro.

–Pero ¿eso no significaría que tendrías una carta para el resto de tu vida? –preguntó alguien.

–Sí –dijo el chico más enérgico–. A no ser que la cambiases por otra. En un juego donde las apuestas serían muy altas. Un letal juego de azar que se desarrollaría en un bar clandestino y en el que te arriesgarías a perderlo todo.

–Eso podríamos hacerlo muy bien.

–Daría una dramatización muy buena.

–Muy del estilo del *steampunk*.

–¡Y tanto!

–En cualquier caso –dijo una de las chicas con cierto enfado–, no importa lo que pensemos en realidad. Es una idea genial. Seguro que al catedrático de Interpretación lo vuelve loco. Es el tipo de argumento cruzado que le encantaría.

–¿A qué te refieres con «argumento cruzado»?

–Pues a lo del lío del profesor con su alumna, a usar historias sacadas de los medios de comunicación. ¿Alguien vio un montaje que hicieron hace unos años sobre la caza de brujas, en el que había actores disfrazados entre el público, haciendo como que formaban parte de él?

–Sí, yo lo vi.

–No se sabía quién actuaba y quién no. La verdad es que daba bastante miedo. Se agotaron las entradas durante toda la temporada y tuvieron que prorrogarla una semana.

Se hizo el silencio mientras todos ellos se imaginaban teniendo que prorrogar la temporada una semana. Felix había dejado de escribir y miraba alrededor con el rotulador colgándole flácido de la mano.

–Me gusta la idea de lo de Abbey Grange –dijo alguien.

–Y a mí.

–Pero ¿qué tenemos para empezar? ¿Solo unos cuantos artículos de un periódico local? No es bastante.

–Tendremos que investigar. Tendremos que averiguar más cosas.

–Porque al final todo se viene abajo –dijo una de las chicas–. Para la chica, la víctima, la que sufrió los abusos. Todo se viene abajo en torno a ella como un castillo de naipes.

Julio

Las persianas del pasillo estaban abiertas cuando pasaron Stanley y la chica, que llevaban sus trajes al departamento de arte. Oyeron el ruido y volvieron la cabeza, luego se pararon y se acercaron al cristal para mirar.

Había un chaval pegando alaridos, retorciéndose y casi doblado por la mitad, con las manos en la entrepierna. La catedrática de Voz estaba agachada a su lado, inclinada sobre él, bien plantada sobre los pies separados, con la mejilla pegada a la del chico y rodeándolo con sus brazos rechonchos, sujetándolo con fuerza. Le decía algo al oído en un murmullo inaudible, con apremio, mientras él seguía dando alaridos. Su aullido era irregular y cambiante, iba pasando de los agudos a los graves transformándose en un zumbido gutural, luego en un gorgoteo ronco, luego en un chillido similar al de los murciélagos, tan agudo y suave que no se oía. El chico se retorció y parecía intentar separarse de la catedrática de Voz, pero ella le sujetaba la espalda con fuerza y él solo podía retorcerse y debatirse. Tenía los ojos cerrados.

–¿Qué le pasa? –preguntó Stanley en un susurro.

–Sanación por la voz –murmuró la chica–. Creo que está trabajando con un

montón de cosas que le sucedieron de pequeño. Cosas malas que tenía guardadas dentro.

El chico tenía el rostro flácido y la boca abierta. Su expresión no mostraba dolor, pero el ruido que emitía era salvaje, brutal, lleno de sufrimiento. Daba miedo oír aquel ruido terrible saliendo de la garganta tranquila y despreocupada de un chaval. De no ser porque se le movía la nuez, Stanley habría pensado que los gritos estaban grabados.

–Es horrible –dijo Stanley.

La chica le lanzó una mirada desdeñosa, como si Stanley fuese demasiado tonto para comprenderlo.

–Es mejor que echarlo fuera de otra forma –dijo–, como dedicándose a meter gatitos en el microondas o cosas por el estilo.

–¿Eso es lo que está haciendo? ¿Echándolo fuera?

–Claro –contestó la chica, meneando la cabeza–. Es la especialidad de la catedrática de Voz. Hay gente de fuera de la Escuela que la contrata para que vaya a su casa, y eso. Es un tipo especial de terapia. Ella lo hace muy bien.

Se quedaron un rato mirando al chico dar alaridos sin dejar de revolverse bajo el peso muerto de la catedrática de Voz, que seguía aferrada a él. Le cambió la expresión, replegó los labios hacia atrás, enseñando los dientes, arrugó la nariz con un gruñido y dentro de su boca se alzó la protuberancia de la lengua, temblorosa y tensa. Mordió el aire y ladró varias veces, emitiendo unos ladridos cortos y ahogados que parecían salirle del fondo de la garganta, como una tos. La catedrática de Voz se había puesto a cantarle al oído una nana suave e íntima que brotaba de debajo de los frenéticos ladridos y hacía que el chico se ahogase y perdiese el aliento. De pronto Stanley se sintió avergonzado.

–Venga, tenemos que irnos –dijo, apartando a mirada. La chica ya se había ido.

Septiembre

Una tarde de sábado, en primavera, Stanley estaba acurrucado en un cubículo del departamento artístico, que en esos momentos se encontraba vacío, intentando sin éxito desenredar el hilo de la bobina de la máquina de coser. Le faltaba poco para terminar su traje de reina de picas y en esos momentos se afanaba en coserle por dentro, por detrás del dibujo de la parte delantera, un rectángulo de cartulina para darle un aspecto más anguloso. Había pasado toda la mañana peleándose con la aureola de alambre que iba a llevar en la frente. El tocado estaba salpicado de picos de alambre diseñados para que la toca geométrica le quedase por encima de la cabeza. Después de pasar casi cinco horas escudriñando las costuras y magullándose los dedos intentando moldear el alambre, por fin quedó bastante

satisfecho con el efecto. Llevaba puesta la toca mientras se inclinaba sobre la máquina de coser, que estaba oculta detrás de un montón de muebles coloniales que habían llevado al departamento artístico para pintarlos y que habían dejado secándose durante el fin de semana. En torno a él flotaba el olor dulce de la pintura acrílica mezclada con detergente, que era lo que siempre utilizaban en la Escuela, para que resultase más fácil quitarla una vez que terminase el montaje.

Stanley dobló su traje. Gracias a las investigaciones que había hecho para el montaje, había llegado a conocer muy bien aquella carta: sabía que en la baraja tradicional francesa la reina de picas representaba a Juana de Arco y que en el juego de los corazones era una carta tan mala que recibía el nombre de «perra negra». Sabía que era la única reina que sostenía un cetro, además de una margarita, y que por eso a veces la llamaban «la reina de la pata de la cama». Había estudiado tan a fondo y durante tanto tiempo las figuras de la baraja que cuando cerraba los ojos por la noche, veía aparecer esas imágenes negras y rojas. Por fin consiguió desenredar el hilo de la bobina y separarla de la maraña que se había formado bajo el prensatelas, de modo que tiró de los cabos sueltos para cortarlos. Apretó entre los dedos el extremo del hilo de la bobina para pasarlo por la muesca del soporte, y por fin lo oyó girar sin enredarse.

Se abrió la puerta y Stanley oyó una música débil que salía del salón de baile situado junto al vestíbulo, donde había un grupo de escolares que asistían a su clase de jazz de los sábados.

—Pues vamos a meternos aquí, entonces —oyó decir a alguien—. Aquí nadie nos molestará. Es un coñazo que estén usando la sala de profesores. Siéntate ahí si quieres.

Era la voz del catedrático de Movimiento. Stanley estaba concentrado en volver a colocar la bobina en la pequeña cavidad con bisagras situada en la parte inferior de la máquina de coser, con un hilo entre los dientes, y no avisó de su presencia de forma inmediata. Hizo girar la rueda que había en el costado de la máquina y observó la aguja mientras esta se hundía y luego volvía a asomar arrastrando un hilo de color escarlata, que él cortó con la punta de las tijeras y del que a continuación tiró con suavidad. Estaba tan concentrado en la tarea que, cuando terminó, el catedrático de Movimiento y su acompañante ya estaban a mitad de su conversación, expresándose con soltura y con gran alivio, como si llevaran mucho tiempo deseando poder hablar a solas.

—Todos lo desean —estaba diciendo el catedrático de Movimiento—. No solo los de primero, sino todos, hasta el día en que se marchan.

—¿Y por qué no ofrece algo así la Escuela? Clases individuales o algo así. Si es lo que quieren los alumnos.

Lo más despacio posible, Stanley se inclinó hacia un lado y vio, a través de una rendija que había entre un sillón de orejas tumbado y un aparador, al actor

principal del ejercicio del teatro de la crueldad, el joven enmascarado que había abofeteado, trasquilado y casi ahogado a su víctima sobre el escenario. Stanley se quedó un momento observando su rostro ya desenmascarado y tenso de impaciencia y concentración mientras escuchaba lo que le decía el catedrático de Movimiento.

—En tu caso —decía el catedrático de Movimiento—, creo que esta escuela se quedará corta en varios aspectos. Eso es lo que quería decir ayer. Te recomiendo algún tipo de posgrado, quizá incluso unas prácticas. La escuela de mimo. Cuando termines el curso que viene, estarás a medio hacer. A medio hacer y hambriento.

El catedrático de Movimiento se expresaba con entusiasmo pero sin el ritmo apocopado y ensayado que solía caracterizar su forma de hablar. Stanley los miró a los dos con envidia por la rendija. El joven estaba sentado con una pierna doblada por debajo del cuerpo y toqueteaba con los dedos la tapicería raída, asintiendo atento a las palabras del catedrático de Movimiento. De pronto Stanley se quedó atónito al descubrir qué era lo que tanto le chocaba de aquella situación: «¡Son amigos!», pensó lleno de asombro.

—Tu opinión es importantísima para mí —dijo el joven desenmascarado, inclinándose y acercándose a él. Y en ese instante Stanley se acordó del chico de oro, engominado y reluciente como un plato artificial rociado con laca antes de fotografiarlo para una revista de cocina. Entonces el chico de oro resplandecía, igual que en ese momento resplandecía aquel joven.

Stanley tragó saliva y sintió en la garganta el sabor amargo de la injusticia. Le vino a la mente la imagen de sí mismo en el despacho del catedrático de Movimiento, tratando de contener las lágrimas mientras profería a gritos su queja. Incluso en ese momento se sentía satisfecho de haber reaccionado con tanta violencia al ejercicio del teatro de la crueldad. Pero ¿por qué, entonces, no se había impresionado el catedrático de Movimiento? ¿Por qué el profesor no se había relajado en una repentina e inusitada intimidad, inspirada por la frágil franqueza de Stanley al confesar su propia vulnerabilidad? ¿Por qué había elegido a aquel chico —pensaba Stanley—, a aquel joven de rostro suave, ya desenmascarado, que no era ni mejor ni peor que el resto?

—Es curioso —estaba diciendo el catedrático de Movimiento—, en cierto sentido tú me has... Bueno, supongo que me has despertado.

—«Mi crecimiento se proyecta sobre él... *Se encuentra en él*» —citó el joven desenmascarado, y por su rendija Stanley vio que los dos sonreían.

—El nacimiento doble o compartido —dijo el catedrático de Movimiento—. No la instrucción de un alumno, sino una apertura total hacia otra persona —guardó silencio un momento y luego añadió—: Viene muy al caso.

Se quedaron sentados mirándose los zapatos, disfrutando del débil silencio de la estancia. Detrás del costado frío y descolorido de la máquina de coser, Stanley los

observaba sintiendo una gran amargura. Esperó dos horas, notando calambres en las rodillas y punzadas de hambre en las entrañas, hasta que el joven y el catedrático de Movimiento terminaron su conversación y salieron del cuarto.

Julio

–Vamos a improvisarlo –sugirió uno de los alumnos de primero–. Empecemos con lo que hicimos la semana pasada, a ver adónde nos lleva. Me gustaba lo que estaba pasando al juntar a los dos personajes, cuando ambos decían cosas que el otro no oía, como si ninguno estuviese presente para el otro.

–Vamos a ir alternando –dijo una de las chicas–. Primero el señor Saladin y la chica, turnándose. Todos pueden subir cuando quieran. Todos pueden interpretar a cualquiera de los dos. Vamos a intentar mantener la escena en movimiento, a ver qué sale.

–Nos saldrá un verdadero diálogo.

–Eso es.

Hubo un silencio breve mientras todos asimilaban la fórmula y rápidamente empezaban a preparar lo que iban a decir. Entonces uno de los chicos se puso en pie. Al levantarse se transformó en una persona distinta y un hombre surgió como un ave fénix de la figura pálida y cenicienta de lo que había sido un muchacho. Ya de pie, con las manos en las caderas, echando la mandíbula hacia atrás y separando los pies descalzos y apoyados con firmeza en el suelo, nadie dudó de quién era la persona en la que se había convertido.

El hombre dijo:

–Cuando las chicas hablaban de ello, decían «hasta el final», como si el proceso fuese un tránsito, un viaje, una especie de primera travesía por un mar que apenas ha sido cartografiado. Victoria me dijo esas palabras: «Hasta el final». Me preguntó una cosa. Me preguntó: «¿Quieres ir hasta el final conmigo?», como si su partida ya estuviese programada, como si ya hubiese soltado amarras y yo solo tuviese que decidirme a subir a bordo con ella, a navegar con ella y desaparecer. «Hasta el final», dijo. Recorrer todo el camino, toda esa travesía salada y azotada por el viento, llena de bandazos y sacudidas. Entera.

Se sentó. Volvió a haber un silencio brevísimo y entonces Stanley se levantó. Se quedó parado apoyando el peso del cuerpo en una pierna, como si fuera una chica, cruzó un brazo por delante del cuerpo para apoyar la mano en la cadera y gesticuló con el otro doblando el codo y abriendo la palma.

–Tardó mucho en contestar a mi pregunta –dijo Stanley–. Al principio soltó una carcajada, me arrastró hacia él y me besó en la coronilla. A veces cuando me besaba emitía una especie de quejido que le salía del fondo de la garganta, casi como el de

un cachorrito, un sonido fantasmagórico y submarino que nacía de un sentimiento escondido en las profundidades de su ser. Una vez enterró la cabeza en la lana azul de mi axila, se puso a gemir y me dijo: «¡Es que me siento tan afortunado, Victoria! ¡Me siento tan tan afortunado!». Estábamos sentados en el sofá de cuero color crema de su salón y yo le pregunté: «¿Quieres ir hasta el final conmigo?», y él me dijo: «¡Ay, mi niña encantadora! Todavía no. No, todavía no. Disfrutemos un instante de la inocencia, antes de que se disuelva y ya no podamos recuperarla jamás. Tomémonos un momento para disfrutar pensando en todo lo que aún está por llegar».

Stanley se sentó. En torno a él, los otros alumnos estaban serios y con la mirada empañada. Solo habían escuchado a medias su interpretación, ya que todos se concentraban en ensayar mentalmente lo que dirían delante de los demás cuando se levantasen y cómo se esforzarían por que las palabras sonasen naturales, espontáneas y puras.

Una de las chicas se puso en pie. Como suele suceder a las chicas que intentan hacer de hombre adulto, su interpretación fue desproporcionada y les provocó un poco de vergüenza ajena. Habló con voz más grave de lo normal, separó mucho los pies y adoptó una actitud exageradamente seria y brusca. Levantó la barbilla y dijo:

—¿Podría haber sido una de las otras, si esta no se hubiese atrevido? ¿Podría haber sido la chica sentada a su derecha o la que estaba a su izquierda, otra saxofonista de la primera fila, alguna chica de pechos más pequeños, de mirada más perspicaz, tal vez de uñas más cortas y de figura menos atractiva, una chica que llevase quizá el borde del jersey un poco deshilachado? Todas me han sonreído, todas me han mirado con fijeza, todas se han reído conmigo. Cuando fuimos los primeros en nuestra categoría en el festival de jazz de secundaria, algunas incluso llegaron a abrazarme. ¿Habría sido distinto con una de ellas?

Otra chica se levantó cuando el señor Saladin volvió a sentarse en el suelo. La nueva abrió las manos y dijo:

—Resulta curioso pensar que nunca lo vi despertarse. Nunca me di la vuelta para verlo aún dormido, nunca le vi los párpados cerosos e inmóviles bajo la pálida luz de la mañana, nunca me introduje en el aliento cálido y dulce de la cama hasta sentirlo moverse y levantar los pesados brazos para dejarme entrar. Entre nosotros no existía «la mañana de después». No teníamos noches, no había noches largas e ininterrumpidas durante las que pudiésemos dormir y dormir y dormir. No teníamos silencio. Nunca desayunamos juntos. Nunca nadamos juntos ni fuimos de compras juntos ni tampoco al cine. Nunca fui a verlo al trabajo para preguntarle a qué hora iba a volver a casa. Nunca le colgué una colada. No conocí a su madre ni a sus sobrinos, ni tampoco conocí su vida.

»Todas estas cosas pertenecen al mundo de los adultos y son cosas que nunca hice con él. Ahora la gente dice que yo era una niña a la que injustamente

empujaron a desempeñar un papel de adulta. La gente dice que era una relación entre adultos, ilícita y prematura. En realidad era justo lo contrario. Lo que sucedió fue que señor Saladin tuvo una relación adolescente, consistente tan solo en suspiros en el asiento de atrás, en toqueteos en la puerta y en volver a casa a las doce, esperando a que los padres se fuesen a la cama o saliesen de casa, enviándose a escondidas mensajes codificados. Yo no hice de adulta, sino que el señor Saladin hizo de adolescente.

Agosto

La noche del estreno se acercaba cada vez más. Sin un texto central, el montaje no parecía estar cerca de llegar a su forma final, sino que daba la impresión de abrirse e hincharse aquí y allá, como un globo viejo y arrugado que a duras penas conseguimos volver a llenar de aire. Los alumnos estaban que echaban chispas y comenzaban a abrirse grietas en torno a las personalidades más fuertes cuando los insatisfechos se juntaban a murmurar en rebeldes parejas a la entrada de la Escuela.

–Me pone enfermo ver a Andy pavoneándose con ese traje –decían los murmullos–. Se cree que tiene un talento divino. Cada vez que pasa a mi lado me entran ganas de ponerle la zancadilla.

–¿Sabes lo difícil que es hacer una escena con Oliver si Esther anda cerca? Hoy prácticamente se lo montó con él delante de todos.

–Si Felix vuelve a carraspear de esa manera una sola vez, juro que le meto.

–Pero ¿de qué va este montaje? ¿Es un tributo de dos horas a un solo tío? ¿Por qué pasa Sam tanto tiempo en el escenario? Porque no es que sea precisamente la crema de la escuela.

El verdadero peligro sería que esos alumnos insatisfechos, los murmuradores, enojados por la relativa insignificancia de sus papeles y hartos de que los otros anduviesen siempre entrometiéndose, desearan tanto que no los asociasen con la obra que el día del estreno actuaran mal a propósito, llamando deliberadamente la atención, mediante su afectación, hacia la distancia que separa al actor del papel. Ese peligro se convirtió en una amenaza tácita, que flotaba en el aire alrededor de ellos. Así, los actores se volvieron cautelosos y desconfiados, y se abrazaban el pecho como para pegarse más el traje al cuerpo e intentar mantener unida la concha rota de su ego con la sola fuerza de sus manos.

Un día, cuando salía de la escuela después de ensayar, Stanley se puso bajo el brazo la bolsa en la que transportaba sus accesorios y echó la cabeza hacia atrás para disfrutar un momento del pálido sol de la tarde. Se había escabullido sin hacer ruido, por la puerta de detrás del escenario, y había salido a un callejón escapando de sus compañeros, que seguían discutiendo con el ceño fruncido y expresión

sombría mientras amontonaban las sillas y dejaban la sala de ensayo despejada para el día siguiente.

Dobló la esquina que daba al patio septentrional y cuál no fue su sorpresa al encontrarse de frente con aquella chica que había aparecido entre bastidores durante un ensayo, aquella colegiala de ojos grandes con la que había chocado entre el terciopelo negro. Al reconocerla se detuvo un momento y volvió a recordar aquel choque breve y jadeante en la oscuridad, cuando ella emitió un grito ahogado y lo vio caer afligida, pidiéndole perdón en silencio. Al terminar la escena volvió a buscarla entre bastidores, pero ella había desaparecido.

–Había alguien mirando –le dijo después a Felix, cuando en los camerinos se contorsionaban para desembarazarse de los trajes y dejaban las pelucas en las cabezas de poliestireno sin rostro, colocadas en fila en lo alto del tocador–. Entre bastidores. Una chica que debió de colarse por la entrada de actores. Supongo que estaría abierta.

–¿Le dijiste que se fuera? –le preguntó Felix, sin sentir verdadero interés. Estaba desatándose el corpiño con violencia y Stanley oyó el ruido que hacían al rasgarse los encajes sucios y gastados.

–Desapareció –dijo Stanley, mientras Felix reparaba en su error y soltaba un taco en voz baja–. Supongo que resulta raro que alguien esté observándonos entre bastidores sin que nosotros lo sepamos. Es como si gozara de una ventaja injusta. Si alguien hubiese entrado por el vestíbulo y nos mirase desde las butacas, no me habría importado.

Isolde estaba sentada en el banco de madera que había bajo el ginkgo. Llevaba puesto el uniforme de Abbey Grange y balanceaba las piernas un poco mientras hojeaba una novela con las puntas dobladas, con el cuerpo encorvado en torno al libro y el pelo cayéndole por la cara. Al acercarse, Stanley vio mejor lo guapa que era aquella chica de mejillas carnosas, gracioso mohín en los labios y nariz fina y respingona que se tocaba con un dedo mientras leía, distraída. Cuando el joven se acercó, ella alzó la vista y se sobresaltó al reconocerlo.

–Eres tú –dijo Stanley–. La que estaba entre bastidores el otro día.

–Pues sí –contestó la chica, y se mordió el labio inferior. Lo miró con aire vacilante, como un cachorro que espera una regañina.

–Me hiciste fallar el pie –dijo Stanley, y los dos se sonrojaron por la falta de delicadeza del joven.

–Lo siento –dijo Isolde–. Oí los tambores y fui siguiendo el sonido. Supongo que me colé.

Hubo un silencio breve.

–No era más que un ensayo –dijo al fin Stanley. Ella asintió cortésmente y apretó los labios dibujando una sonrisa de disculpa. Stanley señaló el estuche del saxofón, con intención de cambiar de tema–. ¿Qué instrumento tocas?

–El saxo alto –respondió Isolde–. El estudio de mi profesora está ahí arriba.

–Debe de estar forrada si puede pagarse un estudio de estos –dijo Stanley–. El alquiler es una burrada. Lo sé porque la Escuela de Teatro compró menos edificios de los que hubiera querido, ya que eran demasiado caros –estaba pasando tanta vergüenza que notaba cómo iba acalorándose, cómo se extendía el malestar, semejante a una mancha de tinta escarlata que le cubría el pecho y se le metía por el hueco de la garganta. Sabía que iba a asomar por encima del cuello abierto de la camisa, extendiéndose hasta la barbilla como si se tratase de una anticuada gorguera. Se arrepentía de haberse acercado a aquella chica, de no haber pasado de largo sin decirle nada, de no haberse limitado quizá a dirigirle una inclinación de cabeza críptica y tranquila.

–No sé si está forrada –dijo Isolde.

–¿Se te da bien? –preguntó Stanley.

En cuanto lo dijo se sintió avergonzado por haberle hecho esa pregunta imposible de responder a aquella chica de rostro redondo y ojos parpadeantes. Deseó que ella no le hiciese a su vez la misma pregunta.

–Voy a presentarme al examen de octavo –y se encogió de hombros, como queriendo indicar que no le daba demasiada importancia a la pregunta.

–A veces os oigo tocar –dijo Stanley–. Bueno, puede que no a ti en concreto, pero la música llega hasta donde estamos.

–Sí, yo también os oigo a veces –dijo Isolde, quien, inexplicablemente, también se sonrojó–. Sobre todo tambores y gritos.

–Y fijo que también alaridos –dijo Stanley, intentando que sonase como una broma, pero Isolde se limitó a sonreír y decir:

–No, nunca he oído alaridos.

–Bueno –dijo Stanley, agitando los brazos–, supongo que ya nos veremos por aquí –pretendía sonar distante, pero, en cambio, la despedida le salió en tono expectante, como si deseara volver a encontrarse con ella por casualidad. Apartó la mirada de la chica para mostrar que le daba igual y miró las palomas que volaban sobre los adoquines y el borde de basura que enmarcaba el patio con una pequeña corteza plateada y blanca.

–Bueno –dijo Isolde, lanzándole una mirada curiosa. No hizo ademán de volver a coger la novela y lo siguió con los ojos mientras él se alejaba de ella por el patio, con la bolsa de accesorios cayéndosele por debajo del brazo.

Junio

–Stanley –dijo el catedrático de Interpretación–, quiero que seas tu padre.

Stanley asintió con aire vacilante. Estaba de pie con las piernas un poco

separadas y las manos a la espalda. Los demás alumnos se habían sentado en el suelo y lo miraban desde abajo, apretando las rodillas contra las costillas.

–Es una sesión de preguntas y respuestas –dijo el catedrático de Interpretación, alisando tranquilamente la hoja que tenía delante con la palma de la mano. Estaba sentado frente a una mesa de despacho colocada a un lado, con las piernas cruzadas a la altura de la rodilla, y hacía girar despacio un pie descalzo para relajar el tobillo–. Vamos a empezar haciéndote preguntas sobre ti, como si de verdad fueses tu padre. Quiero que mantengas el personaje durante la próxima media hora. Si no conoces la respuesta verdadera de alguna de las preguntas que te hagamos, te la inventas. No te preocupes si tienes que mentir, pero no te salgas del personaje.

De nuevo, Stanley asintió. Bajó la mirada un instante, tomó aliento y luego alzó la vista, ya con la sonrisa irónica y desquiciante de su padre. Extendió las manos y dijo:

–Dispara –y de pronto parecía inocente, orgulloso y travieso.

–¿Conoce usted bien a Stanley, su hijo? –preguntó el catedrático de Interpretación en primer lugar.

Stanley arqueó las cejas y sonrió.

–Es un buen chico. Nos dedicamos a intercambiar chistes guarros. Nos llevamos bien.

–¿Qué tipo de chistes guarros?

–Bueno, pues tratamos de impresionarnos mutuamente. No es más que un juego –Stanley volvió a sonreír y miró al catedrático de Interpretación con frialdad, como si pudiese ver a través de él, como si todas sus carencias, todos sus miedos, todas sus esperanzas y todas sus faltas quedasen expuestos ante él. El catedrático de Interpretación le devolvió la mirada, impasible.

–Cuénteme alguno de los chistes que le ha contado a su hijo –dijo.

–¿Qué es lo mejor de acostarse con un menor?

–No sé –dijo cortésmente el catedrático de Interpretación.

–Que encima te pagan ocho dólares la hora por hacer de canguro.

Uno de los alumnos sentados en el suelo soltó una risilla ahogada. Stanley se volvió y le sonrió.

–¿A que es bueno? –dijo, girando las muñecas para colocarse los puños de la camisa, como solía hacer su padre–. Pero cada vez me cuesta más encontrar cosas originales. Le digo a mi secretaria que me los busque. Dice que es el mejor trabajo que ha tenido en su vida.

Se oyeron nuevas risas en el suelo. Stanley sonrió de oreja a oreja y se estiró un poco, colocando las manos en el estómago y acariciando la tela una y otra vez. Se esforzó para que diese la impresión de que hacía ese gesto casi sin darse cuenta.

–Cuénteme alguno de los chistes que le ha contado Stanley –dijo el catedrático de Interpretación.

Stanley se quedó callado un momento, pensando.

–Lo siento, pero no me acuerdo de ninguno –dijo al fin.

–¿Diría usted que mantiene una buena relación con Stanley?

–No nos vemos mucho –dijo Stanley–, pero es buen chico. Tiene sentido del humor. Puede que sea un poco demasiado sensible, pero eso no va a ser un lastre para él. Nos llevamos bien.

–¿En qué destaca su hijo?

–¿Stanley? –preguntó Stanley, ganando tiempo del mismo modo en que lo haría su padre–. Creo que suele caerle bien a la gente. Hizo bien en meterse en la Escuela de Teatro. ¿Es buen actor? No lo sé. Probablemente podría decírmelo usted.

–Entonces, ¿en qué diría usted que destaca?

–En las artes –dijo Stanley sin mucha convicción y sin dejar de pensar–. Es un romántico. Eso lo ha heredado de mí. Desde luego, salta a la vista que no lo ha heredado de Roger.

–¿Roger es su padrastro?

–Sí.

–¿Y cómo es?

–Afable –dijo Stanley–. Se ríe de las cosas aunque no le hagan gracia. Se queda sin nada que decir y entonces parece asustado e intenta escapar. Pero estoy seguro de que es un buen tipo. Yo no me casaría con él, pero es un buen tipo.

–¿Es un buen padre para su hijo?

–Es un buen padrastro para mi hijo.

–Muy bien –dijo el catedrático de Interpretación, volviéndose para incluir al resto del grupo, apiñado a los pies de Stanley–, se abre el turno de preguntas. Podéis preguntar al padre de Stanley lo que queráis.

–¿Se ve usted reflejado en Stanley? –dijo una chica sentada en primera fila.

–Puede que él sea un poco más cuidadoso que yo a su edad. Es un chico inocente. Yo no era tan inocente como él.

–¿Cree que aún es virgen? –esta pregunta provenía del grupo de chavales despeinados sentados al fondo. El catedrático de Interpretación miró en torno con expresión severa, pero Stanley no pestañeó. Se encogió de hombros y sonrió.

–Hay algo en su actitud –dijo–. Algo que conserva su pureza. No podría ni querería decirlo.

–¿Qué es lo peor de él, su peor falta?

Stanley miró hacia el suelo y metió los labios entre los dientes mientras pensaba.

–Confiar demasiado en la gente –dijo al fin–. Confiar en gente que no merece su confianza.

–¿Alguna vez le ha dicho que piensa eso?

–No –dijo Stanley. Sacudió el brazo, irritado–. ¿Qué sentido tendría? Si no

comete ningún error, no llegará a ninguna parte. Y yo no soy un padre de esos – agitó la cabeza con impaciencia y volvió a colocarse los puños de la camisa.

–¿Qué cree que piensa de usted Stanley?

–Creo que en el fondo se siente decepcionado conmigo –dijo Stanley–. Está decepcionado y enfadado porque en cierto modo arde en deseos de rebelarse contra mí. Quiere destruir todo aquello que yo represento, quiere hacer que me vea a mí mismo tal y como soy, pero no puede. No soy esa persona en su vida. No necesita rebelarse contra mí porque no soy yo quien dicta las normas. Solo soy un extraño, el hombre que aparece de vez en cuando. Si tratase de rebelarse contra mí, solo conseguiría hacerme reír. Creo que me guarda rencor por eso. Para él, es una decepción.

–¿Se da usted cuenta de todo eso? –preguntó uno de los chicos sentados en el suelo con marcado escepticismo, como para recordar que Stanley no respetaba las reglas del ejercicio. El catedrático de Interpretación estaba sentado, recostado en el respaldo con los brazos cruzados, mirando fijamente a Stanley y entornando los ojos.

–Sí –dijo sin más Stanley. Luego volvió a abrir las manos–. Soy psicólogo. Mi trabajo consiste en darme cuenta de las cosas.

Agosto

–¡Tenemos información! –estaba exclamando Marcus en el momento en que Stanley entró en la sala de ensayos y se sentó en el suelo–. Polly conoce a la amiga de una amiga que era la mejor amiga de la chica que sufrió los abusos y estaba al corriente de prácticamente todo. La hemos entrevistado y lo hemos puesto por escrito –agitó un cuadernito en el aire, ruborizándose al pensar en su propio triunfo.

–¿Y qué habéis averiguado? –preguntó alguien.

–Pues, por ejemplo, que él era su profesor de música –dijo Marcus, pasando con furia las páginas del cuadernito, entusiasmado– y que le dio clases complementarias de viento-madera, porque ella tocaba el saxo alto. Que cuando iban en coche a alguna parte, ella se echaba en el suelo de la parte de atrás del coche y se tapaba con una manta. Que en su tiempo libre él pintaba al óleo, como *hobby*, aunque nunca la pintó a ella porque habría sido una prueba y no era tan tonto. Pero decía que le habría gustado hacerlo, porque cuando se corría, las venas azuladas que le surcaban el esternón y la garganta se hinchaban y subían a la superficie de la piel durante un único instante, y él siempre decía que si pudiese plasmar ese instante preciso, sería sin duda su mejor pintura. Lo sabía por instinto. Bromeaban diciendo que podía hacer toda una serie de pinturas y montar una exposición. Decía que nunca había

visto nada igual, alguien que cambiase tanto en esa fracción de segundo, en el momento de correrse. Era lo que más le gustaba de ella.

Marcus hojeó el cuadernito, pasando las páginas.

–¡Es que tenemos tantas cosas! –dijo, saltando sobre las puntas de los pies–. Podemos usarlo todo. ¡Es tan bueno y hay tanto! Deberíamos hacerle un regalo a esta chica para mostrarle nuestro agradecimiento. Polly la conoce de la orquesta.

–Le enviaremos unas entradas para la noche del estreno –dijo Felix, que ya estaba anotándolo en los márgenes de su bloc–. Y un vale para que pique algo.

–Lee el resto –pidió alguien–. Léelo todo.

Agosto

Casi a finales del primer curso se producía un acontecimiento destacado que simplemente se describía como «la salida» y que estaba programado con esmero para que coincidiesen los alumnos de primero, segundo y tercero, y tuviesen que participar juntos. Todos los actores se reunían en el gimnasio, aunque los de segundo y tercero adoptaban una expresión de seguridad y suficiencia por haber hecho el ejercicio con anterioridad.

El catedrático de Interpretación asignaba un papel de una obra a cada uno de los sesenta y tantos alumnos. Había elegido los papeles con cuidado, escogiendo estudiantes que tuviesen semejanzas de carácter o de aspecto con personajes que él conocía a la perfección, y sonreía al leer los nombres de una larga lista que había elaborado en su cuaderno.

–Henry, quiero que interpretes a Torvald –dijo–. Estoy deseando verte en el papel de Torvald. Creo que va a ser una combinación interesante –como si Henry y Torvald fuesen láminas transparentes que pudiesen colocarse la una encima de la otra para formar una amalgama, una imagen nueva y más brillante que resultaría mejor y más vibrante que cada uno de ellos por separado.

»Claire –dijo a continuación, y se volvió hacia una de las alumnas de tercero que estaba sentada al fondo–, para ti he escogido a Susan, de *Una cama entre lentejas*. Es un personaje que se sale un poco de tu registro de edades, pero creo que te las apañarás muy bien.

Las normas del ejercicio eran relativamente sencillas. Se pedía a los alumnos que saliesen de la escuela y se dispersasen por los cuatro bloques de viviendas que la rodeaban. Tenían que mantener el personaje durante dos horas. Saldrían en pequeños grupos escalonados a lo largo de tres días y cada grupo se iría cuando regresase el anterior. Tanto los profesores como los alumnos que en ese momento no estuviesen haciendo el ejercicio vigilarían esos edificios, fingiendo dedicarse a actividades corrientes, como ir de compras, tomarse un café, hacer *footing* o charlar

con alguien en la calle, pero mientras tanto no dejarían de observar las interpretaciones de los actores.

Dora. Septimus. Martha. Bo. La lista seguía. Stanley miró por la ventana y dejó vagar su mente. Al poco, cayó en la cuenta de que ya no distinguía los nombres de los personajes de los de los alumnos designados para convertirse en ellos.

–Stanley –dijo el catedrático de Interpretación, sacándolo de sus pensamientos. Alzó la vista, pero el catedrático de Interpretación no se dirigía a él–. Stanley, de *Un tranvía llamado deseo* –decía, y había un alumno sentado en el suelo asintiendo con energía y anotando el nombre del papel en el margen de su cuaderno de ejercicios. Stanley suspiró y se miró las manos–. Sé que algunos de estos papeles son más fáciles que otros –dijo el catedrático de Interpretación– y que a algunos cuesta imaginárselos fuera del contexto de la obra. Pero debéis recordar que toda actuación es una interpretación. Podéis ser todo lo imaginativos que queráis. Es cosa vuestra decidir qué ropa queréis vestir, si queréis probar algún acento o si os apetece caracterizaros para adaptaros mejor al papel.

Stanley miró de reojo al catedrático de Movimiento, pacientemente parado detrás del catedrático de Interpretación, con los tobillos juntos y los talones apoyados en la pared. En sus labios se dibujaba una sonrisa débil y meneaba la cabeza, pero el movimiento parecía automático, semejante al de un péndulo que marca la hora, indulgente, detrás de un cristal. Vio al catedrático de Movimiento guiñarle un ojo a uno de los estudiantes sentados en el suelo y se apresuró a volver la cabeza para seguir su mirada y descubrir a quién iba destinado ese guiño. Era demasiado tarde. Volvió a mirar al catedrático de Movimiento y lo vio sonreír y mirar con atención hacia el suelo.

El catedrático de Interpretación había llegado a los alumnos de primero. En torno a Stanley sus compañeros iban siendo marcados. Harry Bagley. George. Moss. Irene.

A él le tocó el papel de Joe Pitt.

–Lee primero la obra –le aconsejó el catedrático de Interpretación, y le dirigió una tenue sonrisa antes de volver a su lista. Entre la gente alguien se rio en voz baja y Stanley se puso colorado, preguntándose qué tipo de persona sería Joe Pitt. Anotó el nombre en una página en blanco de su agenda y luego la metió en la cartera.

Agosto

–¿Cuánto tiempo vas a quedarte? –preguntó Stanley cuando terminaron de pedir. Su padre estaba ocupado garabateando algo en su agenda electrónica y no le

contestó de inmediato. Clavó el dedo en la pantalla, guardó la agenda y sacudió las muñecas para colocarse los puños de la camisa.

–Lo siento, campeón –se disculpó–. ¿Qué decías?

–Que cuánto tiempo vas a quedarte.

–Solo el fin de semana. Tengo que dar una conferencia mañana y luego cogemos el avión. Tengo un chiste para ti. ¿En qué se parece un cura católico al maquillaje infantil?

–No lo sé –dijo Stanley.

–En que al final ambos siempre acaban corriéndose en la cara de algún niño.

–Papá, es asqueroso –dijo Stanley. Y pensó: «Un tabú es algo prohibido porque es sagrado».

Su padre levantó la manos, como rindiéndose.

–¿He ido demasiado lejos?

–Sí –dijo Stanley. «O porque es asqueroso.» Frunció el ceño a su pesar y bebió un sorbo de agua.

–Pues entonces háblame de ti –le pidió su padre–. Háblame de la Escuela de Teatro. Ah, se me olvidaba, te he traído una cosa. Lo he recortado del periódico de esta mañana –rebuscó en su portafolios hasta que encontró un periódico doblado en ocho partes. Se lo pasó a Stanley y tarareó alegremente mientras esperaba a que lo leyese.

El titular decía: «Terrible pérdida: muere una joven». El artículo era breve.

–¿Conoces a la chica? –le preguntó su padre cuando vio que había terminado de leer.

Estaba expectante y sus ojos eran como las alegres medias lunas de la máscara de la comedia que había en la fuente de la Escuela.

Stanley volvió a mirar el artículo y tragó saliva.

–Vas a decirme que esta era la chica del millón de dólares.

Su padre se echó a reír.

–Stanley –dijo–, esta era la chica del millón de dólares. ¿La conocías?

–¿Y qué pasa si la conocía? –preguntó Stanley–. ¿Qué pasa si la conocía y acabo de enterarme así y tú has sido terriblemente insensible con los dos?

El padre de Stanley extendió el brazo para quitarle de las manos la hoja a Stanley.

–No es más que un poco de diversión –dijo, en tanto que guardaba de nuevo el periódico en el portafolios–. Pensé que te haría gracia. No me mires así.

Sacudió el dedo como jugando en dirección a Stanley y cogió su vaso.

–De todas formas, si de verdad la conocieses –dijo–, entonces estaría felicitándote porque la habrías escogido a ella desde el principio y le habrías hecho un seguro de vida.

–Esa chica es una persona de verdad que está en algún sitio –dijo Stanley.

–Esa chica es un cadáver que está en algún sitio –lo corrigió su padre. Miró a

Stanley con expresión severa y crítica, como si lo hubiese decepcionado profundamente y lo viese tal como era por primera vez. Dijo—: De verdad que pensé que te haría gracia.

Once

Lunes

El área de influencia de Abbey Grange es amplia y muy diversa en lo que a economía se refiere. Está lo suficientemente cerca del centro como para cubrir algunas de las zonas más adineradas, pero también abarca varias áreas residenciales de clase media y, hacia el sur, unas cuantas calles que en realidad pertenecen a los barrios más humildes, calles anchas y serpenteantes con grandes alcantarillas y zonas de césped mal cuidado.

Las alumnas más pobres, que trabajan a tiempo parcial en cadenas de comida rápida o de ropa, obtienen una especie de victoria moral sobre las chicas que reciben una paga de sus padres y no están obligadas a trabajar para tener su propio dinerito. Cuando las chicas menos acomodadas visitan las casas blancas y relucientes de las ricas, siempre van armadas con un fuerte sentimiento de que aquello les pertenece por derecho propio. Así, se permiten abrir la nevera, cambiar de canal y darse duchas largas y deliciosas por la mañana, todo ello sin sentir el menor remordimiento y con la piadosa sensación de que están compensando alguna terrible injusticia del mundo. Casi resulta noble sacarse una bolsa de patatas fritas engatusando a una chica cuya despensa está iluminada con bombillas halógenas sujetas a una barra de cromo: no es un robo, sino una forma de redistribuir la riqueza, de restablecer cierto equilibrio. Eso se dicen las chicas más pobres mientras cierran la mano cubierta de sal en torno a las patatas que van a llevarse a la boca, mientras comentan que esa noche les toca hacer el último turno en la tienda de chucherías.

Estos métodos sutiles e insidiosos hacen que las alumnas más ricas se avergüencen de la riqueza de sus padres y traten de compensarla justificando el relativo lujo en el que viven y defendiendo cada placer como algo estrictamente necesario. «Compramos melocotones frescos por la dieta de mamá», dicen, o bien «He de tener mi propio coche porque papá siempre está de viaje de negocios» o «Instalamos el *jacuzzi* solo porque papá tiene mal la espalda». Esas reiteradas justificaciones se convierten en su mantra y muy pronto las chicas más ricas comienzan a creerse las cosas que se ven forzadas a decir por vergüenza. Acaban por pensar que lo que pasa es que tienen necesidades más delicadas, más especializadas, más urgentes que las de las chicas que hacen cola en el puesto de pescado frito y se guardan el paquete grasiento bajo la falda para el paseo de vuelta a casa. No se consideran privilegiadas ni afortunadas. Se consideran gente cuyas necesidades se ven merecidamente satisfechas y, si alguien les dijese que tienen

dinero, arquearían las cejas, pestañearían y contestarían: «Bueno, no es que pasemos hambre ni nada por el estilo, pero desde luego tampoco somos ricos».

Ese empecinado baile de derechos, agresivo y defensivo, es señal de un miedo auténtico en la mente colectiva de las chicas de Abbey Grange, que han ido pasando de curso en curso en un grupo inmutable y unitario. Siempre temen que en algún momento una de ellas estalle y eclipse al resto, que el grupo de pronto quede irreparablemente a su sombra, que la lealtad tácita que todas le tienen a la justicia y a la equidad de la media resulte no ser nada a fin de cuentas. En un grupo sus diferencias económicas se compensan y dan una media corriente, del mismo modo que es como si su mediocridad combinada se convirtiese en polvo y cada una de ellas tuviese una función especializada que definiese su territorio dentro del conjunto. Pero, si una de ellas estallase y brillase, las demás se marchitarían. Son conscientes de la amenaza, por eso se agarran unas a otras de los codos, se apretujan en una maraña azulada en el pasillo y frenan a cualquier chica que amenace con hacerse independiente, cualquier chica que dé la impresión de poder un día liberarse y dejar de necesitar a las demás.

Fue un grupo de esas características lo que Victoria desgarró y destrozó cuando se separó para ir en pos de su historia de amor de un modo tan egoísta y secretista. Por lo general, las chicas quedan a solas con chicos, pero estos siempre son una propiedad colectiva del grupo: después, es posible que una de ellas se lo cuente solo a su mejor amiga (o tal vez a unas cuantas más cercanas, en función de su propia red de lealtades y enemistades), pero al menos se acepta que se lo dirá *a alguien*, que el chico siempre será un objeto incluido en el sinfín de confidencias del grupo, alguien de quien se puede hablar pero en quien no hay que confiar nunca. Victoria violó esas normas de forma total y atroz. Haber mantenido toda una relación en secreto, haberse inventado compromisos y citas y, por encima de todo, haber confiado más en el señor Saladin que en ese grupo compacto de chicas que tanto dependen de la unión: su traición debilita el caleidoscópico bastión del grupo, le quita parte de su alegría y de su sentido, mina cualquier ilusión de unidad y poder. Las chicas empiezan a retroceder ante las otras. Hasta los chicos de Saint Sylvester parecen mansos y alelados, como soldados disfrazados que blanden espadas de cartón.

—No es justo —piensan las chicas, aquellas que Victoria ha dejado atrás, olvidadas en su sufrimiento, eclipsadas por su sombra—. No es justo lo que nos ha robado.

Lunes

Isolde se pregunta si lo que siente es solo una especie de adoración, la admiración fascinada hacia una chica mayor, como la que en otro tiempo sintió por

Victoria y su desdeñoso séquito de amigas: siempre desesperada por darles gusto, pisándoles los talones como esas sombras que la tarde va acortando, ansiosa, esperando inútilmente que algún día la contasen a ella entre sus amigas cercanas. ¿Acaso Julia no es otra cosa que la imagen reflejada en un espejo de la persona que Isolde aspira a ser: sofisticada, adulta, mediatizada, desenvuelta? ¿Queda su atracción reducida a eso: una adoración narcisista, una chica cautivada por la imagen de otra chica? ¿Es que, para enamorarse de Julia, Isolde debe hasta cierto punto enamorarse de sí misma?

Lo único que tiene es una incierta noche de butacas, de retazos y frases a medias, un único destello de algo brillante que le aceleró el corazón y le llenó de rubor la piel del pecho, y luego días y semanas de recuerdos solitarios, un limbo paralizado, cargado de dudas, que parece haber reducido a Julia a una imposibilidad, una anomalía, una ensoñación diurna que se aleja cuando la mira a través del espejo retrovisor de su mente insegura.

Piensa con vaguedad en lo bonito que sería que la persiguiese. Se imagina a las dos desfilando orgullosas delante de sus padres, quizá cogidas de la mano. Se imagina ver a su padre tocarse el cuello colorado mientras sacude la cabeza y dice: «Issie, no te cierres puertas, cielo. Nunca se sabe, pero podría ser solo una etapa». Se imagina a su madre encogiéndose de hombros y sonriendo con prudencia. Se imagina a su hermana, que se quedaría callada y la miraría de reojo, observando con mucho recelo a Julia, que en realidad es su igual, su compañera de clase, la chica a la que tantas veces despreció en los juicios de las canchas de *netball*, la chica sobre la que en otro tiempo murmuraba: «¿Es que no sabe lo que pensamos de ella? Seguro que sí».

Sería bonito, piensa Isolde, saber que se había convertido en la imagen que se había creado de sí misma. Sería bonito tener un motivo para ser melancólica y hacerse la víctima.

¿Acaso todas las opciones de Isolde son en realidad únicamente una versión reformulada y engañosa de la pregunta «¿Quién soy?»?

Así será en los años futuros.

Martes

A veces Julia siente una especie de rabia al pensar en su cuerpo, en la fértil curva de sus caderas, en sus pechos fríos y cubiertos de pecas, en la bolsa interior de su útero, con su doble pliegue. No es que desee ser distinta, tener pene, bigote o unas manos cubiertas de venas y callos, con las uñas romas, sino que sencillamente se siente frustrada por el hecho de que su anatomía presente una ventaja tan inútil y tan mal ubicada. Si las inclinaciones enfebrecidas y vacilantes de Isolde van en otra

dirección, si no busca una amante que sea como su reflejo, sino una amante inversa, complementaria, la otra cara de la moneda, entonces Julia está perdida.

Julia piensa: «Para seducir a Isolde no basta con resultar todo lo atractiva y tentadora que pueda y confiar en que ella muerda el anzuelo». Si, en cambio, se propusiese seducir a un chico, esa fórmula tan sencilla probablemente serviría. La simple anatomía de Julia bastaría. Ella misma sería la tentación: su cuerpo, ella en su conjunto. Pero seducir a Isolde, más joven que ella, exige forzarla a contemplarse a sí misma con nuevos ojos: solo cuando Isolde llegue a apreciar su propio ser, el yin cóncavo de su piel femenina, podrá Julia tener esperanzas. Por encima de todo, Isolde debe llegar a apreciarse a sí misma. La seducción ha de adoptar la forma de una persuasión, de una conquista gradual de su mente.

Julia piensa en los detalles habituales del cortejo, como dejarle unas flores en su clase, tirar piedrecitas a su ventana por la noche o vigilar con paciencia la entrada del instituto, esperando con la bici para acompañarla muy despacio hasta su casa. Todos le parecen grotescos. Se imagina enviarle flores a clase y lo único que ve es su rostro horrorizado mientras echa una ojeada por encima del ramo envuelto en tela roja, después de arrancar la tarjeta y hacer un gurrño con ella, llena de vergüenza. Se imagina un ramo demasiado grande y demasiado frágil como para ocultarlo en el fondo de su cartera y a las chicas guapas riéndose y preguntando a gritos: «¿Quién es él?».

Ahora Julia se siente invadida por un acceso de melancolía, que le hace coger el bolígrafo y trazar con furia una raya en el margen del cuaderno de deberes, con lo cual el papel se rasga. Piensa: «¿Cuántas probabilidades hay? ¿Cuántas probabilidades de que la chica que hace que se me acelere el corazón también me quiera a mí? ¿Que mi atracción, un mero accidente, coincida con la suya, que también lo es?». Piensa: «¿Puedo confiar en alguna sustancia química, en algún olor o alguna feromona que cabalgue en la corriente de mis pasos y la bese cuando me cruzo con ella?».

Julia no confía en la química, en esa invisible resaca que lame todas sus heridas y así las cura. Piensa: «No puedo confiar en la química. No puedo confiar en el accidente de su atracción. Tengo que seducirla, perseguirla activamente y convencerla. Debo apelar a la cuestionable autonomía de una adolescente cuya mente aún no le pertenece por derecho propio».

Martes

—¡Eh, Isolde! ¿Quieres jugar? —pregunta alguien, e Isolde alza la vista. Regresa de la tienda de chucherías con una bolsa de papel en cada mano. El glaseado está calando el papel, que va cubriéndose de grasientas manchas grisáceas.

–No, gracias –dice Isolde, y muestra las bolsas para justificarse.

La chica que le ha preguntado sonríe y vuelve a su juego. Isolde la mira alejarse: hay cuatro o cinco intentando jugar a pasarse una pelotita rellena de arena. Llevan puestos los zapatos del uniforme, de suelas gruesas, y los calcetines grises, que resbalan por sus pantorrillas. Para jugar se levantan las faldas del uniforme con las dos manos, mostrando así la blancura invernal de sus rodillas llenas de hoyuelos. Isolde dobla la esquina de la biblioteca del instituto y sigue su camino.

Va abriéndose paso entre los grupos de chicas sentadas por el patio en círculos impenetrables cuando de pronto se sorprende al ver a Julia sentada en uno de los pocos sitios del césped donde da el sol, al otro lado del patio. Lleva puestos los auriculares y lee una edición de bolsillo de una novela entornando un poco los ojos, como si estuviese enfadada. El corazón empieza a darle brincos en el pecho.

Julia levanta la mirada, la ve acercarse y se quita los auriculares.

–¿Qué pasa, tía? –dice.

Isolde agita sus bolsas de papel y contesta:

–Hola.

–¿Qué traes ahí? –pregunta Julia.

–Solo un bocadillo y un donut.

–Siéntate si quieres.

Isolde cruza las piernas a la altura del tobillo y se deja caer hasta estar sentada, con un fluido movimiento de tijeras típico de las chicas expertas en sentarse con las piernas cruzadas, en tanto que utiliza la mano libre para tirar del pliegue situado bajo el broche plateado de la falda escocesa y evitar así que se le vea la piel desnuda de la rodilla. Julia mueve los tobillos para hacerle sitio. El corte horizontal del bocadillo de Isolde está manchado de color rosa por la remolacha. Isolde desliza el dedo por el tajo para recoger la mayonesa y luego se chupa el dedo con esmero.

–¿Sabes qué me parece una mierda? –dice Julia de pronto, arqueando la espalda y estirando el brazo para arrancar unas briznas de hierba, que a continuación va rompiendo en pedacitos–. Que te hicieran ir a aquellas sesiones de orientación sobre la autodefensa, el abuso de los profesores o lo que fuera.

–Pero si he aprendido mucho –dice Isolde, pestañeando–. Por ejemplo, que mi cuerpo es un templo. O que probablemente todos hemos sufrido abusos en la infancia, solo que tenemos que esforzarnos mucho para recordarlo.

Julia se ríe y tritura aún más las briznas de hierba.

–Pero tú estuviste muy bien –le dice Isolde–. Cuando te enfrentaste a él de aquella forma.

–Ahora me tiene miedo.

–Como todas, después de lo que dijiste –dice Isolde, bromeando, pero Julia frunce el ceño y sacude la cabeza.

–De todas formas, estaba citando a otro –explica–. No es que me lo inventara yo.

¡Menudo gilipollas! Pero tú no, ¿verdad?

–Oh, no –se apresura a decir Isolde. Su nerviosismo ha remitido y ha dado paso a una especie de mareo, una sensación de temeridad que hace que tenga el corazón en un puño y la visión agudizada por la conciencia de la proximidad total de Julia, el pelo que le cae alrededor de la cara y cada uno de los movimientos de sus manos, que arrancan briznas amarillentas del escaso césped del patio. Las manos de Julia son finas y rojizas. En el centro de las uñas, muy cortas, se ven retazos de laca oscura mordisqueada. Lleva varios cordeles sucios atados en la huesuda muñeca y algunos recordatorios escritos en el dorso de la mano con tinta azul, pero que son de hace varios días, por lo que la tinta se ha corrido y ha invadido las pequeñas arrugas que forman una especie de telaraña en su piel. Incluso mirar las manos de Julia resulta increíblemente sensual para Isolde, por lo que enseguida aparta la vista y la fija en el patio, donde un grupo de chicas baten palmas mientras ensayan un número para el concurso de baile del instituto.

–Nosotras tenemos el poder –está diciendo Julia–. Esa es la auténtica lección que podemos extraer de todo el asunto del señor Saladin. La lección que no quieren que aprendamos.

–Ah –dice Isolde, volviendo a contemplar las manos de Julia.

–Es por el lugar que ocupamos en la cadena del poder. Pueden hacernos daño, pero nosotras no podemos hacer daño a otros. Bueno, supongo que podemos hacernos daño entre nosotras, pero no podemos dañar a nuestros profesores ni a nuestros padres o lo que sea. Solo ellos pueden hacernos daño a nosotras. Por eso tenemos la última palabra.

–¿A qué te refieres con eso de que tenemos la última palabra? –pregunta Isolde.

Julia sacude la cabeza, reflexionando.

–Todo el mundo venera a la víctima –dice–. En este sitio no hemos aprendido a hacer otra cosa que venerar a las víctimas. En cuarto participé con el equipo de remo en el campeonato nacional, ¿sabes? Participamos y fuimos claramente el peor equipo del torneo. No teníamos buen material, la barca pesaba mucho y era muy vieja, llevábamos poco tiempo entrenando. Pero, como éramos las que teníamos menos posibilidades, de verdad creíamos que íbamos a ganar. Porque eso es lo que sucede. En los últimos diez segundos, los que van peor se reponen y ganan por los pelos. Así, el bien triunfa sobre el mal y al final resulta que, a fin de cuentas, el dinero no importa tanto. Recuerdo que antes de la carrera estaba sentada en la barca con los remos preparados, esperando a que diesen la señal y pensando: «Ya verán todos cuando ganemos».

–Pero no ganasteis.

–Qué va –dice Julia–. Ganó el equipo de un colegio con más pasta, que tenía una barca de fibra de vidrio, y nos sacó kilómetro y medio de ventaja. Nosotras fuimos las últimas en llegar a la línea de meta, tardamos al menos cuarenta y cinco

segundos más que el resto. Pero lo que me importa aquí es solo lo de las víctimas. Si tú eres la víctima, de verdad te crees que vas a llegar a lo más alto. Es lo que aprendemos a hacer aquí, a venerar a las víctimas. El perdedor ganará.

Isolde parece perpleja. Siente cierta reverencia por la forma en que Julia escupe sus opiniones, frases poco ensayadas que pronuncia con ojos centelleantes y ladeando la cabeza. Su opinión es más un desafío que un punto de vista.

—¿Sabes? —dice Julia—. Hace tiempo, en los colegios había un pupitre especial para el alumno más aventajado de la clase. Ahora ya no se separa al más aventajado. En vez de eso, tenemos el departamento de recuperación, el de necesidades especiales y el de orientación y carreras. Es a esos a los que se separa del resto.

Isolde dice:

—Tú crees que la gente venera a mi hermana.

—Así es —responde Julia.

Isolde mira de reojo a la otra chica y se da cuenta de que no tiene nada que decir. Corta con los dedos un pálido pedazo de jamón de su bocadillo y lo mordisqueea con esmero.

—Bueno, ¿y cómo fueron las cosas —pregunta Julia— con Victoria? —ha abierto una barrita de cereales, pero se la come muy despacio, arrancando los granitos pringosos con el pulgar y el índice y haciendo con ellos una pelotilla grasienta, uno por uno. Muchas veces las chicas comen así cuando están con alguien que las pone nerviosas.

—¿A qué te refieres? —pregunta Isolde.

—Pues a que, no sé, es tu hermana. ¿Habló contigo del tema una vez que se supo, y eso? ¿Tú lo adivinaste mientras aún estaba sucediendo? ¿Crees que ella va a tener problemas?

A Julia el corazón le late a toda velocidad. El instinto la lleva a intentar parecer más dura de lo que en realidad es, a no hacer concesiones, a cortejar a Isolde mediante una especie de temeraria llaneza, esgrimiendo con desenvoltura y sin disculparse opiniones duras para que la otra, más joven, la mire con reverencia. Al mismo tiempo Julia trata de enterrar una sensación de solitaria vulnerabilidad, una mera ansia infantil de ser tocada, de que la otra la abraza, de que la bese, de que le cante en voz baja. Aun cuando está hablando con agresividad, expresando sus opiniones, encogiéndose de hombros y frunciendo el ceño como si no le importase, una parte de ella trata de mostrarle a la otra chica que en el fondo podría ser tierna; que podría mostrarse dulce, delicada y sedienta, que los preceptos animales de su naturaleza femenina no se han perdido tanto como podría creer. Es extraño mantener ese equilibrio: mostrar la dureza y mostrar la blandura. Julia se siente deshecha por el esfuerzo, como si pudiese romper a llorar en cualquier momento, ahí sentada en la hierba.

Isolde pellizca media rodaja de pepino con los dedos y chupa el borde cubierto

de gotitas mientras reflexiona sobre la pregunta. Está a punto de contestar cuando surge una sombra entre ellas y las dos levantan la mirada.

Son las chicas guapas. En los rostros de todas ellas se ven unas sonrisillas curvas que les hacen apretar los labios en una cruel inversión del mohín de enfado que suelen lucir.

–¿Por fin te has echado novia, Julia? –pregunta la más guapa de todas–. ¿Vas a llevarla a casa para enseñársela a tu madre?

Julia la mira y no dice nada. Isolde pasea la vista de cara en cara mientras decide si debe sonreír, aunque sea un poquito.

–¿Va a quitarte las telarañas? –insiste la chica guapa–. ¿A hacerte una limpieza? ¿Es esa la idea?

Todas se echan a reír. El esbozo de sonrisa de Isolde comienza a desvanecerse.

–¿Has triunfado con ella? ¿Le has dado algo de calderilla por sus servicios?

–¡Joder! ¿Qué pasa? ¿Es que tenéis doce años o qué? –les suelta Julia. Coge los auriculares y la novela y empieza a recoger para marcharse.

–Nosotras no –responde la adlátere de la chica guapa, dando un paso adelante para aprovechar tan extraño momento de gloria–, pero ella sí, ¿verdad?

Señala a Isolde, que siente que está poniéndose como un tomate. Se pregunta si debería comentar que en realidad tiene quince o si eso no haría otra cosa que darles pie a nuevas bromas. Todas las chicas guapas se ríen. Julia parece furiosa por haber cometido semejante error y sigue metiendo los restos del almuerzo en la cartera.

–Supongo que no has podido encontrar a una de tu edad dispuesta a hacerlo –dice la adlátere.

Julia dice:

–Que te den por culo, Tiffany. Sea lo que sea lo que intentáis hacer, no vais a conseguirlo. Que os den por culo.

–Entonces, si ella es la dura –dice la chica guapa, y se vuelve hacia Isolde–, ¿a ti qué papel te queda, el de femenina? ¿No es así como funciona, de tal modo que al final siempre tiene que haber un hombre y una mujer de todas formas? ¿Como en un juego de fingimiento?

Isolde, inquieta y dividida entre negar o defender en público algo que todavía no comprende del todo, se limita a intentar sonreír, apretando los labios con nerviosismo en un gesto que las chicas guapas inevitablemente toman como una confirmación de la acusación. La cabecilla mira en torno a ella mientras piensa qué más puede decir, pero al final se limita a espetarles «¡Bolleras!», como para rematar la escena, y luego se va toda indignada, seguida por su séquito de sirvientes. El grupo atraviesa el patio, semejante a un pequeño cometa azul que tiene la cabeza brillante y hermosa, pero va volviéndose cada vez más ordinario según nos acercamos a los jirones de la cola.

–Hijas de puta –murmura Julia entre dientes, y luego cierra con furia la

cremallera de su cartera escolar.

–Lo siento –dice Isolde.

–Lo siento –dice Julia.

Suena el primer timbre e Isolde no hace ademán de levantarse. Permanecen sentadas en el bordillo cubierto de hierba la una al lado de la otra, triturando briznas de hierba.

–De todas formas, he oído que se operó la nariz –comenta Isolde–. La cabecilla. El año pasado.

–¿Me das un poco de tu dónut? –pregunta Julia, porque, al margen de todo eso, las reglas comunes del saqueo siguen aplicándose.

Martes

El papel de señora Bly requiere un disfraz de gorda y una bolsas de látex especiales que se colocan por dentro de las mejillas para que la mandíbula parezca más gruesa. El disfraz de gorda es impecable. Está hecho en su mayor parte de silicona, especialmente esculpida para adaptarse al cuerpo de la mujer, y pesa tanto que hace que esta camine con paso tambaleante. La mujer lleva una falda vaquera de tubo que se abrocha por delante y una cadena de oro con un colgante fino. Se ha echado colorete en las mejillas hinchadas y se ha rociado el pelo con laca perfumada. Entra en la sala bamboleándose con gracia, se deja caer en uno de los sillones, suspira y se agacha para frotarse la pantorrilla, artificialmente ensanchada. Nadie se daría cuenta de que es un disfraz de gorda. La profesora de saxofón está tan concentrada en admirar el efecto que casi se olvida de hablar.

–Una de las madres del Club Tupperware me recomendó que viniera a verla –dice la señora Bly–. Me dijo que su hija se volcó en usted después del escándalo del instituto y que lo agradeció mucho.

–Me alegro –dijo la profesora de saxofón–. Sí, este año me han llegado muchas alumnas de Abbey Grange.

–¿No le parece que fue un asunto espantoso? –dice la señora Bly. Luego frunce los labios, entorna los ojos y suelta una risilla alegre.

–Catalizador –dice la profesora de saxofón, fingiendo que está de acuerdo y suponiendo que la señora Bly no se detendrá a pensar demasiado en la palabra. Acierta.

–¡Es que fue terrible! –dice de nuevo–. Esa chica está destrozada. Está arruinada de por vida. Y, claro, el resto de las chicas guardan las distancias.

–Como debe ser –dice la profesora de saxofón.

–Porque se extiende igual que un virus, como les digo a mis niñas –sigue la señora Bly, tirando de la enorme tela vaquera para taparse la rodilla y apretando los

labios en una sonrisita que hace que todas las arrugas de las comisuras se frunzan en torno a un nudo central—. No basta con hacer la colada para limpiar una mancha como esa.

La profesora de saxofón de pronto se siente cansada. Se sienta.

—Señora Bly —dice—, recuerde que estos años de la vida de su hija son tan solo un ensayo de todo lo que vendrá después. Recuerde que lo mejor para ella es que todo salga mal. Lo mejor es que cometa errores ahora, mientras aún está a salvo en la sala de actores, rodeada de muebles tapados con sábanas, de hileras de cabezas de poliestireno sin rostro, de espejos polvorientos y de papeles viejos esparcidos por el suelo. No espere a que haya salido a la luz brutal de los focos, donde todos pueden verla. Deje que lo ensaye todo en un entorno seguro, con un casco, rodilleras y una bolsa con el almuerzo, con usted esperándola al final del pasillo con la puerta entornada por si alguien grita en las largas horas de la noche.

La telaraña de arruguitas que rodea la boca gruesa de la señora Bly se afloja ligeramente.

—La buena noticia —dice la profesora de saxofón en tono enérgico, volviéndose hacia su agenda—, es que tengo un hueco los miércoles por la tarde, si le viene bien a su hija. A una de mis alumnas la ha atropellado un coche.

—¿A que es peligrosísimo? —dice la señora Bly—. Yo no le dejo montar en bici a Rebecca. Me niego en redondo a que vaya en bici a ninguna parte. Los miércoles por la tarde nos viene de maravilla.

—A las cuatro.

—A las cuatro —la señora Bly vuelve a reírse—. Va a estar encantada —dice—. Ha practicado un montón para dar la talla en clarinete y tiene muchísimas ganas de empezar con el saxofón. Es como si por primera vez en su vida algo comenzase a dar sus frutos.

Viernes

—Supongo que no conocías a Bridget —le dice una tarde la profesora de saxofón a Isolde.

—¿La chica que murió? Iba un curso por delante del mío, estaba en sexto.

—Era alumna mía.

—Vaya —exclama Isolde—. No, no la conocía —titubea un momento, balanceándose sobre los talones, y luego le pregunta con torpeza, haciendo un gesto de dolor como para mostrar su preocupación—: ¿Estás bien?

—Ha sido una gran impresión, ¿verdad? —dice la profesora de saxofón.

—Sí —responde Isolde.

—Todos deben de estar conmocionados. Me refiero a tu instituto, y eso.

–¡Ah! –dice Isolde–. Sí, convocaron una reunión.

–¿Solo una reunión?

–Y la bandera ondeó a media asta.

–Supongo que todas siguen estando conmocionadas –dice la profesora de saxofón–, que faltan a clase, lloran, recuerdan todo aquello que era irremplazable en Bridget.

–Supongo. Iba un curso por delante. No conozco a nadie que tuviera trato con ella –Isolde ha adoptado la expresión medio compungida de alguien a quien se le exige que, sin la debida preparación, exprese su condolencia o dé consejos sobre la muerte. Se mueve inquieta y mira hacia el suelo.

–Bridget –dice bruscamente la profesora de saxofón, cambiando de táctica– era la alumna que peor me caía. Mientras tocaba movía la pelvis hacia delante y hacia atrás de un modo que personalmente me parecía muy desagradable. Se inclinaba hacia atrás con las rodillas dobladas y los ojos cerrados, tensándose y preparándose para catapultar su peso hacia delante y apoyarse en las puntas de los pies, y el saxofón se erguía y parecía una espuma dorada a punto de romperse y caer. Tensaba los músculos de la mandíbula. Yo miraba el cuaderno de Bridget para no verla y me dedicaba a garabatear notas en el margen para que las recordase cuando practicaba. «Tono», escribía, y luego, más abajo: «Brillantez».

Con timidez, casi con respeto, Isolde se sale de sí misma y se convierte en Bridget (no en la auténtica Bridget, sino en una mera diana a la que la profesora de saxofón pueda apuntar, una figura a la que dirigirse). Avergonzada, se queda parada en medio de la habitación con el saxo apoyado en la cadera y el pelo cayéndole sobre la cara. No habla.

–Esta fue la última vez que vi a Bridget –dice la profesora de saxofón–. Terminó de tocar *El viejo castillo*, separó el saxo de la boca y movió la mandíbula hacia delante y hacia detrás varias veces, como si estuviese colocándose una dentadura. Había practicado. Siempre practicaba. Esa era una de las cosas que no me gustaban mucho de Bridget. Yo le pregunté: «¿Qué has aprendido hoy en la sesión de orientación?», y Bridget me dijo: «Esta semana estamos hablando de la culpa. De cómo la culpa puede iluminarnos. Hacemos juegos de roles basados en ideas sobre la culpa». «La culpa», dije yo. Y Bridget, apresurándose a disfrutar de estar por una vez ante los focos, de usar por una vez su propia voz y decir algo que merecía ser oído, me dijo: «La culpa es muy importante. Es el primer paso en el camino hacia algo mejor».

Isolde tiene los dedos de los pies ligeramente encorvados, las rodillas hacia dentro y la cadera hacia fuera. Acaricia la campana del saxo con el dedo y mira los zapatos de la profesora de saxofón.

–Entonces yo le dije –continúa la profesora de saxofón–: «Bridget, creo que están engañándote. La culpa es básicamente una distracción. La culpa nos distrae

de sentimientos más profundos y auténticos. Voy a ponerte un ejemplo. Tú puedes sentirte culpable si experimentas una atracción hacia alguien que te está vedado. Experimentas esa atracción y luego recuerdas que no se te permite sentirte atraída por esa persona, por lo cual te sientes culpable. ¿Qué sentimiento crees que es más esencial: la atracción o la culpa?». «Supongo que la atracción», respondió Bridget, «porque se produjo primero». Y yo le dije: «Exacto. La culpa es secundaria. La culpa es un sentimiento superficial».

Isolde asiente levemente, como para mostrar que está escuchando. La profesora de saxofón tiene la mirada vidriosa, los recuerdos le llenan la vista como brillantes cataratas que cubren sus ojos abiertos.

–Le dije eso –explica– porque Bridget era la alumna que peor me caía. Le dije eso porque Bridget no me importaba gran cosa.

El recuerdo se disuelve y la profesora de saxofón vuelve a ver con claridad.

–¿Qué has aprendido tú en las sesiones de orientación? –pregunta, volviéndose contra Isolde con una mirada brutal, entornada. La joven parpadea, se pone rígida y vuelve imperceptiblemente a ser ella.

Isolde no sabe a ciencia cierta qué respuesta debe darle. Mientras titubea y manosea incómoda el saxo que le cuelga del cuello, piensa en esa chica por la que tan solo se ha celebrado una reunión y por la que se ha hecho ondear la bandera a media asta, piensa en las sesiones de orientación posteriores a su muerte que nunca llegaron a programarse, en el dolor de conveniencia, semejante a una muñeca recortable, que las chicas mayores esgrimieron durante más o menos una semana con el único propósito de conseguir media hora de libertad y un pase para ir a la enfermería.

La profesora de saxofón sigue mirando con fijeza a Isolde, esperando su respuesta.

Isolde dice, en voz baja y avergonzada:

–En las sesiones de orientación todas lloramos la pérdida de todo aquello que era irremplazable en mi hermana. Lloramos por los aspectos de Victoria que ahora se han perdido.

Lunes

Julia va directamente a clase después de estar castigada en el instituto. Está a punto de llegar tarde y cuando la profesora de saxofón abre la puerta, Julia aparece colorada y un poco sudorosa, con el casco de la bici colgándole de la muñeca.

–Mi profesora es gilipollas –dice a modo de resumen cuando ya están dentro–. La señora Paul es gilipollas. Tienen que escribir un motivo cuando nos castigan a quedarnos por la tarde, así que le dije: «¿Por qué no escribe que estoy castigada

por decir en voz alta lo que todo el mundo piensa?». Y ella me puso doble castigo. Joder, odio el instituto. Lo odio en todas sus facetas.

–Pero ¿y por qué te castigaron? –pregunta la profesora de saxofón con admiración, pero Julia se limita a sacudir la cabeza y fruncir el ceño. Se toma un momento para quitarse el abrigo y sacar las partituras, mientras la profesora de saxofón espera removiendo su té con la cabeza ladeada–. Cuando te vayas y todo esto haya terminado –dice la profesora de saxofón–, siempre habrá un profesor del instituto al que recordarás el resto de tu vida, un profesor que te cambió la vida.

–Qué va –replica Julia–. Nunca he tenido un profesor así.

–Lo tendrás –dice la profesora de saxofón–. Cuando hayan pasado unos años y puedas volver la vista atrás sin que nada te empañe la mirada. Habrá alguna señorita Hammond o Gillespie, habrá algún profesor que recordarás por encima de los demás, un profesor una cabeza más alto que todos los otros.

Julia sigue pareciendo escéptica. La profesora de saxofón agita el brazo y continúa.

–Pero ¿cuántos profesores tienen la suerte de haber conocido a un alumno que les haya cambiado la vida? –pregunta–. Un alumno que de verdad los haya cambiado. Deja que te diga algo: eso no ocurre. La inspiración solo va en un sentido. Siempre va en un único sentido. Esperamos que nuestros profesores nos enseñen por vocación, que nos inspiren, nos despierten y nos enciendan sin que pretendan ser inspirados y despertados a cambio; esperamos que su mayor recompensa sea tal vez que una mañana, al cabo de diez o veinte años, un alumno regrese para decirles lo mucho que influyeron en su vida, para después volver a desaparecer y regresar al éxito privado de su propia vida. Nada más. Esperamos que nuestros profesores empiecen de cero cada año, que corten el hilo de los progresos y los vínculos forjados a lo largo de todo un año, que deshagan todo lo que han tejido hasta ese momento y retrocedan para comenzar a trabajar con otro niño. Todos los años nuestros profesores siembran y cuidan una nueva cosecha de ingratos que nunca llegará a la siega.

–Yo no soy una niña –dice Julia.

–Una joven adulta –dice la profesora de saxofón–. Lo que prefieras.

–Nunca me he sentido inspirada ni avivada.

–Pero ves adónde quiero llegar –replica la profesora de saxofón.

–No, no lo veo –responde Julia con enfado–. Te pagan. Es como cualquier otro trabajo.

La profesora de saxofón se inclina hacia delante y cruza las piernas a la altura de las rodillas.

–Tu madre –dice– quiere un informe de tus progresos. Quiere que describa cómo te he inspirado, cómo te he despertado, cómo te he empujado hacia un camino glorioso que lleva a ser excelente, diligente y válido. En secreto, también quiere que

le diga hasta qué punto me has inspirado tú a mí, no directamente, sino de modo indirecto, sutil, como si me sintiese algo avergonzada, como si eso me hiciese un poco vulnerable, como si hablásemos de un tabú terrible. Quiere que le mienta un poco.

–Pues miénteles.

–Ella quiere –prosigue la profesora de saxofón– lo que desean todas las madres. Quiere que le diga que tú y yo tenemos una relación especial, que tú me dices cosas que no le dirías a nadie más. Quiere que le diga que yo veo algo en ti, Julia, algo que hace años que no veo en nadie más. Quiere que le diga que nuestra relación funciona para las dos como un nacimiento doble o compartido, no la mera instrucción de un alumno, sino una apertura total de una persona hacia otra.

–Pues dale lo que quiere –dice Julia. Hoy se ha puesto difícil y testaruda, aún luce la injusticia de su doble castigo como un hosco velo que le cubre la cara. Espera de pie con el saxofón colgado del cuello.

–Vale, vamos a empezar –dice la profesora de saxofón, no sin cierta irritación–. Tócame algo bien fuerte.

Jueves

–Creo que dos de mis alumnas tienen una aventura –es lo que le diría la profesora de saxofón a Patsy si esta se encontrase aquí. Estarían tomando un desayuno tardío, como siempre sucedía con Patsy, sería jueves y los rayos del sol entrarían oblicuos por las elevadas ventanas y llenarían de una luz perezosa y polvorienta el apartamento.

–¿Quieres decir entre ellas? –preguntaría Patsy, inclinándose y apoyando los dos codos en la mesa y la mandíbula en las manos.

–Sí –dice la profesora de saxofón–. Yo las presenté en un concierto. Son compañeras de clase, bueno, una es dos años mayor, pero van al mismo instituto.

–Ah, sí –dice Patsy–, al principio siempre tiene que haber diferencia de edad. Me refiero a las relaciones homosexuales. Es un rito de iniciación. Si no hay un desequilibrio de experiencias no se llega a ninguna parte.

–¿Ah, sí? –dice la profesora de saxofón.

–Desde luego –responde Patsy–. Cuando no hay roles de género, hay que organizar el poder de algún otro modo. Se necesita una estructura. Profesor y alumno. Depredador y presa. Algo así –echa la cabeza hacia atrás y de pronto se ríe con una carcajada clara y alegre que resuena en el pequeño apartamento como una campana.

–Sabía que te reirías –dice la profesora de saxofón. Hoy está muy irascible,

además de algo enfadada por el modo en que Patsy ha estado apartándose el pelo del hombro, chupándose los restos de mantequilla del dedo índice y comportándose en general como una persona que disfruta enormemente cuando la desean.

–¿Te han dicho algo? –pregunta Patsy.

–No directamente, pero... Bueno, estas cosas se saben.

–Tienen todos los síntomas.

–Sí, justo.

Patsy reflexiona unos instantes sobre ello con cierta satisfacción y luego pregunta:

–¿Es la chica cuya hermana salió en el periódico?

–Sí. Esa es la más joven, Isolde. Un profesor abusó de su hermana mayor.

–Eso hace que fuese aún más probable –dice Patsy.

–¿Tú crees?

–Desde luego. Por muchos motivos.

Las dos se quedan sentadas un momento en silencio. El periódico está extendido sobre las cosas del desayuno, formando un pico en el lugar donde se halla el bote de confitura y la botella de sirope, arrugado y cubierto de grasientas manchas de mermelada y aceite. En el fondo de la tarrina queda una única fresa, con el borde plano, semejante al extremo de un cincel, y toda blanca por falta de maduración.

–Es que quiero llegar al fondo del asunto. Nada más. La migaja de verdad que hay detrás de todo –dice de pronto la profesora de saxofón, sin que nadie la escuche.

Viernes

–Papá está intentando conectar –dice Isolde con el cansancio particular que reserva para los esfuerzos paternos por conectar–. Forma parte de su rollo de reconstrucción. Quiere saber más cosas de nosotras. De las dos.

–¿Eso es bueno? –pregunta la profesora de saxofón.

–Ayer por la noche apareció cuando estaba viendo la tele y me dijo: «Hola, Isolde. ¿Tienes novio?» –Isolde suelta una risilla maliciosa–. Me río solo por lo de que saludara, así, tan alegre y despreocupado, como si hubiese practicado frente al espejo o algo por el estilo. Yo le dije que sí. Entonces él aplaudió y dijo: «Bueno, muy bien, pues que el chaval se venga un día a cenar».

–¿Le dijiste que sí? –pregunta la profesora de saxofón. Se ha puesto tensa y mira a Isolde con la cabeza ladeada y una mano colgándole flácida de la muñeca, como la caricatura de un cachorro asustado.

–Sí –dice Isolde con recelo, colocándose el pelo detrás de la oreja–. Llevamos

solo unas semanas, pero sí.

La profesora de saxofón hace un pequeño gesto con la mano para indicarle a Isolde que continúe. Isolde se pasa la lengua por el labio inferior y observa un instante a la profesora de saxofón antes de seguir.

—Ahora todo se reduce a comer juntos —dice—. Comer juntos en familia lo arregla todo. Lo hacemos como un ritual: nadie puede tocar la comida hasta que todos nos hemos sentado y luego hay que darle las gracias a mamá, pasarnos la salsa y esas cosas. Papá dice que comer juntos es la respuesta. Si hubiésemos comido juntos desde el principio, Victoria no habría chocado como sin querer con el señor Saladin en la entrada del instituto ni habría dejado que sus senos rozasen el pecho del profesor durante una fracción de segundo antes de retroceder y decirle: «Ay, lo siento, qué torpe soy». Si hubiésemos comido juntos desde el principio el señor Saladin no se habría mordido el labio ni habría inclinado la cabeza cada vez que Victoria lo miraba (un pequeño coqueteo de colegial tímido que usaba desde los ochenta pero que aún surtía un gran efecto). Si hubiésemos comido juntos, Victoria nunca le habría chupado las puntas de los dedos ni habría introducido la lengua en la uve entre el índice y el corazón, cortándole la respiración. Nada de eso habría sucedido.

—No sabía que tuvieses novio —dice la profesora de saxofón.

—Y ninguno tenemos nada de lo que hablar en la mesa —dice Isolde—. Ni siquiera papá. Al final siempre nos suelta un rollo sobre su curro, así que el resto desconectamos y tratamos de comer lo más rápido posible.

—¿Cómo lo conociste? —pregunta la profesora de saxofón.

—Por casualidad —contesta Isolde—. Por ahí.

—Debería venir al recital el mes que viene —dice la profesora de saxofón, sin dejar de observar a Isolde con una mirada escrutadora—. Debería venir a oírte tocar.

—Sí —dice Isolde, moldeando la palabra como si fuera la nota chupeteada de una armónica, con intención de parecer indiferente y distante.

—¿Está en el mismo curso que tú? —pregunta la profesora de saxofón.

—No, no —dice Isolde con aire de suficiencia—. Ya ha terminado el instituto. Es actor. Estudia en la Escuela de Teatro —y señala con mano ligera la ventana cortinada, en dirección a los edificios que se levantan al otro lado del patio.

De pronto cambia la iluminación y la escena se desarrolla ante los ojos de la profesora de saxofón como si estuviese viéndola en el vídeo de otra persona, borrosa y llena de nieve.

—Es actor —está diciendo el padre de Isolde.

—Eso he dicho.

—Estudia en la Escuela de Teatro.

—Eso he dicho.

—¿Cuántos años tiene?

–Aún está en primero, papá –responde Isolde, intentado parecer encantadora.

–Espero que no pretenda acostarse contigo.

–Papá.

–Porque solo tienes quince años –dice el padre de Isolde, hablando en voz alta y clara, como si su hija estuviese un poco sorda–. Si te acostases con él, sería un delito.

–¡Papá!

–Voy a preguntártelo ahora –dice el padre de Isolde, abriendo mucho los ojos–. Voy a preguntártelo ahora y quiero que me des una respuesta franca. ¿Te has acostado con él?

–Ya vale, papá, esto es asqueroso –Isolde se siente inspirada por un raro destello de genialidad y dice–: Es como si quisieras compensarlo todo, jugar limpio, hacer conmigo lo que has hecho con Victoria. Crimen por crimen. Ya vale.

–¿Por qué evitas mi pregunta?

–¿Por qué me hablas así? ¿No puedo hablar con mamá?

–Te has acostado con él.

–Genial, ya lo has decidido. Ya nunca vas a creerme, te diga lo que te diga.

–No tienes más que quince años.

–¿Puedo hablar con mamá?

–Isolde –dice el padre de Isolde con tristeza–, yo no tuve hermanas. Échame un cable.

La iluminación vuelve a la normalidad, devolviéndole una luz amarillenta de mediodía al estudio, y la profesora de saxofón parpadea como si acabase de despertar.

–La Escuela... –dice–. Se supone que es muy difícil entrar, ¿no? Debe de ser bastante bueno.

Doce

Septiembre

¿Se suponía que debía desnudarla él primero o esperar a que ella le quitara la ropa a él? No le gustaba la idea de desvestirla primero: parecería como si estuviese ansioso, aparte de que lo ponía nervioso la idea de seguir vestido estando ella ya desnuda, porque se imaginaba que alguien podía entrar y pensar cualquier cosa. ¿Irían quitándose la ropa prenda a prenda, como un duelo cortés: primero la camisa de ella y luego la de él, después el sujetador de ella y la camiseta interior de él, bajando poco a poco? ¿O tenían que desvestirse cada uno por separado y luego juntarse después de la transformación? Stanley la condujo a la cama con el corazón acelerado y ambos se sentaron en el borde. Se quitaron los zapatos con los pies al mismo tiempo y se volvieron para abrazarse y tumbarse.

Stanley había imaginado ese momento muchas veces, pero entonces cayó en la cuenta de que había visualizado la escena básicamente como un primer plano de jadeos y piel, de cuerpos que se arqueaban y se erguían. ¿Qué tenía que pasar a continuación? Trató de ponerse encima de la chica sin clavarle la rodilla en la ingle. Estaba encorsetado, como si obedeciese las instrucciones de un director o le dieran el pie para entrar. Pugnaba por no perder el equilibrio, cambiando el peso de un lado a otro del cuerpo, cuando de pronto se vio a sí mismo desde arriba en aquella postura ridícula, arrodillado y rebuscando por detrás del cuerpo el edredón, que se le había resbalado, para volver a ponérselo sobre los hombros y protegerse así del aire frío. Sintió rabia por su propia ineptitud y, con un gesto casi brutal, le metió la mano por debajo de la camisa a la chica, solo para demostrar que estaba a la altura. Notó que las costillas de ella se elevaban al sentir el contacto.

En esos momentos Stanley deseaba ser mucho mayor de lo que era. Deseaba ser un hombre, no un muchacho, un hombre desenvuelto, capaz de desnudar a una chica riéndose y sabiendo que lo que hacía estaba bien. Deseaba ser un hombre capaz de poner el dedo en los labios de aquella chica y decirle: «Ahora voy a hacer que te corras». Deseaba ser un hombre capaz de usar la palabra «coño», capaz de decirla en voz alta y con naturalidad, de un modo que hiciese que las chicas lo admirasen y lo adorasen. Deseaba ser un hombre a gusto con su cuerpo, un hombre capaz de decir «Eres hermosa», sabiendo que esas palabras tendrían sentido porque las diría como un hombre y no como un niño.

Stanley deslizó la mano por el vientre de la chica, dejando atrás la pequeña hendidura del ombligo, tapada por un pliegue de piel que se encogió hasta quedar reducido a una pequeña plumilla cuando ella levantó los brazos por encima de la cabeza. La chica le cogió la cabeza para acercarla a la suya y estiró el cuello para

besarle en la boca. La mano de él tanteaba intentando bajarle la bragueta. Se sentía avergonzado por moverse tan rápido, pero al mismo tiempo se sentía impulsado a hacerlo por un desesperado deseo de aniquilarse a sí mismo, unas ansias de que de algún modo la escena continuase sin él, para poder retirarse. La tela vaquera estaba tensa en torno a las caderas de la chica, de modo que tuvo que retorcerla con fuerza para desabrocharle el botón. Al final cedió. Le bajó la cremallera y tocó con los dedos el fino algodón de las bragas, levantado por el cúmulo de espirales del vello púbico. Se sorprendió. ¿Se la había imaginado carente de vello, como una muñeca?

La respiración de la chica se había acelerado. Deslizó la mano en las bragas y abarcó el montículo velludo con la mano ahuecada, al tiempo que arqueaba la muñeca para aflojar la cinturilla de los vaqueros. Avanzó con cuidado para abrir la hendidura de la chica, caliente al contacto de sus dedos fríos. Deseaba hablar. Deseaba susurrar algo que rompiese el silencio lleno de jadeos y toqueteos que invadía la habitación, el susurro húmedo de su mano.

De pronto fue como si Stanley contemplase la escena desde la posición de una cámara y empezó a preocuparse demasiado por el aspecto que debía de tener visto desde arriba o desde los lados. Trató de ser más elegante, menos brusco, intentó apartarle el pelo de la cara con dulzura y deslizar los dedos por su mandíbula hasta acariciar la pelusilla suave que le cubría el lóbulo de la oreja, como tantas veces había visto hacer en el cine. Pero no parecía dar resultado.

–Se me ha dormido el brazo –susurró la chica en tono de disculpa, al tiempo que lo liberaba.

–Mierda... –dijo Stanley.

–¿Qué pasa? –preguntó sorprendida la chica, tirando del edredón y colocándose con esmero bajo las axilas mientras se apartaba un poco de él.

–No...

–¿No sabes qué hacer?

–¡No es eso! –dijo Stanley–. Sí sé lo que hacer.

–No importa –dijo la chica, apartándole el pelo de la cara con la palma de la mano, que tenía algo callosa. El gesto resultaba tosco y tierno al mismo tiempo, y Stanley se sintió humillado al verla hallar la verdad del gesto con esa facilidad, cuando a él tanto le había costado–. Basta con que me des un abrazo. Ven aquí.

Él reptó por la cama y la chica abrió el edredón para que se metiera dentro con ella. Se quedaron así un rato. El corazón de Stanley latía con fuerza mientras las manos de la chica se movían arriba y abajo por la curva de su omóplato, acariciándole el pelo fino de la nuca.

–No pensaba que fuese a ser así –dijo Stanley sin pensarlo.

La chica se incorporó, se apoyó en el codo y le preguntó:

–¿El qué?

Stanley se dio cuenta de que había quedado como un maleducado y se apresuró a

decir:

–Me refiero a mí mismo. No pensaba que yo fuese a ser así.

Eso sonaba aún peor, de modo que por un momento se llenó de frustración y de desprecio hacia sí mismo. Lo que había querido decir era que todas las películas y todos los programas de la tele que había visto y que podrían haberlo instruido y preparado para este momento lo habían colocado en la posición del extraño, del *voyeur* cómodo y seguro que puede *imaginarse* a sí mismo en el lugar del héroe pero al que nunca se le exige que actúe físicamente. Se había sentido abandonado, forzado a improvisar, y había deseado con desesperación que la chica tomase la iniciativa para poder limitarse a seguirla sin que el peso de las decisiones recayese sobre sus espaldas.

–Es tu primera vez –dijo la chica, y una nota cambió en su voz, que se volvió más dulce, maternal incluso. Lo acercó aún más a ella y él se metió hasta el fondo en el hueco de sus brazos–. ¡Ay, tontorrón! –dijo, acariciándole la coronilla con los nudillos–. Esto se pasa.

Se quedaron así un rato. Oyeron llegar a la calle la camioneta de los helados, que hizo sonar su melodía para que acudiesen los niños. Luego se fue calle abajo entre chirridos y todo volvió a quedar en silencio.

–Fue este –dijo Stanley, alzando la vista por primera vez hacia las luces.

–¿El qué, Stanley? –preguntó la chica, dándose la vuelta y rozándole levemente la curva inferior de la espalda con las puntas de los dedos–. ¿El qué fue?

–Fue el momento más íntimo de mi vida –dijo Stanley–. Justo entonces. Este fue.

Agosto

–¡Entra el señor Saladin! –gritó uno de los estudiantes–. ¡El rey de picas! ¿Dónde coño te has metido, Connor?

Hubo una conmoción invisible entre bastidores y acto seguido apareció por una abertura de la cortina del fondo el rey de picas, colorado y trotando, tan deprisa que dio la impresión de que había salido disparado.

–Lo siento –dijo en voz alta y atolondrada, en dirección al foso. Miró alrededor en busca de su marca, consistente en dos trozos de cinta aislante pegados en forma de pálida equis en el suelo, como las tiritas de los dibujos animados.

–¡Joder, que empieces con el juego! –gritó alguien.

Miraron al rey de picas con desprecio y satisfacción mientras este buscaba la marca, se incorporaba y tomaba aliento. El peto rígido, de aspecto ceroso, se le había desabrochado a la altura del hombro, de modo que le colgaba torcido por el pecho. Se había olvidado de los guantes y la espada, pero ya era demasiado tarde.

Los alumnos que estaban en el escenario suspiraron y retrocedieron sobre sus

pasos para darle de nuevo el pie. Dijeron: «Pero miradlo desde otro punto de vista. Perdió la virginidad, y a buena hora, antes de que empezase a pegársele antiestéticamente como una compresa manchada. Sedujo a un hombre mayor. Se hizo famosa. Y ahora tiene un secreto que todo el mundo ansía conocer: un secreto de tipo sexual, que es lo mejor que se puede tener, un secreto semejante a un torbellino que tira de ella todo el tiempo, de tal modo que nunca está realmente *ahí*. No, no sintáis lástima por Victoria. Sentid lástima por el pobre señor Saladin, tan solitario, que ha probado el fruto brillante y maduro de la juventud y la pureza, por lo que en adelante ninguna otra cosa le servirá».

Se oyó un ritmo de timbales proveniente del foso de la orquesta. Su efecto sobre el rey de picas fue espectacular. Se encogió como si le hubieran dado un golpe entre los omóplatos y en un instante se convirtió en un anciano frágil y tullido. Cuando empezó a hablar y los personajes menores adoptaron una nueva formación, sentándose como niños en torno a sus rodillas, uno de los alumnos que estaban sentados en el patio de butacas se inclinó para susurrarle a otro:

–Sigue intentando resultar gracioso. No va a funcionar si pretende resultar gracioso.

El rey de picas dijo:

–Al principio había en ello algo muy entrañable. Algo en su forma de interpretarlo, como siguiendo las instrucciones de un manual, con ojos grandes como lunas, el cuello de la camisa abierto y la falda un poco levantada para enseñar la rodilla. Era tan poco profesional que resultaba conmovedor. Era como el dibujo de un niño: algo imperfecto, discordante y mal hecho pero que pide a gritos que lo alaben, que lo cuelguen en la pared o en la puerta de la nevera, que lo adulen, lo lisonjeen y lo veneren.

Caminó arrastrando el pie, miró el suelo y sonrió con aire misterioso, como para sí mismo, igual que si estuviese recordando algo infinitamente privado. En el foso, la orquesta había comenzado a tocar una melodía de jazz, con batería, contrabajo y el murmullo ronco de un saxo tenor.

Dijo:

–Dentro de diez años será capaz de mirar a un hombre con sangre fría y pensar: «Somos compatibles». Pensará: «Teniendo en cuenta tu generosidad de espíritu, tu habilidad para proporcionarme el refugio emocional que necesito, tu sentido del humor irónico y despectivo contigo mismo, tu interés por el cine mudo, teniendo en cuenta las comidas que te gusta preparar, tu tendencia a la pedantería y las cosas que haces para pasar el tiempo, teniendo en cuenta todo esto puedo concluir que somos compatibles». A lo largo de su vida irá recopilando esta triste lista de requisitos. Año tras año ira empequeñeciendo el abismo inmenso de su deseo hasta reducirlo a la pequeñez de una oferta de trabajo: un conserje, un guarda o un zángano. El anuncio dirá: «Se busca». Nada más.

El rey de picas se encogió de hombros.

–Pero conmigo no tenía ninguna fórmula –dijo–. Ignoraba sus apetitos, no reconocía el pulso saltarín que brincaba una y otra vez en los recovecos encarnados de su garganta. Cada vez que nos tocábamos ella descubría algo nuevo, no sobre mí, sino sobre sí misma, sobre los flujos y reflujos de su cuerpo, sobre sus reacciones, sobre ese jarrón de vacío que siempre llevaba en su interior, vuelto hacia arriba, como si fuese algo inconcluso o a medio hacer.

Tras él, detrás de pantallas traslúcidas, se veían sombras que se contorsionaban y hendían el aire con manos como garras. Esas siluetas, iluminadas con una luz fuerte, de tal modo que se recortaban en negro contra la tela blanca, eran los alumnos con mejor figura de primero, escogidos por sus curvas y su perfil. Los eligieron con esmero los demás alumnos, entornando los ojos hasta no ver más que su silueta y poder así valorar el contorno sólido por sí solo.

La orquesta de jazz empezó a tocar el tema principal, el motivo recurrente del montaje, y la multitud que bullía sobre el escenario adoptó una formación distinta para empezar una nueva escena. Cambió la iluminación y también la música, y la muchedumbre se tragó al rey de picas.

–Te has saltado un trozo –le dijo uno de los regidores al rey de picas cuando este por fin oyó el pie para salir de escena y se retiró hacia la derecha. Sujetaba un fajo de hojas con un sujetapapeles y los sacudió ante el rostro ensombrecido del rey de picas. Insistió–: Te has saltado todo el fragmento en el que dice: «¿Cómo puedo proteger a estas chicas y excitarlas al mismo tiempo?».

Septiembre

–¿Alguna vez ha fallado algo? –preguntó Stanley–. En el montaje de fin de curso. Como, por ejemplo, que la pistola estuviese cargada y nadie se diese cuenta de que era real. O que el arnés estuviese desabrochado y alguien se cayese y se estampase en medio del escenario. Alguna tragedia que hubiese pasado hace tanto tiempo que ya nadie se acordase.

–Estás nervioso –dijo Oliver, mientras se deslizaba para pasarse al asiento de al lado. Sacó una manzana de su mochila y empezó a pasársela de una mano a otra.

–Da miedo cuando nos dejan a nuestro aire –dijo Stanley–. Sin que los profesores nos vigilen, y eso, nosotros por nuestra cuenta durante meses y meses. Por eso me pregunto si alguna vez habrá fallado algo. Un poco como en *El señor de las moscas*.

–Tienes miedo de quedar empalado en los alambres de tu toca –dijo Oliver, mordiendo alegremente la manzana y sonriendo a Stanley mientras masticaba–. De ahogarte en ese enorme traje negro. Muerte por el hábito.

–Entonces, ¿nunca ha fallado nada?

–Bueno, puede que este sea el año en que falle algo –Oliver disfrutó todavía un momento de la angustia de Stanley y luego extendió la mano para darle un cachete en el brazo–. Eh, tío, si bordas el papel. Todos lo dicen en cuanto te vas.

–No me refería a eso –dijo Stanley. Tamborileó con las manos en la mesa y suspiró.

Agosto

Stanley salió de las instalaciones de la Escuela trotando alegremente, tapándose bien el cuerpo con una larga gabardina. Vestía traje y corbata y calzaba unos zapatos negros recién cepillados. Bajó las escaleras de dos en dos, se separó del resto del grupo y cruzó el patio con la cabeza ladeada y los hombros un poco encorvados, apretando los puños dentro de los bolsillos de la gabardina. Avanzaba a paso ligero, de modo que enseguida se había alejado de los demás y caminaba a solas por el bulevar.

Detrás de él, un grupo variopinto de personajes de Tennessee Williams, Steven Berkoff, Ionesco y David Hare pululó un poco hasta que todos fueron encontrando sus objetivos y, como él, también se dispersaron. Una de las chicas se había caracterizado con un vestido de tafetán que le llegaba por encima de la rodilla y parecía incómoda y desabrigada en el fresco de la tarde. Las piernas desnudas se le habían amoratado y tenía la carne de gallina en los brazos.

Stanley había decidido circunnavegar los jardines, dar un rodeo para evitar el parque infantil, bordear el estanque y regresar al instituto por el otro lado. Hundió la cabeza aún más en el cuello de la camisa y apretó el paso. Suponía que seguramente lo seguían: los profesores de Interpretación, Movimiento, Improvisación y Voz habían salido de la Escuela antes que ellos para adoptar sus posiciones por el barrio.

–No debéis salir de la zona indicada –les había dicho una y otra vez el catedrático de Interpretación, dando golpecitos con el dedo en la zona iluminada, mirando más allá del brazo de acero del proyector, en dirección a la inquieta masa de estudiantes que aguzaba la vista en sus asientos. Llevaba unos pantalones de lona y una camisa con el cuello desabotonado. Así vestido, producía una impresión solo un poco más desenfadada que de costumbre, pero, con todo, parecía tan contagiado por la emoción del disfraz como sus alumnos, algunos de los cuales casi resultaban irreconocibles con sus trajes prendidos con imperdibles y sus peinados de época.

Stanley giró para salir del bulevar y entró en el jardín botánico por la entrada, una reja de hierro con las puntas romas. Un hombre trajeado se cruzó con él en el

camino de grava y lo observó largamente. Stanley estuvo a punto de apartar la vista, pero enseguida se acordó de que era Joe Pitt y le sostuvo la mirada hasta el último instante, sin apartarla hasta haberlo dejado atrás. Sintió un ligero sentimiento de culpa por el engaño, que no se desvaneció cuando el hombre dobló la esquina del invernadero y desapareció. A Stanley le pareció ver por el rabillo del ojo a la catedrática de Improvisación sentada en un banco del parque tomando el sol con un periódico en el regazo. Se apretó el abrigo y siguió caminando.

Al fingir que era otro, Stanley experimentaba una curiosa sensación de privacidad en sí mismo. Los pensamientos y procesamientos interiores de su personaje, visibles solo cuando él deseaba que se vieran a través de su rostro, a través de la mentira de sus manos y de la curva de su postura, encerraban sus propios pensamientos como una atmósfera protectora, empaquetando al auténtico Stanley bajo una película de dos capas: el Joe Pitt interior y el exterior. Se sintió a gusto, como si estuviese hecho un ovillo dentro de una nuez, a salvo en la certeza de que nadie podía ver lo que había más allá de la doble niebla de su disfraz.

—Hola —dijo una vocecita, y de pronto vio a la chica que se había encontrado entre bastidores, la que recibía clases de música, yendo hacia él con el estuche del saxofón colgado del hombro como si fuera un carcaj. La chica le dedicó la primera sonrisa realmente libre de censura que él le había visto en la cara y le dijo:

—¿Estás siguiéndome?

—Si te siguiese, ¿acaso no caminaría detrás de ti? —dijo Stanley.

—Me refiero a que si estás acechándome —la chica seguía sonriendo y paseaba la mirada de arriba abajo por la gabardina de Stanley, que le quedaba un poco grande, por lo cual de las mangas solo le asomaban las puntas de los dedos, como si fuese un niño disfrazado con la ropa de su padre.

—Es que estoy haciendo un ejercicio para la escuela de teatro —le dijo sin pensarlo.

Nada más decirlo, esperó notar una sensación de caída en el estómago: había suspendido la prueba y seguro que alguien lo había visto y había tomado nota. «Si le decís a alguien que estáis haciendo un ejercicio o si de algún modo describís vuestros estudios o vuestra profesión», había dicho el catedrático de Interpretación, «huelga decir que suspenderéis automáticamente».

—Tengo que representar un papel durante toda la mañana —dijo Stanley, embalándose—. Esas son las normas —la sensación de caída no llegó. Curiosamente, se sentía más ligero allí parado en medio del parque con aquella preciosa muchachita que lo miraba desde abajo, así que sacudió la enorme gabardina y se echó a reír—. ¿Te apetece tomar un café luego? —le preguntó—. Cuando haya dejado de ser Joe Pitt.

—Vale —respondió Isalde con timidez—. ¿Quién es Joe Pitt?

—Bueno, pues se vestía así —dijo Stanley—. Aparte de eso, no sabría decirte.

–Entonces, no estás haciendo de él muy bien –dijo Isolde.

–Supongo que no.

Stanley localizó la sensación de ligereza: se sentía *real*, más real de lo que se había sentido en meses.

–¿Y cómo sé que ahora no estás actuando? –preguntó Isolde, lo cual era casi un cliché, pero él se lo perdonó por aquella sensación de ligereza y por lo guapa que estaba con sus orejeras de color rosa, su abrigo de lana y sus manoplas bien pegadas la una a la otra para protegerse del frío.

–¿Y cómo sé yo que tú no estás actuando? –preguntó Stanley a su vez.

Isolde sonrió e hizo un gracioso ademán, extendiendo las manos y poniéndose de puntillas como para demostrar que su cuerpo entero no lo sabía. Stanley sintió que lo invadía una oleada de felicidad semejante a una marea.

–Entonces, supongo que es un riesgo que tenemos que correr –concluyó.

Por el rabillo del ojo vio acercarse a la catedrática de Improvisación.

–Ahora tengo que irme a terminar mi paseo –le dijo–. Pero te espero luego debajo del ginkgo.

–Termino a las cinco –dijo Isolde.

–Ya lo sé –dijo Stanley–. He estado observándote.

Julio

–Tienes que seguir la acción hasta el final –dijo con enfado el catedrático de Movimiento. Su mano alisaba con cansancio el pelo de la coronilla una y otra vez–. Ahora resulta obvio que los dos sabéis que la escena está a punto de terminar y que os relajáis antes de que se apaguen las luces. Es cuestión de una fracción de segundo, pero importa. Tenéis que provocar la ilusión de que la escena va a continuar cuando cae el telón. Tenéis que seguir la acción hasta el final. Otra vez.

Stanley y la chica volvieron a colocarse: Stanley de pie con la palma de la mano ahuecada en la mejilla de la chica y el dedo índice metido en el hueco tenso y pequeño de su oreja. Repitieron sus frases y trataron de no relajar el cuerpo cuando la escena se acercó a su invisible final.

–Es lo que quiero. Eso es lo que quiero –era la última frase de Stanley. Después de decirla, sacudió ligeramente la mandíbula de la chica, como para darle énfasis, ella alzó la vista para mirarlo y la escena terminó.

Stanley tenía el rostro rozando el de la chica y le tocaba la mejilla con la mano. Siguió la acción: se inclinó y la besó como si sintiera algo por ella.

–¡Pero bueno! –explotó el catedrático de Movimiento. Los dos chavales se separaron de un salto–. ¿Cuándo he dicho que tuvieras que besarla? Solo he dicho que continúes con la acción hasta el final.

—Creía que se refería a eso —dijo Stanley, lleno de ardiente vergüenza y mirando más allá de las luces. La chica se limpió la boca y agachó la vista.

—¡No queremos que el telón caiga sobre vosotros morreándoos como dos críos! —gritó el catedrático de Movimiento—. ¡Piensa en la escena, hombre!

El catedrático de Movimiento no solía gritar. Por lo general, era menos cruel que el catedrático de Interpretación, menos inclinado a avergonzar o cortar a sus alumnos, menos dado a perder los estribos y mostrar su irritación o su desprecio. Pero ese día estaba malhumorado, hosco, y notaba una tirantez en el pecho, como si le faltase el aliento, de modo que, mientras fulminaba con la mirada a los dos alumnos desde su sitio en el patio de butacas, sintió que lo ahogaba la ira y el sentimiento de culpa.

—¿De qué iba eso? —preguntó—. Supongo que aprovechaste la oportunidad, ¿no? ¿Qué fue?

El chico parecía dolido. Probablemente esperaba que lo felicitasen por su compromiso físico con la escena, su deseo de dejar a un lado las consideraciones personales en nombre de su arte, pero lo habían avergonzado y, encima, delante de una chica. Era muy posible que el catedrático de Movimiento hubiese aniquilado cualquier posibilidad de relación entre los dos jóvenes mediante aquella humillación pública que había hecho que ambos se sonrojasen y se apartasen el uno del otro. El profesor lo sabía y no le importaba. De pronto se sintió extremadamente irritado tanto hacia el chaval de pestañas largas y mohín de vulnerabilidad como hacia la chica, siempre con aquella expresión de ensayada ingenuidad que cada vez colaba menos.

—Es que pensé que se refería a eso —repitió Stanley—. Lo siento.

El catedrático de Movimiento guardó silencio unos instantes. Pensó que los alumnos estarían mirándolo con compasión, como miraría cualquier adolescente a un adulto que considera incapaz de sentir lujuria alguna. Lo miraban como si creyesen que aquel torpe escarceo entre los pliegues del telón en cierto modo debía de darle envidia, como si el choque de los dos jóvenes le hiciese añorar cierta espontaneidad juvenil en el contacto, perdida mucho tiempo atrás, y su arrebató no indicase otra cosa que insatisfacción y el reconocimiento de su propia inconmensurable pérdida. El catedrático de Movimiento se sentía asqueado. Sentía deseos de volver la cabeza y escupir en el suelo. Le apetecía subir los siete escalones que lo separaban del escenario y arrancarlos de su capullo de ensimismamiento y presunción. Quería gritar y hacerles ver que no le daban envidia, que no podía darle envidia un ridículo beso bajo los focos entre dos mocosos malcriados y que, si algo sentía, era una profunda repugnancia por lo que le habían hecho ver.

—Otra vez —dijo el catedrático de Movimiento con acritud, y dejó caer el peso del cuerpo en el respaldo de la butaca.

Septiembre

Stanley estaba esperando a Isolde bajo el ginkgo cuando esta salió de clase, trotó por los hundidos escalones de piedra, cruzó el patio y se acercó a él para darle un abrazo y un breve beso en la boca.

–Pero mírate, gitanilla –le dijo Stanley, dando un paso atrás–, vas cargada de bultos.

–Los viernes son horribles –dijo Isolde–. Tengo clase de saxo, de educación física y de arte, todo en la misma tarde.

–Gitanilla...

Isolde suspiró, sacudió los brazos y miró a Stanley con una sonrisa ancha y franca que la iluminó por completo. Era la misma transparencia que había atraído al señor Saladin hacia Victoria, solo que trasplantada a su hermana, la misma sonrisa en un rostro diferente. Stanley se acercó a ella y la besó en la nariz.

–Bueno, ¿y cuándo voy a oírte tocar? –le preguntó.

–Creía que me oías desde aquí.

–Pero nunca sé cuándo tocas tú y cuándo la profesora –replicó Stanley sonriendo–. Igual me creo que tocas mucho mejor de lo que verdaderamente lo haces.

–En realidad, nuestros saxos tienen voces muy distintas –explicó Isolde–. Pero hay que saber distinguirlo. Mi boquilla es de caucho vulcanizado y la suya, de metal. Con las boquillas de metal se consigue un sonido muy diferente.

–Igual que son distintas las voces de las personas.

–Sí –dijo Isolde–. Eso es. Como la diferencia entre una mujer y una niña.

Detrás de ellos, el edificio de piedra estaba a oscuras, con todas las cortinas corridas y las luces apagadas. Dentro, las oficinas ya habían cerrado hasta el día siguiente y comenzaban a enfriarse en la penumbra creciente. En el último piso, la ventana de la profesora de saxofón estaba oscura, como si hubiese cerrado el estudio tras la partida de Isolde y también ella hubiese salido, pero, si se miraba con atención entre las ramas del árbol, se podía ver una silueta sombría de pie junto a la cortina, que contemplaba el patio y que observaba a la pareja parada bajo el ginkgo. Isolde y Stanley no miraron hacia arriba. Stanley abrazó a Isolde con un solo brazo y que se alejaron hablando en voz baja, con las cabezas juntas, hasta que los soportales y las ramas se los tragaron, y desaparecieron de la vista.

Septiembre

–¿Sabes por qué estás aquí? –preguntó el catedrático de Movimiento cuando se sentó.

–Probablemente por el ejercicio de la salida –trató de adivinar Stanley.

El catedrático de Movimiento arqueó las cejas y movió la barbilla.

–¿Por el ejercicio de la salida? –preguntó.

–Supongo que he suspendido –dijo Stanley, dándose cuenta de pronto de que debería ser más cauto y tratar de parecer inocente y asombrado.

–No lo creo –dijo el catedrático de Movimiento–. Tengo aquí el informe de la catedrática de Improvisación y asegura que quedó muy impresionada. Dice que eras Joe Pitt.

–Ya –dijo Stanley.

–Su informe es muy elogioso.

–Vaya...

Stanley intentó encogerse de hombros y sonreír, pero lo único que consiguió fue estremecerse y hacer una mueca.

–¿Pensabas que ibas a suspender? –le preguntó el catedrático de Movimiento, observándolo con atención.

–No –se apresuró a decir Stanley–. Entonces, supongo que no sé por qué estoy aquí.

El catedrático de Movimiento se recostó en la silla y colocó las palmas de las manos en la mesa. Había adoptado una expresión de decepción largamente ensayada. A Stanley comenzaron a acelerársele los latidos del corazón. El catedrático de Movimiento dijo:

–Alguien se ha quejado de ti. Alguien ha presentado una queja muy seria sobre ti. ¿Sabes de qué puede tratarse?

Stanley parecía desconcertado.

–No –dijo–. ¿De qué se trata?

El catedrático de Movimiento no habló de inmediato. Miró a Stanley con una expresión entre piadosa y asqueada, que hizo que Stanley se encogiese.

–Una profesora de música que da clases en un estudio ubicado en el patio septentrional –dijo– se ha quejado de que has acosado a sus alumnas.

–¿Cómo? –Stanley notó que, muy a su pesar, estaba ruborizándose.

–Que has acosado a sus alumnas –repitió el catedrático de Movimiento–. En particular a una jovencita de quinto curso. ¿Te suena de algo?

Stanley se quedó un momento sentado sin hablar.

–¿De nada? –preguntó el catedrático de Movimiento.

Estiró el silencio entre ellos con cuidado, como si se tratase de una respiración medida. Stanley notó una horrible sensación de caída en las profundidades del estómago. Se quedó mirando la superficie brillante de la mesa del catedrático de Movimiento, sin decir nada.

–Normalmente –dijo el catedrático de Movimiento– no intervendríamos en un caso como este, por supuesto. Normalmente te trataríamos como a un adulto y

confiaríamos en que lo arreglases por tu propia voluntad. Pero el hecho de que esta profesora de música se haya dirigido a nosotros de manera directa nos obliga, como comprenderás, a hablarte del asunto. Lo comprendes, ¿no?

–Sí –dijo Stanley como un autómata, y asintió.

–La profesora de música estaba muy preocupada por la seguridad de sus alumnas, dada la proximidad de su estudio y la Escuela –dijo el catedrático de Movimiento.

Stanley volvió a asentir.

–¿Qué ha pasado, Stanley? –inquirió el catedrático de Movimiento–. ¿De qué va todo esto?

Stanley alzó los ojos un instante, se encontró con la mirada del catedrático de Movimiento y desvió la vista de nuevo, volviendo la cara hacia los pósteres enmarcados y los programas de funciones que había sobre el mueble archivador. Estaban colocados por orden alfabético, alineados como si se tratase de un sencillo resumen de la vida del catedrático de Movimiento, el camino trazado hacia el lugar donde estaba sentado en esos momentos, frente a una mesa vacía, juntando los pies descalzos y frunciendo el ceño.

–No lo sé –dijo al fin Stanley–. No sé nada de una profesora de saxofón.

–Yo he dicho «profesora de música».

Stanley tomó aliento rápidamente y volvió a dirigir al catedrático de Movimiento una mirada aún más breve que la anterior, como si el rostro demacrado del profesor estuviese muy caliente o brillase mucho, tanto que sus ojos no pudiesen soportarlo durante demasiado tiempo.

–Sabía que ella tocaba el saxo –dijo en voz baja, y las palabras fueron como una horrible confesión, una declaración de culpabilidad. Cuando estaba terminando la frase, le entró una pequeña tos que partió en dos la última palabra.

–Supongo que no quieres hablar para no incriminarte –dijo el catedrático de Movimiento con frialdad, después de otro silencio espantoso.

–Es que...

En realidad, Stanley no sabía qué decir. Se encogió de hombros, más como muestra de impotencia que de insolencia, pero el catedrático de Movimiento lo fulminó con la mirada y Stanley se dio cuenta de que el gesto lo había enfurecido. Iba en aumento la frialdad del profesor, que apoyó las palmas con más fuerza en la mesa.

–Porque la chica en cuestión está en quinto –dijo el catedrático de Movimiento–, sabes que aún no tiene ni dieciséis años.

Stanley seguía asintiendo.

–Como aún no tiene dieciséis años –dijo el catedrático de Movimiento–, comprendes que cualquier tipo de relación sexual que un adulto pudiese tener o

hubiese tenido con esta chica constituiría un delito. Y ahora estoy hablándote en calidad de profesor.

Stanley volvió a asentir. Era vagamente consciente de que se había puesto pálido y de que la boca se le había llenado de saliva, además de que se le había encogido la lengua como un terrible preámbulo del vómito. Sintió náuseas y de pronto notó que se le había agudizado el olfato: olía la lana húmeda de la chaqueta del profesor colgada detrás de la puerta, el cucurucho de nueces que estaba encima del aparador, el café frío que había quedado en el fondo de una taza fría. La cabeza le daba vueltas.

El catedrático de Movimiento lo observó unos instantes. Lo escrutaba con los ojos muy abiertos, como si lo peor aún estuviese por llegar. Se inclinó, frunciendo un poco los labios, como en un beso seco, y escogió con cuidado las palabras:

–Stanley –dijo–, quiero que pienses en algo con detenimiento. No tienes que contestar, solo quiero que pienses en ello. Si los padres de esa chica llegasen a estar entre el público cuando estrenéis el montaje de fin de curso, a finales de esta semana, ¿cambiaría algo el hecho de que estuviesen allí?

Era una pregunta extraña y Stanley no la entendió. Se quedó mirando al catedrático de Movimiento sin comprender y dijo:

–No entiendo lo que quiere decir...

–Esa chica a la que has...

–Isolde.

–Sí. Tiene una hermana, ¿no es así?

–No lo sé –dijo Stanley–. ¿Por qué?

El catedrático de Movimiento lo miraba con franca repugnancia.

–¡Anda ya, Stanley, no juguemos al gato y al ratón! Esto es ridículo.

Stanley tragó saliva y extendió la mano para limpiarse la película de sudor que le cubría el labio superior.

–Lo siento –dijo–. Creo que me he perdido algo.

–La hermana de Isolde se llama Victoria –le espetó el catedrático de Movimiento–. ¿Te suena de algo ese nombre?

Stanley lo miró durante medio segundo antes de caer en la cuenta, y esa conciencia cayó sobre él como podría haber caído sobre su cuello la hoja de una guillotina. ¡Victoria!, gritaba. ¡Victoria!, el famoso núcleo central de su montaje, tomado de una columna de un periódico, secuestrada, robada y colocada en todos los carteles, en rojo y negro, *La reina de la pata de la cama*. ¿Cambiaría algo por el hecho de que los padres de Victoria estuviesen allí? Esa era la pregunta del catedrático de Movimiento.

Y entonces comprendió otra cosa, que de nuevo cayó sobre él como la hoja de una cuchilla. «Crean que he utilizado a Isolde como si fuese un peón en un juego

de ajedrez», pensó Stanley, «con objeto de conseguir información para la obra. Green que es mi peón».

–Como es natural, se supone que yo no sé nada sobre el contenido del montaje de fin de curso de los alumnos de primero –decía el catedrático de Movimiento– y la verdad es que sé muy poco sobre lo que estáis ensayando y trabajando. Pero no puedo evitar pasar junto a una puerta abierta de vez en cuando u oír algún fragmento de una conversación en el vestíbulo. Ya me entiendes.

Stanley estaba encogido en el asiento húmedo, pugnando por tragar y contener las náuseas que le subían como una dura piedra del fondo de la garganta.

–¿Lo sabe Isolde? –preguntó estúpidamente.

–¿El qué? –preguntó el catedrático de Movimiento.

–Lo del montaje. De qué va y qué estamos haciendo.

–No tengo ni idea –dijo el catedrático de Movimiento–. Yo solo he hablado con la profesora de saxofón. Estábamos hablando del tema y ella me explicó que la familia había pasado un año muy duro por el escándalo que había rodeado la violación de su hija. Fui yo quien reconoció el nombre y ató cabos.

Stanley trataba desesperadamente de recordar todas las conversaciones que había mantenido con Isolde. ¿Alguna vez lo había mencionado delante de ella? ¿Alguna vez había pronunciado el nombre de Victoria?

–¿Va a decírselo? –preguntó–. ¿Va a hablar con los padres?

–Creo que eres tú quien debe pensar en eso, Stanley. Como te he dicho, eres un adulto y puedes ocuparte tú mismo del asunto.

–¿Y la profesora de música? ¿Y si ya los ha llamado? –preguntó. No conocía a la profesora de saxofón de Isolde, pero se la imaginaba como una sombra maligna y empalagosa que espiaba desde detrás de la cortina, a través de las ramas del árbol.

–No lo sé –dijo el catedrático de Movimiento. Miraba a Stanley de un modo extraño–. Entonces, ¿dices que no sabías nada sobre la hermana? –le preguntó.

–No –dijo Stanley. Sintió que, de nuevo, era igual que si hubiese confesado. ¿Cómo podía ser tan tonto? Ni siquiera le había preguntado cómo se apellidaba. Nunca le había hecho preguntas sobre su familia, sobre su rutina en el hogar, sobre la casa en la que se despertaba, en la que se duchaba, en la que desayunaba, en la que estudiaba saxofón con las partituras desperdigadas por el suelo a su alrededor. Eran escenas que nunca había imaginado. Nunca había imaginado a aquella chica más allá del tiempo que pasaban juntos: ella se había limitado a ser... ¿el qué? Una función de sí mismo, quizá. Se había limitado a ofrecerle un papel que él debía representar.

El catedrático de Movimiento dijo:

–Pero sí que has mantenido una relación con esa jovencita –escogió con cuidado las palabras, enfatizando un poco la palabra «jovencita», como si estuviese apoyando el dedo en ella.

–No... O sea... Yo no... Ella consintió –dijo Stanley–. Sí, hemos mantenido una relación.

–Hasta que no cumpla dieciséis, su consentimiento no sirve de mucho –dijo el catedrático de Movimiento. Se recostó y miró a Stanley echando la cabeza hacia atrás, como si pensase lavarse las manos en todo aquel asunto.

–No pueden venir –dijo Stanley–. Los padres. No pueden estar allí. No pueden saberlo.

–No –dijo el catedrático de Movimiento–. No pueden.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Stanley–. ¿Lo cancelamos?

–La obra no es responsabilidad mía –dijo el catedrático de Movimiento–. La venta de entradas no es responsabilidad mía. Esa chica no es responsabilidad mía. Mi trabajo consiste tan solo en decirte las cosas que debes saber. A mí no me corresponde tomar decisiones de otros. No quiero saber qué has hecho con esa chica. Pero si esto puede de algún modo perjudicar a la Escuela estoy obligado a actuar.

Stanley asintió con expresión atontada.

–De verdad, Stanley –dijo al fin el catedrático de Movimiento, mostrando por primera vez auténtica exasperación ante la víctima pálida e inquieta que se sentaba frente a él en el pequeño despacho–. Es decir, ¿cómo pudiste no darte cuenta de que alguien os vigilaba? Por Dios, debes de haber sido terriblemente descuidado si alguien os ha estado vigilando todo el tiempo.

Septiembre

–Stanley –dijo Isolde–, ¿quieres ir hasta el final conmigo, alguna vez?

Stanley le pasó el dedo por la mejilla. En el fondo se sentía molesto hacia ella por haberlo mencionado, por darle a esa posibilidad una forma, una voz. Parecía indecente. Preferiría no haber mencionado el acto hasta que concluyese. Preferiría no hablar en absoluto, cerrarle los labios con los suyos, tirarle de los puños de la camisa y del cinturón y pelarla como a un fruto maduro. Su pregunta era logística, organizadora, reductora. Él no la habría hecho. Era un romántico.

–¿Crees que estamos preparados? –inquirió Stanley con astucia, respondiendo a su pregunta con otra pregunta, pero al mismo tiempo mirándola con expresión seria y contrita, pensando que así ella se engañaría y creería que él estaba comprometiéndose.

–Sí –respondió Isolde. Empezó a sonreír antes de terminar de decirlo y él le devolvió la sonrisa, se acercó a ella para besarla y reírse con ella, reírse contra ella, con los dientes chocando con los de ella.

–Yo también –dijo Stanley–. Estamos preparados.

–¿Quieres hacerlo? –preguntó Isalde con timidez.

–Claro que sí –contestó Stanley–. Solo esperaba a que tú estuvieras segura. No quería presionarte. Quería que me lo pidieras tú.

En realidad, no era del todo cierto, pero le gustaba cómo sonaba.

Octubre

La puerta del despacho del catedrático de Movimiento estaba abierta y Stanley no llamó. Se acercó al marco y esperó un momento antes de empezar a hablar.

–Debería haber suspendido –dijo–. Debería haber sacado un suspenso en el ejercicio de la salida. Le dije abiertamente a alguien que estaba haciendo un ejercicio. Incluso le dije que estaba haciendo de Joe Pitt.

El catedrático de Movimiento levantó la vista para mirarlo y la luz del flexo alargó las sombras que le rodeaban los ojos y la boca.

–¿Por qué? –preguntó, sin hacer ningún gesto que pudiera interpretarse como que invitaba a Stanley a entrar, de modo que este se quedó en el umbral tirando de las correas de la mochila y pasando el peso del cuerpo de un pie a otro.

–Porque, si no, ella podría haber pensado que yo era de verdad Joe Pitt –dijo Stanley–. No quería que pensase eso.

El catedrático de Movimiento suspiró y se frotó la cara con las manos.

–Stanley –dijo–, ¿por qué me cuentas esto? Seguro que no quieres un suspenso en tu expediente. Será como una mancha. Si te remordía la conciencia, ¿por qué no te limitaste a proponerte hacerlo mejor la próxima vez? ¿Por qué quieres sabotearte a ti mismo?

–Para que usted me respete –dijo Stanley.

–Para que yo te respete –repitió el catedrático de Movimiento.

Stanley tenía la respiración agitada.

–Para que usted me vea –dijo–. Para que me vea cuando me mira.

El catedrático de Movimiento miró al muchacho y se preguntó si debía transigir. Stanley tenía la garganta tensa y le temblaba la voz al hablar, pero, incluso en esos momentos, bajo el nerviosismo yacía la constante amenaza de la autocomplacencia. El catedrático de Movimiento sintió una chispa de ira. «Incluso ahora», pensó, «incluso ahora el tío está actuando y adorando su interpretación, adorándose a sí mismo».

–Todos los años hay alguien como tú, Stanley –le dijo–. Y cuando te vayas, llegará alguien exactamente igual que tú para rellenar el hueco. Todas las palabras que salen de tu boca... son solo frases que has aprendido con esmero, con tanto esmero que te has convencido de que son tuyas, pero son solo eso: frases que he oído muchas veces antes –de pronto el catedrático de Movimiento sacudió la

cabeza y le espetó: ¿Por qué no me ves tú a mí cuando me miras? Podría preguntárselo a todos mis alumnos. A todos los alumnos cortados por el mismo patrón que entran y salen cada año como una marea muerta.

—¿Y qué me dice de ese chico con el que estuvo en el departamento de arte? ¿También él está cortado por el mismo patrón? —le preguntó Stanley con resentimiento.

Hubo un silencio. El catedrático de Movimiento arqueó las cejas.

—¿El chico con el que estuve en el departamento de arte? —repitió.

—El enmascarado del teatro de la crueldad —farfulló Stanley—. Nick.

—¿Qué quieres saber de Nick?

—¿También él es un alumno cortado por el mismo patrón que los demás? — Stanley se sentía terriblemente avergonzado.

El profesor lo miró de arriba abajo y estuvo a punto de echarse a reír.

—Puede que sí —le dijo—. Pero es como yo. Es como era yo antes. Cuando lo oigo hablar, cuando lo veo moverse, es como una especie de renacimiento. Puedo revivirme a mí mismo a través de él. Solo con mirarlo puedo volver a ser nuevo.

Stanley miraba el suelo sin decir nada.

—Gracias por venir a verme —le dijo el catedrático de Movimiento al cabo de unos instantes. Su voz era fría y la expresión de su rostro se había cerrado—. Modificaremos tu expediente para que quede reflejado el suspenso.

Trece

Viernes

–¿Te llevas bien con tu hermana, Isolde? –pregunta una tarde la profesora de saxofón con voz amable, cuando la clase ya ha terminado y la chica está guardando el instrumento en su estuche.

–No mucho –responde Isolde.

–¿Te juntas con ella en el instituto?

–No. Es raro que las pequeñas nos juntemos con las mayores. Y ella tiene amigas de su curso. No les gusta que yo ande rondándolas.

–¿Te dirigirías a ella si necesitas hablar con alguien?

Isolde se pone colorada de inmediato. Aparta la mirada de la profesora de saxofón, se agacha y se pone a jugar con el cierre de su cartera.

–Probablemente no –dice.

–Vale –dice la profesora de saxofón con amabilidad, sin dejar de observarla.

–No sé con quién hablaría –farfulla Isolde.

–¿Con tus amigas no?

–No.

La profesora de saxofón espera a que Isolde recoja las partituras y las meta en la mochila.

–La verdad, es un poco raro que Victoria resulte tan popular –dice Isolde, recobrando la compostura–, porque hace tiempo estaba destrozada. Hace tres años, cuando iba a cuarto. Sus amigas llegaron a la conclusión de que no les caía muy bien y se reunieron para decidir qué hacer con ella. Al final la rodearon un día a la hora de comer y le dijeron que ya no podía sentarse ni hablar con ellas. Y luego se fueron todas.

–Supongo que pasó página y se buscó otras amigas –dice la profesora de saxofón.

–No se puede hacer eso, la verdad –dice Isolde–, una vez que un grupo te ha dado de lado. Los otros grupos recelan. Lo único que se puede hacer es pasar el rato en la biblioteca y llegar a clase en el último momento para no tener que sentarse sola a esperar.

»La mayoría de las chicas tiene una mejor amiga por seguridad –añade–. Así siempre se cuenta con una aliada y hay menos probabilidades de expulsión.

–¿Y cómo consiguió tu hermana volver a ganarse el favor de la gente? –le pregunta la profesora de saxofón–. Si es que de verdad le dieron de lado, como dices.

–Se juntó con unos chicos –dice Isolde–. Empezó a cruzar la carretera a la hora de comer para pasar el rato con los alumnos de Saint Sylvester, en el río. Ella sola

con los chicos. Fue algo así como... su arma. Las chicas enseguida volvieron a querer estar con ella.

—¿Alguna vez te han dado de lado a ti? —pregunta la profesora de saxofón—. Me refiero a si lo ha hecho un grupo.

—No —responde Isolde. Ya se ha envuelto en la bufanda y el abrigo y se encoge de hombros con expresión de impotencia para señalar que la conversación ha llegado a su fin.

—Hasta la semana que viene —dice, y por un momento la profesora de saxofón siente una punzada de algo parecido a la tristeza y desea enormemente pedirle a Isolde que se quede. Esos ratos de media hora a la semana de la vida de Isolde son para la profesora de saxofón tan solo las ventanas iluminadas de las cocinas a lo largo de una calle oscura, que permiten obtener un atisbo breve y amarillo de las profundidades de una casa, pero nada más.

Ahora que la clase ha terminado, Isolde se ha cubierto de una capa de cortesía y permanece en pie junto a la puerta, con el estuche del saxofón ya en la mano. La anhelada intimidad de la clase se ha perdido y la profesora de saxofón no tiene más remedio que sonreír, agitar la mano y decir:

—Hasta el lunes, Isolde. Cuídate.

Jueves

Patsy ha traído cruasanes y jamón, además de un queso blando y amarillo que se hunde al contacto del borde romo del cuchillo para mantequilla. Ya llevan hablando casi una hora y la profesora de saxofón ha observado a Patsy con ojos anhelantes y desesperados, tensa y herida como un ciervo atravesado. Da la impresión de estar a punto de echarse a llorar. Patsy no parece darse cuenta.

—Patsy —le dice al fin la profesora de saxofón—, ¿sabes una cosa? Cuando estoy a solas con alguien, en un momento íntimo, cuando me siento a gusto o cuando hago reír o beso a alguien, cuando hago que alguien se sienta realmente bien, siempre que pienso que estoy *triunfando* como amante, haciéndolo *bien*, siempre que me pasa eso, una parte de mí desearía que tú estuvieses viéndome.

—Qué cosa tan rara —dice Patsy, mirando a la profesora de saxofón con el ceño un tanto fruncido y expresión socarrona. Ya está replegándose, recostándose en el asiento, acercando la palma de la mano a la mejilla para apartar un mechón de pelo y volviéndose cada vez más impenetrable a ojos vistas, como si estuviese decidida a malinterpretar lo que la profesora de saxofón vaya a decirle a continuación. De un momento para otro se vuelve fría y distante.

—No quiero decir que me gustaría que tú estuvieses allí —dice la profesora de saxofón—. Lo que quiero decir es que todo lo que hago con el resto de la gente se

convierte en una especie de prueba. Como si estuviese demostrándote algo sin que tú lo vieras. Como si estuviese diciendo todo el rato: «Esto es lo que tú no ves en mí. Esto es lo que podrías tener. Esto es lo que desaprovechaste».

–Quieres que me ponga celosa –dice Patsy.

–No –responde la profesora de saxofón–. No es que quiera ponerte celosa. Solo quiero que me veas en mis mejores momentos. A veces actúo como si de verdad estuvieses mirando, solo para demostrármelo. A veces digo cosas en momentos muy íntimos que ni siquiera tienen sentido para la persona con la que estoy. Solo tendrían sentido para ti. Si estuvieses mirando.

–Cariño... –dice Patsy en voz baja.

Hay un silencio.

–Claro que voy a ensayar todo esto frente al espejo –dice al cabo la profesora de saxofón–. Antes de decírtelo. Lo ensayaré una y otra vez. Hasta que tenga confianza suficiente para decirte esto en voz alta.

Lunes

–Háblame de Isolde –le pide la profesora de saxofón a Julia en cuanto esta llega para dar su clase el lunes por la tarde.

Julia arquea las cejas mientras se quita el anorak con movimientos serpenteantes y lo deja en el respaldo de la silla. Aún exhala el aire frío del invierno que ha traído con ella desde la calle, y la profesora de saxofón atrapa esa breve corriente y la respira como si se tratase de un perfume exótico.

–Háblame de Patsy –dice Julia.

–¿De quién? –pregunta la profesora de saxofón haciéndose la tonta y dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo. Luego, enojada, tira de la manga y dice–: O sea, ya sé quién es Patsy, pero ¿por qué quieres que te hable de ella?

Julia se encoge de hombros.

–En el aula de mi curso hay una lista donde debemos apuntarnos –dice– en la que pone: «¿Quién hace las preguntas en esta aula?».

La profesora de saxofón entorna los ojos.

–¿Cómo sabes quién es Patsy?

–Todas tus cartas están dirigidas a la atención de Patsy –dice Julia, señalándolas–. ¿Es tu amante?

La profesora de saxofón se pone como un tomate.

–El estudio es de Patsy –le dice con voz digna. Luego alza la barbilla–. Patsy me dejó el estudio.

–¿En su testamento?

–No, no está muerta. Legalmente aún es suyo. Por eso las cartas van dirigidas a

ella.

–Entonces, no es tu amante.

La profesora de saxofón repiquetea con los dedos en la mesa.

–Háblame de Isolde –le pide.

Julia se pasa la punta de la lengua por el labio inferior y luego dice:

–Quedamos en el aula de teatro del instituto. Allí nunca hay nadie y además trancamos bien la puerta. Nos hacemos un nido con hábitos de monja, uniformes nazis y miriñaques. Cuando suena el timbre, nos vamos por separado, dejando un tiempo prudencial para que nadie se dé cuenta.

–¿Y?

–¿Y qué?

–Eso no basta –dice la profesora de saxofón–. No me basta con saber que estáis ahí. Quiero saber cómo llegasteis, cómo empezó.

–¿Por qué quieres saberlo? –le pregunta Julia–. De todos modos, seguirás mirando desde fuera. Aunque lo supieses todo, aunque supieses todo aquello que no debes saber, aun entonces seguirías estando fuera. ¿Por qué te dejó este estudio?

Ambas están tensas, como dos perros encadenados por separado.

–Como voto de confianza en mi música –dice la profesora de saxofón–. Ella me dio clase de saxofón, pero padeció artritis muy pronto. Le empezó en los pulgares y fue subiendo, como si fuera una mancha de tinta lenta y dolorosa que le salía de los pulgares y le cubría las manos. Tuvo que dejar de dar clases. Volvió a la universidad y yo me quedé con su estudio. Supongo que la sustituí. Ahora le pago un alquiler.

–¿Fue profesora tuya?

–Hace tiempo, sí –la profesora de saxofón vacila, se aferra los codos con las manos, pero luego toma aliento y dice rápidamente–: ¿Qué hacéis en el aula de teatro?

–La mayor parte del tiempo hablamos –dice Julia–. La pared que separa el aula de teatro de las salas de ensayo está hecha de pladur, así que no podemos hacer ruido. Isolde dice que así fue como pillaron al señor Saladin y a Victoria. Había alguien en el aula de teatro y los oyó por la pared. Allí dentro siempre está muy oscuro: no nos atrevemos a encender la luz porque se vería por debajo de la puerta. De las cosas que hace en la oscuridad, la que más me gusta es cuando pone los índices en uve y mira a ver si yo sonrío tocándome la cara en la oscuridad y posando suavemente los dedos en las comisuras de mi boca. Eso es lo que más me gusta.

–¿Qué decís cuando habláis? ¿Qué os decís?

–Hablamos de lo valioso que es eso –dice Julia–. De lo afortunadas que somos. La suerte que hemos tenido de que el accidente de mi atracción coincidiese con el accidente de la suya. Nos quedamos tumbadas y nos maravillamos, tocamos la piel

de la otra y por dentro yo me siento muchos años mayor de lo que soy, no porque esté cansada ni nada por el estilo, sino porque lo que siento es tan grande que me conecta con algo aún mayor, algo infinito, un gigantesco arco de hermosa *inconsciencia* que es mayor que cualquier pequeña trampa del tiempo o del espacio en la que de otro modo podría caer. Es como si ese momento, ese diminuto fragmento de *ahora*, ese instante breve y perfecto en el que toco su piel, saboreo su lengua y me siento tan irremisiblemente atrapada, atrapada en ella, es como si ese instante fuese lo único que voy a necesitar para nutrirme durante el resto de mi vida.

La profesora de saxofón ha buscado a tientas el borde de la mesa y se deja caer en ella, completamente debilitada.

—Pero, al mismo tiempo, ese sentimiento está atravesado de cierta tristeza —dice Julia—, una tristeza agrídulce y ronca que se me agarra a la garganta de tal manera que no basta con tragar para eliminarla. Es como si supiera que estoy *perdiendo* algo; que algo está filtrándose como el agua en la tierra. Y es extraña la idea de que la pérdida (el hambre inmensa de la pérdida, que te agarra y te rompe) es algo que no empieza cuando acaba una relación, cuando va fundiéndose hasta desaparecer y entonces sé que nunca más podré recuperarla. Es un sentimiento que empieza al principio de todo, desde el momento en que chocamos en la oscuridad y nos tocamos por primera vez. La inocencia que hay en ello (su dulzura y su pureza, su ternura tímida y vacilante) eso es algo que siempre voy a *perder*.

Julia da un paso hacia la profesora de saxofón.

—¿Es así como te sentías? —pregunta—. ¿Con Patsy?

—Julia... —dice la profesora de saxofón, y luego se queda callada unos instantes. Se pasa la mano por los ojos—. Patsy... —dice, pero luego se interrumpe y cambia de opinión.

»Deja que te diga algo, Julia —dice al fin—. Ese instante del que hablas. Ese único beso perfecto. No hay nada más. Todo lo que venga después de ese momento no será más que una copia, cariño. Tratarás de recrear ese beso único con todas tus amantes, tratarás de rebobinarlo una y otra vez; permanecerá como un bucle en un viejo vídeo proyectado en un televisor frente a ti y te inclinarás para apoyar la frente en la protuberancia fría del cristal y tocarás con los dedos las ondulaciones de la electricidad estática y tanto tu mejilla como tú quedaréis iluminadas, encendidas por su brillo de color negro azulado, por las explosiones de luz, pero al final verás que nunca serás capaz de *tocar* de verdad ese recuerdo perfecto, ese instante único y solitario de inconsciencia en el que sencillamente eras *inocente* de quien eras tú, de lo que podrías llegar a ser. Nunca volverás a tocar ese sentimiento, Julia. Nunca jamás.

—¿Es lo que te ha pasado a ti? —le pregunta Julia—. ¿Con Patsy?

La profesora de saxofón suspira y guarda silencio.

–¿Dónde está Patsy ahora?

–Pues aún vive en esta ciudad –dice la profesora de saxofón, agitando la mano con imprecisión como en dirección al nordnoroeste–. Solo somos amigas desde hace mucho tiempo, Julia. Patsy está casada. Solo somos viejas amigas.

–¿Casada con un hombre?

–Sí, con un hombre.

–Pero fuisteis amantes –dice Julia.

–No.

–¿Ni siquiera una vez?

–No.

–Estás mintiendo.

–De todas formas, ¿qué más da cómo fuera? –le suelta la profesora de saxofón–. Yo solo podría contarte cómo lo recuerdo, nunca cómo fue. Mi memoria es como una estopilla arrugada, ajada y apolillada, tan desgastada que los rayos del sol la traspasan. Y tú has mentido sobre la cosa que más te gusta. Se lo robaste a alguien y ahora lo has utilizado como si fuera tuyo.

Julia frunce el ceño y se queda callada. Al cabo de un rato sacude la cabeza y dice:

–De todos modos, seguramente ya lo sabes todo a través de otra persona.

Viernes

Stanley espera a Isolde después de clase. Del estudio le llegan retazos de una melodía tocada por dos saxofones, uno de los cuales lleva la voz cantante con seguridad y el otro resulta más apagado, más tímido, más corriente. Está nervioso. Desearía tener de antemano un texto que recitar.

Por fin dejan de sonar los saxofones y por la ventana le parece oír el rumor débil de la voz de la profesora de Isolde y las risas de esta. Mueve los pies.

Al cabo de unos minutos Isolde sale del edificio y baja trotando el pequeño tramo de escaleras que da al patio, con el estuche del saxofón en la mano. Tiene un aspecto extraño: sonríe con demasiada facilidad y con demasiado brillo, pero tiene los ojos tristes. Stanley no se da cuenta. No para de tocarse el cuello de la camisa y el pelo y, cuando la mira, no fija la vista en ella mucho tiempo.

–Hola –dice ella–. ¿Me has oído esta vez?

–Sí –dice Stanley–. Tocas bastante bien.

–¿Quieres venir al recital que voy a dar? No tienes por qué hacerlo. Igual te aburres.

–Claro –contesta Stanley, incómodo. Se retrasa un poco y mientras camina detrás de ella para salir del patio vuelve la cabeza y mira hacia la ventana de la profesora

de saxofón. ¿Habrá alguien allí, junto a la cortina, observándolos? ¿Estará la siguiente alumna esperando con paciencia en el pasillo a que la profesora de saxofón termine de mirar, se arregle el pelo, abra la puerta y la invite a pasar? Desde esa distancia no lo distingue y pronto la ventana desaparece tras las ramas del ginkgo.

—Mis padres van a ir —dice Isolde—. Tienen muchas ganas de conocerte. Sobre todo papá. Este año mi hermana hizo una tontería y se acostó con un profesor, así que papá está deseando volver a la normalidad, y eso. Está encantado de que no tengas treinta y tantos ni estés medio calvo ni me des clases en el instituto.

Stanley exhala el aliento de golpe y casi está a punto de apartarse de ella. Ahí está: toda la información que necesitaba, la información decisiva, saliendo a borbotones de su boca en una única y despreocupada explosión. Demasiado tarde.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —le pregunta.

—Pues no sé —dice Isolde sin darle importancia—. Es que estoy harta del tema, supongo. Parece que ya nadie habla de otra cosa, solo de Victoria, de la violación esa, de lo duro que ha sido. No quería hablar de eso contigo.

Le coge la mano y tira de ella para acercarlo y caminar más juntos, mostrándose más cariñosa que nunca.

—No tiene importancia —dice.

—¿Cómo es que se acostó con su profesor? —dice Stanley.

—Bueno, al parecer ahora resulta que ni siquiera se acostó con él —dice Isolde—. No lo sé. Cambia cada dos por tres. Ella no suelta prenda.

—Tú tienes que saberlo —dice Stanley—. Es tu hermana.

Isolde lo mira con extrañeza.

—Pues no —le dice—. No sé nada.

Siguen caminando en silencio durante un rato.

—¿Le hablas de mí a tu profesora de saxofón? —le pregunta Stanley. Habla con voz aguda y forzada.

—Supongo —responde ella—. O sea, que te habré mencionado. Los profesores de música son un poco como psicólogos. Vas a verlos una vez a la semana, les cuentas todo lo que necesitas contarles y luego vuelves a desaparecer. Es como ir al psicólogo —también su voz es aguda, como si no se creyese el texto.

—¿Qué le dices de mí? —le pregunta Stanley.

—Bueno, pues ya sabes —contesta Isolde. Ahora parece avergonzada.

Stanley decide al vuelo contarle a Isolde una verdad a medias. Deja de caminar y se vuelve hacia ella.

—Se ha quejado de mí —le dice—. Tu profesora. Ha debido de vernos desde la ventana. Dice que yo he estado acosándote, supongo que porque tú eres muy joven y yo no. Joven. Supongo que ese es el motivo —respira pesadamente y la observa.

Isolde abre un poco la boca pero no dice nada. Aparta la vista del rostro de

Stanley y la fija en un anuncio pegado en la pared, encima de su hombro.

–Bueno, ¿qué le dices de mí? –pregunta Stanley, impacientándose–. Durante las clases.

–Nada –se apresura a responder Isolde.

–Antes dijiste que me habías mencionado.

–Solo de pasada.

–Entonces, ¿por qué iba a quejarse? ¿Qué tiene ella en contra de mí?

Isolde le lanza una mirada calculadora.

–¿Te ha causado problemas? –le pregunta.

–Solo quiero saber lo que dices de mí –repite Stanley, subiendo la voz. En su frustración se olvida de que solo está diciéndole a Isolde una verdad a medias. Empieza a culparla. Empieza a irritarse por esa mirada boquiabierta, por la curva rechoncha de su boca fruncida, por lo infantil que parece.

–Es por lo de mi hermana –dice al fin Isolde–. Supongo que sabe lo mucho que me ha afectado. Sabe lo vulnerable que soy, lo impresionable que soy, lo probable que es que acabe haciendo una tontería o portándome como una fulana, solo para llamar la atención. Suele ocurrir cuando una familia tiene un trauma. Supongo que intenta protegerme.

–¿De mí?

–Pues sí, bueno, imagino que sí.

–Y tú lo sabías –ahora está verdaderamente enfadado con ella.

–No –dice Isolde–. No lo sabía. Actuó a mis espaldas, como una madre pesada que orchestra la vida de su hijo.

–¡Y una mierda! –dice Stanley–. Tu profesora y tú habláis de mí. Eso es mentira.

–Pero ¿qué dices?

–Habrás hecho que parezca un violador o algo así.

–¡Yo no he hecho que parezcas un *violador*!

–Es mi reputación –dice Stanley–. Está en juego mi reputación en la escuela. No sé qué le dirías, pero hiciste que ella actuara de ese modo. Hiciste que se quejara.

–¡Yo no *hice* que se quejara!

–Tuvo que ser así –le grita Stanley–. Sí. Fue lo que le dijiste.

Pasan coches. Los pasajeros pegan la cara a la ventanilla para verlos pelearse. Stanley agita los brazos e Isolde tiene las manos cruzadas sobre la tripa. Al final, Stanley hace un gesto con la palma de la mano que imita un tijeretazo y que significa que es suficiente. Es el primero en darse la vuelta y marcharse.

Lunes

–¿Qué harías –pregunta Julia– si yo dijera que has hecho cosas conmigo cuando

estamos solas? Cosas indecentes. Si se lo confesara a alguien. Si me viniese abajo.

Se ha levantado sobre los tejados el viento del sur, que ennegrece y amorata el cielo y parece querer tirar de él hacia abajo. La profesora de saxofón cruza la estancia, enciende la lámpara y descorre la cortina que cubre un cielo cada vez más pesado.

–No sé lo que haría –dice, sin mirar a Julia.

–Yo mentiría –dice Julia, que ya persigue esa idea entornando los ojos–. Me inventaría mentiras plateadas salpicadas de detalles perfectos, semejantes a esquilas de mosaico, afiladas e imperecederas, esos detalles pequeños e impecables que harían que todos pensasen que mis palabras eran ciertas. Me buscaría coartadas. Traería a otras personas, les enseñaría un cuento y lo ensayaría con tanto cuidado y durante tanto tiempo que al poco empezarían a creer que sus palabras eran verdaderas.

–Parece que te tomarías muchas molestias –dice con calma la profesora de saxofón, pero tiene las manos y los ojos inmóviles, y ahora mira a Julia con toda su atención–. ¿Qué ganarías con eso?

–Cambiaría lo que todo el mundo dice de mí en el instituto.

–¿Qué es lo que todo el mundo...?

–Que me gustan las chicas –dice Julia subiendo la voz. Lleva abierto el cuello de la camisa del uniforme y el hueco en forma de uve de su cuello está salpicándose de manchas rojizas por el enfado.

–¿En qué sentido lo cambiaría?

–Si detrás de ello hubiese una historia trágica –explica Julia–, sería como una razón o una causa. Como lo de esa chica, Victoria.

–La hermana de Isolde.

–Sí –dice Julia con vehemencia–. La hermana de Isolde. Ahora, haga lo que haga, aunque se eche a perder, o lo que sea, aunque acabe acostándose con un millón de tíos, emborrachándose y suspendiendo en los exámenes, la gente no pensará que es, nada más, una fracasada o una zorra. Sabrán que se debe a que ella estaba herida, que había un motivo detrás de todo: el hecho de haber sido violada. Cualquier cosa que haga en adelante será solo una prueba. O sea que en cierto modo es como si ahora fuese libre. Puede hacer lo que quiera y no será responsable por ello. Tiene un *motivo*.

–Es un punto de vista muy interesante –dice la profesora de saxofón.

–Yo también quiero un motivo –dice Julia–. Si resultase que estoy herida, ya no sería culpa mía. Ya no sería asqueroso, sino trágico. Sería un *efecto*, un efecto de algo que escapa a mi control. Yo solo sería una víctima.

–Todas queréis estar heridas –dice de pronto la profesora de saxofón–. Todas. Es la única cualidad que tienen en común todas mis alumnas. Es vuestro tema con variaciones: ansiáis desesperadamente la condición de víctimas. Os parece la única

forma de sacarle cierta ventaja a vuestras compañeras, y tenéis razón. Si abusase de ti, Julia, te haría un favor enorme. Te daría vía libre para que te entregases sin vergüenza alguna a compadecerte, adorarte y odiarte a ti misma hasta un punto con el que ninguna de tus compañeras puede siquiera soñar.

–Sí, es justo eso lo que estoy diciendo –dice Julia.

Se miran la una a la otra en silencio durante un rato.

–¿Qué detalles decidirías incluir? –pregunta la profesora de saxofón–. Esos detalles semejantes a afiladas esquirlas de mosaico que cubrirían tu coartada como una auténtica cota de mallá.

–Al principio no daría detalles físicos –explica Julia–, ya que eso resultaría demasiado obvio. La mentira brillaría demasiado y me descubrirían. Usaría algo psicológico. Algo insidioso, que chorrease, que provocase una erosión lenta que al final resultaría mucho peor, mucho más sutil y perjudicial que cualquier toqueteo entre bastidores o un cachete en broma.

–Pero, con todo, seguirá siendo una mentira, Julia –dice la profesora de saxofón–. En el fondo, lo será. No quedarás satisfecha. En el fondo, será solo una mentira.

–¿Cómo lo sabes? –pregunta Julia–. ¿Cómo sabes de qué modo has influido en mí? ¿Cómo sabes que no estoy herida? ¿Cómo sabes que no me he guardado alguna crítica, algún comentario hecho de pasada que ya has olvidado pero que yo recuerdo cada vez que tengo un tropiezo o un fracaso? Alguna nadería que va incrustándose en mí a una profundidad cada vez mayor, como una esquirla de vidrio que se abre camino desde el dedo hasta mi corazón. Una nadería que modificará mi forma para siempre... ¿Cómo puedes saberlo?

Por una vez, la profesora de saxofón no sabe qué decir. Mira los pájaros que vuelan al otro lado de la ventana.

Miércoles

En la sección de saxofones de la orquesta de jazz de Abbey Grange ahora hay dos huecos que recuerdan dientes caídos: primero el de Victoria, que ha decidido no volver, y luego el de Bridget, que nunca lo hará. Han rellenado los huecos con saxofonistas menores y han movido un poco las sillas para estrechar la curva.

–A Bridget le habría encantado esto –dice el primer trombón de cuando en cuando, consciente de que los muertos son siempre muy sentimentales y saben valorar con alegría las cosas sencillas. Algunas aún lloran, no por Bridget, que en realidad era poco memorable, sino por sí mismas, imaginándose que son ellas las que han muerto y lo difíciles de reemplazar que resultan.

Cuando se produjo el escándalo, el grupo cristiano del instituto cerró la boca y

no se pronunció sobre el despido del señor Saladin y sus consecuencias. Sin embargo, con el tema de Bridget está en su salsa. El hecho de que un hombre sienta una atracción poderosa e inconsciente por una niña a la que se le había encargado proteger constituye un misterio de la naturaleza humana. Resulta mucho más fácil de vender, en cambio, el misterio divino que siega la vida de una chica sin luz en el rocío de la noche: eso es lo que les va, de modo que el grupo cristiano vive una época de prosperidad. Por todo el instituto brotan como setas anuncios de grupos de oración. Las inscripciones en campamentos juveniles alcanzan una cifra récord. De pronto aparece en el patio un puesto donde venden creps cristianas a la hora de comer, atendido por un grupo de entusiastas que enrollan las creps y las rocían con limón y azúcar, irradiando una brillante luz interior. No reparten folletos ni palabras sabias ni tampoco llamamientos a llevar una vida mejor. Reparten creps. Con eso basta. Al cabo de poco tiempo, muchas de las chicas cambian las pulseras «fóllame» por cintas de nailon que las invitan, por medio de las letras iniciales de la frase «¿Qué haría Jesús?», a pensar cómo se comportaría un hombre adulto si fuese una de ellas, si tuviese que enfrentarse a las mismas decisiones y se sintiese confundido por los mismos deseos. También Bridget había formado parte del movimiento durante una temporada y había llevado una cinta de nailon para mostrar su compromiso. Es un consuelo, concuerdan las chicas, mientras ruegan en silencio por su propia salvación y buscan las manos de sus compañeras para cogérselas.

El grupo juvenil que se reúne a la hora del almuerzo se traslada de un aula al vestíbulo para encargarse de dar de comer al número creciente de aficionados. Como el orientador ha regresado hace tiempo al cuchitril helado que ocupaba, entre el despacho del administrador y la enfermería, lo sustituyen los líderes juveniles. Llegan a la conclusión de que con toda probabilidad Él haría lo mismo que ellos y, al mirar sus pulseras, sienten la trémula satisfacción de poseer la única respuesta correcta a la pregunta retórica bordada en la cinta.

En cierto modo, al final Bridget consigue eclipsar a Victoria. La cuestionable condición de víctima de Victoria, el cariz demasiado evidente de su propia reciprocidad, no puede, a fin de cuentas, competir con la indudable víctima de un atropello. Pero la Bridget póstuma no cobra una fama singular y universal, a ella no se la celebra como se hizo con Victoria, que constituía en sí misma el símbolo y la encarnación de su fama. Bridget es un instrumento, más sutil, más maleable y muchísimo más difuso. No podía haber aspirado a más.

—En mi instituto había una chica que murió —dirán las chicas años después—. La atropellaron cuando volvía del trabajo en bici. ¡Dios, qué triste fue! Nos afectó mucho, ¿sabes? A todas. Yo apenas la conocía, pero da igual. Fue muy triste.

Martes

–Entonces, ya está –dijo Patsy cuando la profesora de saxofón recibió su título de profesora. Miraron el papel entintado, que llevaba una filigrana azul y se veía brillante y plateado bajo el cristal–. Ya está –dijo Patsy–, estás condenada. Eternamente condenada a que te consideren una solterona, una solterona de labios finos, eficiente y cerrada, que por las noches se tumba en la cama apretando la mandíbula, sin amor o placer que iluminen su cuarto. Es la única verdad sobre las profesoras de música y todo el mundo lo sabe: están solas, siempre solas, flácidas y cenicientas en sus despachos fríos, esperando en la oscuridad al siguiente alumno como un mendigo que espera una comida. ¡Enhorabuena!

Entrechocaron suavemente las copas y bebieron.

–Pero tú no eres una solterona –dijo la profesora de saxofón. Aún contemplaba el brillante diploma, recorriendo las palabras con los ojos.

–Pero todo el mundo lo piensa. O que soy lesbiana. Si son generosos, dan por sentado que soy lesbiana.

–Por eso me pidió ese anillo –dijo Brian, señalando el dedo anular de la mano de Patsy–. Me dijo: «Que sea el diamante más enorme que puedas conseguir. No es solo un símbolo, es toda una maldita campaña de publicidad».

–Y tú vas y me traes esto –dijo Patsy, agitando la mano y poniendo cara de enfado, como si el anillo no valiese nada. Se echaron a reír.

–En cualquier caso, bien hecho, vieja alumna –dijo Brian, estirando el brazo para darle la mano a la profesora de saxofón–. Todo empieza aquí.

Viernes

Mientras Isolde saca el saxo del estuche, la profesora de saxofón habla con entusiasmo del inminente recital, de en dónde se celebrará y de los otros intérpretes, y dice que será una oportunidad para que sus alumnas oigan tocar a las demás. Isolde no la escucha. Va a mencionar la queja de la profesora de saxofón sobre Stanley. Solo de pensar en sacar el tema se le acelera el corazón, y cuando intenta formular mentalmente la frase, se siente paralizada, consumida por completo. Presiente que el tema es peligroso, que de algún modo parte con desventaja: sin saberlo ha hecho algo malo y va a perder.

Llaman a la puerta.

–Espera un momento, Isolde –dice con calma la profesora de saxofón–. Supongo que será Julia.

–¿Cómo? –pregunta Isolde.

–Se me ha ocurrido que podéis probar a tocar el dúo de Raschèr las dos juntas –

explica la profesora de saxofón—. Habéis estudiado las dos voces cada una por su cuenta y me pareció que sería divertido juntarlas como Dios manda.

Isolde se pone colorada. Mira a la profesora de saxofón sin decir palabra durante unos instantes y luego dice:

—No sabía que fuese a tocarlo a dúo.

—Bueno —dice la profesora de saxofón—, no estaba segura de si Julia iba a poder hacer un hueco los viernes. Fue una idea de última hora. La verdad es que merece la pena probar a tocarlo con otra persona. Se disfruta de una manera distinta cuando se toca con alguien —no se mueve para ir a abrir la puerta, sino que se entretiene junto a Isolde con las manos apoyadas en las caderas, observando a su alumna.

—De haberlo sabido habría practicado —dice Isolde. De pronto tiene la boca seca.

—Te acuerdas de Julia, ¿no? —dice la profesora de saxofón.

—Sí —dice Isolde.

—Estupendo —la profesora de saxofón camina con rapidez hasta la puerta y abre el pestillo—. Bienvenida —le dice a su alumna más antigua.

—Hola, cariño —dice Julia al entrar, y en un solo instante Isolde se da cuenta de que Julia se ha salido de sí misma y se ha convertido en una persona por completo diferente: está actuando, e Isolde también debe hacerlo.

—Cariño —dice, y se besan en las mejillas como si fuesen viejas amigas, dos treintañeras que en el pasado fueron profesora y alumna, mucho tiempo atrás. La profesora de saxofón se ha fundido con las sombras de la pared.

—Sé que se supone que esto es un ensayo, Patsy, y que tenemos trabajo pendiente —dice Julia—, pero es que necesito hablar contigo, después de lo que ha pasado entre nosotras. Siento sacar el tema con tanta brusquedad. He repasado mentalmente lo que quiero decirte una y otra vez, ahí fuera, en el pasillo, y creo que necesito soltarlo antes de que el miedo me lo impida. Eso es todo. ¿Te parece raro?

—No es raro —dice Isolde en voz baja, pero da varios pasos atrás para alejarse de la otra mujer. Tiene el saxofón en la mano. El de Julia aún sigue en su estuche, de modo que parece un combate desigual, en el que Isolde sujeta el brazo brillante de su instrumento cerca del pecho y Julia está desarmada, con las manos vueltas hacia arriba, enseñando la blancura de las palmas.

—Es que resulta tan terriblemente injusto... —dice Julia—. Estoy marcada con una huella indeleble, imborrable, llevo tu nombre tatuado en letras azules en el corazón, y resulta que tu tinta es lavable, Patsy. Siempre fue lavable y tú lo sabías desde el principio.

—Vamos, cariño —dice Isolde—. Estás hablando de un beso nada más. Hablas de un único beso con sabor a vino tinto, en la penumbra de una madrugada en la que nos dejamos llevar por la emoción y el aturdimiento de un concierto que te puso el corazón a cien.

–Sí –dice Julia con vehemencia.

–Algo excepcional.

–Sí –vuelve a decir Julia.

–Vamos –repite Isolde, pero con voz más débil–, seguro que estamos sacando las cosas de quicio, estamos portándonos como adolescentes.

Guardan silencio y se miran la una a la otra.

–Creo que esto es peor que cualquier otra vergüenza –dice Julia–. Que me rechacen no por motivos circunstanciales o provisionales, no porque había un compromiso previo, sino simplemente por la única razón de que soy y siempre seré *no deseada*, un único motivo capaz de sofocar todo lo demás. Me siento como si me iluminasen los focos y mi silueta se recortase en el páramo brillante de un escenario vacío, sin nada tras lo que esconderme, nada a lo que echarle las culpas –suelta una risilla cruel y dura, que no le pertenece. Al cabo de un momento dice–: ¿No puedes al menos decirme por qué? ¿No puedes decirme por qué Brian y no yo?

Julia da varios pasos. La otra chica no retrocede. Ahora están más cerca e Isolde la mira a los ojos durante un buen rato antes de hablar.

Isolde dice:

–Siempre pensé que la decisión de una mujer de estar con otra mujer sería una reacción, definida básicamente por los patrones que trata de evitar, al modo del negativo de una fotografía. Siempre pensé que solo cuando ha llegado a la conclusión de que no desea a los hombres, puede una mujer decidir que desea a otras mujeres. Es una postura pública, constituye en sí misma una forma de activismo. Es una queja. Denota una insatisfacción. Es el tipo de actitud que solo tiene un tipo concreto de mujeres: las que son enfáticas y radicales, aquellas a las que les gusta hacer campaña, que boicotearían a determinadas empresas por motivos morales, que formarían un piquete a la salida de una fábrica.

»Reconozco una sombra de esa cualidad en ti: la dureza de tus opiniones, tu escepticismo, el desafío implícito en tus palabras cada vez que hablas. Pero, curiosamente, he notado que hay otra cualidad en ti: una cualidad de infantil e impotente vulnerabilidad, una necesidad. Ha sido esa cualidad lo que ha hecho surgir en mi comprensión del mundo una nueva posibilidad: la posibilidad de que la decisión de una mujer de escoger a otra mujer sea libre en sí misma, que no consista en optar, porque no queda más remedio, por un segundo plato, en elegir al resto una vez que se ha descartado a los hombres. Esa definición positiva (el que una mujer pueda amar a otra mujer solo por sí misma) es lo que me pone nerviosa.

–¿Por qué nerviosa? –pregunta Julia, y da otro paso hacia ella. Instintivamente extiende la mano delgada y colorada y agarra las puntas de los dedos de la de Isolde. Isolde no se aparta. Baja la vista, mira las manos de ambas un momento,

mientras el pulgar huesudo y manchado de tinta de Julia se mueve en una caricia leve por los nudillos. Tiene las manos frías.

–Quieres que te explique eso que está brotando entre Brian y yo –dice Isolde, volviendo a agachar la mirada–, algo que puede o no madurar hasta dar frutos. Pero no creo que yo escogiese de manera activa entre tú, representante de las mujeres, y Brian, representante de los hombres. En vez de eso, me coloqué en una posición en la que no tuviese que elegir. Dejé que él hiciera de mí su tentación; fui todo lo pasiva que pude y no hice nada mientras él avanzaba. Lo que me ponía nerviosa, cariño, eran las profundidades de tu ser, esas profundidades pantanosas, siempre envueltas en niebla, ese territorio no cartografiado. Lo que yo quería era algo protegido, demostrado. Anhelaba un sentimiento por defecto, no un sentimiento inquieto e inseguro, semejante a un lugar prohibido en el que todo está cubierto de miedo e incluso de culpa. No deseo que me seduzcan. Lo único que quiero es estar cómoda.

–¿Cómo puede ser eso lo que quieres? –pregunta Julia–. ¿Cómo puede ser?

–Es así –responde Isolde–. Al final es así, sin más.

Julia da un paso y la besa en la boca. Y de pronto vuelven a hallarse en la atmósfera viciada y llena de humo del bar, donde ya se oye el último tema, la última canción. Están en el rincón y acaban de levantarse con la intención de irse, de envolverse en sus bufandas y abrigo y volver los rostros sonrientes hacia los músicos como última muestra de agradecimiento, como una especie de despedida. Patsy se vuelve hacia la profesora de saxofón para decirle algo pero, fuera lo que fuera, las palabras mueren en sus labios. Su mirada trémula baja hacia la boca de la profesora de saxofón, que entonces se inclina sobre ella y la besa mientras roza con los dedos enguantados la mejilla de la otra mujer.

Patsy no extiende la mano para agarrar con los puños el abrigo de la profesora de saxofón. No la rodea con los brazos ni escarba en el jersey de la profesora de saxofón para deslizar las manos por debajo del borde y tocar la piel de la otra mujer. No da un paso adelante para que sus pechos entren en contacto, para que sus cuerpos se aprieten con fuerza el uno contra el otro en toda su largura. No alza la mano para colocarla ahuecada en la mejilla de la profesora de saxofón. Se limita a quedarse parada y recibe el beso, con los ojos cerrados. Cuando la profesora de saxofón se aparta, ella abre los ojos, sonrío con pena, asiente y echa a andar.

Catorce

Octubre

–¿Pensamientos preliminares? –pregunta el catedrático de Interpretación en el vestíbulo, mientras los dos golpean los resguardos contra sus muñecas y miran hacia la multitud que se ha congregado en torno al mostrador de bebidas–. ¿O más bien aprensiones?

–Solo aprensiones –contesta el catedrático de Movimiento. No sonrío.

–Este año son un grupo muy variopinto –dice el catedrático de Interpretación con ese tono inquieto y distraído tan típico de él–. Desde luego, vengo preparado para que me sorprendan.

–¿Qué objeto de atrezo les tocó? Ah, sí, la carta –dice el catedrático de Movimiento, contestando a su propia pregunta y frotándose la nuca con la mano–. Es demasiado fácil. En un proyecto teatral si aciertas con la estética tienes la mitad de la batalla ganada.

–A pesar de eso, creo que me sorprenderán. Vamos a entrar.

Un portero flacucho vestido de as de picas, perteneciente al departamento de Vestuario, descorre los cerrojos para abrir por fin las pesadas puertas del auditorio. Se inclina hacia ellas con rigidez por culpa de la estructura de cartón del traje. Lleva la cara cuidadosamente pintada, y después de descorrer los pestillos se endereza y se coloca el tocado, un gorro negro y apretado que se le ajusta a la cabeza como un gorro de baño. Sonríe con recelo. Los profesores le dan los resguardos con bordes de color rosa y pasan uno detrás del otro bajo el dintel, en dirección al patio de butacas.

Sábado

–Muchas gracias a todos por venir –dice la profesora de saxofón hacia la oscuridad. Su voz es más aguda de lo habitual y está extrañamente forzada, aunque no parece nerviosa y sus manos reposan tranquilas a los lados del cuerpo–. Me alegro mucho de que hayan podido sacar un rato para asistir al recital –baja la vista para tomar aliento y continúa:

»Como todas las sedientas madres aquí presentes –dice–, esta noche van ustedes a ver justo lo que quieren y no otra cosa. Supongo que estarán deseando que yo baje del estrado para que sus hijas vayan desfilando por el escenario y así cada una

de ustedes, una tras otra, pueda sentir la enorme satisfacción de ver confirmadas sus actitudes preconcebidas.

Alguien tose en la oscuridad, lo cual da pie a que otra persona se aclare la garganta, en un eco aliviado de la primera tos.

—Animo a todas las madres a que consideren el recital una muestra pública de cariño (sin duda estarán familiarizados con ese término), en el sentido de que ninguna interpretación puede ser otra cosa que un indicio o una pista —dice la profesora de saxofón—. Pero debo advertirles que sería un error y una intrusión que esperasen ver de verdad a sus hijas en este recital. Como madres, les está vedado compartir la intimidad y la privacidad de sus interpretaciones.

La correa del saxo se le ha enganchado con el cuello de la camisa, de tal modo que tira de él, mostrando la piel lechosa del escote. Sigue:

—Si no fuesen ustedes las madres de estas chicas, podrían verlas de otro modo, como personas y como tipos de personas. Si no fuesen madres y se fijasen mucho, podrían ver un papel, un personaje, y también una persona que se esfuerza por mantener ese personaje, una persona que ha decidido ante todo que *ese* personaje en concreto es quien ella va a ser.

»Hay gente que solo ve los papeles que interpretamos y otra que solo ve actores que fingen. Pero es algo muy extraño e inusitado el que alguien vea las dos cosas a la vez: ese tipo de visión doble es un don. Si sus hijas están empezando a asustarlas, es porque comienzan a adquirir ese don. Me dirijo especialmente a la mujer que está detrás de la señora Winter, de la señora Sibley, de la señora Odets y de las demás —añade—, la actriz que finjo no ver, la mujer que interpreta a todas las mujeres, a todas las mujeres pero nunca a las niñas, nunca a las hijas. Como saben ustedes, ya no pueden interpretar a la hija.

Gesticula con una mano ahuecada, vacía, vuelta hacia arriba. Las madres asienten.

—Ahora voy a presentarles a mi primera alumna —dice—, que estudia en Saint Margaret's College y lleva conmigo casi cuatro años. Les pido un aplauso de bienvenida para Briony-Rose.

Octubre

—¿Stanley? —dice Felix, deteniéndose en la puerta de la sala de actores y mirando dentro con expresión de servicial preocupación—. ¿Estás bien?

—Me rajo —dice Stanley mirando el espejo. Tiene la cara lívida—. No puedo hacerlo. Los padres de la chica están entre el público. No puedo hacerlo. Me largo. Ya no quiero ser actor. No puedo seguir con esto. Voy a joder el montaje, pero no puedo hacerlo, lo siento. No puedo.

–Se te va la olla –dice Felix con una voz que cree tranquilizadora–. Piensa en todo el dinero que hemos gastado. Si no lo cubrimos con las entradas, tendremos que pagarlo de nuestro bolsillo. Todos te odiarán. No puedes echarte atrás ahora.

–Me iré –dice Stanley–. Me iré una temporada, hasta que todos lo hayan olvidado –quiere esconder el rostro entre las manos, pero ya ha pasado por maquillaje y sabe que si lo hace se le correrá el pintalabios y los polvos. De pronto lanza un gemido y golpea con las dos manos el tocador–. ¿Por qué están aquí? ¿Por qué? ¿Qué sádico quiere ver una obra sobre los abusos sexuales infligidos a su hija?

–¿Cómo? –dice Felix, que por primera vez ha prestado atención a lo que dice–. ¿Te refieres a los padres de la chica real, de la tal Victoria?

Stanley responde con un gemido y le da una violenta patada al radiador. Nota que una punzada de un dolor bienvenido le sube por la pantorrilla y se instala ahí.

–¡Mierda! –dice Felix–. ¿Cómo podrían haberse enterado? Nadie sabe de qué va. Hoy es el estreno. Ni siquiera lo saben los profesores. ¿Dónde has oído eso?

Stanley se vuelve con ojos compungidos hacia Felix y luego sacude la cabeza.

–Los he visto –dice–. En el vestíbulo. Con su hermana pequeña.

Hay un silencio. Luego dice Felix:

–Pero ¿cómo pueden ser tan sádicos como para...?

–Ella ha venido a verme a mí –dice Stanley–. Isolde ha venido a verme. Quería darme una sorpresa.

–¿Quién? –pregunta Felix, que a estas alturas ya está del todo perplejo.

–Isolde –dice Stanley–. ¡Ay, Dios! Y ha traído a sus padres. No sabe de qué va, no sabe nada de Victoria ni de nada de eso y están a punto de... ¡Ay, Dios! No puedo hacerlo. No puedo hacerlo delante de ellos.

Por los ojos de Felix cruza un relámpago de pánico cuando se da cuenta de que Stanley bien podría cumplir su palabra y salir corriendo. Echa una ojeada rápida por encima de su hombro y luego le pregunta:

–¿Han venido tus padres?

Stanley suelta otro gemido.

–Mi padre –dice–. Para terminar de joderlo todo. Mi padre.

–El mío también –dice Felix. Y luego añade, vacilante–: Si los padres de la chica están aquí, Stanley, tienen que estar preparados para sufrir una impresión. Es imposible comprar entradas para una función como esta y esperar no perder la... inocencia. Es imposible. Tienen que saber a lo que se exponen, ya no son unos niños.

–Pero aún no saben de qué va –dice Stanley–. Hoy es el estreno. ¿Dónde coño dice en el programa que esta obra trate de su hija? En ninguna parte. Han venido a verme para darme una sorpresa –vuelve a mirarse en el espejo. El maquillador ha hecho un buen trabajo. Le ha echado polvos en las cejas rubias y ha trazado unos arcos negros mucho más altos y angulares que sus verdaderas cejas. Además, le ha

pintado los labios un poco y ha acentuado en tonos grises las sombras naturales de su cara: las líneas del contorno de los labios, los huecos de las mejillas, el hoyuelo de la barbilla. También lleva la raya de los ojos pintada de negro.

Felix aún parece por completo desconcertado.

–Si lo miras por el lado bueno –dice, tratando desesperadamente de salvar la situación–, no hay forma de reconocerte con ese traje. Si es que eso es lo que te preocupa. Lo de los padres.

–Ya –dice Stanley. Por debajo del maquillaje tiene la mandíbula rígida, los ojos enrojecidos y la tez pálida, pero en el espejo esa mueca caricaturesca que es el reflejo de Stanley sacude la cabeza y hasta parece sonreír.

Sábado

Isolde y sus padres ya están en el escenario cuando se encienden las luces, Isolde en el extremo más lejano del sofá, apoyada en el brazo e inclinada hacia fuera, intentando con todo su cuerpo alejarse de las otras dos figuras: un padre corpulento y con bigote y una madre huesuda que lleva abrochados hasta el cuello todos los botones de la camisa.

–Lo que tienes que entender –dice la madre de Isolde– es que ahora ese sabor a aquello que podría llegar a ser ya está dentro de ti. Te lo has tragado, como si fuese un caramelo sacado de una bolsa.

–Lo que tienes que entender –dice el padre de Isolde– es que ahora que lo sabemos, no volverá a pasar.

–Recuerda que la única diferencia entre tú y las demás –dice la madre de Isolde– es a qué precio y en qué circunstancias estás dispuesta a ceder.

Entran Stanley y su padre por las puertas francesas de cristal esmerilado que están en mitad del forillo del fondo, precedidos por Victoria, que extiende la palma de la mano como si les mostrase el camino.

–Está aquí –dice aunque no haga falta, dándole a la frase más importancia de la debida, porque es la única que tiene y quiere que la vean. La madre sacude la mano y Victoria se va, moviéndose con los andares afectados del actor que tiene un papel demasiado pequeño y ha practicado hasta la saciedad cada uno de sus gestos.

El grupo permanece inmóvil durante un momento. Stanley e Isolde se observan con una mirada ardiente e intensa que se pierden todos los espectadores que ocupan las butacas del primer piso y las zonas de visibilidad reducida de la platea.

Entonces el padre de Isolde dice con frialdad:

–Iba a decir que, ya que estamos aquí, tenemos que solucionar esto como personas civilizadas, como adultos. Pero, cuando estaba a punto de decirlo, me di cuenta de que la palabra «adultos» no era la más adecuada, dadas las circunstancias.

Todos guardan silencio. El padre de Stanley es el primero en sentarse.

Sábado

–El propósito de este recital –dice la profesora de saxofón– es, por así decirlo, dejar a las alumnas que hablen por sí mismas. No es más que un vehículo para permitirles expresar su propio crecimiento, su propio despertar, desnudarlo para que todos lo vean, como si se tratara de una virgen en un altar. Durante el recital harían bien en plantearse esta pregunta: «¿Qué me dice la interpretación sobre el intérprete? ¿Qué forma desnuda emerge de esa neblina que emana de su música y que poco a poco va perdiendo densidad? ¿Qué intimidades ofrece y a cuáles traiciona?».

Julia está sentada en la segunda fila. Sujetando sin hacer fuerza el saxofón, que reposa en su regazo mientras espera el pie para levantarse y subir al escenario.

–Si menciono esto –dice la profesora de saxofón– es porque la siguiente alumna ha pasado un año muy difícil. Este año han sucedido muchas cosas que le han complicado la vida a esta jovencita y, si tenemos mucha suerte, veremos algunas de esas cosas trágicas y hermosas reflejadas en su interpretación. A través de su miseria, cada nota que toque para ustedes se convertirá en un poema, y con su música evocará mucho más que un sentimiento de añoranza y pérdida. Si tenemos mucha suerte, y eso es lo que espero, será capaz de contemplar la vasta extensión de los sufrimientos que ha padecido este año. Nosotros veremos el innumerable incesto que se produce cuando se juntan dos mujeres, representado ante nuestros ojos igual que una grabación excepcional robada de un sótano. Tendrán ustedes que escuchar con mucha atención.

Julia tiene las palmas de las manos frías y sudorosas. Se las limpia con violencia en las rodillas de los pantalones.

–Y justo antes de darle la bienvenida a Julia, que será la siguiente en subir al escenario –dice la profesora de saxofón–, quiero dar las gracias a todas las madres aquí presentes por haberme concedido la extraña satisfacción de decir algo que nadie oye.

Octubre

–No nos dijiste que era el protagonista, Issie –dice el padre de Isolde, señalando el programa–. Mira, su nombre es el primero.

–No me ha dicho nada –responde Isolde–. Incluso me dijo que no me molestara en asistir. Supongo que estaba nervioso –Isolde mira hacia el escenario, como si se

hubiera contagiado de los nervios habituales en los actores antes de salir a escena. Se encienden las luces del foso de la orquesta y ve a los músicos que emergen de la puerta medio escondida en la pared para ocupar sus puestos frente a sus instrumentos. Cuando se sientan, desaparecen de la vista de Isolde.

–La reina de picas –lee el padre de Isolde; luego se quita las gafas de cerca y dice–: ¿Qué te parece, eh? –y le da un codazo jovial a Isolde.

–Igual no deberíamos haber venido el día del estreno –dice la madre de Isolde, al tiempo que aparta las rodillas para dejar pasar a una pareja joven–. Por si está nervioso.

–Ya os he dicho que no sabe que he venido –dice Isolde. Estira el cuello para mirar a la gente. Ve llegar a una multitud de alumnos de los cursos superiores de la Escuela, que se hacen con unos cuantos asientos en la parte de atrás del patio de butacas, y de pronto se siente una tonta por haber llevado a sus padres. Los estudiantes de interpretación se agarran unos a otros, se abrazan y gesticulan como locos mientras caminan entre ellos. Isolde se imagina colándose entre bastidores para dar una sorpresa a Stanley después de la función, llamando a la puerta de su camerino y esperando con timidez en el umbral entre actores que gritan y chillan por el pasillo detrás de ella, y de pronto la invade un terror espantoso.

–No tenemos por qué ir a verlo al camerino –dice en voz alta, para tranquilizarse–. Basta con que lo llame mañana.

No ha hablado con Stanley desde que se pelearon junto a la carretera.

–¡Qué pijerío! –comenta el padre de Isolde–. Fíjate en el enyesado de la embocadura. Es un trabajo magnífico.

La orquesta empieza a tocar y las luces de sala van apagándose.

–Estoy echando de menos unos caramelos de menta –dice la madre de Isolde–. Espero que haya descanso.

Octubre

–Siempre es algo indirecto y no puede ser de otro modo –está diciendo el catedrático de Movimiento, mientras tamborilea con los dedos en la superficie brillante del programa que tiene en las rodillas. La cubierta muestra la caricatura de una chica con coletas y uniforme escolar, así como el título de la obra: *La reina de la pata de la cama*. El catedrático de Interpretación estira el cuello en un intento de ver más allá de la gente. En realidad no está escuchándolo, pero el catedrático de Movimiento habla con un apremio extraño, lleno de tensión, que no puede esperar a tener un interlocutor, aunque, en cualquier caso, prácticamente habla para sí mismo. Dice–: No se puede evitar. Incluso en los momentos más efectivos, más vivaces e inspirados, lo único que se hace es... mirar.

Septiembre

—¿Sabéis una cosa? —dice el padre de Stanley, inclinándose en el sofá para mirar a Isolde. Ella gira la cabeza, de tal modo que los dos quedan de perfil, recortados contra el fondo de color crema: el delicado mohín de ella, la mejilla hundida y el rostro alargado de él—. Cuando hago una sesión de terapia de grupo —continúa el padre de Stanley—, por ejemplo, si tengo seis, siete o más pacientes en una habitación, a veces una familia entera, si es en eso en lo que estoy trabajando, mi táctica inicial consiste en no decir absolutamente nada. Hago preguntas, animo a la gente a hablar, saco temas, pero no digo nada de lo que pienso. Ni siquiera les doy una pista. Hago esto durante las dos primeras sesiones.

»Hacia el final de la segunda sesión todos están impacientes. Quieren saber quién es ese tío, ese psicólogo que se limita a escuchar, que se queda sentado escuchando y de vez en cuando hace alguna pregunta, siempre afable, nunca provocadora, nunca aguda. Soy demasiado caro y demasiado famoso para limitarme a escuchar. Empiezan a recelarse de mí. Discuten entre ellos y luego me miran de reojo, animándome a actuar.

»Siempre me voy temprano. Nunca me quedo con ellos. Nunca les doy pie a que me conozcan mejor. Los mantengo alejados, separados de mí, y cuando llego para la *tercera* sesión, están tan callados que se oiría volar una mosca. Todas sus peleas se han desvanecido y su atención se centra enteramente en *mí*, solo en mí. Y entonces... —el padre de Stanley chasquea los dedos de tal modo que parece que vaya a salir de ellos una voluta de humo—. Después de eso puedo decir cualquier cosa —afirma—. La tercera sesión es una maravilla. Escuchan todo lo que les digo, sea lo que sea. Me hacen caso.

—¿Esa historia tiene alguna moraleja relacionada con la virginidad? —pregunta Isolde, un poco nerviosa.

—No tiene moraleja —dice el padre de Stanley—. Yo no cuento historias con moraleja. Cuento chistes guarros e historias para pasar el rato.

—Vale —dice Isolde. Se vuelve y las sombras de su cara se dispersan como si se la tragara la niebla resplandeciente de las candilejas y del escenario.

El padre de Stanley la mira con lástima y comenta:

—Por cierto, que la virginidad es un mito. No hay ningún interruptor, no existe un punto de no retorno. No es más que una primera experiencia, similar a cualquier otra. Todo lo que la rodea (la iluminación, los telones y los efectos especiales) no es sino una parte del mito.

Isolde se vuelve para mirarlo y regresan todas las sombras, inundando la cara oculta de su rostro, de tal modo que de nuevo queda reducida a la mitad, como una luna menguante.

El padre de Stanley sonríe y dice:

–Deja de creer.

Sábado

–Pero las sesiones de orientación continuaron –está diciendo Julia–. Se pegaron al calendario escolar como si fueran un pegote reseco que a nadie le apetecía raspar. Seguíamos reuniéndonos para hablar sobre la dudosa violación de una chica que se desabrochaba la camisa del uniforme hasta enseñar la rosa blanca que adornaba el centro de su sujetador. Nos juntábamos y conversábamos sobre una chica que chupaba una piruleta roja en los ensayos del recreo de mediodía y dejaba que el caramelo le resbalase ligeramente por el labio inferior, abriendo un poco la boca y mostrando los movimientos húmedos de su lengua.

»Y el señor Saladin –prosigue, despiadada–. El señor Saladin solo tendría que haber esperado a que diese la medianoche cinco meses después, a que sonasen las campanadas que transformarían a Victoria de niña en adulta, igual que inexorablemente se convirtió la carroza en calabaza y el caballo ensillado en un ratón de cocina vulgar y corriente. Si hubiese esperado, hasta podría habérselo ofrecido como regalo de cumpleaños. En las sesiones de orientación aprendimos que el delito que cometió el señor Saladin fue, por encima de todo, la impaciencia. Aprendimos la moraleja: «Quien mucho corre, pronto para».

Las madres están cautivadas.

–No, es mentira –dice Julia–. No aprendimos eso, qué va.

Habla como si fuera un mago o un maestro de ceremonias.

–Aprendimos que en el mundo todo se divide en dos: bueno y malo, masculino y femenino, cierto y falso, niño y adulto, placer y dolor. Aprendimos que el orientador estaba en posesión de un mapa, un mapa capaz de hacer que todo cobrase sentido. Una clave. Como en el programa de una función teatral, donde aparecen los actores en una columna y la lista de personajes en otra: una división clara que separa lo ilusorio de lo real. Aprendimos que hay una distinción (que *siempre* hay una distinción) entre la interpretación y el intérprete, entre la realidad y la mentira. Aprendimos que no hay territorios neutrales.

Julia estudia a su público.

–Solo los que observan –dice– y los que sufren siendo observados.

Las madres no se atreven a susurrar.

–Pero el orientador mintió –dice Julia–. Mentiste. Mentiste sobre el dolor que provoca, sobre su complejo caos, inconmensurablemente más espinoso, horrible y crudo de lo que podías recordar, pues el velo de gasa que te tapa los ojos va volviéndose cada vez más espeso, año tras año, hasta hacer que tu propia infancia se disuelva en la niebla.

La profesora de saxofón observa a Julia entre bastidores. Tiene un nudo en la garganta y nota el pecho tirante y dolorido. Debe de ser orgullo.

—Pensad —está diciendo Julia— que probablemente Victoria estará con el señor Saladin esta noche, en alguna parte, perdida en un arrebatado adolescente de placer, mientras su hermana y sus padres se sientan en la oscuridad amoratada de un auditorio, en la otra punta de la ciudad. Probablemente estará desnuda, canturreando tendida sobre él, con el cuerpo flácido y resbaladizo como la mantequilla. Probablemente él estará susurrándole al oído el número menguante de los días que quedan para que ella se convierta en su propio ser, para que su cuerpo comience a pertenecerle, para que su cuerpo se convierta en algo suyo. Probablemente estará acariciándola con su callosa y curtida mano de adulto.

Mira a las madres.

—Y vosotras desearíais estar allí —dice Julia en voz queda—. Desearíais estar allí.

Sábado

Isolde y Julia están solas delante del telón negro de la pared del foro. No hay decorado ni escenografía. Ambas visten el uniforme escolar, pero de formas distintas: Isolde lo lleva limpio y planchado, mientras que el de Julia está flácido, remendado y mugriento, pero resulta más artístico. Las dos se miran de reojo.

Isolde dice:

—¿Fue por no haber aprendido a quererme por lo que opté por enterrarme en la extrañeza tranquilizadora de un cuerpo que carecía de esa semejanza esencial que me obligaría a *comparar*? Contigo me habría sentido duplicada, intensificada, reflejada en un espejo. Con él nuestras diferencias se anulan y se aniquilan.

—Sí —dice Julia—. Pero eso es solo una parte del asunto.

Isolde pregunta:

—¿Fue, entonces, porque tenía miedo? ¿Porque carecía de una plantilla por la que guiarme, porque la inesperada vastedad de mi inocencia, el abismo escarpado y terrible de mi ignorancia, era sencillamente demasiado ajeno, demasiado aterrador? Resultaba demasiado grande para mí, demasiado grande para contenerlo en mi interior como si fuese algo perfecto, trágico o sublime.

—Sí —dice Julia.

—Nunca me había sentido así, Julia —dice Isolde—. Nunca había tenido tanto miedo.

—No te preocupes —dice Julia—. Nunca volverás a tener tanto miedo.

Cambia la iluminación.

—Recuerdo cuando estuvimos en tu coche, a la entrada de mi casa —dice Isolde—, las dos sentadas a la luz pálida de la farola, con los cinturones de seguridad

manteniéndonos alejadas, cruzándonos el pecho, atándonos al vinilo que imitaba la piel de cocodrilo, aplastándonos. Y tú te volviste para mirarme y soltaste una risilla, como si estuvieras muy nerviosa, te mordiste el labio, dejaste que el pelo te cubriera en parte la cara y no lo retiraste. Y luego dijiste «¿Puedo...?», y dejaste que la pregunta muriese, y extendiste la mano para colocarla bajo mi barbilla, te inclinaste, luchando con el cinturón que tiraba de ti hacia atrás, frenándote, sujetándote. Yo tenía tanto miedo... Recuerdo que me pasé la lengua por los labios. Recuerdo que tenía la boca seca. Recuerdo que me besaste.

–Una única vez –dice Julia.

–Mi caída.

Y Julia dice:

–Mi caída.

Isolde dice:

–¿Qué te sucederá ahora?

Julia aparta los ojos de la otra chica y mira más allá de los rostros espectrales del público. Se queda unos instantes callada. Luego dice:

–Lo único que puedo esperar, supongo. Un lento fundido en negro.

Octubre

–Es demasiado fácil –dice el padre de Stanley mientras se baja del taxi–. Ay, Stanley, es demasiado fácil y voy a decirlo de todos modos.

Pasa por encima de la alcantarilla y abre los brazos para darle un fuerte abrazo a Stanley. Stanley nota el olor familiar a agua de colonia que exhala la camisa de su padre.

–¿El qué es demasiado fácil? –pregunta una vez que se han separado y el taxi ha desaparecido al doblar la esquina.

–Has mejorado mis propios métodos –dice el padre de Stanley–. Has tomado mis ideas, has salido corriendo con ellas y las has convertido en algo que a mí no se me habría ocurrido ni en sueños. Me siento halagado e impresionado, aunque también un poco avergonzado de que no tengas un poco más de sentido común.

–¿Estás hablando de lo del seguro? –pregunta Stanley.

–Desde luego.

–Porque llamé a varias compañías –dice Stanley–. Llamé a unas cuantas, les pregunté por tu idea para ganar un millón de dólares y resulta que no funcionaría.

–Claro que no. No era más que una broma y, por cierto, deberías avergonzarte por habértela tomado en serio –dice el padre de Stanley–. Pero *esto...*

Se ríe y abre los brazos. Encima de las puertas dobles del vestíbulo hay una gran pancarta brillante donde se lee «¡Estreno!», que se hincha con el viento, tirando

con fuerza de la cuerda que la fija a la barandilla del balcón. En cada una de las puertas, hay un cartel pegado con celo que muestra a una chica vestida con uniforme escolar metiéndose una carta en el bolsillo.

–Es brillante –dice el padre de Stanley–. Y muy graciosa. Pero ya me extrañaría que aguantaseis una semana en cartel. Es probable que os hagan cerrar mañana.

–Puede que eso no sea tan malo –dice Stanley.

–¿Te has metido en un lío?

–Sí.

–¿Necesitas ayuda? –le pregunta su padre, desprendiéndose por una vez de su actitud de psicólogo y observando a Stanley con una media sonrisa de curiosidad, como si estuviese muy orgulloso de él.

–Sí –responde Stanley, bajando la voz–. Me han acusado de una cosa.

–Excelente –dice su padre–. Me lo cuentas mientras cenamos. Vamos a un chino.

Octubre

–En tu agenda –dice Isolde–, esa agenda negra que tiene una banda dorada, encontré un artículo recortado de la primera página de un periódico. El titular era: «Profesor niega haber mantenido relaciones sexuales con alumna». Solo que no era el artículo original, sino una fotocopia, una fotocopia de una fotocopia, con frases que alguien había subrayado en amarillo, quizá tú.

Stanley está sentado un poco alejado, tapándose la cara con las manos.

–Una mitad del artículo ya la conocía –dice Isolde–, la mitad que se había quedado unida al periódico cuando mi madre quiso arrancar la página y dijo «Buitres, buitres», y luego hizo una pelota con el papel. Cuando se fue, leí la mitad que había quedado atrás, el titular que había quedado reducido a «Profesor... sexuales» y las palabras inconexas, separadas, y pieza a pieza traté de reconstituir los afilados fragmentos que componían la historia de amor de mi hermana.

Stanley permanece inmóvil, apretándose las sienes con las manos, agachado como un boxeador que se ha resignado a perder el combate.

–El caso es que leí el artículo –está diciendo Isolde–, fotocopiado y entero, con las frases clave subrayadas, frases como «recibió clases complementarias» y «dejó por un tiempo de ir al instituto». Me pregunté qué hacía ese papel en tu agenda, junto al abono del autobús, los resguardos de la biblioteca y tus sonetos favoritos copiados a mano. Supuse que probablemente sería algún ejercicio que estabas haciendo en la escuela, solo un ejercicio, algo sobre el escándalo en las noticias.

Con un movimiento súbito y fluido, Isolde se pone en pie y pega los codos al cuerpo.

–Pero *ahora* –dice–, ahora sé lo que ocurrió en realidad. Ahora sé que viste una

oportunidad en mí. Ahora sé que me utilizaste como si fuese un peón, un peón reluciente que avanza por el tablero hasta transformarse en reina, una reina para ti, una reina para tu interpretación, tu montaje y tu carrera. Ahora sé que, al fin y al cabo, algo en mí la traicionó, alguna pequeña veta de semejanza o familiaridad que hizo que la vieras a *ella* cuando yo volvía la cabeza, cuando me mordía el labio y me echaba el pelo hacia atrás, algo que de repente hizo que vieses en mí cosas que podías utilizar. Sé que te dijiste: «Su cercanía con su hermana tiene mucho valor».

Isolde pega aún más los codos al cuerpo, como si quisiera reunir todas las fibras de su cuerpo, todos los fragmentos deshilachados, y remendarse para poder continuar. La voz le sale medio sofocada por una especie de dolor en sordina que hace que Stanley se estremezca y aparte la mirada de ella.

–Para ti sirvo a un doble propósito –dice Isolde–. Esa duplicidad inconsciente que me parte por la mitad y me divide en dos: un beneficio y un uso. Quieres aprovecharte de mi cercanía, exprimirme hasta dejarme seca, recopilar todos los hechos sobre Victoria que componen lo que sé, semejantes a fragmentos de vidrio de colores. Quieres la historia completa para ti. Quieres a mi hermana, pero no la quieres entera: quieres su sombra, su reflejo, su imagen, cuya tinta se traspasa hasta la primera página del periódico. Quieres el aire que la rodea, los espacios por los que se mueve, las cosas que la rozan cuando pasa. Y por eso me quieres a mí.

–Isolde... –dice Stanley en voz baja, tapándose la boca con las manos–. No estás siendo usada. Nada en ti está usado ni consumido.

–Pero yo te he usado a ti –dice Isolde con voz sonora y brillante, triunfando sobre él–. Igual que tú me has usado a mí, yo te he usado a ti. Es lo que he venido a decirte. Para mí eres una especie de protección, nada más. Eres una especie de prueba.

Sábado

–Antes de terminar quiero decir una cosa –dice la profesora de saxofón, una vez que la última alumna ha bajado del escenario y ha regresado a su sitio en el suelo. La profesora de saxofón parece muy pequeña en el yermo de la escena. Detrás de ella, el piano de cola Steinway, cubierto por su funda, parece una lápida tapada con una lona que se ha caído pero nadie ha enderezado–. Quiero rendir homenaje a una de mis alumnas –dice la profesora de saxofón–, una alumna desgarrada y mustia que murió este año, atropellada por un coche cuando volvía a casa en bici después de hacer el turno de noche en el trabajo.

Invade la sala un silencio sepulcral.

–Llevo mucho tiempo intentando sin éxito ver la muerte de Bridget como una tragedia –dice la profesora de saxofón–. Creo que por fin puedo verla de ese modo.

Baja la mirada al suelo para poner en orden sus pensamientos.

–Cuando hubiese ido al ensayo de la orquesta de jazz el miércoles –dice–, ese miércoles que nunca existió, ese miércoles que ella no llegó a ver, Bridget habría sido famosa. La pálida y enjuta Bridget, siempre escasa de información y de ideas, siempre pegada a las faldas de esa madre que lleva zapato plano y no deja de acecharla, la chica que siempre pillaba los chistes unos segundos después que las demás, se habría encontrado armada con algo que ofrecer y algo que decir. La habrían rodeado, la habrían mimado, le habrían dado codazos mientras revivía ante las compañeras sus breves seis minutos de conversación con el señor Saladin en el videoclub. Todas la habrían escuchado. El aula habría estado en un silencio total. Y ella habría sentido el calor del primer rayo de placer, leve y luminoso, que había conocido hasta entonces. Habría sido popular durante un instante porque habría estado en posesión de información real por primera vez en su triste y corta vida. A Bridget le han escamoteado ese pequeño placer. Por eso podemos considerar trágica su muerte.

Las madres asienten.

–Pobre Bridget –dice en voz queda la profesora de saxofón–. Qué crueldad...

Noviembre

Julia y Victoria se encuentran en medio de un grupillo de alumnas de séptimo que están sentadas en la sala común con las piernas separadas, adormiladas y lánguidas por culpa del calor de finales de primavera. El contrato de arrendamiento de sus años de instituto está a punto de expirar, por eso miran con nostalgia y cariño el mundo que dentro de poco van a dejar atrás. Por la ventana llegan risas y gritos de las chicas que juegan en el campo de deportes.

La sala común va vaciándose poco a poco, las alumnas salen una tras otra hasta que la puerta se cierra con estruendo tras la última, y dentro solo quedan Julia y Victoria. Julia está inclinada sobre el formulario de liquidación de fin de curso y Victoria la observa un momento desde la otra punta de la sala.

–¿Has estado liada con mi hermana? –le pregunta de pronto. Habla con voz débil–. Hace meses. Os enrollasteis, y eso, ¿no?

Julia levanta la vista y estudia a la otra joven con mirada impasible.

–¿Eso es lo que dice la gente?

–Bueno... –dice Victoria, avergonzada–. Sí –parece más pequeña que de costumbre. Saca el labio un poco hacia fuera en un gesto que hace que durante una fracción de segundo se parezca un poco a su hermana. Es como si la imagen de la hermana menor cruzase su rostro en un instante, semejante a un rayo que atraviesa una nube.

Julia ve la imagen de Isolde aparecer y desaparecer, y luego dice:

–¿Por qué no se lo preguntas a ella? Si es que de verdad quieres saberlo. ¿Por qué no se lo preguntas a Isolde?

El nombre de Isolde resulta demasiado íntimo en boca de Julia. Las dos se dan cuenta de ello y se sonrojan.

–Esperaba a que ella viniera a mí, supongo –dice Victoria–. Esperaba a que ella me lo dijera, antes que tener que preguntárselo.

–Pero no lo hizo.

–No.

Julia se vuelve.

–Bueno, ¿y qué dice todo el mundo? –pregunta, con el rostro vuelto hacia la ventana y la pared.

–Solo que una vez le diste un beso.

–¿Nada más?

–Y que alguien encontró una pulsera «fóllame» en el aula de teatro, y que estaba rota.

–¿Nada más?

–No, nada más. Entonces, ¿qué pasó?

Julia no dice nada. Victoria espera sin moverse. La mira con expresión impaciente y engatusadora, ligeramente inclinada hacia delante, como si todo su cuerpo ansiara una respuesta. Tiene las cejas arqueadas.

Julia sigue mirando por la ventana. Fuera, en el campo de hockey, las chicas no paran de animar a sus compañeras.

Finalmente, Victoria suspira y dice:

–Julia, me gustaría mucho que me contases lo suficiente como para poder imaginármelo. Como para poder recrearlo para mí misma. Como para poder imaginar que yo estaba allí.

Agradecimientos

Quiero expresar mi profundo reconocimiento a Denis y Verna Adam.

A Damien Wilkins, Jane Parkin y Fergus Barrowman les doy las gracias por sus consejos, sus ánimos y su sabiduría.

A Stephen Pike, por sus travesuras y por la estrafalaria idea del seguro de vida. Gracias también a Lolo Pike y a Emily Nyberg por su cariño y su hospitalidad.

A Charlotte Bradley, Tane Upjohn-Beatson, James Christmas, Jane Groufsky, Jemimah Walker, Claire Bramley, Nathan McLoughlin y Gemma McCabe les agradezco que compartiesen ideas conmigo y que me escuchasen. Gracias asimismo a todas las personas de Tennyson St Studio: Chloe Lane, Lawrence Patchett, Joan Fleming, Sarah Barnett, Amy Brown, Pip Adam y Asha Scott-Morris. Vuestro entusiasmo significa mucho.

Quiero expresar mi cariño y mi agradecimiento a Felicity, Jonathan y Sebastian: gracias por compartir vuestra casa y por aliviarme la fiebre.

A Caroline Dawnay, Olivia Hunt, Jessica Craig y Lettie Ransley, os doy las gracias de corazón por todo más allá de Nueva Zelanda. Vuestra perspicacia, vuestra paciencia y los muchos detalles que habéis tenido conmigo siguen sorprendiéndome.

A todos los de Granta, gracias por darme una oportunidad. Sara Holloway y Philip Gwyn Jones me hicieron sentir como una más de la familia aun antes de conocernos. Un millón de gracias para Amber Dowell, para Pru Rowlandson y para el diseñador Dan Mogford.

Mi cariño y mi agradecimiento también para mamá, papá y Will.

Mi mayor deuda es con Johnny Fraser-Allen: gracias por creer.

¹ En el sistema educativo neozelandés, la enseñanza secundaria consta de cinco cursos, que van desde los 13 hasta los 18 años. Debido a una reciente reforma de la enseñanza, aún conviven dos denominaciones distintas para cada curso: año nueve o tercer curso (edad: 13), año diez o cuarto curso (edad: 14), año once o quinto curso (edad: 15), año doce o sexto curso (edad: 16), año trece o séptimo curso (edad: 17). (*N. de la T.*)

[2](#) Deporte similar al baloncesto, jugado especialmente por mujeres. (*N. de la T.*)



Título original: *The Rehearsal*

Edición en formato digital: abril de 2013

En cubierta: *Legs of teenage girl*, foto de © Nicole Weingart / Workbook Stock / Getty Images

© Eleanor Catton, 2008

© De la traducción, Tamara Gil Somoza, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-74-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
El ensayo general	4
Uno	7
Dos	21
Tres	35
Cuatro	51
Cinco	69
Seis	87
Siete	104
Ocho	121
Nueve	139
Diez	155
Once	174
Doce	191
Trece	208
Catorce	223
Agradecimientos	237
Notas	238
Créditos	241